

JULIO VERNE

CINCO SEMANAS EN GLOBO

COLECCIÓN HETZEL

Título original: *Cinq semaines en ballon*, Martin Paz

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO238

ISBN: 9788491870708

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

MARTÍN PAZ

I. ESPAÑOLES Y MESTIZOS

II. LIMA Y LAS LIMEÑAS

III. POR SEGUIR A UNA MUJER

IV. EL NOBLE ESPAÑOL

V. PREPARATIVOS DE INSURRECCIÓN

VI. EL JUEGO Y LAS CONFIDENCIAS

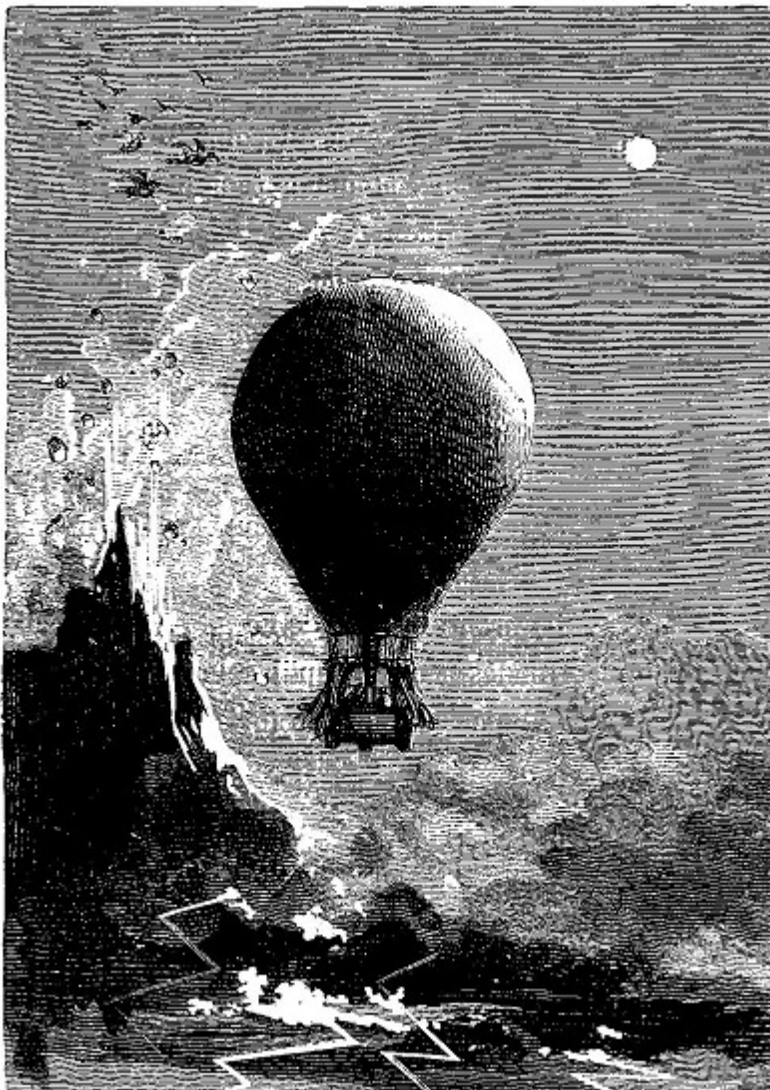
VII. LA BODA INTERRUMPIDA

VIII. LA FUGA

IX. EL COMBATE

X. EL RAPTO Y SUS CONSECUENCIAS

NOTAS



I

EL FINAL DE UN DISCURSO MUY APLAUDIDO — PRESENTACIÓN DEL
DOCTOR SAMUEL FERGUSON — «EXCELSIOR» — RETRATO DE
CUERPO ENTERO DEL DOCTOR — UN FATALISTA CONVENCIDO
— COMIDA EN EL CLUB DE LOS VIAJEROS —
NUMEROSOS BRINDIS DE CIRCUNSTANCIAS

El día 14 de enero de 1862, había asistido un numeroso auditorio a la

sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, plaza de Waterloo, 3. El presidente, sir Francis M..., hacía a sus ilustres colegas una comunicación importante en un discurso que con frecuencia interrumpieron los aplausos.

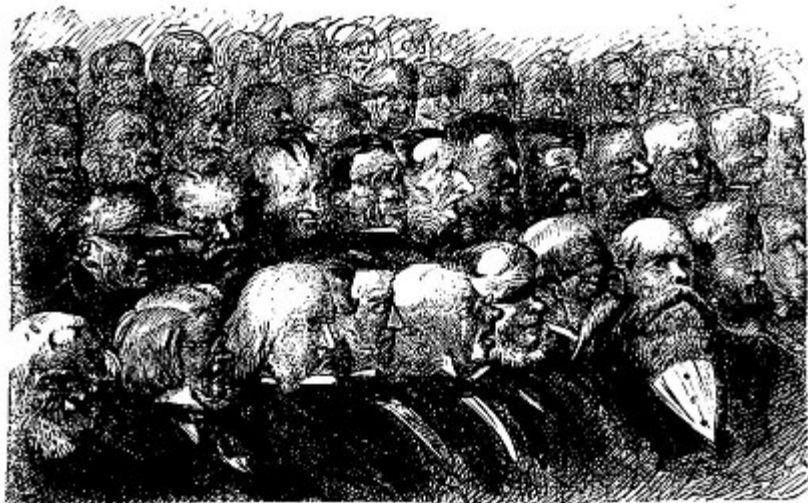
El discurso era elocuentísimo y terminaba en unas cuantas frases retumbantes en las que el patriotismo brotaba a borbotones envuelto en periodos redondeados.

«Inglaterra ha marchado siempre a la cabeza de las naciones (ya se sabe que las naciones marchan universalmente a la cabeza unas de otras) por la intrepidez con que sus viajeros acometen descubrimientos geográficos. (*Numerosas muestras de aprobación.*) El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no faltará a su origen. (*De todas partes: ¡No! ¡No!*) Su tentativa, si la corona el éxito (*gritos de: ¡La coronará!*), eslabonará, completándolas, las nociones dispersas de la cartografía africana. (*Aplausos.*) Y si es desgraciada (*gritos de: ¡Imposible!, ¡Imposible!*), quedará consignada en la Historia como una de las más atrevidas concepciones del genio humano. (*Entusiasmo frenético.*)»

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó la asamblea, electrizada por palabras tan conmovedoras.

—¡Hurra por el intrépido Fergusson! —exclamó uno de los oyentes más expansivos.

Resonaron entusiastas gritos. El nombre de Fergusson salió de todas las bocas, y motivos tenemos para creer que ganó mucho pasando por gaznates ingleses. El salón de las sesiones se estremecía.



Numerosos, envejecidos, fatigados, allí estaban los intrépidos viajeros cuyo temperamento inquieto les había hecho recorrer las cinco partes del mundo. Todos, cual más cual menos, física o moralmente, se habían librado milagrosamente de los naufragios, de los incendios, de los tomahawks de los indios, de los rompecabezas de los salvajes, de los horrores del suplicio, de los estómagos de la Polinesia. Pero nada pudo contener los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M..., y la Real Sociedad Geográfica de Londres no recuerda seguramente otro triunfo oratorio tan completo.

Pero en Inglaterra el entusiasmo no se reduce a vanas palabras. Acuña moneda con más rapidez aún que los volantes de la *Royal Mint*¹. Se abrió, antes de levantarse la sesión, una suscripción a favor del doctor Fergusson que ascendió a la suma de dos mil quinientas libras. La importancia de la cantidad recaudada guardaba proporción con la importancia de la empresa.

Uno de los miembros de la Sociedad interpeló al presidente para saber si el doctor Fergusson sería presentado oficialmente.

—El doctor está a disposición de la asamblea —respondió sir Francis M...

—¡Que entre! ¡Que entre! —gritaron todos—. Bueno es que veamos con nuestros propios ojos a un hombre de una audacia tan extraordinaria.

—Acaso tan increíble proposición —dijo un viejo comodoro apoplético— no tenga más objeto que embaucarnos.

—¿Y si el doctor Fergusson no existiera? —preguntó una voz maliciosa.

—Tendríamos que inventarlo —respondió un miembro muy divertido de aquella grave Sociedad.

—Haced entrar al doctor Fergusson —dijo sencillamente sir Francis M...

Y el doctor entró entre estrepitosos aplausos, sin conmoverse en lo más mínimo.

Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura regular y buena constitución; el subido color de su semblante ponía en evidencia su temperamento sanguíneo; su cara era fría, y en sus facciones, que nada tenían de particular, sobresalía una nariz asaz voluminosa, a guisa de bauprés, como para caracterizar al hombre predestinado a los grandes descubrimientos; sus ojos, muy apacibles, más inteligentes que audaces, hacían muy simpática su fisonomía; sus brazos eran largos y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo propio de los grandes andarines.

Toda la persona del doctor respiraba una gravedad tranquila que no permitía ni remotamente acariciar la idea de que pudiese ser instrumento de la más insignificante farsa.

Así es que los hurras y los aplausos no cesaron hasta que con un ademán amable el doctor Fergusson pidió un poco de silencio. Se acercó al sillón dispuesto expresamente para él, y después, puesto en pie, sereno, con la mirada enérgica, levantó hacia el cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:

—*¡Excelsior!*

¡No! ¡Ni una interpelación inesperada de Messieurs Dright y Cobden, ni una demanda de Lord Palmerston para fortificar los peñascos de Inglaterra habían obtenido nunca un éxito tan completo! El discurso de sir Francis M... había quedado atrás, muy atrás. El doctor se manifestaba a la vez sublime, grande, sobrio y circunspecto; había dicho la palabra de la situación:

¡Excelsior!

El viejo comodoro, completamente adherido a aquel hombre extraordinario, reclamó la inserción «íntegra» del discurso de Fergusson en *The Proceedings of the Royal Geographical Society of London*².

¿Quién era, pues, aquel doctor, y cuál la empresa que iba a acometer?

El padre del joven Fergusson, denodado capitán de la Marina inglesa, había asociado a su hijo, desde su más tierna edad, a los peligros y aventuras de su profesión. Aquel digno niño, que no pareció haber conocido nunca el miedo, anunció muy pronto un talento despejado, una inteligencia de investigador, una afición notable a los trabajos científicos; mostraba, además, una habilidad poco común para salir de cualquier atolladero; no se apuró nunca por nada de este mundo, ni siquiera para servirse por vez primera en la comida del tenedor, en lo que los niños, en general, sobresalen pocas veces.

Su imaginación se inflamó muy pronto con la lectura de las empresas audaces y de las exploraciones marítimas. Siguió con pasión los descubrimientos con que se señaló la primera parte del siglo XIX, y hasta pensó en la gloria de los Mungo Park, de los Bruce, de los Caillé, de los Levaillant y también en la de Selrik, el Robinsón Crusoe, que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en la isla de Juan Fernández! Aprobó con frecuencia las ideas del marinero abandonado; discutió algunas veces sus planes y sus proyectos; él habría procedido de otro modo, tan bien como él, tal vez mejor. Pero jamás habría abandonado aquella isla de bienaventuranza, donde habría sido feliz como un rey sin súbditos... No, no la habría abandonado ni siquiera en el caso de que le hubieran nombrado primer Lord del Almirantazgo.

Dejo a la consideración de cualquiera si semejantes tendencias se desarrollarían durante su aventurera juventud lanzada a los cuatro vientos. Su padre, hombre instruido, no dejaba de consolidar aquella perspicaz inteligencia con estudios continuados de Hidrografía, Física y Mecánica, y con algo también de Botánica, Medicina y Astronomía.

A la muerte del digno capitán, Samuel Fergusson tenía veintidós años de edad, y había dado ya la vuelta al mundo. Entró en el Cuerpo

de ingenieros bengalíes, y se distinguió en varias acciones; pero la existencia de soldado no le convenía, gustándole poco mandar y menos obedecer. Dimitió, y, ya cazando, ya herborizando, remontó hacia el norte de la India y la atravesó desde Calcuta hasta Surate. Un simple paseo de aficionado.

Le vemos desde Surate pasar a Australia y tomar parte, en 1845, en la expedición del capitán Sturt, encargado de descubrir aquel mar Caspio que se supone existe en el centro de la Nueva Holanda.

En 1850, Samuel Fergusson regresó a Inglaterra, y, cada vez más dominado por la fiebre de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán Mac Clure en la expedición que costeó el continente americano desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Farewel.

A pesar de las fatigas de todo género y bajo todos los climas, la constitución de Fergusson resistía maravillosamente. Se hallaba en sus glorias en medio de las mayores privaciones. Era el tipo del perfecto viajero, cuyo estómago se reduce o se dilata voluntariamente, cuyas piernas se estiran o se encogen según la cama que se improvisa, y que se duerme a cualquier hora del día y despierta a cualquier hora de la noche.

Nada desde entonces es menos asombroso que hallar a nuestro infatigable viajero visitando desde 1855 hasta 1857 todo el oeste del Tíbet en compañía de los hermanos Schtagintweit, para traernos de aquella exploración observaciones de etnografía de lo más curioso.

Durante aquellos varios viajes, Samuel Fergusson fue el corresponsal más activo y más interesante del *Daily Telegraph*, de aquel periódico que cuesta un penique, y cuya tirada pasa de ciento cuarenta mil ejemplares diarios, teniendo millones de lectores.

Así, pues, el doctor era hombre bien conocido, no obstante no pertenecer a ninguna institución científica, ni a las Reales Sociedades Geográficas de Londres, París, Berlín, Viena o San Petersburgo, ni al Club de los Viajeros, ni siquiera al *Royal Politechnic Institution*, donde su amigo, el estadista Kolburn, metía mucho ruido.

Un día Kolburn le propuso, para darle gusto, resolver el siguiente problema: dado el número de millas recorridas por el doctor alrededor del mundo, ¿cuántas más ha andado su cabeza que sus pies, con

motivo de la diferencia de los radios? O bien, conociendo el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, calcular su estatura con toda exactitud.

Pero Fergusson permanecía siempre lejos de las sociedades científicas, pues era de la iglesia militante no parlante; le parecía emplear mejor el tiempo investigando que discutiendo, y prefería un descubrimiento a cien discursos.

Cuéntase que un inglés se trasladó a Ginebra con intención de visitar el lago. Le metieron en un carruaje antiguo en el que los asientos están de lado, como en los ómnibus. A él le tocó por casualidad estar sentado de espaldas al lago, mientras el carruaje seguía pacíficamente su viaje circular, y aunque ni una sola vez volvió la cabeza, regresó a Londres perdidamente enamorado del lago de Ginebra.

El doctor Fergusson, durante sus viajes, se había vuelto más de una vez de un lado a otro, y vuelto de modo que había visto mucho. No hacia más que obedecer a su naturaleza, y tenemos más de un motivo valedero para creer que era algo fatalista, aunque muy ortodoxo, pues contaba consigo mismo y hasta con la Providencia, creyéndose más bien lanzado que atraído en sus viajes, y recorrió el mundo a la manera de una locomotora, la cual no se dirige en el camino sino que es el camino mismo quien la dirige a ella.

—Yo no sigo mi camino —decía el doctor con frecuencia—; el camino me sigue a mí.

A nadie asombrará, pues, la indiferencia y sangre fría con que acogió los aplausos de la Real Sociedad Geográfica de Londres: estaba muy por encima de tales miserias, exento de orgullo y más aún de vanidad; le parecía muy sencilla la proposición que había dirigido al presidente, sir Francis M..., y ni siquiera se percató del inmenso efecto que había producido.



Banquete en Pall Mall.

Después de la sesión, el doctor fue conducido al Club de los Viajeros, en Pall Mall, donde se celebraba un soberbio banquete. Las dimensiones de las piezas servidas a la mesa guardaban proporción con la importancia del personaje, y el sollo que figuraba en tan espléndido banquete no tenía tres pulgadas menos de longitud que el mismo Samuel Fergusson.

Numerosos brindis se dirigieron a los célebres viajeros que se habían ilustrado en la tierra de África. Se bebieron sendos vasos de vino de Francia a su salud o a su memoria, y por orden alfabético, lo que es muy inglés: a Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batuoda, Beke, Beltrame, Du Berba, Binbanchi, Bolohnesi, Bolwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun Bollet, Burchell, Burtckhardt, Burton, Caillaud, Caillé, Campbell, Chapman, Clepperton, Clol Rey, Colomien, Courval, Cumming, Cunny, Debonno, Decken, Denham, Desavamchers, Dicksen, Dickson, Dochard, Duchailu, Duncan, Durand, Duroulé, Duveyrier, Erhardt, D'Escayrac de Lautore, Ferret, Fresnel, Gallnier, Galton, Geofry, Golperry, Hahn Hahn, Harnier, Hecquart, Heuglin, Hornemann, Houghton, Impert Kanfmann, Knoblecher, Kraph, Kummer, Lafargue, Laing, Lafaille, Lampert, Lamiral, Lamprière, John Lancer, Richard Landerd, Lefebre, Lejean, Levailan, Livingstone, Maccarthie, Maggiar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo Park, Neimans, Overweg, Panett, Partarrieau, Pacal, Pearse, Peddie, Peney, Petherik, Poncet, Puax, Raffene, Rath, Rebmann, Richardson, Riley, Ritchie, Rochet D'Aricourt, Rongawi, Roscher, Ruppel Saugnier, Speke, Steidner, Tribaud, Thompson, Thorton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwitt, Vaudey, Veyssiére, Vincet, Vinco, Vogel, Warhlberg, Warington, Washington, Werne, Wild y, por último, al doctor Samuel Fergusson, el cual, con su increíble tentativa, debía eslabonar los trabajos de aquellos viajeros y contemplar la serie de los descubrimientos africanos.

II

UN ARTÍCULO DEL *DAILY TELEGRAPH* — GUERRA DE PERIÓDICOS
CIENTÍFICOS — M. PETERMANN SOSTIENE A SU AMIGO EL DOCTOR
FERGUSSON — RESPUESTA DEL SABIO KONER — APUESTAS —
VARIAS PROPOSICIONES HECHAS AL DOCTOR

El día siguiente, en su número del 15 de enero, el *Daily Telegraph* publicó un artículo concebido en los siguientes términos:

«El África va a entregar al cabo el secreto de sus vastas soledades. Un Edipo moderno nos dará la clave del enigma que no han podido descifrar los sabios de sesenta siglos. En otro tiempo, buscar el nacimiento del Nilo, *fontes Nili quærere*, era considerado como una tentativa insensata, como una irrealizable quimera.

»El doctor Barth, siguiendo hasta el Sudán el camino trazado por Denham y Clepperton; el doctor Livingstone, multiplicando sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta el golfo de Zambeze; los capitanes Burton y Speke, con el descubrimiento de los Grandes Lagos interiores, han abierto tres caminos a la civilización moderna. Su punto de intersección, al cual no ha podido llegar ningún viajero, es el corazón mismo de África. He aquí el punto a que deben encaminarse todos los esfuerzos.

»Pues bien, los trabajos de aquellos atrevidos operarios de la Ciencia van a enlazarse con la audaz tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas importantes operaciones han tenido ocasión de apreciar más de una vez nuestros lectores.

»El intrépido *discoverer* (descubridor) se propone atravesar en un globo el África toda, de este a oeste. Si no estamos mal informados, el punto de partida de su sorprendente viaje será la isla de Zanzíbar, en la costa oriental. En cuanto al punto de parada, la Providencia lo sabe.

»Ayer se hizo oficialmente en la Real Sociedad de Geografía la proposición de esta exploración científica, y se votaron 2.500 libras

para gastos de la empresa.

»Tendremos a nuestros lectores al corriente de tan audaz tentativa, que no tiene precedente en los fastos geográficos.»

Como era de esperar, el artículo del *Daily Telegraph* metió mucho ruido. Levantó las tempestades de la incredulidad, y el doctor Fergusson pasó por un ser puramente quimérico, inventado por M. Barnum, el cual, después de haber trabajado en los Estados Unidos, se disponía a hacerse célebre en las Islas Británicas.

Apareció en Ginebra, en el número de febrero de los Boletines de la Sociedad Geográfica, una respuesta humorística, burlándose con poca gracia de la Real Sociedad de Londres y del Club de los Viajeros. Pero M. Petermann, en sus *Mittheilungen*, publicados en Gotha, impuso el más absoluto silencio al periódico de Ginebra. M. Petermann conocía personalmente al doctor Fergusson, y salía garante de la empresa de su valeroso amigo.

Todas las dudas se invalidaron muy pronto. Se hacían en Londres los preparativos de viaje; las fábricas de Lyon, de Francia, habían recibido el encargo de una importante cantidad de tafetán para la construcción del aeróstato, y el Gobierno británico ponía a disposición del doctor el transporte *Resolute*, al mando del capitán Pennes.

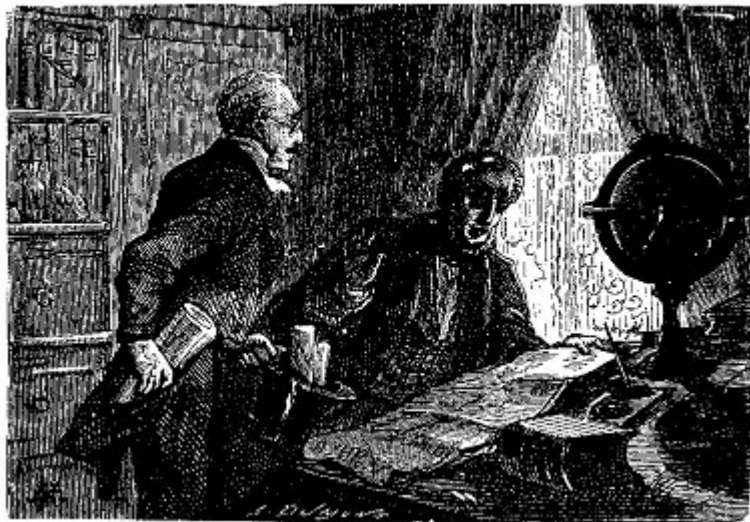
Brotaron estímulos, estallaron felicitaciones. Los pormenores de la empresa aparecieron muy circunstanciados en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París; se insertó un artículo notable en los «Nuevos Anales de viajes, geografía, historia y arqueología de M. V. A. Malte Brun»; un trabajo minucioso publicado en *Zeitschrift Allgemeine Erd Kunde*, por el doctor W. Kouer, demostró victoriosamente la posibilidad del viaje, sus probabilidades de éxito, la naturaleza de los obstáculos, las inmensas ventajas de la locomoción por la vía aérea; no censuró más que el punto de partida; creía preferible salir de Massaua, ancón de Abisinia, desde el cual James Bruce, en 1768, se había lanzado a la exploración del nacimiento del Nilo. Admiraba sin reserva alguna el carácter enérgico del doctor Fergusson y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce que concebía e intentaba semejante viaje.

El *North American Review* vio no sin disgusto que estaba reservada a Inglaterra tan alta gloria; procuró poner en ridículo la proposición del doctor, y le indicó que, hallándose en tan buen camino, no parase hasta América.

En una palabra, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo periódico científico, desde el *Journal des Missions évangéliques* hasta la *Revue algérienne et coloniale*, desde los *Anales de la propagation de la Foi* hasta el *Church missionary intelligencer*, que no considerase el hecho bajo todos sus aspectos.

En Londres y en Inglaterra toda, se hicieron considerables apuestas: 1.º sobre la existencia real o supuesta del doctor Fergusson; 2.º, sobre el viaje mismo, que no se intentaría, según unos, y según otros se emprendería pronto; 3.º, sobre saber si tendría o no buen éxito; 4.º, sobre las probabilidades o improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. En el libro de las apuestas se consignaron enormes sumas, como si se hubiese tratado de las carreras de Epsom.

Así, pues, crédulos e incrédulos, ignorantes y sabios, fijaron todos su atención en el doctor, el cual se puso de moda sin él saberlo. Dio espontáneamente noticias precisas de sus proyectos expedicionarios. Hablaba con quien quería hablarle, y era el hombre más franco del mundo. Se le presentaron algunos audaces aventureros para participar de la gloria y peligros de su tentativa, pero se negó a llevarlos consigo sin dar razón de su negativa.



Numerosos inventores de mecanismos aplicables a la dirección de los globos le propusieron su sistema, y no quiso aceptar ninguno. A los que le preguntaban si acerca del particular había descubierto algo nuevo, les dejó sin ninguna explicación, y siguió ocupándose, con una actividad sin cesar creciente, de los preparativos de su viaje.

III

EL AMIGO DEL DOCTOR — DE QUÉ PROCEDÍA SU AMISTAD — DICK
KENNEDY EN LONDRES — PROPOSICIÓN INESPERADA, PERO NO
TRANQUILIZADORA — PROVERBIO POCO CONSOLADOR — ALGUNAS
PALABRAS ACERCA DEL MARTIROLOGIO AFRICANO — VENTAJAS DEL GLOBO
AEROSTÁTICO — EL SECRETO DEL DOCTOR FERGUSSON

El doctor Fergusson tenía un amigo. No era éste otro él mismo, un *alter ego*, pues la amistad no podría existir entre dos seres perfectamente idénticos. Pero si poseían cualidades y aptitudes diferentes y un temperamento distinto, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían los dos como un corazón solo, lo que, lejos de molestarles, les complacía.

Dick Kennedy era escocés en toda la extensión de la palabra, franco, resuelto y obstinado. Vivía en la aldea de Leith, cerca de Edimburgo, verdadero arrabal de la «Vieja Ahumada³». Era algunas veces pescador. Pero en todas partes y siempre un cazador determinado, lo que nada tiene de particular en un hijo de la Calcedonia algo aficionado a recorrer las montañas de los Highlands escoceses. Se le citaba como un maravilloso tirador de escopeta, pues no sólo partía las balas contra la hoja de un cuchillo, sino que las partía también en dos mitades tan iguales que, pesándolas luego, no se hallaba entre una y otra diferencia apreciable.

La fisonomía de Kennedy recordaba mucho la de Halbert Glendinnig tal como lo pintó Walter Scott en *El Monasterio*; su estatura pasaba de 6 pies ingleses; aunque agraciado y esbelto, parecía estar dotado de una fuerza hercúlea, y su cara, muy tostada por el sol, sus ojos vivos y negros, un atrevimiento natural muy decidido, algo, en fin, de bondad y solidez en toda su persona, prevenía a favor suyo.

Los dos amigos se conocieron en la India, donde servían en un mismo regimiento. Mientras Dick cazaba tigres y elefantes, Samuel cazaba plantas e insectos. Cada cual podía blasonar de diestro en su

especialidad, y más de una planta rara cogió el doctor, cuya conquista le costó tanto como un buen par de colmillos de marfil.

Los dos jóvenes no tuvieron nunca ocasión de salvarse la vida, ni de prestarse servicio alguno, por lo que su amistad era inalterable. Algunas veces les alejó la suerte, pero siempre les volvió a unir la simpatía.

Al regresar a Inglaterra, les separaron con frecuencia las lejanas expediciones del doctor, pero éste, a la vuelta, no dejó nunca de ir, no ya a preguntar por su amigo el escocés, sino a pasar con él algunas semanas.

Dick hablaba del pasado, Samuel preparaba el porvenir; el uno miraba hacia delante, el otro hacia atrás, por lo que Fergusson tenía el ánimo siempre inquieto, al paso que Kennedy disfrutaba de una perfecta calma.

Después de su viaje al Tíbet, el doctor estuvo dos años sin hablar de expediciones nuevas. Dick llegó a figurarse que se habían apaciguado los instintos de viajes e impulsos aventureros de su amigo, lo que le complacía en extremo. La cosa, se decía él mismo, tenía un día u otro que concluir de mala manera. Por más que se tenga don de gentes, no se viaja impunemente entre antropófagos y fieras. Kennedy procuraba, pues, tener a raya a Samuel, que había hecho ya bastante para la Ciencia y demasiado para la gratitud humana.

El doctor no respondía una palabra, permanecía pensativo, y después se entregaba a secretos cálculos, pasando las noches en operaciones de números y experimentos de aparatos singulares de los que nadie sabía dar cuenta. Se echaba de ver que fermentaba en su cerebro un gran pensamiento.

—¿Qué estará tramando? —se preguntó Kennedy en enero, cuando su amigo se separó de él para volver a Londres.

Una mañana lo supo por el artículo del *Daily Telegraph*.

—¡Misericordia! —exclamó—. ¡Insensato! ¡Loco! ¡Atravesar el África en un globo! ¡Es lo único que nos faltaba! ¡He aquí lo que dos años atrás estaba ya meditando!

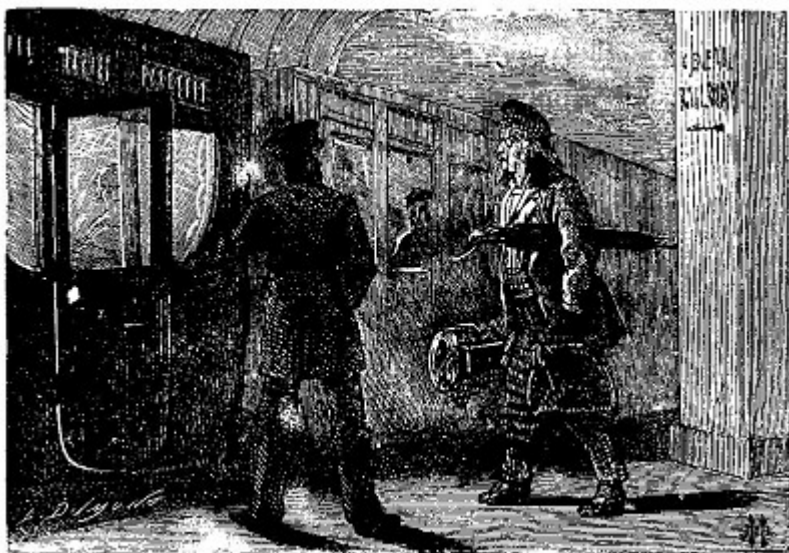
Cuando la vieja Elspeth, que era su patrona, quiso dar a entender que podía muy bien ser todo una chanza, él respondió:



Dick Kennedy.

—¡Una chanza! No, le conozco demasiado, ya sé yo de qué pie cojea. ¡Viajar por el aire! ¡Ahora se le ha ocurrido tener envidia de las águilas! ¡No, no se irá! ¡Yo le ataré corto! ¡Si le dejase, el día menos

pensado se nos iría a la Luna!



Aquella misma tarde, Kennedy, inquieto y también incomodado, tomó, en General Railway Station, el camino de hierro, y al día siguiente llegó a Londres.

Tres cuartos de hora después se apeó de un coche de alquiler junto a la pequeña casa del doctor, Soho Square, Greek Street, se encaramó por la escalera, y llamó a la puerta cinco veces seguidas.

Se la abrió Fergusson en persona.

—¿Dick? —dijo sin mucho asombro.

—El mismo —respondió Kennedy.

—¡Cómo, mi querido Dick! ¿Tú en Londres durante las cacerías de invierno?

—Yo en Londres.

—¿Y qué te trae?

—La necesidad de impedir una locura que no tiene nombre.

—¿Una locura? —preguntó el doctor.

—¿Es cierto lo que dice este periódico? —respondió Kennedy, mostrando el número del *Daily Telegraph*.

—¡Ya sé de lo que hablas! ¡Qué indiscretos son los periódicos! Pero siéntate, Dick.

—No quiero sentarme. ¿Tratas realmente de emprender este viaje?

—Pues ya lo creo. Estoy haciendo los preparativos y pienso...

—¿Dónde están esos preparativos, que quiero hacerlos pedazos? ¿Dónde están? —El digno escocés estaba verdaderamente furioso.

—Calma, mi querido Dick —repuso el doctor—. Concibo tu cólera. Estás ofendido conmigo porque hasta ahora no te había dicho nada acerca de mis nuevos proyectos.

—¡Y a eso llamas nuevos proyectos!

—Estaba muy ocupado —añadió Samuel sin admitir la interrupción—, he tenido mucho que hacer. Pero tranquilízate, yo no habría partido sin escribirte...

—De eso me río yo...

—Porque tengo intención de llevarte conmigo.

El escocés dio un salto, que un camello habría tomado por suyo.

—¡Es decir —respondió—, que quieres hacerme encerrar contigo en el manicomio de Betlehem!

—He contado positivamente contigo, carísimo Dick, y te he escogido a ti excluyendo a muchos pretendientes.

Kennedy estaba atónito.

—Escúchame diez minutos —respondió tranquilamente el doctor— y me darás las gracias.

—¿Hablas formalmente?

—Muy formalmente.

—¿Y si me niego a acompañarte?

—No te negarás.

—Pero ¿si me niego?

—Me iré solo.

—Sentémonos —dijo el cazador—, y hablemos desapasionadamente. Puesto que no te chaceas, la cosa vale la pena de discutirse.

—Discutamos almorzando, si no tienes en ello inconveniente, mi querido Dick.

Los dos amigos se sentaron a la mesa frente a frente, entre un montón de emparedados y una enorme tetera.

—Amigo Samuel —dijo el cazador—, tu proyecto es insensato. ¡Es de realización imposible! ¡Es de todo punto impracticable!

—Ya veremos después de ensayarlo.

—Precisamente lo que no quiero es que lo ensayes.

—¿Por qué?

—¿Y los peligros y obstáculos de todo género?

—Los obstáculos —contestó gravemente Fergusson— se han inventado para ser vencidos. En cuanto a los peligros, ¿quién puede estar seguro de que los evita? Todo es peligro en la vida. Peligroso puede ser sentarse a la mesa o ponerse el sombrero, y además debemos considerar lo que debe suceder como si hubiese ya sucedido, y no ver más que el presente en el porvenir, puesto que el porvenir no es más que un presente algo más lejano.

—¡Y eso qué! —dijo Kennedy, encogiéndose de hombros—. Tú eres siempre fatalista.

—Fatalista en el buen sentido de la palabra. No nos preocupemos de lo que la suerte nos reserva y no olvidemos jamás nuestro proverbio inglés: «Haga lo que quiera, no se ahogará el que ha nacido para ser ahorcado».

No había nada que responder, lo que no impidió a Kennedy eslabonar una serie de argumentos fáciles de imaginar, pero que sería molesto reproducir aquí.

—Pero, en fin —dijo después de una hora de discusión—, si te empeñas en atravesar el África, si así lo requiere tu felicidad, ¿por qué no tomas los caminos ordinarios?

—¿Por qué? —respondió el doctor, animándose—. ¡Porque hasta ahora todas las tentativas han tenido mal éxito! ¡Porque desde Mungo Park, asesinado en el Níger, hasta Vogel, que desapareció en el Wadai; desde Oudney, muerto en Murmur, y Clepperton, muerto en Sackatou, hasta Maizan, hecho pedazos; desde el mayor Laing, asesinado por los tuareg, hasta Roscher de Hamburgo, degollado a principios del 1860, se han inscrito numerosas víctimas en el martirologio africano! ¡Porque luchar contra los elementos, contra el hambre, la sed, la fiebre, contra los animales feroces y contra tribus más feroces aún, es imposible! ¡Porque lo que no se puede hacer de una manera, debe intentarse de otra! ¡En fin, porque cuando no se puede pasar por en medio, se pasa por un lado, y cuando no, por encima!

—¡Si no se tratase más que de pasar! —replicó Kennedy—. ¡Pero es posible caerse!

—Ello es —repuso el doctor con la mayor sangre fría—, que nada tengo que temer. Ya puedes suponer que yo habré tomado mis precauciones para no temer una caída de mi globo, y, por consiguiente, si éste me faltase, me hallaría en tierra dentro de las condiciones normales de los exploradores; pero mi globo no me faltará; ni siquiera me acuerdo de que pueda faltarme.

—Pues es menester acordarse.

—No, amigo Dick. Yo no pienso separarme de mi globo hasta que haya llegado a la costa occidental de África. Con él todo es posible; sin él quedo expuesto a los peligros y obstáculos naturales de tan difícil expedición; con él ni el calor, ni los torrentes, ni las tempestades, ni el simún, ni los climas insalubres, ni los animales feroces, ni los hombres, pueden inspirarme miedo alguno. Si tengo demasiado calor, subo; si tengo frío, bajo; si encuentro una montaña, la salvo; si un precipicio, lo paso; si un río, lo atravieso; si una tempestad, la domino; si un torrente, lo cruzo como un pájaro. Avanzo sin cansarme, me detengo sin necesidad de reposo. Me cierno sobre las ciudades desconocidas. Vuelo con la rapidez del huracán, tan pronto por las regiones más elevadas de la atmósfera como a cien pasos de tierra, y la costa africana se abre ante mis ojos en el gran atlas del mundo.

El buen Kennedy empezaba a sentirse conmovido y, sin embargo, el espectáculo evocado le producía vértigo. Contemplaba a Samuel con admiración, pero también con miedo; le parecía que estaba ya agitándose en el espacio.

—Veamos —exclamó—; reflexionemos, amigo Samuel. ¿Has, pues, hallado el medio de dar dirección a los globos?

—No, por cierto. Es una utopía.

—Pues entonces irás...

—A donde quiera la Providencia; pero será del este al oeste.

—¿Por qué?

—Porque cuento con valirme de los vientos alisios, cuya dirección es constante.

—¡Es verdad! —dijo Kennedy, reflexionando—. Los vientos alisios...

Seguramente... En rigor, se puede... Algo hay...

—¡Si hay algo! No, amigo mío, hay más que algo. El Gobierno inglés ha puesto un transporte a mi disposición, y está también resuelto que crucen tres o cuatro buques por la costa occidental hacia la época presunta de mi llegada. Dentro de tres meses, todo lo más, me hallaré en Zanzíbar, donde hincharé mi globo, y desde allí nos lanzaremos...

—¿Nos lanzaremos? —exclamó Dick.

—¿Te atreverás a hacerme aún alguna nueva objeción? Habla, amigo Kennedy.

—¡Una objeción! Se me ocurren más de mil; pero, entre otras, dime si tú cuentas conocer el país; si cuentas con subir y bajar a tu albedrío, no lo podrás hacer sin perder tu gas; hasta ahora no se ha podido proceder de otra manera, lo que ha impedido siempre las largas peregrinaciones por la atmósfera.

—Amigo Dick, no te diré más que una cosa: yo no perderé ni un átomo de gas, ni una molécula.

—¿Y bajarás cuando quieras?

—Cuando quiera.

—¿Y cómo?

—El cómo es mi secreto, amigo Dick. Ten confianza, y ahora mi divisa: ¡*Excelsior!*

—Pues bien, ¡*Excelsior!* —respondió el cazador, que, respecto al latín, nunca se las había visto más gordas.

Pero estaba decidido a oponerse por todos los medios posibles a la partida de su amigo. Fingió adherirse a su parecer y se contentó con observar. En cuanto a Samuel, fue a activar sus preparativos.

IV

EXPLORACIONES AFRICANAS — BARTH, RICHARDSON, OVERWEG,
WERNE, BRUN BOLLET, PENEY, ANDREA DEBONO, MIANI,
GUILLAUME LEJEAN, BRUCE, KRAPH Y REBMANN, MAIZAN,
ROSCHER, BURTON Y SPEKE

La línea aérea que el doctor Fergusson se proponía seguir no estaba escogida por capricho; su punto de partida fue cuidadosamente estudiado, y no sin razón se resolvió verificar la ascensión desde la isla de Zanzíbar. Esta isla, situada cerca de la costa oriental de África, se encuentra a 6º de latitud austral, es decir, 430 millas geográficas debajo del ecuador.

De aquella isla acababa de partir la última expedición, enviada por los Grandes Lagos al descubrimiento del nacimiento del Nilo.

Pero bueno es indicar qué exploraciones el doctor Fergusson esperaba enlazar unas con otras. Hay dos principales, la del doctor Barth, en 1849, y las de los tenientes Burton y Speke, en 1858.



El doctor Barth es un hamburgués que obtuvo para sí y para su

compatriota Overweg el permiso de asociarse a la expedición del inglés Richardson, que estaba encargado de una misión en el Sudán.

El Sudán es un vasto país, situado entre los 20º y 10º de latitud Norte, es decir, que para llegar a él es menester penetrar más de 1.500 millas en el interior de África.

Hasta entonces aquella comarca era únicamente conocida por el viaje de Denham, de Clepperton y de Oudney, verificados entre 1822 y 1824. Richardson, Barth y Overweg, ansiosos de llevar más adelante sus investigaciones, llegan a Túnez y a Trípoli, como sus antecesores, y luego a Murzuk, capital del Fezzán. Abandonan entonces la línea recta, y tuercen al oeste, hacia Ghat, guiados, no sin dificultades, por los tuareg. Después de mil escenas de saqueo, vejaciones y ataques a mano armada, su caravana llega en octubre al vasto oasis del Asben. El doctor Barth se separa de sus compañeros, hace una excursión a la ciudad de Agadés, y se incorpora de nuevo a la expedición; la cual vuelve a ponerse en marcha el 12 de diciembre. Llega a la provincia de Damergu, donde los tres viajeros se separan, y Barth, que toma el camino de Kano, llega a este punto a fuerza de paciencia y pagando considerables tributos.

A pesar de una fiebre intensa, deja la ciudad de Kano el 7 de marzo, seguido de un solo criado. El principal objeto de su viaje era reconocer el lago Chad, del cual le separaban aún 350 millas. Avanza, pues, hacia el este y alcanza la ciudad de Zuricolo, en el Bornu, que es el núcleo del gran imperio central de África. Allí sabe de la muerte de Richardson, debida a la fatiga y a las privaciones. Llega a Kuka, capital del Bornu a orillas del lago. Al cabo de tres semanas, el 14 de abril, doce meses y medio después de haber salido de Trípoli, alcanza la ciudad de Ngornu.

Le volvemos a encontrar partiendo el 29 de marzo de 1851, con Overweg, para visitar el reino de Adamaua, al sur del lago, y llega a la ciudad de Yola, algo debajo de los 9º de latitud Norte, que es el límite extremo alcanzado al Sur por tan atrevido viajero.

En agosto vuelve a Kuka, desde donde recorre sucesivamente el Mandara, el Baguirmi y el Kanem y alcanza el este, como límite extremo la ciudad de Mesena, situada a los 17º 20' de longitud Oeste.

El 25 de noviembre de 1852, después de la muerte de Overweg, su último compañero, penetra por el oeste, visita Sokoto, atraviesa el Níger y llega al fin a Tombuctu, donde tiene que estar sufriendo ocho largos meses, en medio de las vejaciones del jeque, de los malos tratos y de la miseria. Pero la presencia de un cristiano en la ciudad no puede tolerarse ya más, y los fellahas amenazan sitiaria. El doctor sale de ella el 17 de marzo de 1854. Busca refugio en la frontera, donde permanece treinta y tres días completamente desnudo; regresa a Kano en noviembre, vuelve a entrar en Kuka, desde donde torna de nuevo al camino de Denham, después de cuatro meses de detención; se traslada a Trípoli a últimos de agosto de 1855, y llega a Londres el 6 de septiembre, después de haber perdido a todos sus compañeros.

He aquí lo que fue el audaz viaje de Barth.

El doctor Fergusson constató que se había detenido a los 4º de latitud Norte y 17º de longitud Oeste.

Veamos ahora lo que hicieron los tenientes Burton y Speke en el África oriental.

Las varias expediciones que remontaron el Nilo no pudieron llegar jamás a su misterioso nacimiento. Según la relación del médico alemán Werne, la expedición intentada en 1840, bajo los auspicios de Mehemed Alí, se detuvo en Gondokoro, entre los 4º y 5º paralelos Norte.

En 1855, Brun Bollet, saboyano, nombrado cónsul de Cerdeña, en el Sudán oriental, en sustitución de Vaudey, a quien mataron las desazones, partió de Kartum, y bajo el seudónimo de Zacub, titulándose traficante de goma y de marfil, llegó a Belenia, más allá del 4º, y regresó enfermo a Kartum, donde murió en 1857.

Ni el doctor Peney, director de hospitales en Egipto, el cual, en un pequeño vapor alcanzó un grado debajo de Gondokoro, y murió extenuado en Kartum; ni el veneciano Miani, que recorriendo las cataratas situadas debajo de Gondokoro, alcanzó el 2º paralelo; ni el negociante maltés Andrea Debono, que llevó más adelante aún su excursión por el Nilo, pudieron traspasar el inaccesible límite.

En 1859, M. Lejean, encargado por el Gobierno francés de una misión especial, se trasladó a Kartum por el mar Rojo y se embarcó en

el Nilo con veintiún hombres de tripulación y veinte soldados; pero no pudo pasar más allá de Gondokoro, y corrió los mayores peligros en medio de los negros insurreccionados. La expedición dirigida por M. D'Escayrac de Lautore intentó también llegar al famoso nacimiento.

El mismo término fatal detuvo siempre a los viajeros. Los enviados de Nerón habían alcanzado el 9º de latitud, y, por consiguiente, en dieciocho siglos no se han ganado más de 5º o 6º, es decir, de 300 a 360 millas geográficas.

Algunos viajeros intentaron llegar al origen del Nilo tomando un punto de partida en la costa oriental del África.

Entre 1768 y 1772 el escocés Bruce salió de Massaua, puerto de Abisinia, recorrió el Tigre, visitó las minas de Axum, vio el nacimiento del Nilo donde no estaba, y, al fin y al cabo, no obtuvo ningún resultado importante.

En 1844, el doctor Kraph, misionero alemán, fundó un establecimiento en Mombasa, en la costa de Zanguebar, y en compañía del reverendo Rebmann descubrió dos montañas a trescientas millas de la costa. Aquellas montañas son los montes Kilimanjaro y Kenia, por los cuales han ascendido en parte Heuglin y Thornton.

En 1845, Maizan desembarcó solo en Bagamoyo, delante de Zanzíbar, y llegó a Beje-la-Mhora, cuyo jefe le hizo perecer entre los más crueles suplicios.

En agosto de 1859, el joven viajero Roscher, natural de Hamburgo, partió con una caravana de mercaderes árabes, y alcanzó el lago Nyassa, donde fue asesinado mientras dormía.

Por último, en 1857, los tenientes Burton y Speke, oficiales ambos del Ejército de Bengala, fueron enviados por la Sociedad de Geografía de Londres para explorar los Grandes Lagos africanos. Salieron de Zanzíbar el 17 de junio, y se encaminaron directamente al oeste.

Después de cuatro meses de padecimientos inauditos, habiéndoles robado los bagajes y muerto las caballerías, llegaron a Kazeh, centro de reunión de los traficantes y de las caravanas. Se hallaron en plena tierra de la Luna, donde recogieron preciosos documentos acerca de las costumbres, gobierno, religión, fauna y flora del país; se dirigieron

después hacia el primero de los grandes lagos, el Tanganika, situado entre 6º y 8º de latitud austral; llegaron a él el 14 de febrero de 1858, y visitaron las diversas tribus de las orillas, en su mayor parte caníbales.

Partieron de allí el 25 de mayo, y regresaron a Kazeh el 20 de junio. En Kazeh, Burton, rendido de fatiga, permaneció enfermo algunos días, durante los cuales, Speke practicó una excursión de más de 300 millas hasta el lago Ukereue, que distinguió el 3 de agosto; pero no pudo ver su embocadura, sino a los 2º 3' de latitud.

El 25 de agosto había regresado a Kazeh, y volvió a tomar con Burton el camino de Zanzíbar, que los dos intrépidos viajeros vieron de nuevo en marzo del año siguiente. Entonces volvieron a Inglaterra, y la Sociedad de Geografía de París les adjudicó su premio anual.

El doctor Fergusson fijó mucho su atención en que los dos exploradores no habían traspasado ni el 2º de latitud austral, ni el 29º de longitud Este. Tratábase, pues, de enlazar las exploraciones de Burton y Speke con las del doctor Barth, lo que equivalía a salvar una extensión de país de más de 12º.

V

SUEÑOS DE KENNEDY — ARTÍCULOS Y PRONOMBRES EN PLURAL
— INSINUACIONES DE DICK — PASEO POR LA COSTA DE ÁFRICA
— LO QUE QUEDA ENTRE LAS DOS PUNTAS DEL COMPÁS —
EXPOSICIONES ACTUALES — SPEKE Y GRANT — KRAPIH,
DE DECKEN, DE HUEGLIN

El doctor Fergusson activaba afanoso los preparativos de su marcha. Él mismo dirigía la construcción de su aeróstato, con ciertas modificaciones acerca de las cuales guardaba un silencio absoluto.

Se había dedicado, desde mucho tiempo atrás, al estudio de la lengua árabe y de varios idiomas mandingos, en los cuales, gracias a su actitud de polígloto, hizo rápidos progresos.

Entretanto, su amigo el cazador no le dejaba ni a sol ni a sombra; porque sin duda temía que el doctor tomase el portante sin decirle una sola palabra, seguía dirigiéndole acerca del particular las arengas más persuasivas, sin persuadir con ellas a Samuel Fergusson, y se deshacía en súplicas patéticas que no conmovían en lo más mínimo el corazón del empedernido Dick; sentía cómo su amigo se le escapaba por momentos de las manos.

El pobre escocés era, en realidad, digno de lástima. No podía mirar sin terror la azulada bóveda del cielo, y al dormirse experimentaba balanceos vertiginosos, y todas las noches se le figuraba, soñando, que se despeñaba de inconmensurables alturas.

Debemos añadir que, durante tan terribles pesadillas, se cayó dos o tres veces de la cama. Su primer cuidado fue mostrar a Fergusson la señal de una fuerte contusión que recibió en la cabeza.

—¡Y, sin embargo —añadió con candor seráfico—, tres pies de altura! ¡No más que tres pies de altura! ¡Y el chichón es como un huevo! ¡Juzga, pues!

Esta insinuación melancólica no conmovió al doctor.

—Nosotros no caeremos —dijo.

—¿Y si caemos?

—No caeremos.

El tono afirmativo del doctor dejó a Kennedy sin respuesta.

Lo que exasperaba muy particularmente a Dick era que el doctor, al parecer, hacía una abnegación perfecta de su personalidad, considerándole como irrevocablemente destinado a ser su compañero aéreo. Eso para el doctor ni siquiera era discutible, y así es que hacía un insoportable abuso del plural del pronombre de la primera persona.

—«Nosotros» vamos adelantando..., «nosotros» estaremos en disposición..., «nosotros» partiremos el día...

Y del singular, del adjetivo de posesión:

—«Nuestro» globo..., «nuestro» esquiife.... «nuestra» exploración...

Y también del plural:

—«Nuestros» preparativos..., «nuestros» descubrimientos..., «nuestras» ascensiones..., «nuestras» exploraciones...

Dick sentía escalofríos, aunque estaba decidido a no marchar; pero no quería contrariar demasiado abiertamente a su amigo. Confesemos, no obstante, que sin darse él mismo cuenta de ello, había hecho venir poco a poco, de Edimburgo, algunos vestidos de caza y sus mejores escopetas.

Un día, después de reconocer que aun teniendo mucha suerte había mil probabilidades contra una de salir mal del negocio, fingió acceder a los deseos del doctor; pero para retardar el viaje todo lo posible y ganar tiempo, endilgó la sarta de escapatorias más variadas. Se cebó evidentemente en la utilidad de la expedición y en su oportunidad... ¿El descubrimiento del origen del Nilo era absolutamente necesario...? ¿Contribuiría en algo al bienestar de la Humanidad...? Cuando al fin y al cabo se consiguiese civilizar a las tribus de África, ¿se las habría hecho más felices? ¿Quién, además, podía asegurar que no estuviese en ellas la civilización más adelantada que en Europa? Nadie. Y, amén de todo, ¿no se podía aún esperar algún tiempo...? Un día u otro se atravesará el África completamente, y de una manera menos azarosa... Dentro de un mes, o de seis, o de un año, algún explorador llegará sin duda...

Estas insinuaciones producían un efecto enteramente contrario en su

objetivo, y aumentaban la impaciencia del doctor.

—¿Quieres, pues, desgraciado Dick, pérfido amigo, que sea para otro la gloria que nos aguarda? ¿Quieres que haga traición a mi pasado? ¿Quieres que retroceda delante de obstáculos de poca importancia? ¿Quieres que pague con cobardes vacilaciones lo que por mí han hecho el Gobierno inglés y la Real Sociedad de Londres?

—Pero... —respondió Kennedy, que estaba poco acostumbrado a esta conjunción.

—Pero —replicó el doctor— ¿no sabes que mi viaje ha de concurrir al éxito de las empresas actuales? ¿Ignoras que nuevos exploradores avanzan hacia el centro de África?

—Sin embargo...

—Óyeme, Dick, y contempla este mapa.

Dick lo miró con resignación.

—Remonta el curso del Nilo —dijo el doctor Fergusson.

—Lo remonto —respondió dócilmente el escocés.

—Llega a Gondokoro.

—Ya he llegado.

Y Kennedy estaba pensando cuán fácil era un viaje semejante... en el mapa.

—Coge una punta de este compás —repuso el doctor—, y apóyala en esta ciudad, de la cual apenas han podido pasar los más audaces.

—Ya está.

—Sigue ahora este paralelo y llega a Kazeh.

—Bien.

—Sube por el 33º de longitud hasta la embocadura del lago Ukereue, en el punto en que se detuvo el teniente Speke.

—Ya estoy. A poco más me voy de cabeza al lago.

—¡Pues bien! ¿Sabes lo que tenemos derecho a suponer según los datos suministrados por las tribus ribereñas?

—No sé nada.

—Pues voy a decírtelo. Este lago, cuya extremidad inferior se halla a los 2º 30' de latitud, debe extenderse igualmente a 2º 50' encima del ecuador.



Dick contemplando el mapa.

—¿De veras?

—Y de esta extremidad septentrional surge una corriente de agua que necesariamente ha de ir a parar al Nilo, o a un afluente del mismo.

—Es cosa curiosa.

—Apoya la segunda punta del compás en esta extremidad del lago

Ukereue.

—Está apoyada.

—¿Cuántos grados cuentas entre los dos puntos? —dijo Fergusson.

—Difícilmente llegan a dos.

—¿Ya sabes cuánto hace todo, Dick?

—No.

—Pues hace apenas 120 millas, es decir, nada.

—Casi nada, Samuel.

—¿Y sabes lo que pasa en este momento?

—¿Yo?

—Voy a decírtelo. La Sociedad de Geografía ha considerado como muy importante la exploración de este lago entrevisto por Speke. Bajo sus auspicios, el teniente, en la actualidad capitán Speke, se ha asociado al capitán Grant, del ejército de las Indias, y se han puesto los dos a la cabeza de una numerosa expedición generosamente subvencionada. Tienen confiada la misión de remontar el lago y volver a Gondokoro. Han recibido una subvención de más de 5.000 libras, y el gobernador de El Cabo ha puesto a su disposición soldados hotentotes. Partieron de Zanzíbar a últimos de octubre de 1860. Al mismo tiempo, el inglés John Patherick, cónsul de S. M. en Kartum, ha recibido del Foreign Office unas 700 libras, y debe tripular un buque de vapor en Kartum, abastecerlo suficientemente, y zarpar para Gondokoro donde aguardará la caravana del capitán Speke, y se hallará en disposición de proporcionarle víveres.

—Bien pensado —dijo Kennedy.

—Ya ves que el tiempo apremia si queremos participar de sus trabajos de exploración. Y hay más aún; mientras hay quien marcha con paso seguro al descubrimiento de los manantiales de que el Nilo es hijo, otros viajeros se dirigen audazmente al corazón de África.

—¿A pie? —contestó Kennedy.

—A pie —repitió el doctor, sin cuidarse de la insinuación—. El doctor Kraph se propone encaminarse al oeste por el Djob, río situado debajo del ecuador. El barón de Decken ha salido de Mombasa, ha reconocido las montañas de Kenia y de Kilimanjaro y penetra en el centro.

—¿A pie también?

—Todos a pie o montados en mulos.

—Para lo que yo quiero significar es exactamente lo mismo —replicó Kennedy.

—En fin —repuso el doctor—, M. de Hueglin, vicecónsul de Austria en Kartum, acaba de organizar una expedición muy importante, cuyo principal objeto es indagar el paradero del viajero Vogel, que en 1853 fue enviado al Sudán para asociarse a los trabajos del doctor Barth. En 1856 salió de Bornu, y resolvió explorar el país desconocido que se extiende entre el lago Chad y el Darfur. Desde entonces no ha reaparecido. Cartas recibidas en Alejandría, en junio de 1860, dicen que fue asesinado por orden del rey de Wadai; pero otras cartas, dirigidas por el doctor Hartmann al padre del viajero, afirman, con referencia a las narraciones de un felletah del Bornu, que Vogel no está más que prisionero en Wara, y, por consiguiente, no están perdidas todas las esperanzas. Bajo la presidencia del duque regente de Sajonia-Coburgo-Gotha, se ha formado una comisión de la que es secretario mi amigo Patermann; se han cubierto los gastos de la expedición con una suscripción nacional en la que han tomado parte muchísimos sabios; M. de Hueglin partió de Massaua en junio, y mientras busca las huellas de Vogel, debe explorar todo el país comprendido entre el Nilo y el Chad, es decir, enlazar las operaciones del capitán Speke con las del doctor Barth. ¡Y entonces África habrá sido cruzada del este al oeste!⁴.

—Y bien —respondió el escocés—, puesto que todo sin nosotros se empalma tan perfectamente, ¿qué vamos a hacer allí?

El doctor Fergusson dio la callada por respuesta, contentándose con encogerse de hombros.

VI

UN CRIADO EXCEPCIONAL — PERCIBE LOS SATÉLITES DE JÚPITER —
CONTROVERSIA DE DICK Y JOE — LA DUDA Y LA CREENCIA —
EL PESO — JOE WELLINGTON — RECIBE MEDIA CORONA

El doctor Fergusson tenía un criado que respondía con diligencia al nombre de Joe. Era de una índole excelente. Su amo, cuyas órdenes obedecía e interpretaba siempre de una manera inteligente, le inspiraba una confianza absoluta y una adhesión sin límites. Era un *caleb*, aun cuando estaba siempre de buen humor y no refunfuñaba; no habría salido tan buen criado si lo hubieran mandado construir expresamente. Fergusson se confiaba enteramente a él para las minuciosidades de su existencia, y hacía perfectamente. ¡Raro y honrado Joe! ¡Un criado que dispone vuestra comida y tiene vuestro mismo paladar; que arregla vuestra maleta y no deja olvidadas las medias ni las camisas; que posee vuestras llaves y vuestros secretos y ni sisa ni murmura!

¡Pero qué hombre era también el doctor para el digno Joe! ¡Con qué respeto y confianza acogía sus decisiones! Cuando Fergusson había hablado, preciso era para responderle haber perdido el juicio. Todo lo que pensaba era justo; todo lo que decía, sensato; todo lo que mandaba, practicable; todo lo que emprendía, posible; todo lo que concluía, admirable. Aunque hubieseis hecho a Joe pedazos, lo que sin duda os habría repugnado, no le habríais hecho modificar en lo más mínimo el concepto que le merecía su amo.

Así es que cuando el doctor concibió el proyecto de atravesar el África por el aire, para Joe la empresa era cosa hecha. No había obstáculos posibles. Desde el momento en que Fergusson había resuelto partir, había llegado con su fiel servidor, porque el buen muchacho sabía bien que él sería uno de los viajeros, aunque nadie le había dicho una palabra.

Él, por otra parte, debía prestar grandes servicios por su inteligencia

y su agilidad. Si hubiese sido preciso nombrar un profesor de gimnasia para los monos del *Zoological Garden*, que no dejan de ser listos, Joe habría indudablemente obtenido la plaza. Saltar, encaramarse, volar, ejecutar mil suertes imposibles eran para él cosa de juego.

Si Fergusson era la cabeza y Kennedy el brazo, Joe debía ser la mano. Había ya acompañado a su amo en varios viajes, y poseía alguna tintura de ciencia apropiada a su manera, pero se distinguía principalmente por una filosofía apacible, un optimismo encantador; todo le parecía fácil, lógico, natural y, por consiguiente, desconocía la necesidad de gruñir o de quejarse.



Retrato de Joe.

Poseía, entre otras cualidades, un poder y una extensión de vista asombrosa. Participaba con Moselin, el profesor de Kepler, de la rara facultad de distinguir sin anteojos los satélites de Júpiter y de contar en el grupo de las Pléyades catorce estrellas, de las cuales las últimas eran nueve veces mayores. No se envanecía por eso; todo lo contrario, saludaba de muy lejos, y en ciertas ocasiones sabía sacar partido de

sus ojos.

Con la confianza que Joe tenía en el doctor, no son de extrañar las incesantes discusiones que se empeñaban entre Kennedy y el digno criado, si bien éste no dejaba nunca de guardar las debidas deferencias.

El uno dudaba, el otro creía; el uno era la previsión que ve siempre claro, el otro la confianza ciega, y el doctor se colocaba entre los dos, es decir, entre la duda y la fe, sin cuidarse ni de una ni de otra.

—¡Pues bien, señor Kennedy! —decía Joe.

—¿Y qué he de decir, muchacho?

—El momento se acerca. Parece que nos embarcamos para la Luna.

—Queréis decir la tierra de la Luna, lo que viene a ser lo mismo; pues tan peligroso es lo uno como lo otro.

—¡Peligroso! ¡Con un hombre como el doctor Fergusson!

—No quisiera matar tus ilusiones, mi querido Joe, pero lo que él trata de emprender es simplemente una locura. No partirá.

—¡No partirá! ¿No habéis, pues, visto su globo en el taller de MM. Mitchell, en el Borough?⁵

—Ni ganas.

—Os perdéis un hermoso espectáculo, señor mío. ¡Qué cosa tan preciosa! ¡Qué corte tan elegante! ¡Qué esquife tan encantador! ¡Estaremos dentro a nuestras anchuras!

—¿Cuentas, pues, con acompañar a tu amo?

—¡Yo! —replicó Joe con convicción—. ¡Yo le acompañaré donde él quiera! ¡Pues no faltaba más! ¡Dejarle ir solo, cuando juntos hemos corrido el mundo!

»¿Quién le sostendría cuando estuviese fatigado? ¿Quién le tendería una mano vigorosa para saltar un precipicio? ¿Quién le cuidaría si cayese malo? No, señor Dick, Joe no faltará nunca a su puesto cerca del doctor, o, por mejor decir, alrededor del doctor Fergusson.

—¡Buen muchacho!

—Además, vos iréis con nosotros —repuso Joe.

—¡Sin duda! —dijo Kennedy—. Os acompañaré para impedir hasta el último momento a Samuel que cometa una locura semejante. Le seguiré, si es preciso, hasta Zanzíbar, a fin de que la mano de un

amigo le detenga en su proyecto insensato.

—No le detendréis, señor Kennedy, salvo vuestro respeto. Mi amo no es un calavera que obre ligeramente; medita mucho tiempo lo que va a emprender, y cuando ha tomado su resolución, no hay quien le apee de ella.

—Lo veremos.

—No alimentéis semejante esperanza. Lo que importa es que vos seáis de la comitiva. Para un cazador como vos, África es un país maravilloso, y por consiguiente no os arrepentiréis de vuestro viaje.

—Dices bien, no me arrepentiré, sobre todo si ese terco cede al fin a la evidencia.

—A propósito —dijo Joe—, ya sabréis que hoy nos pesan.

—¡Cómo! ¿Nos pesan?

—Sin duda vamos a pesarnos los tres: vos, mi amo y yo.

—¿Como jockeys?

—Como jockeys. Para tranquilizaros, no se os hará enflaquecer si sois demasiado pesado.

—Pues yo no me dejaré pesar —dijo el escocés.

—Pero, señor, parece que es necesario para su máquina.

—¿Qué me importa su máquina?

—¡Toma! ¿Y si por falta de cálculos exactos no pudiéramos subir?

—¿Qué más quisiera yo?

—Ved, señor Kennedy, que mi amo va a venir pronto a buscarnos.

—No iré.

—No querréis darle un desaire.

—Se lo daré.

—¡Bueno! —exclamó Joe riendo—. Habláis así porque no está él delante; pero cuando se os diga cara a cara: «Dick (salvo vuestro respeto), Dick, tengo necesidad de conocer exactamente tu peso», iréis, yo os respondo de ello.

—No iré.

En aquel mismo momento entró el doctor en su laboratorio, donde tenía lugar la conversación, y miró a Kennedy, el cual se sintió como encogido.

—Dick —dijo el doctor—, ven con Joe; tengo necesidad de saber

cuánto pesáis los dos.

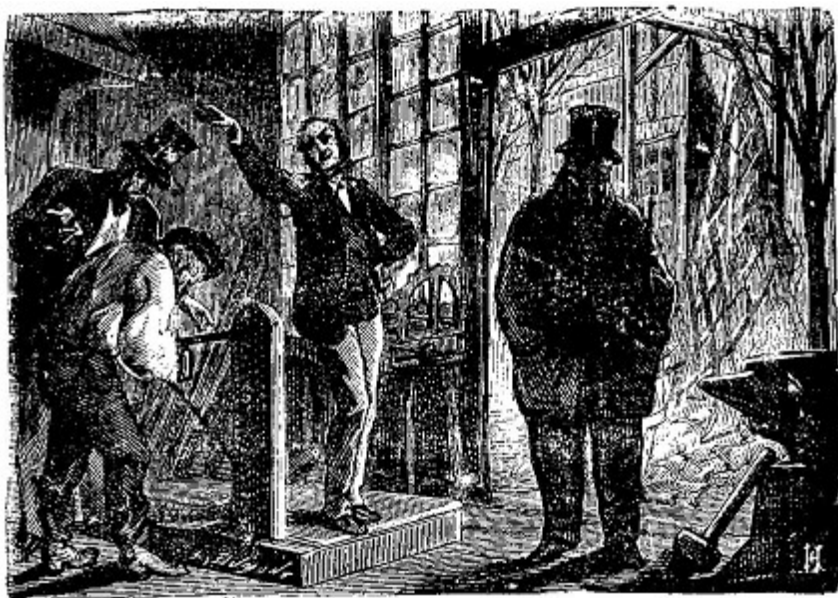
—Pero...

—No tendrás necesidad de quitarte el sombrero. Ven.

Y Kennedy fue con él.

Entraron los tres en el taller de MM. Mitchell, en el que había preparada una de esas balanzas llamadas romanas. Preciso era, efectivamente, que el doctor conociese el peso de sus compañeros para establecer el equilibrio de su aeróstato. Hizo, pues, subir a Dick a la plataforma de la balanza, y Dick, sin oponer ninguna resistencia, dijo a media voz:

—Bueno, bueno, verdaderamente esto no compromete a nada.



—Ciento cincuenta y tres libras —dijo el doctor apuntando este número en su libro de notas.

—¿Peso demasiado?

—No, señor Kennedy —replicó Joe—; y además, yo, en compensación, soy ligero.

Y diciendo esto, Joe tomó con entusiasmo en la plataforma el sitio del cazador, el cual al bajar hizo casi caer la balanza. Joe se colocó en la actitud de Wellington que remeda a Aquiles en la entrada de Hyde Park, y, aunque no llevaba el escudo, estaba magnífico.

—Ciento veinte libras —escribió el doctor.

—¡Bravo! —exclamó Joe.

—Ahora yo —dijo Fergusson, y añadió por propia cuenta ciento treinta y cinco libras.

—Pero, señor —repuso Joe—, si necesario fuese para vuestra expedición, yo, absteniéndome de comer, bien podría disminuir unas veinte libras.

—Es inútil, muchacho —respondió el doctor—; puedes comer cuanto quieras, y toma media corona para que te atraques como te dé la gana.

VII

PORMENORES GEOMÉTRICOS — CÁLCULO DE LA CAPACIDAD
DEL BUQUE — EL AERÓSTATO DOBLE — LA ENVOLTURA —
LA BARQUILLA — EL APARATO MISTERIOSO — LOS VÍVERES
— LA ADICIÓN FINAL

El doctor Fergusson se había ocupado desde hacía mucho tiempo de todos los pormenores de su expedición. Se comprende que el globo, el maravilloso vehículo destinado a transportarle por el aire, fue el objeto de su constante solicitud.

Desde luego, para no dar al aeróstato dimensiones excesivas, resolvió hincharlo con gas hidrógeno, que es catorce veces y media más ligero que el aire. La producción del hidrógeno es fácil, y es el que ha dado en los experimentos aerostáticos resultados más satisfactorios.

El doctor, calculando con la mayor exactitud, encontró que para los objetos que requería indispensablemente su viaje y para su aparato debía llevar un peso de 4.000 libras, y, por consiguiente, fue preciso investigar cuál sería la fuerza ascensional capaz de levantar este peso, y cuál por tanto debía ser la capacidad del aparato.

Un peso de 4.000 libras está representado por un desalojamiento de aire de 44.847 pies cúbicos⁶, lo que equivale a decir 44.847 pies cúbicos de aire, que pesan unas 4.000 libras.

Dando al globo esta capacidad de 44.847 pies cúbicos, y llenándolo en lugar de aire de gas hidrógeno, que por ser catorce veces y media más ligero, sólo pesa 276 libras, resulta una ruptura de equilibrio igual a la diferencia de 3.724 libras. Esta diferencia entre el peso del gas contenido en el globo y el peso del aire circundante constituye la fuerza ascensional del aeróstato.

Sin embargo, si se introdujesen en el globo los 44.847 pies cúbicos de gas de que hablamos, quedaría enteramente lleno, lo que no debe ser, porque a medida que el globo sube a las capas menos densas del

aire, el gas que contiene tiende a dilatarse y no tardaría en romper la envoltura. Así, pues, los globos no se llenan generalmente más que hasta las dos terceras partes.

Pero el doctor, a consecuencia de cierto proyecto que él solo conocía, resolvió no llenar más que la mitad de su aeróstato, y como tenía que llevar 44.847 pies cúbicos de hidrógeno, dio a su globo una capacidad casi doble.

Lo dispuso en una forma prolongada, que se sabe es la preferible. El diámetro horizontal fue de 50 pies y el vertical de 75; así obtuvo un esferoide, cuya capacidad ascendía, en cifras redondas, a 90.000 pies cúbicos.

Si el doctor Fergusson hubiese podido emplear dos globos, se habrían aumentado sus probabilidades de éxito, porque, en efecto, en caso de romperse uno en el aire, se puede, echando lastre, sostener por medio del otro.

Pero la maniobra de dos aeróstatos es muy difícil, cuando se trata de que los dos conserven fuerza de ascensión igual.

Después de haberlo reflexionado largamente, Fergusson, por una disposición ingeniosa, reunió las ventajas de los dos globos evitando sus inconvenientes. Construyó dos de desigual volumen y metió uno dentro de otro. Su globo exterior, el cual conservó las dimensiones que hemos citado, contuvo otro más pequeño de la misma forma, que no tenía más que cuarenta y cinco pies de diámetro horizontal y sesenta y ocho de diámetro vertical. La capacidad de este globo interior no era, pues, más que de 67.000 pies cúbicos. Debía nadar en el fluido que lo envolvía, y de uno a otro globo se abría una válvula que en caso necesario permitía ponerlos en comunicación uno con otro.

Esta disposición tenía la ventaja de que, si era preciso dar salida al gas para bajar, se podía dejar escapar el que contenía el globo mayor y hasta vaciarlo enteramente, dejando al menor intacto. Entonces podía el aeronauta desembarazarse de la cubierta exterior como de un peso inútil, y el segundo aeróstato, quedando solo, no ofrecía al viento el asidero que le dan los globos medio hinchados.

Además, en caso de un accidente, de un destrozo del globo exterior, el otro tenía la ventaja de quedar ileso.

Los dos aeróstatos se construyeron con un tafetán cruzado de Lyon, muy engomado. Al efecto, se empleó la goma elástica, que es una sustancia gomorresinosa, dotada de una impermeabilidad absoluta, y que no atacan los ácidos ni los gases. El tafetán se puso doble en el polo superior del globo, que es el que sufre casi todos los esfuerzos.

Esta envoltura podía retener el fluido por un tiempo ilimitado: Pesaba media libra por cada 9 pies cuadrados, y como la superficie del globo exterior era de unos 11.600 pies cuadrados, su envoltura pesaba 650 libras. La del segundo globo tenía 9.200 pies cuadrados de superficie, y no pesaba por consiguiente más que 510 libras, siendo de 1.160 libras el peso de los dos globos juntos.

La red destinada a soportar la barquilla era de cuerda de cáñamo muy sólida. Las dos válvulas fueron objeto de cuidados minuciosos, como lo hubiera sido el gobernalle de un buque.

La barquilla, de forma circular y de un diámetro de 15 pies, era de mimbre. Estaba reforzada por una ligera armadura de hierro, y revestida en su parte inferior de resortes elásticos destinados a amortiguar los choques. Su peso y el de la red no excedían de 280 libras.

El doctor hizo construir, además, cuatro cajas de palastro de un grueso de dos líneas, unidas entre sí por medio de tubos provistos de llaves. Agregó a ellas una serpentina que tenía unas 2 pulgadas de diámetro, que terminaba en dos ramas rectas de longitud desigual, de las cuales la mayor medía 25 pies y la más corta 15.

Las cajas de hierro batido se acodaron en la barquilla de modo que ocupasen el menor espacio posible. La serpentina, que no tenía que ajustarse hasta más adelante, fue empaquetada separadamente, y lo mismo una pila eléctrica de Bunsen de mucha fuerza. El aparato había sido tan ingeniosamente combinado, que no pesaba más de 700 libras comprendiendo en ellas 25 galones de agua contenidos en una caja especial.

Los instrumentos destinados al viaje consistieron en dos barómetros, dos termómetros, dos brújulas, un sextante, dos cronómetros, un horizonte artificial y un altazimut para medir la altura de los objetos lejanos e inaccesibles. El observatorio de Greenwich estaba todo a

disposición del doctor, el cual no se proponía hacer experimentos de física, sino únicamente reconocer su dirección, y determinar la posición de los principales ríos, montañas y poblaciones.

Se proveyó de tres áncoras de hierro bien experimentadas, e igualmente de una escala de seda ligera y fuerte, de unos 50 pies de longitud.

Calculó igualmente el peso exacto de sus víveres, que consistían en café, té, galletas, carne salada y *pemmican*, que es una preparación que en un pequeño volumen contiene muchos elementos nutritivos. Independientemente de una considerable reserva de aguardiente, dispuso de dos cajas de agua que contenían 22 galones cada una⁷.

A medida que se consumiesen estos varios alimentos, había de ir disminuyendo el peso sostenido por el aeróstato. Es de advertir que el equilibrio de un globo en la atmósfera es de una sensibilidad extremada. La pérdida de un peso casi insignificante basta para producir una dislocación muy apreciable.

El doctor no olvidó ni una tienda para cubrir una parte de la barquilla, ni las mantas para dormir durante el viaje, ni las escopetas con las correspondientes municiones.

He aquí el resumen de sus diferentes cálculos:

Fergusson 135 libras

.

Kennedy 153 ”

.

Joe 120 ”

.

Peso del primer globo 650 ”

.

Peso del segundo globo 510 ”

.

Barquilla y red 280 ”

.

Áncoras, instrumentos, 190 ”

escopetas, mantas, tiendas,

utensilios varios

Carne, pemmican, galletas, té, 386 ”

café, aguardiente		
.		
Agua	400 ”	
.		
Aparato	700 ”	
.		
Peso del hidrógeno	276 ”	
.		
Lastre	200 ”	
.		
	4.000 libras	TOTAL

Así se descomponían las 4.000 libras que el doctor Fergusson se proponía echar a volar, y no llevaba más que 200 libras de lastre, «sólo para casos imprevistos», decía él, porque, gracias a su aparato, no creía tener que recurrir a ellas.

VIII

IMPORTANCIA DE JOE — EL COMANDANTE DEL *RESOLUTE* —
EL ARSENAL DE KENNEDY — ARREGLOS — BANQUETE
DE DESPEDIDA — PARTIDA DEL 21 DE FEBRERO — SESIONES
CIENTÍFICAS DEL DOCTOR — DUVEYRIER, LIVINGSTONE — PORMENORES DEL VIAJE
AÉREO — KENNEDY REDUCIDO AL SILENCIO

El día 10 de febrero tocaban a su fin los preparativos. Los aeróstatos, encerrados uno dentro de otro, estaban en disposición de echar a volar por esos mundos de Dios. Se les sujetó, por vía de ensayo, a una enérgica presión de aire comprimido, con lo que dieron una buena prueba de solidez, y demostraron que se había procedido a su construcción con el mayor esmero.

Joe no cabía en su pellejo de gozo. Iba incesantemente de Greek Street a los talleres de MM. Mitchell siempre atareado y mohíno, pero expansivo, dando espontáneamente noticias del negocio hasta a los que no se las pedían, y estaba sobre todo más hueco que un pavo porque iba a acompañar a su amo. No quisiera levantarle ningún falso testimonio, pero se me antoja que debió de valerle unas cuantas medias coronas el trabajo que se tomaba enseñando el aeróstato, desenvolviendo las ideas y planes del doctor y dando a conocer a su amo por detrás de los cristales de las ventanas, o cuando le veía pasar por la calle. Estaba en su derecho especulando con la admiración y curiosidad de sus contemporáneos.

El 16 de febrero, el *Resolute* ancló delante de Greenwich. Era un buque de hélice de primera marcha, del porte de 800 toneladas, que ya había tenido a su cargo el abastecimiento de la última expedición de sir James Ross a las regiones polares. Pennet, su comandante, pasaba por hombre de muy buen trato, y tenía interés particular en el buen éxito del viaje del doctor, a quien apreciaba desde mucho tiempo. Pennet parecía más un sabio que un soldado, lo que no impedía a su buque llevar cuatro piezas de artillería, que no habían

hecho nunca daño a nadie, y servían solamente para producir los estrépitos más pacíficos del mundo.

Se dispuso la sentina del *Resolute* de modo que se acomodase bien en ella el aeróstato, que fue transportado con las mayores precauciones el día 18 de febrero. Se almacenó de la mejor manera posible para prevenir cualquier accidente, y en presencia misma de Fergusson se estibarón la barquilla y sus accesorios, las áncoras, las cuerdas, los víveres y las cajas de agua que debían llenarse a la llegada.

Se embarcaron diez toneladas de ácido sulfúrico y otras tantas de hierro viejo para obtener gas hidrógeno. Esta cantidad era más que suficiente, pero convenía estar preparado contra las pérdidas posibles. El aparato destinado a producir el gas, compuesto de unos treinta barriles, se colocó en lo más hondo de la sentina.

Estos diversos preparativos terminaron al anochecer del día 18 de febrero. Dos camarotes cómodamente dispuestos aguardaban al doctor Fergusson y a su amigo Kennedy. Este último, al mismo tiempo que juraba y rejuraba que no partiría, se trasladó a bordo con un verdadero arsenal de caza, dos excelentes escopetas de dos cañones, que se cargaban por la recámara, y una carabina de toda confianza de la fábrica de «Purdey, Moore y Dickson», de Edimburgo. Con esta carabina no tenía el gran cazador ningún reparo en poner a la distancia de 2.000 pasos una bala en el ojo de un camello. Llevaba también dos revólveres «Colt» de seis tiros para las necesidades imprevistas, su gran frasco de pólvora, su cartuchera, perdigones y balas en cantidad suficiente, pero sin traspasar los límites prescritos por el doctor.

El día 19 de febrero se acomodaron a bordo los tres viajeros, que fueron recibidos con la mayor distinción por el capitán y sus oficiales. El doctor permaneció siempre frío y sin pensar más que en su expedición; Dick estaba conmovido y no quería aparentar que lo estaba, y Joe brincaba de alegría y hablaba por los codos, llegando a ser muy pronto el bufón de los contramaestres, entre quienes se le había reservado el punto correspondiente.

El día 20 se dio un gran banquete de despedida al doctor Fergusson

y a Kennedy por la Real Sociedad de Geografía. El comandante Pennet y sus oficiales asistieron al festín, que fue muy animado y abundante en libaciones halagüeñas. Se echaban brindis bastante numerosos para asegurar a todos los invitados una longevidad de antiguos patriarcas. Sir Francis M... presidía con una emoción reprimida, pero llena de dignidad.



Joe charlando con los marineros.

Dick Kennedy, con mucha confusión suya, participó en grande de las felicitaciones. Después que se hubo bebido «a la salud del intrépido Fergusson, la gloria de Inglaterra», se bebió «a la salud del no menos

valeroso Kennedy, su audaz compañero».

Dick se puso colorado como un pavo, lo que se tomó por modestia. Aumentaron los aplausos, y Dick se puso más colorado aún.

Llegó a los postres un mensaje de la reina, que cumplimentaba a los viajeros y hacía votos por el éxito de la empresa.

Lo que requirió nuevos brindis «a Su Muy Graciosa Majestad».

A medianoche los convidados se separaron, después de una patética despedida, sazónada con entusiastas apretones de manos.

Las embarcaciones del *Resolute* aguardaban en el puente de Westminster. El comandante tomó en ellas su puesto, acompañado de sus pasajeros y de sus oficiales, y la rápida corriente del Támesis les precipitó hacia Greenwich.

A la una dormían todos a bordo.

Al día siguiente, 21 de febrero, a las tres de la mañana, se calentaron las calderas, a las cinco se levaron las anclas, y el *Resolute*, a impulsos de su hélice, se deslizó hacia la desembocadura del Támesis.

No tenemos necesidad de decir que las conversaciones a bordo no tuvieron más objeto que la expedición del doctor Fergusson. Lo mismo al que le miraba que al que le oía inspiraba una confianza tal, que, a excepción del escocés, nadie ponía ya en duda el éxito de la empresa.

Durante las largas horas de ocio del viaje, el doctor hacía un verdadero curso de geografía en la cámara de los oficiales. Aquellos jóvenes se entusiasmaban con la narración de los descubrimientos hechos durante cuarenta años en África. El doctor les contó las exploraciones de Barth, Burton, Speke y Grant, y les pintó aquella misteriosa comarca entregada en todas direcciones a las investigaciones de la Ciencia. En el norte, el joven Duveyrier exploraba el Sáhara y reconducía a París a los jefes tuareg. Bajo la inspiración del Gobierno francés se preparaban dos expediciones, que, descendiendo del norte y pasando el oeste, debían cruzarse en Tombuctu. En el sur, el infalible Livingstone avanzaba siempre hacia el ecuador, y desde marzo de 1822 remontaba, en compañía de Mackenzie, el río Rovuma. El siglo XIX no concluiría seguramente sin que el África hubiera revelado los secretos que ha tenido guardados en

su seno por espacio de seis mil años.



El entusiasmo de los oyentes de Fergusson subió de punto cuando el doctor les dio a conocer circunstancialmente los preparativos de su viaje. Quisieron todos verificar sus cálculos; discutieron, y el doctor entró en la discusión con toda franqueza.

En general, asombraba a todos la cantidad relativamente escasa de víveres con que contaba. Un día, uno de los oficiales le interrogó acerca del particular.

—¿Eso os sorprende? —preguntó Fergusson.

—Sin duda.

—¿Cuánto, pues, suponéis que ha de durar mi viaje? ¿Meses enteros? Estáis en un error; si se prolongase, estaríamos perdidos, no llegaríamos nunca. Sabed, pues, que no hay que recorrer más que unas tres mil quinientas millas, poned cuatro mil, de Zanzíbar a la costa del Senegal. Pues bien, haciendo doscientas cuarenta millas por cada doce horas, lo que no llega ni con mucho a la velocidad de nuestros caminos de hierro, si viajo día y noche, bastarán siete días para atravesar el África.

—Pero entonces nada podréis ver, ni levantar planos geográficos, ni

reconocer el país.

—¿Cómo? —respondió el doctor—. Si soy dueño de mi globo, si subo o bajo a mi arbitrio, me detendré cuando me parezca bien, sobre todo cuando corra peligro de que me arrastren corrientes demasiado violentas.

—Y encontraréis de esas corrientes —dijo el comandante Pennet—; hay huracanes que hacen más de doscientas cincuenta millas por hora.

—Ya lo veis —replicó el doctor—, con una rapidez tal atravesaría el África en doce horas; me levantaría en Zanzíbar y me acostaría en San Luis.

—Pero, ¿acaso —repuso el oficial— podría un globo ser arrastrado por una velocidad semejante?

—Es cosa que se ha visto —respondió Fergusson.

—¿Y resistió el globo?

—Perfectamente. Era en la época de la coronación de Napoleón en 1804. El aeronauta Garnerin levantó en París, a las once de la noche, un globo, con la siguiente inscripción en letras de oro: «París, 25 frimario año XIII, coronación del emperador Napoleón por S. S. Pío VII». Al día siguiente, a las cinco de la mañana, los habitantes de Roma veían el mismo globo balanceándose sobre el Vaticano, recorrer la campiña romana y caer en el lago de Braciano. Así, pues, señores, un globo puede resistir a tan considerable velocidad.

—Un globo, sí, pero un hombre... —balbuceó tímidamente Kennedy.

—¡Pero un hombre también! Porque un globo está siempre inmóvil respecto al aire que le circunda; no es él quien anda, sino el aire mismo. Encended una vela en vuestra barquilla, y la llama no oscilará siquiera. Un aeronauta que se hubiese hallado en el globo de Garnerin no habría por su velocidad sufrido absolutamente nada. Además, yo no trato de experimentar una rapidez semejante, y si puedo durante la noche clavar el ancla en algún árbol o en algún accidente del terreno, no dejaré de hacerlo. Llevamos víveres para dos meses, y nada impedirá a nuestro insigne cazador proporcionarnos caza en abundancia cuando tomemos tierra.

—¡Ah! ¡Señor Kennedy! ¡Vais a dar golpes maestros! —dijo un joven *midshipman* mirando al escocés con ojos de envidia.

—Sin contar —repuso otro— con que a vuestro placer se asociará una gran gloria.

—Señores —respondió el cazador—, soy muy sensible... a vuestros cumplidos..., pero no me corresponde aceptarlos...

—¡Cómo! —exclamaron todos—. ¿No partiréis?

—No partiré.

—¿No acompañaréis al doctor Fergusson?

—No sólo no le acompañaré, sino que mi presencia aquí no tiene más objeto que detenerle hasta el último momento.

Todas las miradas se dirigieron al doctor.

—No le hagáis caso —respondió con calma—. Es un asunto que no se debe discutir con él; él, en el fondo, ya sabe perfectamente que partirá.

—¡Por san Patricio! —exclamó Kennedy—. Juro...

—No jures nada, amigo Dick; estás medido, aforado, pesado, tú y tu pólvora, tus escopetas y tus balas; no hablemos más del asunto.

Y de hecho, desde aquel día hasta la llegada a Zanzíbar, Dick no dijo esta boca es mía. No habló ni del asunto, ni de ninguna otra cosa. Calló.

IX

SE DOBLA EL CABO — EL CASTILLO DE PROA — CURSO DE
COSMOGRAFÍA POR EL PROFESOR JOE — DE LA DIRECCIÓN
DE LOS GLOBOS — DE LA INVESTIGACIÓN DE LAS CORRIENTES
ATMOSFÉRICAS — ¡EUREKA!

El *Resolute* avanzaba rápidamente hacia el cabo de Buena Esperanza. El tiempo se mantenía sereno, aunque el mar se picó un poco. El 30 de marzo, veintisiete días después de la salida de Londres, se perfiló en el horizonte la montaña de la Mesa. La ciudad de El Cabo, situada al pie de un anfiteatro de colinas, apareció a lo lejos, y muy pronto el *Resolute* ancló en el puerto. Pero el comandante no hacía allí escala sino para proveerse de carbón, lo que fue cosa de un día, y al siguiente el buque se inclinó al sur para doblar la punta meridional de África y entrar en el canal de Mozambique.

No era aquél el primer viaje por mar que hacía Joe, y así es que no tardó en hallarse a bordo como en su propia casa. Todos le querían bien por su franqueza y su buen humor. En él refluía en gran parte la celebridad de su amo. Era escuchado como un oráculo, y no desacertaba más que otro cualquiera.

Mientras el doctor proseguía el curso de sus descripciones en la cámara de los oficiales, Joe se despachaba a su gusto en el castillo de proa, y hacía historia a su manera, procedimiento seguido por los más eminentes historiadores de todos los tiempos.

Se trataba, como era natural, del viaje aéreo. Joe consiguió, no sin trabajo, que aceptasen la empresa los espíritus recalcitrantes; pero una vez aceptada, la imaginación de los marineros, estimulada por las relaciones de Joe, no reconoció nada que fuese imposible.

El ameno narrador persuadía a su auditorio de que después de aquel viaje emprenderían otros muchos. Aquél no era más que el primer eslabón de una larga serie de empresas sobrehumanas.

—Creedme, camaradas; cuando se ha tomado el gusto a este género

de locomoción, no se puede prescindir de él, y así es que en nuestra próxima expedición, en lugar de ir de lado, iremos derechos adelante, subiendo siempre.

—¡Bueno! —dijo un oyente maravillado—. Entonces llegaréis a la Luna.

—¡A la Luna! —respondió Joe con desdén—. No, por cierto, eso es demasiado común. A la Luna va todo el mundo. Además, allí no hay agua, y hay necesidad de llevar provisiones enormes, y hasta atmósfera en frascos, por poco interés que se tenga en respirar.

—¡Con tal que haya gin! —dijo un marinero muy aficionado a esta bebida.

—Tampoco, camarada. ¡No! Nada de Luna, nos pasearemos por esas hermosas estrellas, por esos encantadores planetas de que tantas veces me ha hablado mi amo. Visitaremos primero Saturno...

—¿El que tiene un anillo? —preguntó el contraamaestre.

—Sí, un anillo nupcial. Sólo que no sabe el paradero de su mujer.

—¡Cómo! ¿Tan alto iréis? —dijo un grumete, atónito—. ¿Es, pues, el diablo vuestro amo?

—¡El diablo! ¡Es demasiado bueno para diablo!

—¿Y después de Saturno? —preguntó uno de los más impacientes del auditorio.

—¿Después de Saturno? Haremos una visita a Júpiter, que es un pícaro país en el que los días no son más que de nueve horas y media, lo que es cómodo para los perezosos, y cada año dura doce años, lo que es ventajoso para los que no tienen más que seis meses de vida. ¡Eso prolonga algo su existencia!

—¿Doce años? —repuso el grumete.

—Sí, chiquillo, en aquella comarca tú mamarías aún, y alguno entre nosotros que frisa en los cincuenta, sería un muñeco de cuatro años y medio.

—¡No puede ser! —exclamaron unánimes todos los hombres de proa.

—Es la pura verdad —dijo Joe con aplomo—. Pero ¿qué queréis? Cuando uno se empeña en vegetar en este mundo, no aprende nada, y permanece ignorante, como una marsopa. ¡Pasead un poco por Júpiter

y veréis! ¡Es menester, sin embargo, allí arriba, no hacer calaveradas, porque hay satélites que no son cómodos!

Y todos reían, pero todos le creían hasta cierto punto. Y él les hablaba de Neptuno, donde los marineros son muy bien recibidos, y de Marte, donde los militares privan, lo que al fin y al cabo no es muy bueno. En cuanto a Mercurio, es un pícaro país de ladrones y mercaderes que se parecen tanto unos a otros que difícilmente se les distingue. De Venus les hacía un cuadro verdaderamente encantador.

—Y cuando volvamos de esta expedición —dijo el ameno narrador— se nos condecorará con la Cruz del Sur, que brilla allá arriba en el ojal del buen Dios.

—¡Y bien merecida la tendréis! —dijeron los marineros.

Así, en alegres pláticas, se deslizaban las largas tardes en el castillo de proa. Y entretanto las conversaciones instructivas del doctor seguían su camino.

Un día se hablaba de la dirección de los globos, y se suplicó a Fergusson que diese acerca del particular su parecer.

—Yo no creo —dijo— que se pueda llegar a dar dirección a los globos. Conozco todos los sistemas que se han ensayado o ideado, y ni uno solo es practicable. Ya comprenderéis que me habré ocupado algo de esta cuestión, que es para mí de un interés capital; pero no he podido resolverla con los medios suministrados por los conocimientos actuales de la mecánica. Sería preciso descubrir un agente motor de un poder extraordinario y de una ligereza imposible. Y aun así no sería dado contrarrestar las corrientes de alguna importancia. Además, hasta ahora, se ha pensado más en dirigir la barquilla que el globo; lo que es una falta.

—Hay, sin embargo —replicó un oficial—, grandes relaciones entre un aeróstato y un buque, y éste es dirigido por la voluntad del hombre.

—No —respondió el doctor Fergusson—; hay muy pocas relaciones o ninguna. El aire es infinitamente menos denso que el agua, en la cual el buque no se sumerge más que hasta cierto punto, al paso que el aeróstato se abisma todo en la atmósfera, y permanece inmóvil relativamente al fluido circundante.

—¿Creéis, pues, que la ciencia aerostática ha dicho ya su última palabra?

—¡No tanto! ¡No tanto! Es preciso buscar otra cosa, y ya que no se puede dirigir un globo, mantenerlo al menos en las corrientes atmosféricas favorables. Éstas, a medida que se sube, van haciéndose más uniformes, no hallándose ya perturbadas por los valles y montañas que desigualan la superficie del globo, y ya sabéis que estas desigualdades son la principal causa de las variaciones del viento y de la energía de su siglo. Una vez determinadas estas zonas, el globo no tendrá más que hacer que colocarse en las corrientes que le convengan.

—Pero, entonces —repuso el comandante Pennet—, es menester para alcanzarlas subir o bajar incesantemente. He aquí la verdadera dificultad, mi querido doctor.

—¿Por qué, mi querido comandante?

—Entendámonos; la dificultad será para los largos viajes, no para los simples paseos aéreos.

—¿Y la razón?

—Porque no subís sino con la condición de desprenderos del lastre, ni bajáis sino con la condición de perder gas, y con tanto subir y bajar vuestras provisiones de gas y de lastre se agotarán muy pronto.

—He aquí toda la cuestión, amigo Pennet. He aquí la única dificultad que debe procurar allanar la Ciencia. No se trata de dar dirección a los globos; trátase de moverlos de arriba abajo sin gastar este gas que es su fuerza, su sangre, su alma, si es lícito hablar así.

—Tenéis razón, mi querido doctor, pero es una dificultad aún no resuelta, un medio que no se ha encontrado.

—Perdonad, se ha encontrado.

—¿Quién lo ha encontrado?

—¡Yo!

—¿Vos?

—Bien podéis comprender que de otro modo no me aventuraría a atravesar el África en un globo. ¡A las veinticuatro horas me quedaría sin gas!

—Pero ¿no habéis hablado de eso en Inglaterra?

—¿Para qué? Yo no trataba de hacerme discutir en público, por parecerme la discusión inútil. He hecho secretamente experimentos preparatorios, y he quedado de ellos satisfecho. No tenía necesidad de más.

—Y bien, mi querido Fergusson, ¿habría imprudencia en preguntaros vuestro secreto?

—Ninguna, señores; el medio es muy sencillo, y voy a manifestároslo ahora.

El auditorio redobló su atención, y el doctor tomó tranquilamente la palabra en los siguientes términos:

X

ENSAYOS ANTERIORES — LAS CINCO CAJAS DEL DOCTOR —

LA CÁNULA DE GAS — EL CALORÍFERO —

MANERA DE MANIOBRAR — ÉXITO INFALIBLE

Se ha intentado, señores, muchas veces subir o bajar arbitrariamente sin perder el gas o el lastre de un globo. Un aeronauta francés, Monsieur Mounier, quería alcanzar este objeto comprimiendo aire en un receptáculo interior. Un belga, el doctor Van Hecke, por medio de alas y palos, desplegaba una fuerza vertical que en la mayor parte de los casos habría sido insuficiente. Los resultados prácticos obtenidos por estos distintos medios han sido insignificantes.

»Yo he resuelto abordar la cuestión con más franqueza. Desde luego suprimo completamente el lastre, no siendo que me obligue a recurrir a él algún caso de fuerza mayor, como, por ejemplo, la rotura de mi aparato, o la necesidad de elevarme instantáneamente para evitar un obstáculo imprevisto.

»Mis medios de ascensión y descenso consisten únicamente en dilatar o comprimir por medio de distintas temperaturas el gas encerrado dentro del aeróstato. Y he aquí cómo obtengo este resultado.

»Habéis visto embarcar con la barquilla algunas cajas cuyo uso desconocéis sin duda. Estas cajas son en número de cinco.

»La primera contiene unos veinte galones de agua, a la cual añadido algunas gotas de ácido sulfúrico para aumentar su conductibilidad, y la descompongo por medio de una enérgica pila de Bunsen. El agua, como sabéis, se compone de dos volúmenes de gas hidrógeno y un volumen de gas oxígeno.

»Este último, bajo la acción de la pila, pasa por un polo positivo a una segunda caja. Otra tercera, colocada encima de la segunda, y de doble capacidad, recibe el hidrógeno que llega por el polo negativo.

»Dos espitas, de las cuales la una tiene doble abertura que la otra,

ponen en comunicación estas dos cajas con otra, que es la cuarta, y se llama caja de mezcla. En ella, en efecto, se mezclan los dos gases procedentes de la descomposición del agua. La capacidad de esta caja de mezcla viene a ser de cuarenta y un pies cúbicos⁸.

»En la parte superior de esta caja hay un tubo de platino, provisto de una llave.

»Ya habréis comprendido, señores, que el aparato que os describo es simplemente una mezcla de gas oxígeno e hidrógeno, cuyo calor excede al del fuego de una fragua.

»Paso ahora a la segunda parte del aparato.

»De la parte inferior de mi globo, que está herméticamente cerrado, arrancan dos tubos separados por un pequeño intervalo. El uno nace de en medio de las capas superiores del gas hidrógeno, y el otro del centro de las inferiores.

»Estos dos tubos están provistos de trecho en trecho de recias articulaciones de caucho, que les permiten prestarse a las oscilaciones del aeróstato.

»Bajan los dos hasta la barquilla, y se pierden en una caja cilíndrica de hierro, llamada caja de calor, la cual, en sus dos extremidades, está cerrada por dos fuertes discos del mismo metal.

»El tubo salido de la región inferior del globo pasa a la caja cilíndrica por el disco inferior, y, penetrando en él, afecta entonces la forma de un cono serpentino helicoidal cuyos anillos sobrepuestos ocupan casi toda la altura de la caja. Antes de salir, la serpentina pasa a un pequeño cono, cuya base cóncava, en forma de birrete esférico, se dirige hacia abajo.

»Por el vértice de este cono sale el segundo tubo, y se traslada, como he dicho, a las partes superiores del globo.

»El birrete esférico del pequeño cono es de platino, para que no lo toque la acción del soplete, pues éste se halla colocado en el fondo de la caja de hierro, en el centro de la serpentina helicoidal, y la extremidad de su llama roza ligeramente el birrete.

»Todos sabéis, señores, lo que es un calorífero destinado a calentar las habitaciones, y sabéis también cómo obra. El aire de la habitación está obligado a pasar por los tubos, y vuelve con una temperatura más

elevada. El aparato que acabo de describiros no es en realidad más que un calorífero.

»¿Qué pasa entonces? Encendido el soplete, el hidrógeno de la serpentina y del cono cóncavo se calienta, y sube rápidamente por el tubo que lo conduce a las regiones superiores del aeróstato. Se forma debajo del vacío, y atrae el gas de las regiones inferiores que se calienta a su vez, y es continuamente remplazado. Así se establece entre los tubos y la serpentina una corriente sumamente rápida de gas que sale del globo y vuelve a él calentándose incesantemente.

»Los gases por cada grado de calor aumentan $1/480$ de su volumen. Si yo fuerzo, pues, 18° la temperatura, el hidrógeno del aeróstato dilatará $18/480$, o 1.614 pies cúbicos¹⁰, y, por consiguiente, desalojará 1.614 pies cúbicos de aire más, lo que, aumentando en 1.600 libras su fuerza ascensional, equivaldrá a un desprendimiento de lastre de igual peso. Si aumento en 180° ¹¹ la temperatura, el gas experimentará una dilatación de $480/480$, desalojará 16.740 pies cúbicos más, y aumentará en 1.600 libras su fuerza de ascensión.

»Ya veis, señores, que puedo fácilmente obtener desequilibrios considerables. El volumen del aeróstato ha sido calculado de manera que, estando medio hinchado, desaloje un peso de aire exactamente igual al de la envoltura del hidrógeno y al de la barquilla con los viajeros y todos los accesorios. A este punto de hinchazón, se halla en exacto equilibrio con el aire, sin subir ni bajar.

»Para verificar la ascensión, doy al gas una temperatura superior a la temperatura ambiente, por medio del soplete. Con este exceso de calor, el globo obtiene una tensión más fuerte, aumenta su hinchazón y sube tanto más cuanto más dilato yo el hidrógeno.

»El descenso se hace naturalmente moderando el calor del soplete y dejando enfriar la temperatura. La ascensión será, pues, generalmente mucho más rápida que el descenso, lo que es una buena circunstancia, pues yo no puedo tener nunca interés en bajar rápidamente, y para evitar los obstáculos puedo tenerlo muy grande en que sea muy pronta mi marcha ascensional. Los peligros están abajo, no arriba.

»Además, como os he dicho, tengo cierta cantidad de lastre que me permitirá elevarme con más prontitud aún en caso necesario. Mi

válvula, situada en el polo superior del globo, no es más que una válvula de seguridad. El globo conserva siempre su misma carga de hidrógeno, siendo las variaciones de temperatura que yo produzco en el gas cerrado las que proveen a todos sus movimientos de ascensión y descenso.

»Ahora, señores, añadiré una circunstancia práctica.

»La combustión del hidrógeno y del oxígeno en la punta del soplete produce únicamente vapor de agua. He dotado por lo mismo la parte inferior de la caja cilíndrica de hierro de un tubo de desprendimiento con válvula que funciona a menos de dos atmósferas de presión, y, por consiguiente, desde el momento en que llega a esta tensión, el vapor se escapa por sí mismo.

»He aquí ahora guarismos muy exactos.

»Veinticinco galones de agua descompuesta en sus elementos constitutivos dan doscientas libras de oxígeno o veinticinco libras de hidrógeno. Esto representa, a la tensión atmosférica, 1.890 pies cúbicos¹² del primero, y 3.780 pies cúbicos¹³ del segundo; total, 5.670 pies cúbicos de mezcla¹⁴.

»La espita de mi soplete, enteramente abierta, consume veintisiete pies cúbicos¹⁵ por hora, con una llama que es por lo menos diez veces más activa que la de los mayores faroles de alumbrado. Por término medio, pues, para mantenerme a una altura poco considerable, no quemaré más que nueve pies cúbicos por hora¹⁶, por lo que mis veinticinco galones de agua representan seiscientas treinta horas de navegación aérea, algo más de veinte días.

»Y como puedo bajar a mi arbitrio, y reservar por el camino mi provisión de agua, mi viaje puede prolongarse indefinidamente.

»He aquí mi secreto, señores. Es sencillo, y, como todas las cosas sencillas, no puede dejar de tener buen éxito. La dilatación y la contracción del gas del aeróstato, tal es mi medio, que no exige ni alas que embarazar, ni motor mecánico. Un calorífero para producir las variaciones de temperatura y un soplete para calentarlo, eso no es incómodo ni pesado.

»Creo, pues, haber reunido todas las condiciones de buen éxito.

Así terminó su discurso el doctor Fergusson, y fue cordialmente

aplaudido. No había objeción alguna que hacer, todo estaba previsto y resuelto.

—Sin embargo —dijo el comandante—, el ensayo puede ser peligroso.

—¿Qué importa —respondió sencillamente el doctor— si es practicable?

XI

LLEGADA A ZANZÍBAR — EL CÓNSUL INGLÉS — MALAS
DISPOSICIONES DE LOS HABITANTES — LA ISLA DE KUMBENI
— LOS FORJADORES DE LLUVIA — HINCHAZÓN DEL GLOBO —
PARTIDA PARA EL 18 DE ABRIL — ÚLTIMO ADIÓS — EL *VICTORIA*

El viento constantemente favorable había acelerado la marcha del *Resolute* hacia el lugar de su destino. La navegación del canal de Mozambique fue particularmente pacífica. La travesía marítima era un buen presagio de la aérea. Todos deseaban llegar pronto, y ayudar al doctor Fergusson en sus últimos preparativos.

Llegó, al fin, el buque a la vista de la ciudad de Zanzíbar, situada en la isla del mismo nombre, y el 15 de abril, a las once de la mañana, ancló en el puerto.

La isla de Zanzíbar pertenece al imán de Mascate, aliado de Francia y de Inglaterra, y es indudablemente la más bella de sus colonias. El puerto recibe muchos buques de las comarcas vecinas.

La isla está separada de la costa africana por un canal, cuya mayor anchura no pasa de 30 millas.

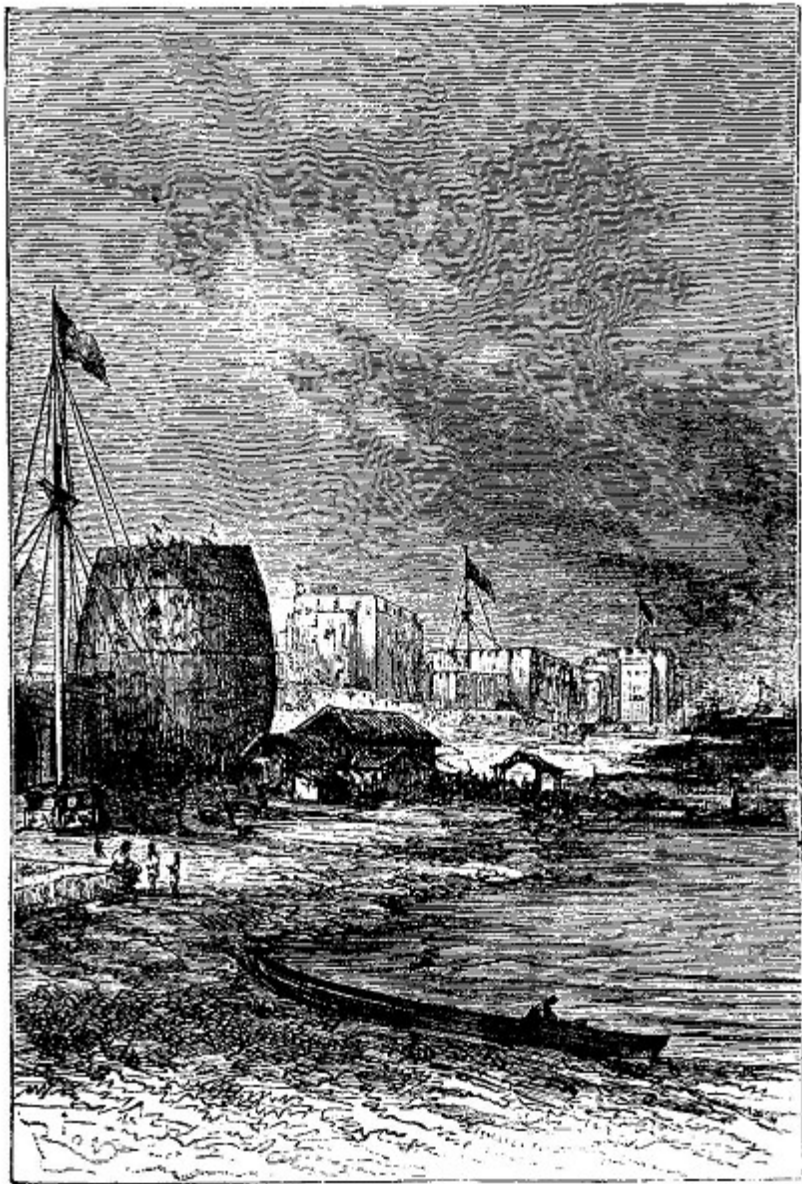
Hace un gran tráfico de caucho, marfil y sobre todo, de ébano y carbón, porque Zanzíbar es un gran mercado de esclavos. Allí se concentra todo el botín conquistado en las batallas que los jefes del interior se dan incesantemente. El tráfico se extiende a toda la costa oriental, y hasta bajo las latitudes del Nilo, y M. G. Lejean ha visto allí tratar abiertamente a la sombra del pabellón francés.

Apenas llegó el *Resolute*, el cónsul inglés de Zanzíbar pasó a bordo y se puso a disposición del doctor, de cuyos proyectos le habían tenido al corriente durante un mes los periódicos de Europa. Pero hasta entonces había formado parte de la numerosa falange de los incrédulos.

—Dudaba —dijo tendiendo la mano a Samuel Fergusson—, pero ahora ya no dudo.

Ofreció su propia casa al doctor, a Dick Kennedy y, naturalmente, al bravo Joe.

Por el cónsul tuvo el doctor conocimiento de varias cartas que había recibido del capitán Speke. El capitán y sus compañeros habían tenido que pasar mucha hambre y muchos contratiempos antes de llegar al país de Ugogo. No avanzaban sino con una gran dificultad y no pensaban poder dar noticias inmediatas de su situación y paradero.



Vista de Zanzíbar.

—He aquí peligros y privaciones que nosotros sabremos evitar — dijo el doctor.

Los bagajes de los tres viajeros fueron trasladados a la casa del cónsul. Se empezaron a tomar disposiciones para desembarcar el globo en la playa de Zanzíbar. Había cerca del asta de la bandera de señas

un sitio favorable, junto a una enorme construcción que le hubiera puesto a cubierto de los vientos del este. Era una gran torre, semejante a un tonel inmenso, junto al cual la baliza de Heidelberg no habría sido más que un barril insignificante. La tal torre servía de fuerte, y en su plataforma estaban de centinela algunos beluchíes, armados de lanzas, especie de soldados haraganes y vocingleros.

Pero el cónsul tuvo aviso de que la población de la isla trataba de oponerse al desembarco del aeróstato. No hay nada tan ciego como las pasiones fanatizadas. La noticia de la llegada de un cristiano que debía subir por el aire fue recibida con indignación, y los negros, ya conmovidos por los árabes, vieron en este proyecto intenciones hostiles a su religión, figurándose que se dirigía contra el Sol y la Luna, que son objeto de veneración para las tribus africanas. Se resolvió, pues, oponerse a una expedición tan sacrílega.

El cónsul conferenció acerca del particular con el doctor Fergusson y el comandante Pennet. Éste no quería retroceder delante de las amenazas; pero su amigo le hizo entrar en razón.

—Ya sé —le dijo— que en definitiva nos meteríamos a esa gente en un puño, y en caso necesario los mismos soldados del imán nos prestarían auxilio; pero, mi querido comandante, un accidente es fácil y bastaría un golpe cualquiera para causar al globo una avería irreparable que comprometiera el viaje irremisiblemente. Es, pues, preciso, que andemos con pies de plomo.

—¿Qué haremos, pues? Si desembarcamos en la costa de África, tropezaremos con las mismas dificultades. Veamos, pues, lo que se hace.

—Es muy sencillo —respondió el cónsul—. Ved aquellas islas situadas más allá del puerto, desembarcad en una de ellas vuestro aeróstato, rodeaos de un cuadro de marineros, y no correréis ningún riesgo.

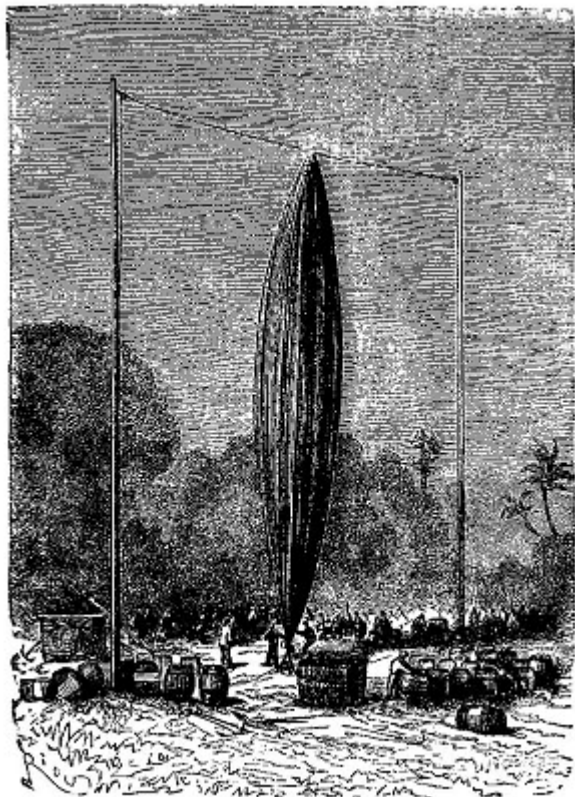
—Perfectamente —dijo el doctor—. Y allí podremos con toda libertad concluir nuestros preparativos.

El comandante aprobó el consejo. El *Resolute* se acercó a la isla de Kumbeni, y en la madrugada del 16 de abril el globo fue puesto en seguridad en un raso de uno de los muchos bosques de que está allí

erizada la tierra.

Se fijaron en el suelo a la distancia de unos 80 pies uno de otro dos palos, cuya elevación era de 80 pies también, y un juego de poleas fijas en su extremidad permitió levantar el aeróstato por medio de un cable transversal. El globo estaba entonces enteramente deshinchado. El globo interior estaba unido al vértice del exterior, de modo que subían los dos a un mismo tiempo.

En el apéndice inferior, de uno y otro, se fijaron los dos tubos de introducción del hidrógeno.



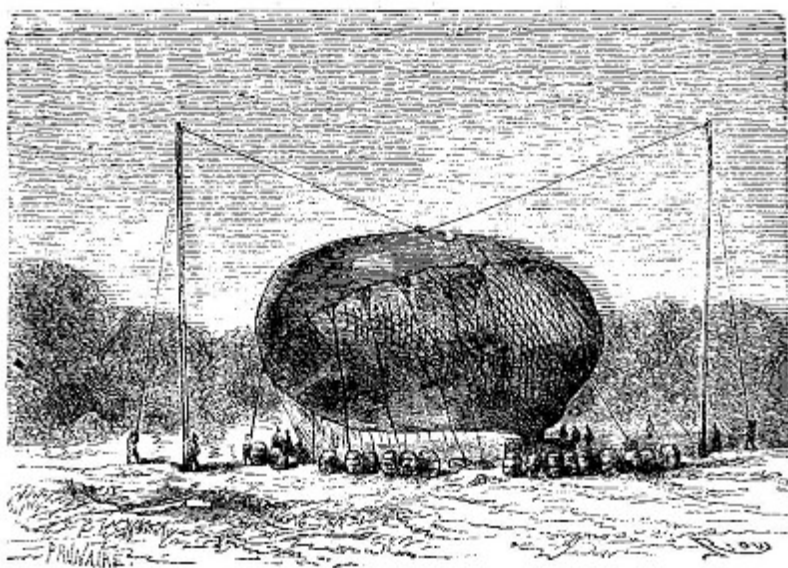
El día 17 se invirtió en disponer el aparato destinado a producir el gas, el cual se componía de 30 toneles, en los que se verificaba la descomposición del agua por medio de pedazos de hierro viejo y ácido sulfúrico metidos en una gran cantidad de agua. El hidrógeno pasaba a un gran tonel central después de haberse lavado al paso, y desde allí subía por los tubos de introducción a los dos aeróstatos. De esta

manera uno y otro se llenaban de una cantidad de gas perfectamente determinada.

Para esta operación fue preciso echar mano de 1.866 galones¹⁷ de ácido sulfúrico, 16.050 libras de hierro¹⁸ y 966 galones de agua¹⁹.

Esta operación empezó hacia las tres de la mañana del día siguiente y duró ocho horas. Al otro día el aeróstato, cubierto con su red, se balanceaba graciosamente encima de la barquilla, sostenido por un gran número de sacos llenos de tierra. Se montó con el mayor cuidado el aparato de dilatación, y los tubos que salían del aeróstato se adaptaron a la caja cilíndrica.

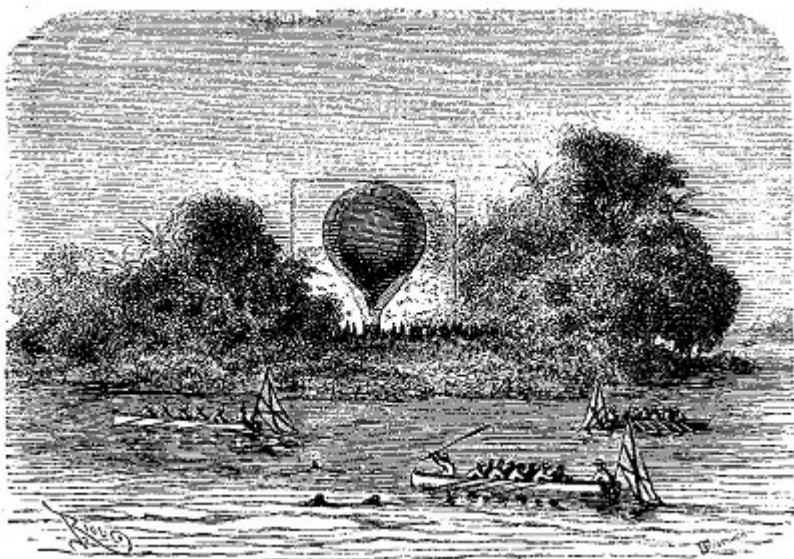
Las áncoras, las cuerdas, los instrumentos, las mantas de viaje, los víveres y las armas ocuparon en la barquilla el puesto que tenían designado, y la aguada se hizo en Zanzíbar. Las 200 libras de lastre se distribuyeron entre cincuenta sacos colocados en el fondo de la barquilla, pero al alcance de la mano.



A cosa de las cinco de la tarde, terminaron estos preparativos. Hubo sin cesar alrededor de la isla centinelas vigilantes, y las embarcaciones del *Resolute* no dejaron un momento de surcar el canal.

Los negros seguían manifestando su cólera con gritos, gestos y contorsiones. Los hechiceros recorrían los grupos irritados y acababan

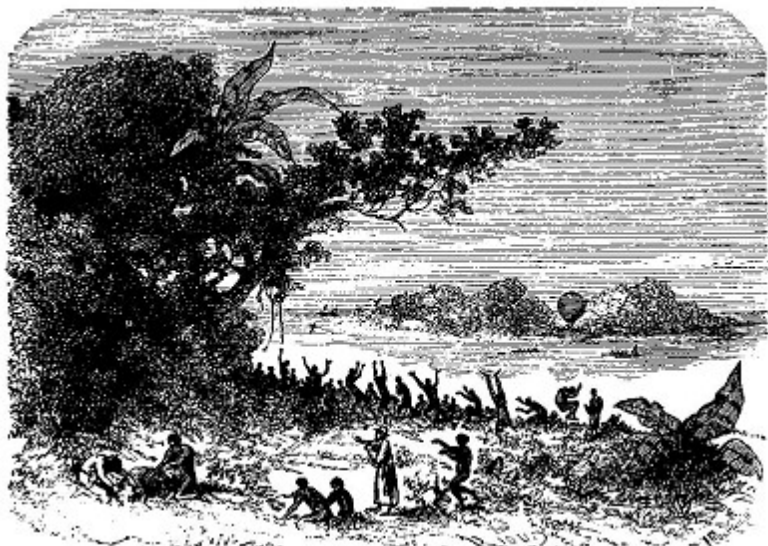
de exasperar los ánimos; algunos fanáticos trataron de ganar la isla anclado, pero se les rechazó fácilmente.



Entonces empezaron los sortilegios y los encantamientos; los fraguadores de lluvia, que pretendían hacerse obedecer de las nubes, llamaron a los huracanes y al granizo, pidiéndoles auxilio, y cogieron hojas de todas las especies de árboles del país, y las cocieron a fuego lento. Pero a pesar de todas sus ceremonias, el cielo permaneció sereno y puro.

Entonces los negros se entregaron a furiosas orgías, embriagándose con *tembo*, aguardiente que se extrae del cocotero, o con una cerveza sumamente capital, llamada *togwa*. Sus cantos, sin melodía apreciable, pero cuyo ritmo es muy exacto, duraron hasta muy entrada la noche.

A cosa de las seis, una última comida reunió a los viajeros alrededor de la mesa del comandante y de sus oficiales. Kennedy, a quien nadie dirigía pregunta alguna, murmuraba en voz baja palabras incomprensibles, con la mirada fija en el doctor Fergusson.



La comida fue triste. La aproximación del momento supremo inspiraba a todos penosas reflexiones. ¿Qué reservaba el destino a aquellos audaces viajeros? ¿Volverían a hallarse en medio de sus amigos, a sentarse junto al hogar doméstico? Si les llegaban a faltar los medios de transporte, ¿qué sería de ellos en el seno de tribus feroces, en aquellas comarcas inexploradas, en medio de desiertos inmensos?

Estas ideas, vagas hasta entonces, en las cuales todos se fijaban poco, en aquel momento asaltaban las imaginaciones sobreexcitadas. El doctor Fergusson, siempre frío, siempre impasible, habló de varias cosas para disipar aquella tristeza comunicativa, pero fueron vanos sus esfuerzos.

Como se temía alguna demostración contra la persona del doctor y de sus compañeros, los tres se quedaron a dormir a bordo del *Resolute*. A las seis de la mañana salieron de su camarote y se trasladaron de nuevo a la isla de Kumbeni.

El globo se balanceaba ligeramente al soplo del viento del este. Los sacos de tierra que lo retenían habían sido remplazados por veinte marineros. El comandante Pennet y sus oficiales asistían a aquella solemne marcha.

En aquel momento, Kennedy se dirigió al doctor, le cogió la mano y

le dijo:

—¿Es cosa decidida tu marcha, Samuel?

—Muy decidida, mi querido Dick.

—¿He hecho yo cuanto de mí dependía para impedir este viaje?

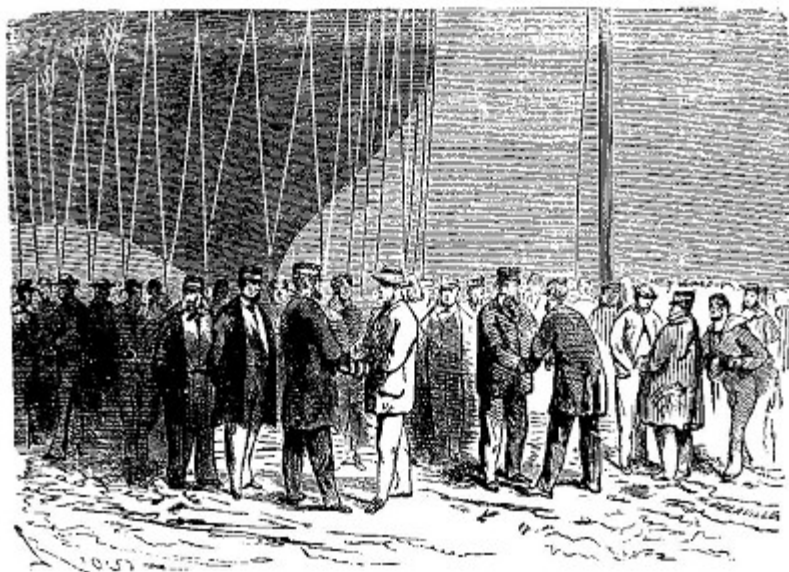
—Todo.

—Entonces tengo sobre el particular la conciencia tranquila y te acompaño.

—Ya lo sabía —respondió el doctor, dejando ver en su semblante una conmoción rápida.

Llegó el instante de los últimos adioses. El comandante y los oficiales abrazaron con efusión a sus intrépidos amigos, sin exceptuar a Joe, que estaba muy contento y satisfecho. Todos quisieron que el doctor Fergusson les diese un apretón de manos.

A las nueve los tres compañeros de viaje tomaron su puesto en la barquilla. El doctor encendió su soplete y aplicó la llama de modo que produjese un calor rápido. El globo, que se mantenía junto al suelo en perfecto equilibrio, empezó a levantarse a los pocos minutos. Los marineros tuvieron que aflojar un poco las cuerdas que lo retenían. La barquilla se elevó unos 20 pies.



—¡Amigos míos —exclamó el doctor puesto en pie entre sus dos

compañeros, y quitándose el sombrero—, demos a nuestro buque aéreo un nombre que lo proteja! ¡Llamémosle el *Victoria*!

Resonó un hurra formidable.

—¡Viva la reina! ¡Viva Inglaterra!

En aquel momento la fuerza ascensional del aeróstato aumentó prodigiosamente. Fergusson, Kennedy y Joe dirigieron un último adiós a sus amigos.

—¡Soltad las cuerdas! —exclamó el doctor.

Y el *Victoria* se elevó por los aires rápidamente, mientras en su honor las cuatro piezas de artillería del *Resolute* atronaban el espacio.

XII

TRAVESÍA DEL ESTRECHO — EL MRIMA — CONVERSACIÓN
DE DICK Y PROPOSICIÓN DE JOE — RECETA PARA EL CAFÉ — EL UZARAMO — EL
DESVENTURADO MAIZAN — EL MONTE DUTHUMI
— LAS CARTAS DEL DOCTOR — NOCHE SOBRE UN NOGAL

El aire era puro, el viento moderado. El *Victoria* subió casi perpendicularmente a una altura de 1.500 pies que fue indicada por una depresión de dos pulgadas menos dos líneas²⁰ en la columna barométrica.

A aquella elevación, una corriente más marcada impelió al globo hacia el Sudeste. ¡Qué magnífico espectáculo se desenvolvía a los ojos de los viajeros! La isla de Zanzíbar se ofrecía toda entera a la vista y se destacaba de un color más oscuro como sobre un vasto planisferio; los campos tomaban la apariencia de muestras de varios colores, y grandes ramilletes de árboles indicaban los bosques y las selvas.

Los habitantes de la isla aparecían como insectos. Las hurras y los gritos se perdían poco a poco en la atmósfera, y los cañonazos del buque vibraban solos en la concavidad inferior del aeróstato.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamó Joe, rompiendo por primera vez el silencio.

No obtuvo respuesta. El doctor se ocupaba en observar las variaciones barométricas y en tomar acta de los varios pormenores de su ascensión.

Kennedy miraba y no tenía bastantes ojos para verlo todo.

Los rayos del sol, uniendo su calor al del soplete, aumentaron la tensión del gas. El *Victoria* subió a una altura de 2.500 pies.

El *Resolute* presentaba el aspecto de un barquichuelo, y la costa africana aparecía al oeste como una inmensa orla de espuma.

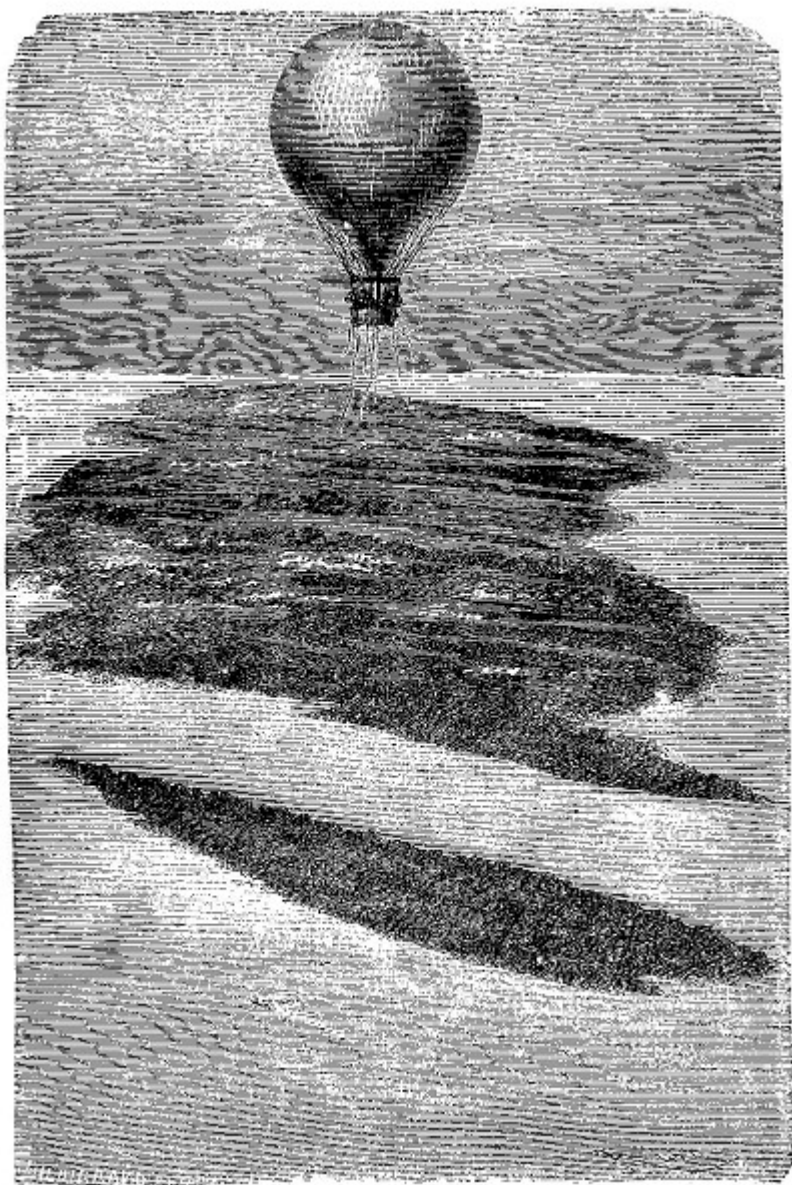
—¿No habláis? —preguntó Joe.

—Miramos —respondió el doctor dirigiendo su anteojo hacia el continente.

—Lo que es yo, si no hablo reviento.

—Habla cuanto quieras, Joe; nadie te lo impide.

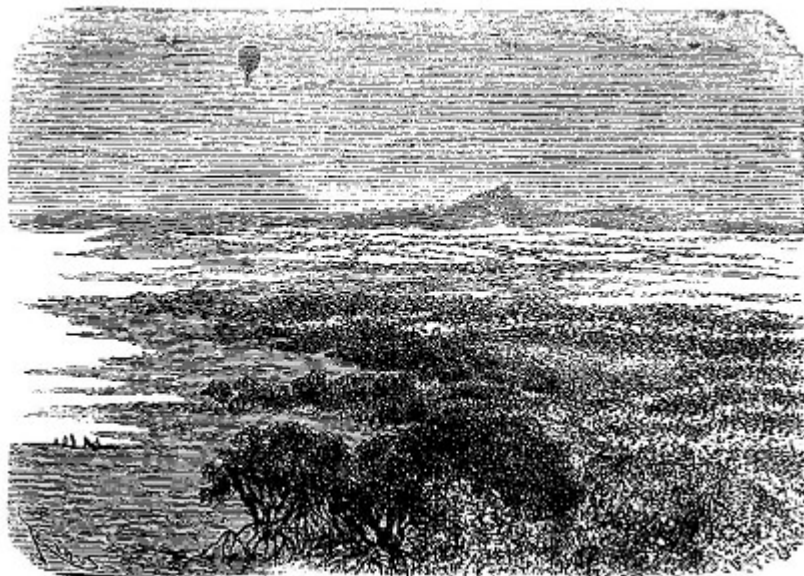
Y Joe hizo para sí un espantoso consumo de onomatopeyas. Los ¡oh!, los ¡ah! y los ¡eh! brotaban de sus labios a borbotones.



Travesía del estrecho.

Durante la travesía del mar, el doctor creyó conveniente mantenerse a aquella elevación que le permitió observar la costa más extensamente. El termómetro y el barómetro colgados dentro de la tienda entreabierta se hallaban sin cesar al alcance de su vista, y otro barómetro, colocado exteriormente, debía servir durante la guardia de noche.

Al cabo de dos horas, el *Victoria*, llevando una velocidad de un poco más de 8 millas, ganó sensiblemente la costa. El doctor resolvía acercarse a tierra; moderó la llama del soplete, y muy pronto el globo bajó a 300 pies del suelo.



Se hallaba encima del Mrima, nombre que lleva aquella porción de la costa oriental de África. Protegían sus orillas espesos manglares, y la marea baja permitía distinguir sus gruesas raíces roídas por los dientes del océano Índico. Los mégamos que formaban en otro tiempo la línea costera ondulaban en el horizonte, y al Noroeste el monte Nguru levantaba su pico.

El *Victoria* pasó cerca de una aldea, y el doctor reconoció en la carta que era Kaole. Toda la población reunida lanzaba aullidos de cólera y de miedo, y se dirigieron en vano algunas flechas a aquel monstruo de los aires que se balanceaba majestuosamente encima de todos aquellos

imponentes furoros.

El viento se inclinaba al sur, lo que, lejos de inquietar al doctor, le complació, porque le permitió seguir el derrotero trazado por los capitanes Burton y Speke.

Kennedy se había vuelto al fin tan hablador como Joe, y los dos se enviaban mutuamente sus frases admirativas.

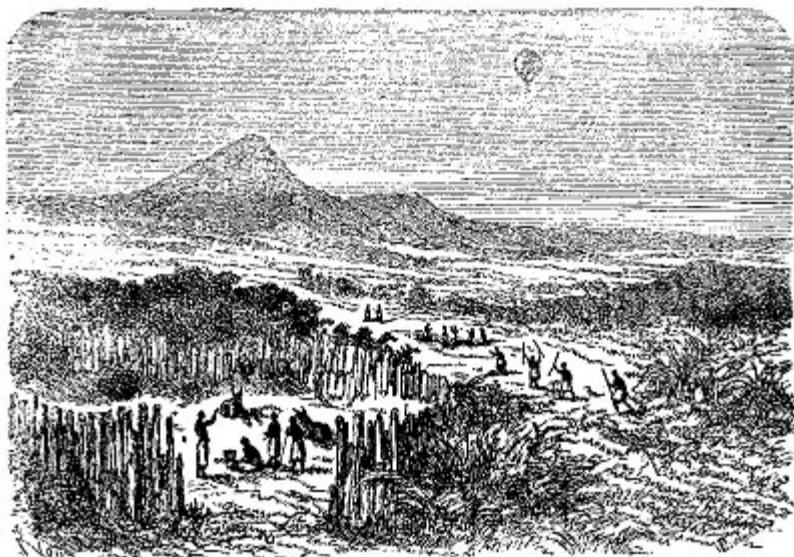
—¡Se acabaron las diligencias! —decía el uno.

—¡Y los buques de vapor! —decía el otro.

—¡Y los caminos de hierro —respondía Kennedy—, que no dejan ver los países que permiten atravesar!

—¡No hay como un globo! —exclamaba Joe—. Se anda sin sentir, y la Naturaleza se toma la molestia de desenvolverse ante los ojos.

—¡Qué espectáculo! ¡Qué asombro! ¡Un sueño en una hamaca!



—¿Y si almorzásemos? —preguntó Joe, a quien el aire libre daba apetito.

—Es una buena idea, muchacho.

—¡Oh! ¡Los preparativos no serán largos! Galletas y carne en conserva.

—Y café a discreción —añadió el doctor—. Te permito tomar prestado un poco de calor de mi soplete, que lo tiene de sobra. Así no tendremos que temer un incendio.

—Sería terrible —repuso Kennedy—. Estamos como si tuviésemos encima un polvorín.

—No tanto —respondió Fergusson—; si el gas se inflamase, se consumiría poco a poco, y bajaríamos a tierra, lo que sin duda sería un contratiempo; pero no hay cuidado, nuestro aeróstato está cerrado herméticamente.

—Comamos, pues —dijo Kennedy.

—Comed, señores —dijo Joe—, y yo, al mismo tiempo que os imito, voy a preparar un café del que me hablaréis luego que lo hayáis tomado.

—El hecho es —repuso el doctor— que Joe, amén de mil virtudes, tiene un talento especialísimo para preparar esta bebida deliciosa, que compone con una mezcla de varias procedencias que nunca me ha querido dar a conocer.

—Pues bien, mi amo, a la altura en que nos hallamos, puedo confiaros mi receta. Se reduce todo simplemente a mezclar partes iguales de moka y *bourbon*.

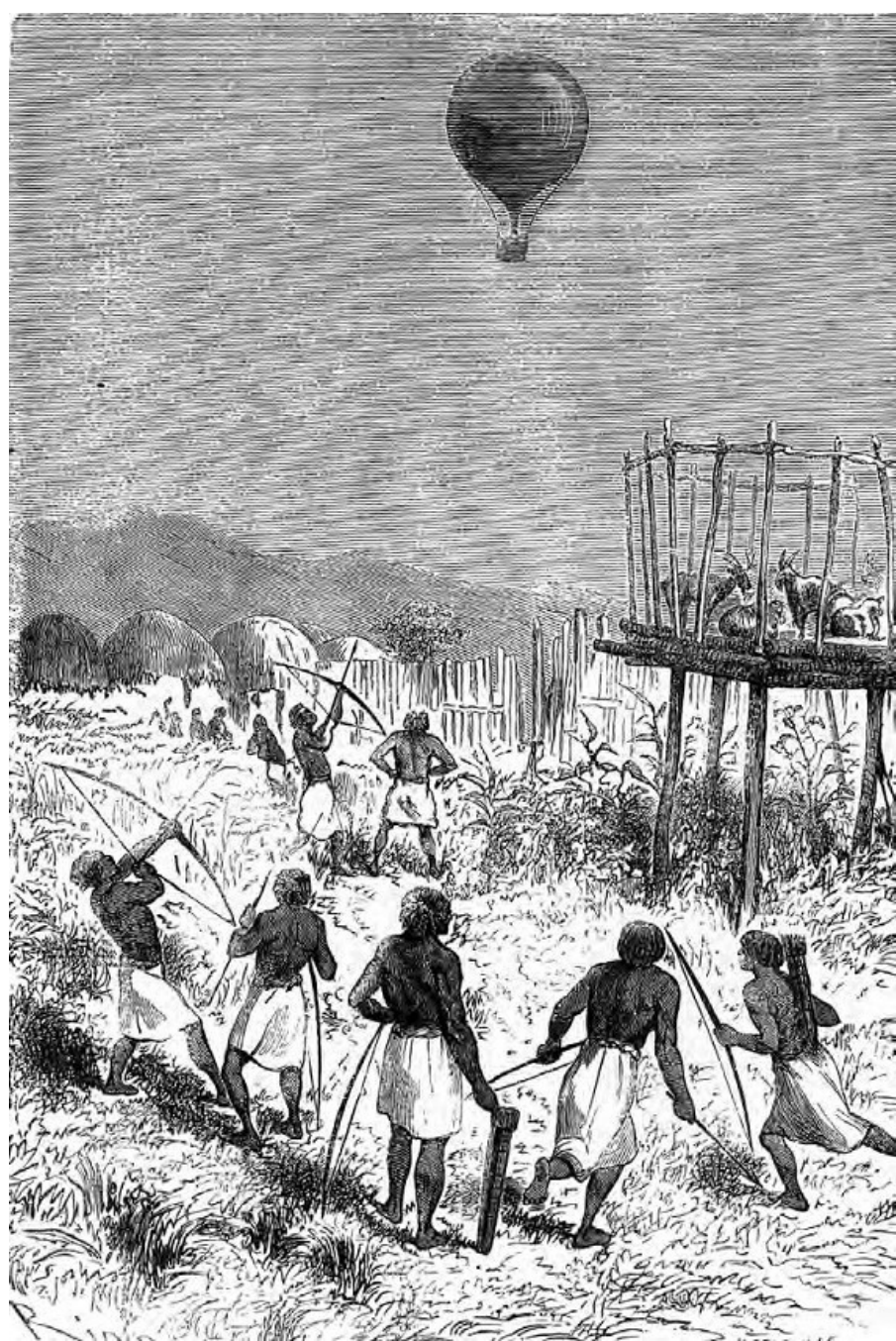
Pocos instantes después, tres humeantes y aromáticas tazas servían de punto final de un almuerzo sustancioso y sazonado por el buen humor de los comensales, y luego cada cual volvió a su punto de observación.

El país se distinguía por su prodigiosa fertilidad. Senderos tortuosos y estrechos se hundían bajo bóvedas de verdor. Se pasaba por encima de campos cultivados de tabaco, maíz y centeno en completa madurez, y recreaban la vista vastos arrozales con sus tallos rectos y sus flores de color purpúreo. Se distinguían rebaños de carneros y cabras encerrados en grandes jaulas colocadas en alto sobre estacadas para hacerlas inaccesibles a la voracidad de los leopardos. Una vegetación espléndida cubría aquel suelo pródigo. En muchas aldeas se reproducían escenas de gritos y asombro a la vista del *Victoria*, y el doctor Fergusson se mantenía prudentemente fuera del alcance de las flechas. Los habitantes, agrupados alrededor de las chozas contiguas, perseguían largo tiempo a los viajeros con sus vanas imprecaciones.

Al mediodía el doctor, consultando su mapa, vio que se hallaba encima del país de Uzaramo²¹. La campiña se presentaba erizada de

cocoteros, algodoneros y papagayos sobre los cuales el *Victoria* se cernía majestuosamente. Tratándose de África, a Joe aquella vegetación le parecía muy natural. Kennedy percibía liebres y codornices que parecía que le pedían por favor una perdigonada; pero no quiso complacerlas, pues siendo imposible cobrarlas, no habría hecho más que gastar pólvora en salvas.

Los aeronautas navegaban con una velocidad de doce millas por hora, y se hallaron luego a los 38º 20' de longitud encima de la aldea de Tounda.



El país de Uzaramo.

—Allí es —dijo el doctor— donde Burton y Speke fueron acometidos de calenturas violentas y por un instante creyeron su

expedición comprometida. Y, sin embargo, se hallaban aún lejos de la costa, pero ya se hacían sentir rudamente las fatigas y las privaciones.

En efecto, reina en aquella comarca una malaria perpetua cuyos ataques el doctor procuró evitar, elevando el globo encima de los miasmas de aquella tierra húmeda de la que el sol absorbe las emanaciones.

De cuando en cuando se pudo divisar una caravana que descansaba en un *kraal* aguardando el fresco de la noche para proseguir su camino. Un *kraal* es un vasto espacio rodeado de espinas, una especie de vallado o seto vivo, donde los traficantes se ponen al abrigo de los animales dañinos y también de las tribus merodeadoras de la comarca. Se veía a los indígenas correr y dispersarse al ver el *Victoria*. Kennedy deseaba contemplarlos de cerca, a lo que Samuel se opuso constantemente.

—Los jefes —dijo— están armados de mosquetes, y nuestro globo ofrece un blanco fácil para poner en él una bala.

—Y un balazo, ¿echaría abajo el globo? —preguntó Joe.

—Inmediatamente, no; pero el agujero se haría grande muy pronto, y por él se escaparía todo el gas.

—Mantengámonos, pues, a una distancia respetable de esos tunantes. ¿Qué pensarán de nosotros, viéndonos volar por el aire? Estoy seguro de que desean adorarnos.

—Que nos adoren, pero de lejos —respondió el doctor—. No les quiero ver de cerca. Mirad, el país toma otro aspecto. Las aldeas son más escasas; los mangles han desaparecido; a esta latitud su vegetación se detiene. El terreno se vuelve montuoso y preludia montañas próximas.

—En efecto —dijo Kennedy—, me parece que por aquel lado distingo algunas prominencias.

—Hacia el oeste... Son las primeras cordilleras del Urizara, el monte Duthumi, sin duda detrás del cual espero hallar un punto abrigado para pasar la noche. Voy, pues, a activar la llama del soplete, pues hay precisión de mantenernos a una altura de 500 a 600 pies.

—Habéis tenido una magnífica idea, señor —dijo Joe—; la maniobra no es difícil ni fatigosa, se da vuelta a una llave, y no hay

necesidad de más.

—Aquí estamos mejor —dijo el cazador cuando el globo hubo subido; la reflexión de los rayos del sol en la arena roja era insoportable.

—¡Qué árboles tan magníficos! —exclamó Joe—. Aunque son una cosa muy natural, son hermosísimos. Con una docena de ellos se podría hacer un bosque.

—Son baobabs —respondió el doctor Fergusson—. Veo uno cuyo tronco tendrá cien pies de circunferencia. Fue acaso al pie de este mismo árbol donde en 1815 pereció el francés Maizan, pues nos hallamos encima de la aldea de Beje-la-Mhora, donde él se aventuró a entrar solo, y fue cogido por el jefe de la comarca. Le amarraron al pie de un baobab, y el negro feroz, mientras resonaba el canto de guerra, le cortó lentamente las articulaciones una tras otra, y al llegar a la garganta se detuvo para afilar su cuchillo embotado, y arrancó la cabeza del desventurado mártir antes de que estuviese enteramente cortada. El pobre francés tenía veintiséis años.

—¿Y Francia no ha vengado un crimen semejante? —preguntó Kennedy.

—Francia reclamó, y el said de Zanzíbar hizo cuanto pudo para apoderarse del asesino, pero todas sus pesquisas fueron inútiles.

—Suplico que no nos detengamos en el camino —dijo Joe—; subamos, subamos, mi amo, subamos siempre.

—Con cuánta más razón, Joe, vamos a subir, dado que el monte Duthumi se levanta delante de nosotros. Si mis cálculos son exactos, antes de las siete de la tarde lo habremos pasado.

—¿No viajaremos de noche? —preguntó el cazador.

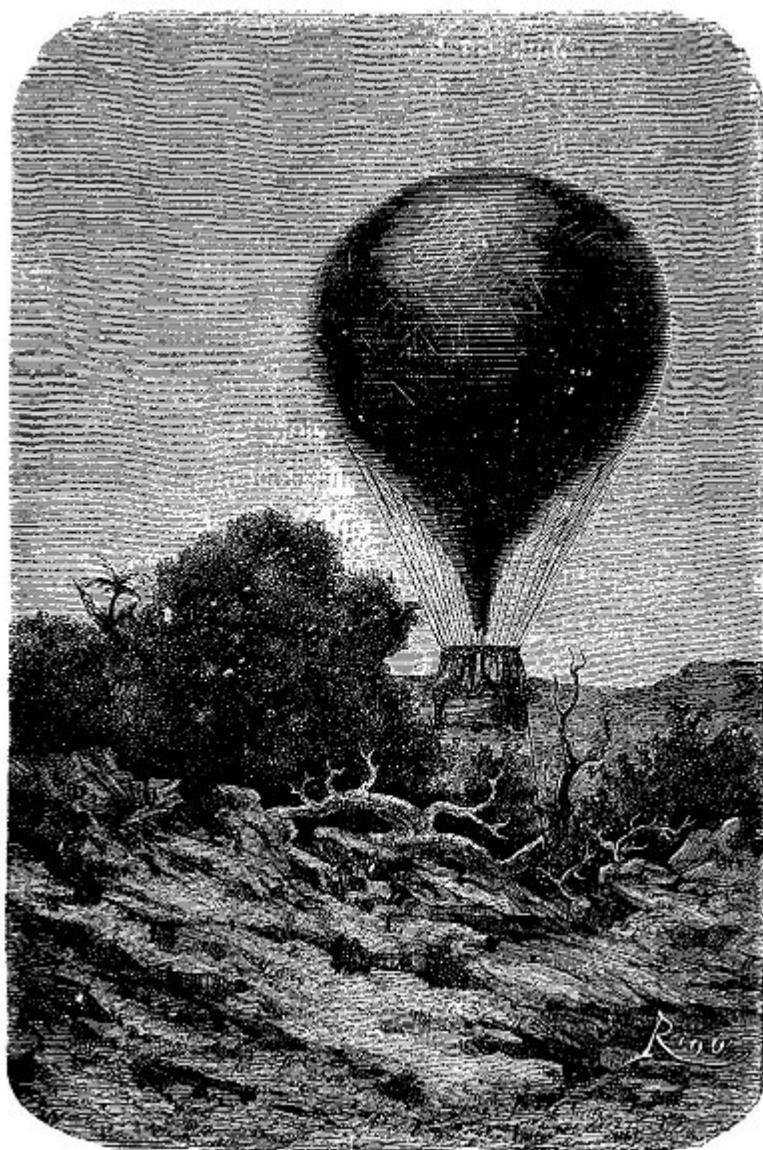
—No, mientras podamos evitarlo. Con precauciones y vigilancia, no habría peligro; pero no basta atravesar el África, es preciso verla.

—Hasta ahora no tenemos motivo de queja, mi amo. ¡El país más cultivado y más fértil del mundo, en lugar del desierto! ¡Creed a los geógrafos!

—Aguarda, Joe, aguarda; veremos más adelante.

A cosa de las seis y media de la tarde, el *Victoria* se encontró delante del monte de Duthumi; y tuvo, para salvarlo, que elevarse a más de

3.000 pies. Al efecto, el doctor no tuvo que hacer más que elevar la temperatura 18º22. Bien puede decirse que maniobraba con el globo en la mano. Kennedy le indicaba los obstáculos que tenía que sobrepasar, y el *Victoria* volaba por los aires rozando la montaña.



El globo anclado en las ramas de un nogal.

A las ocho descendía la vertiente opuesta, cuya pendiente era más suave. Se echaron las anclas fuera de la barandilla, y una de ellas,

encontrando las ramas de un enorme nogal, se agarró reciamente. Joe se deslizó por la cuerda y la sujetó con la mayor solidez. Le tendieron la escala de seda, y se encaramó por ella con la agilidad de un mono.

El aeróstato, al abrigo de los vientos del este, permanecía casi inmóvil.

Se preparó la cena, y los viajeros, excitados por su paseo aéreo, abrieron ancha brecha a sus provisiones.

—¿Cuánto camino hemos andado hoy? —preguntó Kennedy tragando enormísimos bocados.

El doctor fijó su posición por medio de observaciones lunares, y consultó la excelente carta que le servía de guía, la cual pertenecía al atlas *Der Neuster Entedekungen in Africa*, publicado en Ghota por su sabio amigo Petermann, que se lo había regalado. Aquel atlas debía servir para todo el viaje del doctor, pues contenía el itinerario de Burton y Speke a los Grandes Lagos, el Sudán, según el doctor Barth, el Bajo Senegal según Lejean, y el delta del Níger por el doctor Barkie.

Fergusson se hallaba también provisto de una obra que en un solo volumen reunía todas las nociones adquiridas sobre el Nilo. Titulábase *The sources of the Nile, being a general survey of the basin of that river and of its head-stream, with the history of the Nilotic discovery by Charles Beke, Th. D.*

Poseía igualmente las excelentes cartas publicadas en los boletines de la sociedad de Londres, y no podía escapársele ningún punto de las comarcas descubiertas.

Consultando su obra, vio que su rumbo longitudinal era de 2º o 120 millas hacia el oeste.

Notó Kennedy que el rumbo era hacia el Mediodía. Pero esta dirección satisfacía al doctor, el cual quería reconocer en cuanto fuese posible las huellas de sus predecesores.

Se resolvió relevarse los tres en la vigilancia nocturna, a fin de ir atendiendo cada cual sucesivamente a la seguridad de los otros dos. El doctor debió entrar de guardia a las nueve. Kennedy a las doce y Joe a las tres.

Así, pues, Kennedy y Joe, envueltos en sus mantas, se tendieron bajo la tienda y durmieron a pierna suelta, mientras velaba el doctor

Fergusson.

XIII

VARIACIONES DE TIEMPO — CALENTURA DE KENNEDY — LA MEDICINA DEL
DOCTOR — VIAJE POR TIERRA — EL VALLE
DE INMENGÉ — EL MONTE RUBEHO — A 6.000 PIES
— UN ALTO DEL DÍA

La noche fue pacífica. Sin embargo, el sábado por la mañana, Kennedy, al despertarse, se quejó de quebrantamiento y escalofríos. El tiempo variaba; el cielo, cubierto de nubes, parecía prepararse para un nuevo diluvio. Zungomero es un triste país, donde llueve continuamente, exceptuando tal vez unos quince días del mes de enero.

No tardó una violenta lluvia en envolver a los viajeros, que veían desde su altura los caminos cortados por *nullabs*, especie de torrentes momentáneos. Estaban por esta razón impracticables, y aparecían además cubiertos de maleza y de enredaderas gigantescas. Se percibían distintamente las emanaciones del hidrógeno sulfurado de que habla el capitán Burton.

—Según él —dijo el doctor—, y tiene razón, es de creer que detrás de cada matorral se oculta un cadáver.

—Es un maldito país —respondió Joe—, y me parece que el señor Kennedy se siente mal por haber pasado en él la noche.

—En efecto, tengo una calentura bastante fuerte —dijo el cazador.

—Nada tiene de particular, mi querido Dick; nos hallamos en una de las regiones más insalubres de África. Pero no permaneceremos en ella mucho tiempo. En marcha.

Gracias a una diestra maniobra de Joe, se desenganchó el ancla, y por medio de la escala, el hábil gimnasta volvió a subir a la barquilla. El doctor dilató considerablemente el gas y el *Victoria* remontó su vuelo, impelido por un viento bastante fuerte.

Aparecía una que otra choza en medio de aquella niebla pestilencial. El país variaba de aspecto. Con frecuencia en África una región mefítica y de poca extensión confina con comarcas

perfectamente salubres.

Kennedy sufría visiblemente, y la calentura abatía su naturaleza.

—Sería mala cosa caer enfermo —dijo envolviéndose en su manta y echándose bajo la tienda.

—Un poco de paciencia, mi querido Dick —respondió el doctor Fergusson—, y pronto recobrarás completamente la salud.

—¡Ojalá, Samuel! Si en tu botiquín de viaje tienes alguna droga para curarme, adminístramela sin perder tiempo. La tragaré a ojos cerrados.

—Tengo un medicamento mejor que todas las drogas, amigo Dick, y voy, naturalmente, a darte un febrífugo que no costará nada.

—¿Y cómo lo harás?

—Muy sencillamente. Voy a subir encima de estas nubes que nos envuelven, y a alejarnos de esta atmósfera pestilencial. Diez minutos te pido para dilatar el hidrógeno.

No habían transcurrido los diez minutos cuando los viajeros estaban ya fuera de la zona húmeda.

—Aguarda un poco, Dick, y vas a experimentar la influencia del aire puro y del sol.

—¡Vaya un remedio! —dijo Joe—. ¡Pero es maravilloso!

—¡No! ¡Es muy natural!

—Ya sé yo que es natural.

—Envío a Dick a tomar aires, como se hace todos los días en Europa, y del mismo modo que en la Martinica le enviaría a los Pitons²³ para librarle de la fiebre amarilla.

—La verdad es que este globo es un paraíso —dijo Kennedy ya más aliviado.

—O por lo menos conduce a él —respondió Joe con gravedad.

Era un espectáculo curioso el que ofrecían las nubes aglomeradas en aquel momento debajo de la barquilla. Rodaban unas sobre otras, y se confundían en un resplandor magnífico reflejando los rayos del sol. El *Victoria* llegó a una altura de 4.000 pies. El termómetro indicaba algún descenso en la temperatura. No se veía ya la tierra. A unas 50 millas al oeste, el monte Rubeho levantaba su cabeza centelleante. Formaba el límite del país de Ugogo a los 36° 20' de longitud. El viento soplaba a

una velocidad de 25 millas por hora; pero los viajeros no se percataban de su rapidez, ni tenían siquiera el sentimiento de la locomoción.

Tres horas después la predicción del doctor se realizaba. Kennedy no experimentaba ningún escalofrío, y almorzó con apetito.

—¡Y que aún haya quien tome sulfato de quinina! —dijo con satisfacción.

—Decididamente —exclamó Joe—, aquí es donde me retiraré cuando sea viejo.

A cosa de las diez de la mañana, se despejó la atmósfera. Se hizo un agujero en las nubes, la tierra reapareció, y el *Victoria* se acercó a ella insensiblemente. El doctor Fergusson buscaba una corriente que le llevase al Noroeste, y la encontró a 600 pies del suelo. Al este, el distrito de Zungomero se borraba con los últimos cocoteros de aquella latitud.

Luego las crestas de una montaña se presentaron más acentuadas. Algunos picos se levantaban en distintos puntos del horizonte. Era menester costear a cada instante los conos agudos que salían, al parecer, como improvisados.

—Nos hallamos entre los rompientes —dijo Kennedy.

—Puedes estar tranquilo, amigo Dick, no tropezaremos.

—¡Hermosa manera de viajar! —replicó Joe.

En efecto, el doctor manejaba su globo con una destreza maravillosa.

—Si tuviésemos que andar —dijo— por este terreno encharcado, nos arrastraríamos por un lodo insalubre. Desde nuestra salida de Zanzíbar hasta llegar donde estamos, la mitad de nuestras bestias de carga habrían muerto de fatiga, nosotros seríamos espectros, y llevaríamos la desesperación en el alma. Estaríamos en incesante lucha con nuestros guías y expuestos a su brutalidad desenfrenada. Durante el día nos agobiaría un calor húmedo, insoportable, sofocante. Durante la noche, experimentaríamos un frío con frecuencia intolerable, y acabarían con nuestra paciencia las picaduras de ciertas moscas, cuyo aguijón atraviesa la tela más gruesa, y es capaz de volver loco a cualquiera. ¡Y no digo nada de las bestias salvajes y de

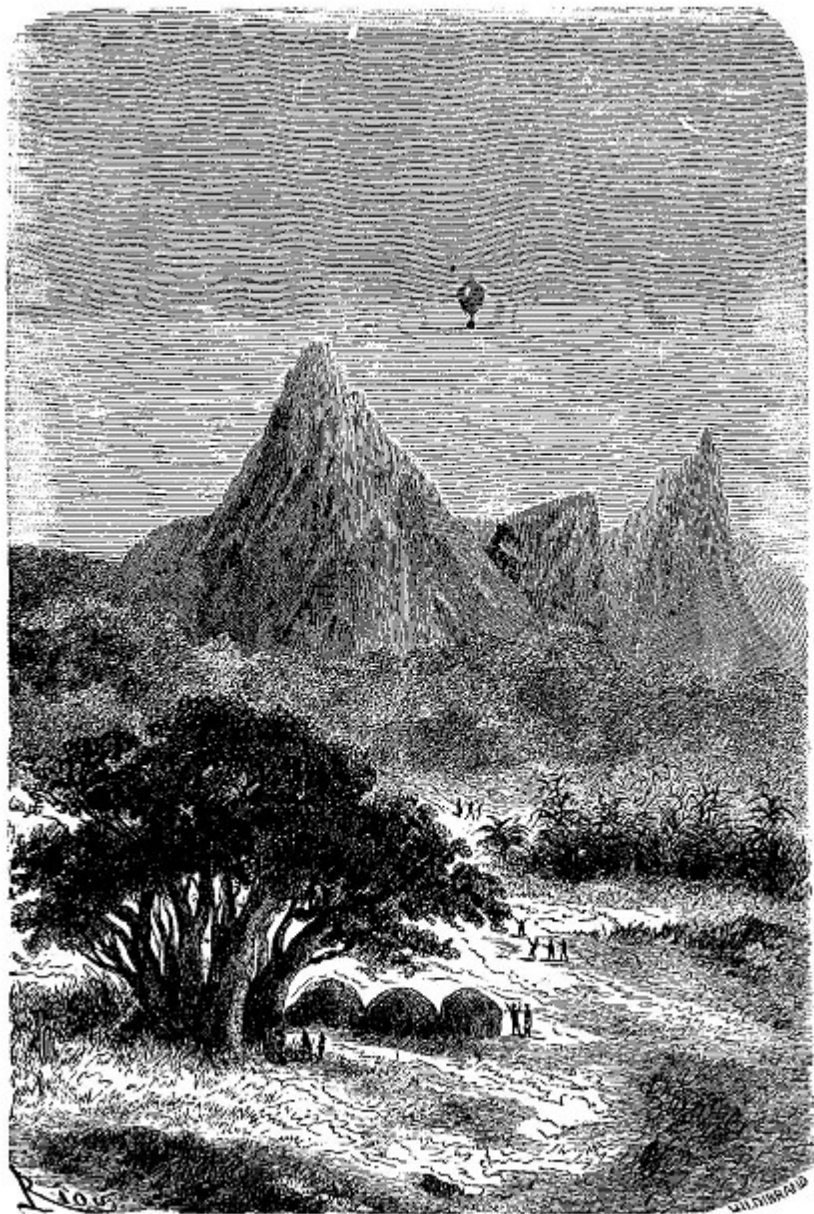
las tribus feroces!

—¡Dios nos libre de unas y otras! —replicó simplemente Joe.

—No exagero nada —repuso el doctor Fergusson—; pues no se pueden leer las narraciones de los viajeros que han tenido la audacia de penetrar en estas comarcas sin que se llenen los ojos de lágrimas.

A cosa de las once, se pasaba el valle de Imengé; las tribus que coronaban sus colinas amenazaban en vano con sus armas al *Victoria*, que llegaba, en fin, a las últimas ondulaciones montuosas que preceden al Rubeho, y forman la tercera y más elevada cordillera de las montañas de Usagara.

Los viajeros se daban perfectamente cuenta de la conformación orográfica del país. Aquellas tres ramificaciones, de las que el Duthumi forma el primer eslabón, estaban separadas unas de otras por vastas llanuras longitudinales, y las elevadas lomas se componen de conos redondeados, entre los cuales las gargantas están sembradas de pedruscos erráticos y de guijarros. El más rápido declive de aquellas montañas está delante de la costa de Zanzíbar, y las pendientes occidentales no son más que llanuras inclinadas. Las depresiones del terreno están cubiertas de una tierra negra y fértil donde la vegetación es vigorosa. Varios riachuelos se infiltran hacia el este, y afluyen en el Kingani, en medio de gigantescos ramilletes de sicómoros, tamarindos, guayabas y palmeras.



El monte Rubeho.

—¡Atención! —dijo el doctor Fergusson—. Nos acercamos al Rubeho, cuyo nombre significa en la lengua del país «Paso de los vientos». Haremos bien en doblar a cierta altura los agudos picachos. Si mi carta es exacta, vamos a subir a una elevación de más de 5.000

pies.

—¿Tendremos que llegar con mucha frecuencia a estas zonas superiores?

—Rara vez; la altura de las montañas de África es menor, según parece, que la de las de Europa y Asia. Pero, en cualquier caso, el *Victoria* las salvará sin dificultad alguna.

En poco tiempo se dilató el gas bajo la acción del calor, y el globo tomó una marcha ascensional muy pronunciada. La dilatación del hidrógeno no ofrecía ningún peligro, y la vasta capacidad del aeróstato no estaba llena más que hasta las tres cuartas partes. El barómetro, por una depresión de unas ocho pulgadas, indicó una elevación de 6.000 pies.

—¿Podríamos estar subiendo así mucho tiempo? —preguntó Joe.

—La atmósfera terrestre —respondió el doctor— tiene una altura de 6.000 toesas. Con un globo muy grande se iría lejos, como fueron MM. Brioschi y Gay-Lussac, pero entonces echaron sangre por la boca y los oídos. Les faltaba aire respirable. Años atrás, MM. Barral y Bixio se lanzaron también a las altas regiones, pero el globo se rompió...

—¿Y cayeron? —preguntó al momento Kennedy.

—Sin duda, pero como deben caer los sabios, sin hacerse ningún daño.

—¡Pues bien, señores sabios —dijo Joe—, volved a caer cuantas veces lo tengáis por conveniente! Lo que es yo, que no soy más que un ignorante, prefiero permanecer en un justo medio, ni demasiado alto, ni demasiado bajo. No quiero ser ambicioso.

A 6.000 pies, la densidad del aire ha disminuido ya sensiblemente; se transporta allí el sonido con dificultad, y la voz se oye mucho menos. Los objetos se ven confusamente. La mirada no percibe más que grandes moles no bien determinadas; los hombres y los animales son absolutamente invisibles, y los caminos aparecen como cintas y los lagos como estanques.

El doctor y sus compañeros se hallaban en un estado anormal, y una corriente atmosférica de una velocidad suma les arrastraba más allá de las montañas áridas, cuyas cimas coronadas de nieve deslumbraban; su aspecto convulsionado demostraba algún trabajo neptuniano de los

primeros días del mundo.

El sol brillaba en el cenit, y sus rayos caían a plomo sobre aquellas desiertas cimas. El doctor tomó una copia exacta de las montañas, formadas, de cuatro cumbres distintas casi en línea recta, de las cuales la más septentrional era la que más se prolongaba.

El *Victoria* descendió luego la vertiente opuesta del Rubeho, costeano una llanura poblada de árboles de un verde muy sombrío. A esta llanura sucedieron crestas y barrancos colocados en una especie de desierto que precedía al país de Ugogo. Más abajo se presentaban llanuras amarillentas, tostadas, agrietadas, salpicadas de plantas salinas y de matorrales espinosos.

Algunos bosquecillos, que fueron más adelante verdaderas selvas, establecieron el horizonte. El doctor se aproximó a tierra, se echaron las anclas, y una de ellas quedó luego agarrada a las ramas de un corpulento sicómoro.

Joe, deslizándose rápidamente, sujetó el ánora con precaución, y el doctor dejó el soplete en actividad para conservar en el aeróstato cierta fuerza ascensional que le mantuvo en el aire. El viento quedó en calma casi súbitamente.

—Ahora, amigo Dick —dijo Fergusson—, coge dos fusiles, uno para ti y otro para Joe, y procurad entre los dos traer algunas buenas magras de antílope para la comida de hoy.

—¡De caza! —exclamó Kennedy.

Echó la escala y bajó. Joe fue brincando de una a otra rama, y aguardó, desperezándose, a Kennedy. El doctor, aliviado del peso de sus dos compañeros, pudo apagar enteramente su soplete.

—No os echéis a volar, mi amo —exclamó Joe.

—Puedes estar tranquilo, muchacho, estoy sólidamente anclado. Voy a poner en orden mis apuntes. Cazad bien y sed prudentes. Yo, desde aquí, observaré el país, y a la menor sospecha que conciba dispararé la carabina. El tiro será la señal de reunión.

—De acuerdo —respondió el cazador.

XIV

EL BOSQUE DE GOMEROS — EL ANTÍLOPE BLANCO — LA SEÑAL DE
REUNIÓN — UN ASALTO INESPERADO — EL KANYEMÉ — UNA NOCHE AL AIRE —
EL MABUMGURU — JIHOUE-LA-MKOA
— PROVISIÓN DE AGUA — LLEGADA A KAZEH

El país, árido, seco, formado de una tierra arcillosa que el calor agrietaba, parecía desierto. A trechos se encontraban algunos vestigios de caravanas, osamentas blanqueadas de hombres y de bestias, medio roídas y confundidas en el mismo polvo.

Dick y Joe, después de una media hora de marcha, se internaron en un bosque de gomeros con los ojos en acecho y el dedo en el gatillo de la escopeta. No sabían con quién tendrían que habérselas. Joe, sin ser un tirador de primera, manejaba bien un arma de fuego.

—Este paseo nos conviene, señor Dick, y, sin embargo, el terreno que pisamos no es muy cómodo —dijo Joe, tropezando con los fragmentos de cuarzo de que estaba sembrado el suelo.

Kennedy indicó con un gesto a su compañero que callase y se detuviese. Faltaban perros, y la agilidad de Joe, por mucha que fuese, no equivalía al olfato de un pachón o de un podenco.

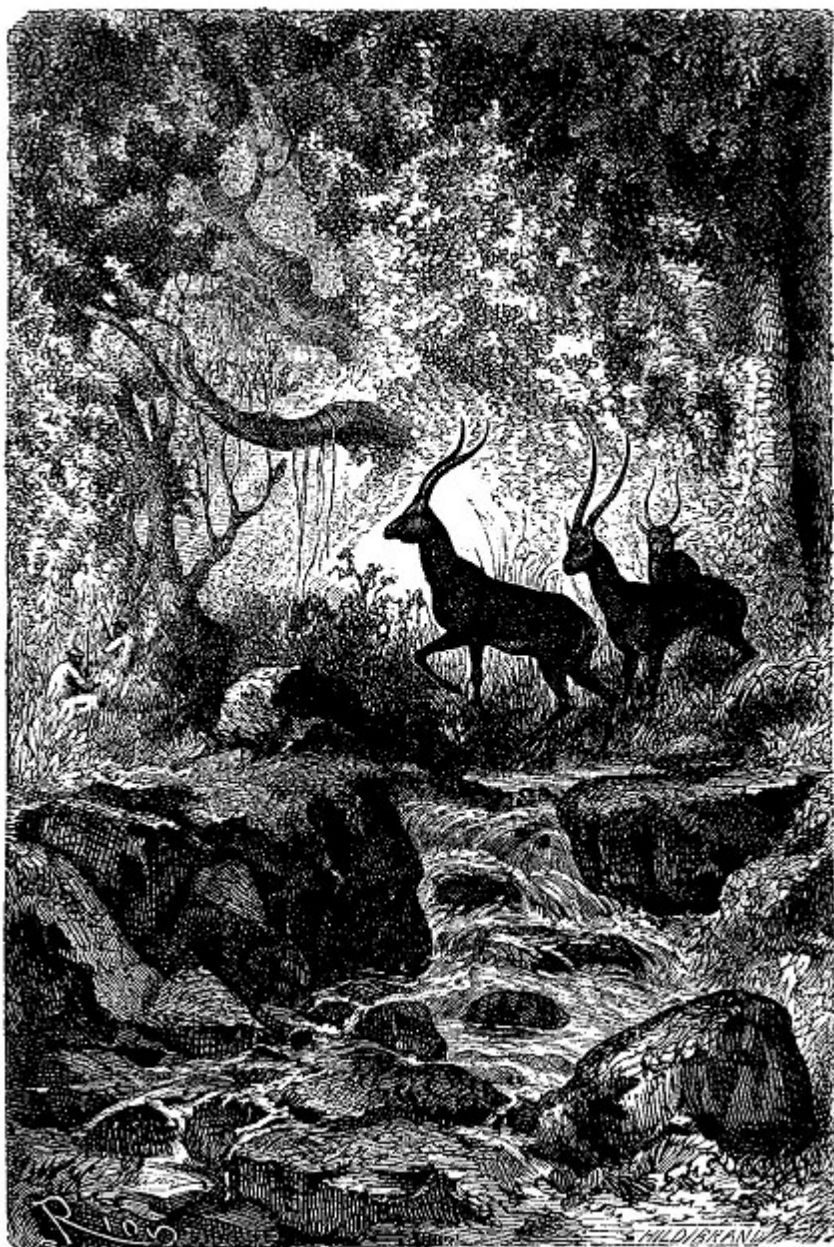
En el lecho de un torrente, en el que quedaban algunas aguas estancadas, se encontraban bebiendo un grupo compuesto por diez antílopes. Aquellos graciosos animales, oliendo un peligro cercano, parecían inquietos; a cada sorbo de agua que bebían levantaban la cabeza con azoramiento, husmeando con sus narices movibles las emanaciones de los cazadores.

Kennedy fue rodeando por algunos espesillos, en tanto que Joe permanecía inmóvil. Llegó a tiro de los antílopes y disparó su escopeta. El grupo desapareció en un abrir y cerrar de ojos, quedando allí solamente un antílope macho que cayó como herido por un rayo. Kennedy se precipitó contra su víctima.

Era un *blawe-bock*, un magnífico animal de un azul claro, casi

ceniciento, con el vientre y la parte anterior de las patas de una blancura deslumbradora.

—¡Buen tiro! —exclamó el cazador—. Es una especie de antílope muy rara, y quiero preparar su piel para conservarla.



La persecución a los antílopes.

—¿Qué estáis diciendo, señor Dick?

—Lo que oyes. ¡Mira qué pelaje tan espléndido!

—Pero el doctor Fergusson no admitirá un exceso de peso.

—¡Tienes razón, Joe! Triste cosa es, sin embargo, no aprovechar nada de una pieza tan magnífica.

—¿Nada? No, señor Dick; vamos a sacar del animal todas las ventajas nutritivas que posee, y, con vuestro permiso, lo haré ahora mismo pedazos tan bien como pudiera hacerlo el síndico de la ilustre corporación de carniceros de Londres.

—Pues ya puedes empezar, camarada; aunque no ignoras que, a fuer de cazador, sé desollar una res como sé matarla.

—Estoy seguro de ello, señor Dick, como lo estoy también de que, en menos que canta un gallo, con tres piedras armaréis un hornillo. Leña seca no falta, y si echáis un poco de lumbre, veréis cuán pronto haremos chillar la carne en las ascuas.

—La operación no es muy larga —replicó Kennedy.

Y procedió a la construcción del hornillo, del que algunos instantes después salían numerosas llamas.

Joe sacó del cuerpo del antílope una docena de chuletas y pedazos de lomo, que se convirtieron muy pronto en un asado delicioso.

—El amigo Samuel —dijo el cazador— se va a chupar los dedos de gusto.

—¿Sabéis lo que estoy pensando, señor Dick?

—¿En qué has de pensar más que en lo que estás haciendo?

—Pues, no, señor. Pienso en la cara que pondríamos si no encontráramos el globo.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Había el doctor de abandonarnos?

—Pero ¿y si se desenganchara el ancla?

—Imposible. Y aunque se desenganchara, ya sabría Samuel bajar con su globo.

—Pero ¿y si el viento se lo llevase?

—Mala cosa sería; pero no hagas semejantes suposiciones que nada tienen de agradable.

—No hay nada imposible en este mundo, señor, y es por tanto preciso preverlo todo...

En aquel mismo momento se oyó un tiro.

—¡Oh! —gritó Joe.

—¡Mi carabina! Conozco su estampido.

—¡Una señal!

—¡Un peligro que nos amenaza!

—¡A él tal vez! —replicó Joe.

—¡En marcha!

Los cazadores recogieron en un momento la carne que habían asado, y empezaron a desandar su camino, guiándose por las ramas que Kennedy había esparcido con intención. Lo muy espeso de la arboleda les impedía percibir el *Victoria*, del cual no podían estar lejos.

Se oyó un segundo disparo.

—La cosa apremia —dijo Joe.

—¡Otro tiro!

—Eso tiene trazas de una defensa personal.

—¡Corramos!

Y echaron a correr con todo el vigor de sus piernas. Al salir del bosque vieron el *Victoria*, con el doctor en la barquilla.

—¿Qué pasa, pues? —preguntó Kennedy.

—¡Gran Dios! —exclamó Joe.

—¿Qué hay?

—¡Mirad! ¡Una caterva de negros que asaltan el globo!

En efecto, a la distancia de dos millas de donde ellos estaban, vieron unos treinta individuos que brincaban al pie del sicómoro. Algunos, encaramándose por el árbol, subían hasta las ramas más altas. El peligro parecía inminente.

—¡Mi amo está perdido! —exclamó Joe.

—¡Calma, Joe, apunta bien! En nuestras manos tenemos la vida de cuatro de esos monigotes. ¡Adelante!

Habían corrido una milla con una rapidez suma, cuando partió de la barquilla otro tiro que echó abajo a un animalazo que se encaramaba por la cuerda del áncora. Un cuerpo sin vida cayó de rama en rama, y a veinte pies del suelo quedó colgado, con las piernas y los brazos abiertos.

—¿Por dónde diablos se sostiene ese bárbaro? —exclamó Joe.

—¿Qué nos importa? —respondió Kennedy—. ¡Corramos! ¡Corramos!

—¡Ah, señor Kennedy! —exclamó Joe sin poder contener la risa—. ¡Qué rabo tiene! ¡Es un mono! ¡Un asalto de monos!

—Mejor, más vale que sean monos que hombres —replicó Kennedy, precipitándose en medio del asaltador enjambre.

Era una chusma de cinocéfalos bastante temibles, feroces y brutales, dotados de un hocico de perro que les daba un aspecto repugnante. Sin embargo, unos cuantos tiros bastaron para obligarles a levantar el sitio y abandonar el campo de batalla, donde dejaron no pocos cadáveres.

Kennedy se encaramó por la escala. Joe subió al sicómoro, desenganchó el ánora, y bajándose la barquilla, subió a ella sin dificultad. Algunos minutos después, el *Victoria* volvía a remontarse y se dirigía hacia el este a impulsos de un viento moderado.

Joe exclamó:

—¡Vaya un asalto!

—Creíamos que estabas sosteniendo un sitio contra indígenas.

—Afortunadamente, no eran más que monos —respondió el doctor.

—De lejos, la diferencia no es grande, amigo Samuel.

—Ni de cerca tampoco —replicó Joe.

—Ello es —repuso Fergusson— que las consecuencias del ataque podían ser funestas. Si con sus sacudimientos repetidos llegan a desenganchar el ánora, no sé dónde me hubiera llevado el viento.

—¿No os lo decía yo, señor Kennedy?

—Tenías razón, Joe; lo que no impedía que en aquel momento estuviese dorando al fuego unas succulentas magras de antílope que me abrieron el apetito.

—Lo creo —respondió el doctor—; la carne de antílope es exquisita.

—Ahora vamos a probarla, señor; la mesa está puesta.

—En verdad —dijo el cazador— que estas tajadas de venado echan un humillo montaraz que da gusto.

—¡Y tanto! —respondió Joe con la boca llena—. Yo me comprometería a no comer más que antílope en todos los días de mi

vida, con tal de que no me faltase un buen vaso de grog para digerirlo más fácilmente.

Joe preparó la codiciada pócima, y los tres la paladearon con recogimiento.

—La cosa marcha —dijo.

—A pedir de boca —respondió Kennedy.

—¿Qué tal, señor Dick? ¿Sentís habernos acompañado?

—¿Quién era capaz de impedírmelo? —respondió el cazador resueltamente.

Eran entonces las cuatro de la tarde. El *Victoria* encontró una corriente más rápida. El terreno se elevaba insensiblemente, y luego la columna barométrica indicó una altura de 1.500 pies sobre el nivel del mar. El doctor se vio entonces obligado a sostener su aeróstato por una dilatación de gas bastante fuerte, y el soplete funcionaba incesantemente.

A cosa de las siete, el *Victoria* se cernía sobre la cuenca del Kanyemé. El doctor reconoció al momento aquel vasto desmonte de 6 millas, con sus aldeas ocultas entre baobabs y guayabos. Allí está la residencia de uno de los sultanes del país de Ugogo, donde está menos atrasada la civilización, y se comercia rara vez con carne humana; pero hombres y animales viven todos juntos en miserables chozas sin armazón de madera que parecen haces de heno.

Cerca de Kanyemé, el terreno se va haciendo árido y pedregoso, pero a una hora de distancia, cerca de Mdaburo, hay un valle fértil donde la vegetación recobra todo su vigor. El viento cesó al anochecer, y la atmósfera pareció dormirse. El doctor buscó en vano una corriente a diferentes alturas, y, al ver la calma de la Naturaleza, resolvió pasar la noche en el aire, y para mayor seguridad, se elevó a cosa de 1.000 pies. El *Victoria* permanecía inmóvil, y la noche, magníficamente estrellada, fue silenciosa.

Dick y Joe se echaron pacíficamente envueltos en su manta, y durmieron de un tirón todo el tiempo que estuvo el doctor de guardia, hasta que éste fue remplazado por el escocés.

—Si sobreviene cualquier incidente —dijo a Dick—, despiértame, y, sobre todo, no pierdas de vista el barómetro. El barómetro es nuestra

brújula.

La noche fue fría, habiendo entre su temperatura y la del día la diferencia de 27° 24. Con las tinieblas había empezado el concierto nocturno de los animales, a quienes la sed y el hambre obligaban a abandonar sus guaridas. Las ranas hicieron oír su voz de soprano, acompañada de los aullidos de los chacales, en tanto que en aquella orquesta viviente hacía el papel de bajo profundo algún león que atronaba el espacio.

Por la mañana, al volver a su puesto, el doctor Fergusson consultó su brújula, y notó que durante la noche había variado el viento. Hacía cosa de dos horas que el *Victoria* derivaba unas 30 millas hacia el Nordeste. Pasaba por encima de Mabunguru, país pedregoso, sembrado de sapearos o ciánitas perfectamente pulimentadas, y de abolladuras de rocas que afectaban la forma de sillas de montar; moles cónicas, análogas a los peñascos de Karnak, erizaban el terreno a manera de construcciones drúidicas; blanqueaban a trechos numerosas osamentas de búfalos y elefantes, y exceptuando la parte del este, en que se levantaban profundos bosques, bajo los cuales se ocultaban algunas aldeas, había muy pocos árboles.

A cosa de las siete, una roca esférica, que tendría dos millas de extensión, apareció como una inmensa concha de galápago.

—Llevamos buen camino —dijo el doctor Fergusson—. Allí está Jihoue-la-Mkoa, donde vamos a detenernos un rato. Quiero hacer la provisión de agua que necesitamos para alimentar mi soplete, y hemos de ver dónde echamos el ancla.

—Pocos árboles hay —respondió el cazador.

—Probemos. Echa las áncoras, Joe.

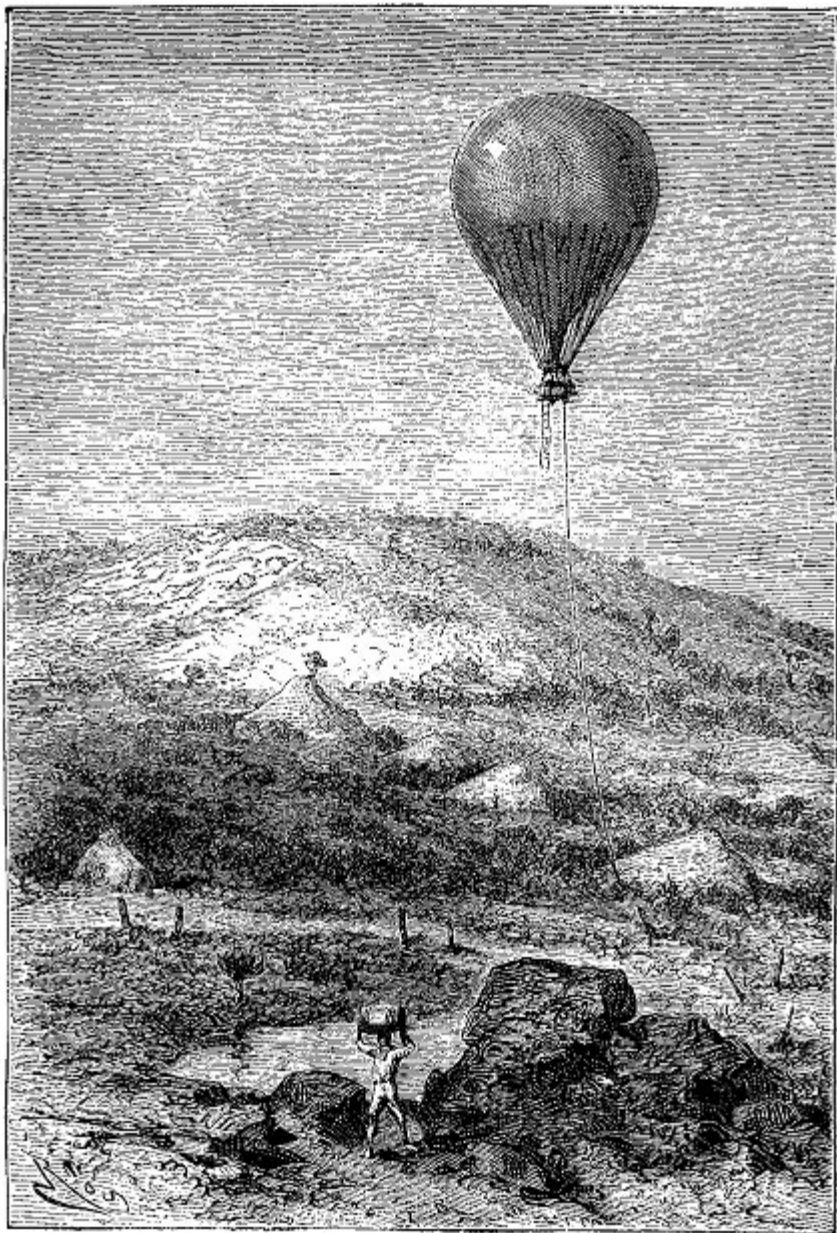
El globo, perdiendo poco a poco en fuerza ascensional, se acercó a tierra, echáronse las anclas, una de ellas hincó una uña en la hendidura de una roca, y el *Victoria* permaneció sujeto.

No se crea que el doctor, durante sus altos, pudiese apagar completamente el soplete. El equilibrio del globo había sido calculado al nivel del mar, y como el país iba siempre elevándose y se hallaba a una altura de 600 a 700 pies, el globo había tenido una tendencia a descender más abajo aún que el mismo terreno, por lo que era preciso

sostenerlo por medio de una dilatación del gas. Sólo en el caso de faltar completamente el viento, el doctor habría podido dejar la barquilla descansando en el suelo, y entonces el aeróstato, libre de un peso considerable, se habría mantenido en el aire sin ayuda del soplete.

Las cartas indicaban vastas ciénagas en la vertiente occidental de Jihoue-la-Mkoa. Joe se dirigió allí solo con un barril que podría contener unos 10 galones; encontró sin trabajo el punto indicado, no lejos de un lugarejo desierto, hizo su provisión de agua, y en menos de tres cuartos de hora estuvo ya de vuelta. Nada más había visto de particular que algunas trampas para cazar elefantes, y estuvo próximo a caer en una de ellas, en la que yacía un esqueleto medio roído.

Trajo de su excursión una especie de níscolas que los monos comían ávidamente. El doctor reconoció el fruto del *mbembú*, árbol que abunda mucho en la parte occidental de Jihoue-la-Mkoa. Fergusson aguardaba a Joe con impaciencia, porque en aquella tierra inhospitalaria una detención, por breve que fuese, le inspiraba siempre zozobra.



Vista de Jihoue-la-Mkoa.

Se hallaba entonces a unas 100 millas de Kazeh, importante establecimiento del interior de África, donde, gracias a una corriente del Sudeste, podían prometerse los viajeros llegar durante aquel día. Andaban a una velocidad de 14 millas por hora. La conducción del

aeróstato se hizo entonces bastante difícil, no siendo ya posible elevarse a gran altura sin dilatar excesivamente el gas, porque el país se hallaba ya a una elevación media de 3.000 pies. Y el doctor prefería en lo posible no forzar su dilatación, por lo que siguió muy hábilmente las tortuosidades de una pendiente bastante empinada, y pasó casi rozando las aldeas de Trembo y de Tura Wels. Esta última forma parte del Unyamwezy, magnífica comarca donde alcanzan los árboles las más colosales dimensiones, especialmente los cactus, que son gigantescos.

A cosa de las dos, estando el tiempo magnífico, y bajo un sol de fuego que devoraba la menor corriente de aire, el *Victoria* se cernía sobre la ciudad de Kazeh, situada a 350 millas de la costa.

—Partimos de Zanzíbar a las nueve de la mañana —dijo el doctor Fergusson consultando sus notas—, y en dos días de travesía hemos recorrido por nuestras desviaciones más de 500 millas geográficas. En andar el mismo camino los capitanes Burton y Speke invirtieron cuatro meses y medio.

XV

KAZEH — EL MERCADO BULLICIOSO — APARICIÓN DEL *VICTORIA*
— LOS WAGANGAS — LOS HIJOS DE LA LUNA — PASEO DEL
DOCTOR — POBLACIÓN — EL *TEMBE REAL* — LAS MUJERES
DEL SULTÁN — UNA BORRACHERA REAL — JOE, ADORADO —
CÓMO SE BAILA EN LA LUNA — PERIPECIA — DOS LUNAS
EN EL FIRMAMENTO — INESTABILIDAD DE LAS GRANDEZAS DIVINAS

Hablando con propiedad, Kazeh, punto importante del África central, no es una ciudad; el interior del África no tiene ciudades. Kazeh no es más que un conjunto de seis excavaciones, en que hay encerradas barracas, chozas de esteras, con patios y huertecillos cuidadosamente cultivados en que se dan abundantemente cebollas, patatas, berenjenas, calabazas y setas de un sabor delicioso.

El Unyamwezy es la tierra de la Luna por excelencia, es el parque fértil y espléndido de África en cuyo centro se encuentra el distrito de Unyanembé, comarca deliciosa en que vegetan muellemente algunas familias de omaníes, que son árabes de origen muy puro.

Se han dedicado durante mucho tiempo al comercio en el interior de África y en la Arabia; han traficado con gomas, marfil, telas de algodón y esclavos; sus caravanas surcaban aquellas regiones ecuatoriales, y aun ahora van a buscar los objetos de lujo y que, en medio de mujeres y criados, llevan en aquella encantadora comarca una existencia lo menos agitada y más horizontal posible, siempre echados, riendo, fumando o durmiendo.

Alrededor de aquellas excavaciones, numerosas barracas de indígenas, vastos mercados, campos de canabina y de cutroa, hermosos árboles y frescas sombras, he aquí Kazeh.

Kazeh es el punto de cita general de las caravanas a las que acuden los del sur, con sus esclavos y cargamentos de marfil, y los del oeste, que exportan algodón y bujerías de vidrio para las tribus de los Grandes Lagos.

Así es que en los mercados reina una agitación perpetua, un runrún sin nombre, compuesto de gritos de vendedores ambulantes mestizos, de ruido de tambores y cornetas, relinchos de mulos, rebuznos de asnos, cantos de mujeres, chillidos de chiquillos y quinquilleros del *imadar*²⁵, que en aquella sinfonía pastoril es quien dirige la orquesta.

Allí, sin orden, o, por mejor decir, con un desorden encantador, se ponen de muestra telas chillonas, sartaes de abalorios, llamados vulgarmente rocalla; objetos de marfil, dientes de rinoceronte y de tiburón, algodón, miel, tabaco; allí se celebran las más extravagantes transacciones mercantiles en que cada objeto no tiene más valor que el que le dan los deseos que excita.

De repente, aquella agitación, aquel movimiento, aquel ruido, cesaron como por encanto. El *Victoria* acababa de aparecer en el aire; se cernía majestuosamente, descendía poco a poco sin desviarse de la vertical. Hombres, mujeres, niños, esclavos, mercaderes, árabes y negros, todos desaparecieron, agazapándose más que de prisa en los *tembes* y en las chozas.

—Amigo Samuel —dijo Kennedy—, si seguimos causando el mismo efecto en todas partes, trabajo nos ha de costar establecer con estas gentes relaciones mercantiles.

—Sin embargo —dijo Joe—, podríamos hacer una operación comercial muy sencilla. Bajando tranquilamente y cargando con las mercancías de más valor, sin cuidarnos de entrar en tratos con los vendedores, haríamos la jugada.

—¡Si! —replicó el doctor—. Pero esos indígenas, pasado el primer sobresalto, no tardarán en volver, movidos por su superstición o su curiosidad.

—¿Lo creéis así, mi amo?

—Pronto lo veremos. Por si acaso, conviene no acercarnos demasiado a ellos. El *Victoria* no es un globo acorazado, y una flecha o una bala no le harían ningún beneficio.

—¿Piensas, amigo Samuel, entrar en tratos con esos africanos?

—¿Por qué no, sí se puede? —respondió el doctor—. En Kazeh debe haber mercaderes árabes más instruidos y menos salvajes. Recuerdo que Burton y Speke no tenían bastante boca para alabar la

hospitalidad de los habitantes de este pueblo. Podemos, pues, aventurarnos algo.

Habiéndose el *Victoria* acercado insensiblemente a tierra, enganchó una de sus anclas en la copa de un árbol, cerca de la plaza del mercado.

En aquel momento toda la población salía de sus madrigueras asomando la cabeza con circunspección. Varios *wagangas*, a quienes se reconocía por sus divisas de conchas cónicas, se acercaron resueltamente a los viajeros. Eran los magos de la comarca. Llevaban colgando de la cintura calabacitas negras untadas con grasa y varios objetos de magia de una suciedad verdaderamente doctoral.

Poco a poco la muchedumbre, animada por los magos, siguió su ejemplo, salieron de todas partes niños, mujeres, y hubo ruido de tambores, y palmoteos, y millares de manos levantadas hacia el cielo.

—Ésa es su manera de orar —dijo el doctor Fergusson—; me parece que estamos llamados a desempeñar un papel de protagonistas.

—Pues bien, señor, lo desempeñaremos lo mejor posible.

—Tú mismo, Joe, tal vez vas a convertirte en un dios.

—No lo sentiría, señor, no me disgusta el olor del incienso.

En aquel mismo momento, uno de los magos, un *myanga*, hizo un ademán, y reinó un profundo silencio. En una lengua desconocida, dirigió algunas palabras a los viajeros.

El doctor Fergusson, que no entendió una palabra, dijo, a salga lo que saliera, algunas palabras en árabe, en cuya lengua obtuvo inmediata y pronta respuesta.

El orador pronunció, con una verbosidad suma, una arenga muy florida, que fue escuchada con religiosa atención, y por ello supo el doctor que el *Victoria* en concepto de aquella gente, era la misma Luna en persona; que se había dignado, no obstante ser toda una diosa, acercarse a la ciudad con sus tres hijos, honra incomparable que permanecería eternamente grabada en la memoria de aquella tierra tan amada del Sol.

El doctor respondió, con una gran dignidad, que la Luna giraba cada mil años su visita a todas las provincias para que sus adoradores la viesen más de cerca, y les suplicó que le diesen a conocer sus

necesidades y deseos sin miedo de abusar de su divina presencia.

El mago dijo entonces que el sultán, el *mwani*, enfermo desde hacía muchos años, imploraba la ayuda del cielo, y suplicaba a los hijos de la Luna que fuesen a visitarle.

El doctor dio a conocer a sus compañeros el deseo del sultán.

—¿Y serás capaz de ir a visitar al rey negro? —dijo el cazador.

—¿Qué inconveniente hay? Me parece que los ánimos están dispuestos a nuestro favor; la atmósfera está tranquila, no se mueve ni la hoja de un árbol. Por el *Victoria* nada tenemos que temer.

—¿Y qué harás?

—No tengas cuidado, amigo Dick; con un poco de medicina saldré del paso.

Dirigiéndose luego al público, dijo:

—La Luna, compadeciéndose del soberano a quien tan acendrado cariño profesan los hijos del Unyamwezy, nos ha confiado su curación. ¡Prepárese, pues, a recibirnos!

Se multiplicaron los gritos, los cantos, y las demostraciones, y se puso en movimiento todo aquel hormiguero de cabezas negras.

—Ahora, amigos, debemos tenerlo previsto todo. En un momento dado, podemos vernos obligados a partir rápidamente. Quédese, pues, Dick en la barquilla, y procure, por medio del soplete, mantener una fuerza ascensional suficiente. El ánora está sólidamente sujeta, y no hay que temer nada. Voy a apear-me, y Joe me acompañará, pero se quedará al pie de la escala.

—¡Cómo! —dijo Kennedy—. ¿Vas a ir solo a casa de ese salvaje?

—¿No queréis, señor —exclamó Joe—, que os acompañe hasta la conclusión de la aventura?

—No, yo iré solo. Esos bobos se figuran que ha venido a visitarles su gran diosa la Luna, y la superstición nos protege. Nada temáis, pues, y permaneced donde os digo.

—Puesto que es empeño tuyo —respondió el cazador.

—No descuidéis la dilatación del gas.

—Estad tranquilo.

Los gritos de los indígenas, reclamando la intervención del cielo, iban en aumento.

—¡Silencio! —gritó Joe con voz de trueno—. Sois demasiado exigentes con los divinos hijos de la divina Luna.

El doctor, provisto de su botiquín de viaje, bajó a tierra precedido de Joe. Éste, grave y digno como exigían las circunstancias, se sentó junto a la escala con las piernas cruzadas a la usanza árabe, y a su alrededor se formó un círculo de gente respetuosa.

Entretanto, el doctor Fergusson, conducido al son de numerosos instrumentos y escoltado por danzarines que bailaban pírricos religiosos, marchó lentamente hacia el *tembe* real, situado algo lejos de la ciudad. Eran las tres, y el sol, haciéndose sin duda cargo de la solemnidad del acto, brillaba con sus más vivos resplandores.

El doctor andaba con afectada dignidad, y los *wagangas*, que le rodeaban, contenían a la multitud que se agolpaba a su paso. Se unió luego a la comitiva un jovencito de buena figura, que era hijo natural del sultán, por cuyo motivo, según la costumbre del país, era el único heredero de los bienes de su padre, con exclusión de los hijos legítimos. El príncipe se prosternó reverentemente delante del hijo de la Luna, el cual, con un ademán solemne, le hizo levantarse.

Después de tres cuartos de hora de marcha por senderos sombríos, en medio de todo el lujo de una vegetación tropical, la procesión entusiasmada llegó al palacio del sultán, que era una especie de edificio cuadrado, llamado *ytitenya*, situado en la vertiente de una colina. El techo de bálago, apoyado en pies derechos que querían parecer esculpidos, formaba aleros sumamente salientes. Adornaban las paredes largas líneas de arcilla rojiza que intentaban reproducir figuras de hombres y de serpientes, pareciéndose más al natural éstas que aquéllos. No había ventanas, no había más que una puerta de muy poca consideración, y, sin embargo, el aire circulaba interiormente con la mayor libertad, gracias a la abertura que dejaba la techumbre no descansando inmediatamente sobre las paredes del edificio.

El doctor Fergusson fue recibido con grandes honores por los guardias y los favoritos, en quienes se conservaba puro el tipo de las poblaciones del África central, la hermosa raza de los vanyamwezy, raza de hombres fuertes y robustos, muy sanos y muy bien formados. Caían sobre sus hombros los cabellos divididos en mechones

minuciosamente trenzados, y desde las sienes hasta la boca surcaban sus mejillas numerosas incisiones negras o azules. Sus orejas, sumamente grandes, estaban adornadas con discos de madera y placas de goma copal, y cubrían su cuerpo de telas de los colores más chillones que puedan imaginarse. Los soldados estaban armados de azagayas, arcos, flechas envenenadas con el zumo del enforbio, cuchillos y un largo sable llamado *sime*, dentellado como una sierra, amén de un hacha de armas.

El doctor penetró en el palacio, y su llegada, a pesar de la enfermedad del sultán, subió de punto el bullicio, que era ya terrible. En el dintel de la puerta el doctor notó algunas colas de liebre y crines de cabra colgadas a manera de talismanes. Fue recibido por las numerosas damas de su majestad, al armonioso son del *upater*, especie de címbalo hecho con el fondo de una cacerola de cobre, y el no menos armonioso son del *kilindo*, especie de bombo de cinco pies de altura abierto en el tronco de un árbol, que dos músicos, que nada dejaban que desear, tocaban a puñetazos.

La mayor parte de las mujeres parecían muy lindas, y fumaban, riendo, en grandes pipas negras, *thang* y tabaco; envueltas con cierta gracia en largas túnicas revelaban muy buenas formas, y ceñía su cuerpo el *kilt*, formado de fibras de calabaza entretejidas.

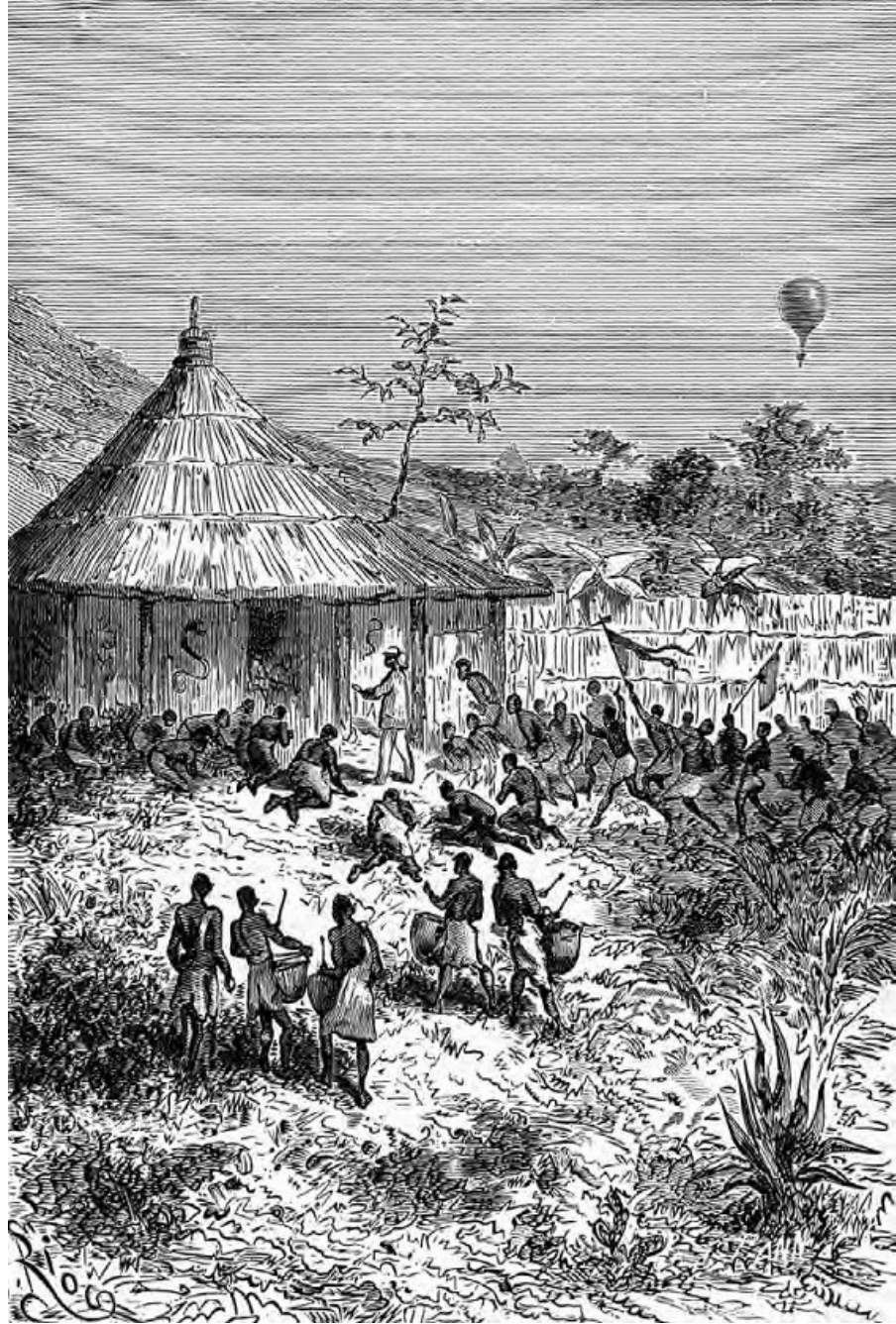
Seis había que no eran las que estaban menos alegres y, sin embargo, formaban un grupo separado de las demás por el cruel suplicio a que se las tenía destinadas. A la muerte del sultán debían ser enterradas vivas junto al cadáver de éste para proporcionarle alguna distracción en su eterna soledad.

El doctor Fergusson, después de haber abarcado todo el conjunto de una sola ojeada, se acercó a la cabecera de la cama del augusto enfermo. Éste era un hombre de unos cuarenta años, embrutecido por la crápula, y que no tenía compostura. Su enfermedad era ya de antigua fecha, y consistía principalmente en una borrachera crónica y continua. El real borracho había casi perdido el conocimiento, siendo insuficiente para el restablecimiento de sus facultades todo el amoníaco de todas las boticas.

Durante la visita solemne, los favoritos y las mujeres se inclinaban y

doblaban las rodillas. El doctor, por medio de algunas gotas de una violenta mixtura cardíaca capaz de matar a un caballo, consiguió reanimar instantáneamente aquel cuerpo embrutecido. El sultán hizo un movimiento, lo que era mucho para un hombre casi cadáver que hacía ya muchas horas que no daba indicio alguno de existencia. Este síntoma fue acogido por los circunstantes con gritos en honor del médico.

Éste, cansado ya de tanta farsa, se abrió paso por entre sus adoradores demasiado entusiastas, y salió del palacio dirigiéndose al *Victoria*. Eran las seis de la tarde.



El palacio del sultán.

Joe, durante su ausencia, aguardaba tranquilamente al pie de la escala, siendo objeto de la mayor veneración como verdadero hijo de

la Luna. Él se dejaba adorar, si bien para divinidad tenía un empaque poco altanero y demasiado vulgarote, pues se familiarizaba hasta con las jóvenes africanas que no se cansaban de contemplarlo. Él les dirigía las más amables frases.

—Adorad, señoritas, adorad; yo soy humilde aunque hijo de dios.

Le presentaron dones propiciatorios, depositados ordinariamente en los *nozimus* o chozas de los ídolos. Los dones consistían en espigas de cebada y en *pombé*. Joe quiso probar aquella especie de cerveza sumamente fuerte, pero no pudo resistirla su paladar, aunque estaba acostumbrado al gin y al whisky. Hizo un gesto horrible, que sus adoradores tomaron por una amable sonrisa.

Y luego, las jóvenes, cantando a coro una melopea religiosa, ejecutaron a su alrededor una danza muy grave.

—¡Conque sabéis bailar! —dijo—. Pues yo no he de quedarme corto con vosotras, y os enseñaré un baile de mi país.

Y empezó una giga aturdidora, estirándose, encogiéndose, retorciéndose, bailando sobre los pies, sobre las rodillas, sobre las manos, girando de mil maneras a cuál más extravagante, tomando actitudes increíbles, haciendo gestos imposibles, dando a aquellas poblaciones una extraña idea de la manera que tienen los dioses de bailar en la Luna.

Y todos aquellos africanos, imitadores como monos, quisieron luego reproducir sus maneras, sus cabriolas, sus movimientos; no perdían un gesto, no olvidaban una postura, y aquello fue entonces un delirio, una tremolina, una tempestad de carne y huesos de que no es posible dar la más pequeña idea. A lo mejor de la fiesta, Joe vio venir al doctor.

Éste venía precipitadamente, en medio de una chusma aulladora y desencadenada. Los magos y los jefes estaban, al parecer, muy enojados.

Todos rodeaban al doctor, lo empujaban y le amenazaban.

¡Extraña peripecia! ¿Qué había sucedido? ¿Había el sultán sucumbido torpemente entre las manos de su médico celestial?

Kennedy vio desde la barquilla el peligro sin comprender la causa. El globo, imperiosamente solicitado por la dilatación del gas, ponía

tirante la cuerda que le sujetaba con la mayor impaciencia.

El doctor llegó al pie de la escala. Un temor supersticioso contenía aún a la multitud y le impedía entregarse a vías de hecho. El doctor ganó rápidamente los escalones, y Joe le siguió con su agilidad característica.

—No hay que perder un instante —le dijo su amo—. ¡No pienses en desenganchar el áncora! ¡Cortaremos la cuerda! ¡Sígueme!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Joe, entrando en la barquilla.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Kennedy, con la carabina en la mano.

—Mirad —respondió el doctor, mostrando el horizonte.

—¿Y qué? —preguntó el cazador.

—¡Y qué! ¡La Luna!

La Luna, en efecto, roja y espléndida, se destacaba como un globo de fuego en un fondo azul. ¡Era ella! ¡Ella y el *Victoria*!

¡O había dos lunas, o los extranjeros eran unos impostores, unos intrigantes, unos falsos dioses!

Tales habían sido las reflexiones naturales de la muchedumbre. He aquí explicada la peripecia.

Joe soltó una carcajada. La población de Kazeh, comprendiendo que se les escapaba la presa, lanzó prolongados aullidos, y arcos y mosquetes amenazaron el globo.

Pero uno de los magos hizo un signo. Se bajaron las armas; el mago se encaramó al árbol, con intención de coger la cuerda del áncora y obligar a la máquina a bajar.

Joe cogió el hacha.

—¿Corto? —dijo.

—Aguarda —respondió el doctor.

—Pero este negro...

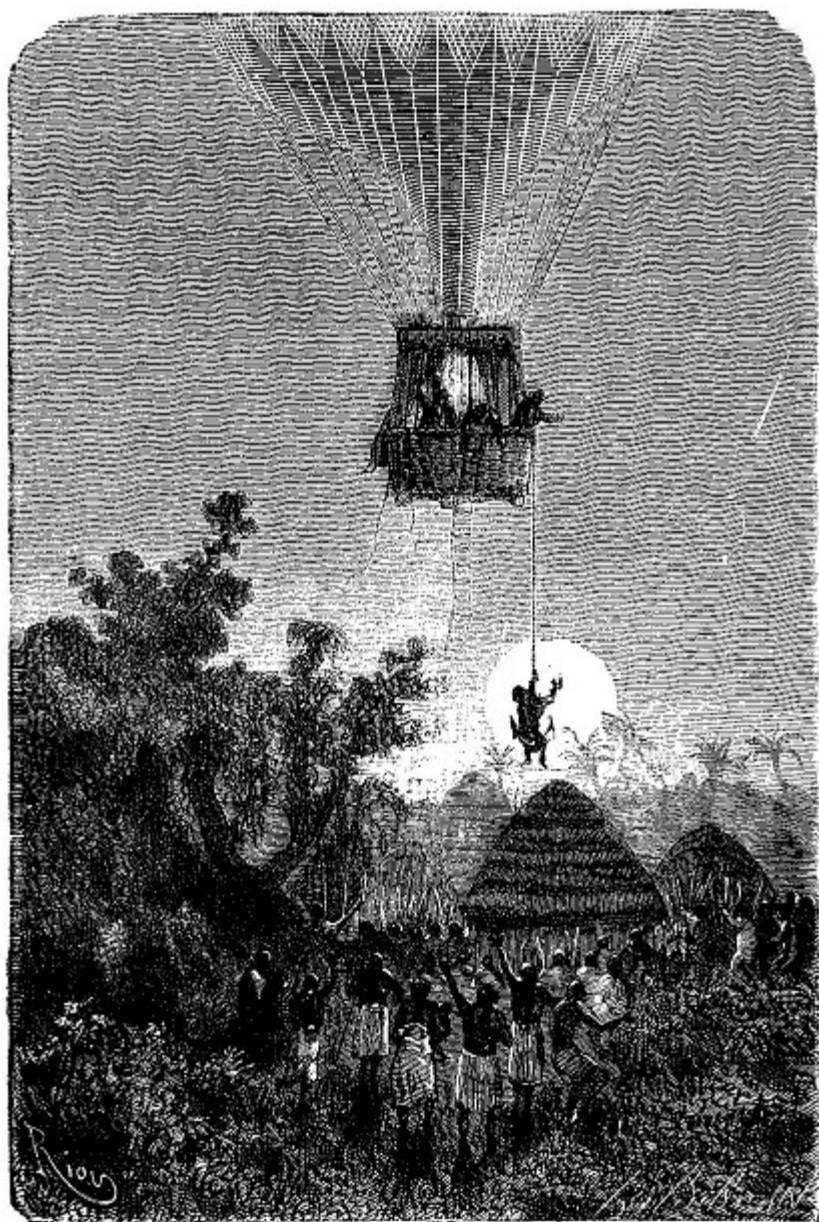
—Acaso podamos salvar el áncora, y me conviene no perderla. Para cortar, siempre habrá tiempo.

El mago, llegado ya al árbol, desenganchó el áncora rompiendo las ramas, y el áncora, violentamente arrastrada por el aeróstato, agarró entre las piernas al pobre mago, el cual, montado en aquel hipogrifo imprevisto, partió para las regiones del aire. Inmenso fue el asombro de la multitud al ver lanzarse en el espacio uno de sus *wagangas*.

—¡Hurra! —exclamó Joe en tanto que el *Victoria*, gracias a su poder ascensional, subía con una rapidez suma.

—Se agarra bien —dijo Kennedy—; un paseíto no le vendrá mal.

—¿Vamos a soltarle de golpe? —preguntó Joe.



La ascensión del mago.

—¡No! —replicó el doctor—. Le dejaremos en tierra tranquilamente, y creo que después de esta aventura su poder de mago crecerá singularmente en el ánimo de sus contemporáneos.

—Capaces son de convertirle en dios —exclamó Joe.

El *Victoria* había llegado a una altura de 1.000 pies aproximadamente. El negro se agarraba a la cuerda con una energía increíble. Callaba y sus ojos estaban inmóviles. Había en su terror algo de asombro. Un ligero viento del oeste empujaba el globo más allá de la ciudad.

Media hora después, el doctor, viendo el país desierto, moderó la llama del soplete, y se acercó a tierra. Al llegar a veinte pies de ella, el negro tomó rápidamente su partido: soltó la cuerda, cayó de pie y echó a correr hacia Kazeh, en tanto que el *Victoria*, súbitamente libre de aquel lastre, subió otra vez a gran altura.

XVI

SÍNTOMAS DE TEMPESTAD — EL PAÍS DE LA LUNA — EL PORVENIR DEL
CONTINENTE AFRICANO — LA MÁQUINA DE LA ÚLTIMA HORA
— VISTA DEL PAÍS AL PONERSE EL SOL — FLORA Y FAUNA —
LA TEMPESTAD — LA ZONA DE FUEGO — EL CIELO ESTRELLADO

He aquí lo que tiene —dijo Joe— el hacerse los hombres hijos de la Luna sin permiso de esta señora, que ha querido jugarnos una mala pasada. ¿Habéis, mi amo, comprometido acaso su reputación con vuestra medicina?

—En resumidas cuentas —dijo el cazador—, ¿quién era el sultán de Kazeh?

—Un borracho como una cuba —respondió el doctor—, ya casi muerto, cuya pérdida será poco sentida. Pero la moraleja de todo lo que ha pasado es que los honores son efímeros, y no conviene aficionarse a ellos demasiado.

—Tanto peor —replicó Joe—. La cosa me iba a pedir de boca. ¡Ser adorado! ¡Hacer el dios a mi arbitrio! ¿Qué le hemos de hacer? Se ha presentado la Luna, y, según lo roja que se manifiesta, debe estar rabiosa.

Durante estos razonamientos y otros varios, en que Joe examinó el astro de la noche bajo un punto de vista enteramente nuevo, el cielo, por la parte del norte, se cargó de densas nubes, de nubes siniestras y pesadas. Un viento bastante fuerte, que soplaba a 300 pies del suelo, impelía al *Victoria* hacia el Nordeste. Encima del globo, la bóveda del cielo estaba azulada y pura, pero abrumadora.

A cosa de las ocho de la noche se encontraron los viajeros a los 33º 40' de longitud y 4º 17' de latitud. Las corrientes atmosféricas, bajo la influencia de una tormenta próxima, les empujaba con una violencia de 30 millas por hora. Pasaban rápidamente bajo sus pies las llanuras inclinadas y fértiles de Mfuto. Los aeronautas admiraron aquel espectáculo.

—Nos hallamos en pleno país de la Luna —dijo el doctor Fergusson—. País que ha conservado este nombre que le dio la antigüedad, porque en él se adora actualmente la Luna como se adoraba antes. Es verdaderamente una comarca magnífica, y difícilmente se encontraría en el mundo otra vegetación más bella.

—Si se la encontrase cerca de Londres —respondió Joe—, no sería natural pero sería muy agradable. ¿Por qué tantas bellezas están reservadas a países tan bárbaros?

—¿Quién sabe —replicó el doctor— si no será algún día esta comarca el centro de la civilización? Aquí se establecerán tal vez los pueblos venideros, cuando, extenuadas, las regiones de Europa no puedan ya nutrir a sus habitantes.

—¿Lo creéis así? —preguntó Kennedy.

—Sin duda, mi querido Dick. Mira la marcha de los acontecimientos; considera las emigraciones sucesivas de los pueblos, y llegarás a la misma conclusión que yo. ¿No es verdad que el Asia es la primera nodriza del mundo? Por espacio tal vez de cuatro mil años, trabaja, es fecunda, produce, y después, cuando no se ven más que piedras y áridos arenales donde antes brotaban las doradas mieses de Homero, sus hijos abandonan aquel seno agotado y marchito. Entonces se dirigen a Europa, que es joven y vigorosa, y hasta hace ya dos mil años que les está alimentando. Pero Europa se aniquila; a su vez sus facultades productoras disminuyen de día en día; todos los años nuevas enfermedades atacan los productos de la tierra, menudean las malas cosechas, los recursos van siendo insuficientes, y todo es indicio cierto de una vitalidad que se altera y de una extenuación próxima. Así es que ya vemos a los pueblos precipitarse a los turgentes pechos de América, como a un manantial que no es inagotable, pero que no está aún agotado. A su vez el nuevo continente se hará viejo, sus bosques vírgenes desaparecerán bajo el hacha de la industria, su terreno se debilitará por haber producido en exceso lo que se le ha pedido, y en terrenos donde anualmente se cogen docenas de cosechas, difícilmente se cogerá una a fuerza de sudor y de trabajo. Entonces África ofrecerá a las nuevas razas los terrenos que por espacio de siglos ha ido acumulando en su regazo.

Estos climas fatales a los extranjeros se sanearán por medio de la desecación y las canalizaciones que reunirán en un lecho común las aguas dispersas para formar una arteria navegable. Y este país sobre el cual nos paseamos, más fértil, más rico, más lleno de vida que los otros, se convertirá en un gran reino donde se producirán descubrimientos más asombrosos aún que el vapor y la electricidad.

—¡Ah, señor!—dijo Joe—. Quisiera ver todo eso. —Te has levantado demasiado temprano, muchacho.

—Además —dijo Kennedy—, será tal vez una época bien desdichada aquella en que la industria lo absorba todo en su provecho. A fuerza de inventar máquinas, los hombres se harán devorar por ellas. Yo me he figurado siempre que el último día del mundo será aquel en que alguna inmensa caldera calentada a miles de millones de atmósferas haga saltar nuestro Globo.

—Y yo añado —dijo Joe— que no serán los americanos los que menos contribuyan a la construcción de esa caldera.

—¡En efecto —respondió el doctor—, son grandes caldereros! Pero, prescindiendo ahora de semejantes discusiones, limitémonos a admirar esta tierra de la Luna, ya que nos hallamos en disposición de verla.

El sol, filtrando sus últimos rayos por el cúmulo de nubes amontonadas, adornaba con una cresta de oro los menores accidentes del terreno. Árboles gigantescos, hierbas arborescentes, musgos al nivel de la tierra, todo participaba de aquel luminoso efluvio.

El terreno, ligeramente ondeado, formaba a trechos pequeñas colinas cónicas. Ninguna montaña limitaba el horizonte. Inmensas palizadas cubiertas de maleza, impenetrables sotos, espinosos juncuales circunscribían los rasos donde se levantaban numerosas aldeas, que los gigantescos euforbios cercaban de fortificaciones naturales, entrelazándose con las ramas cordiformes de los arbustos.

Se vio luego el Malagarasi, principal afluente del lago Tanganika, serpenteando bajo el follaje. En su seno recogía numerosos riachuelos, derivados de los torrentes que se formaban en la época de las crecidas y de los estanques abiertos en la capa arcillosa del terreno. Aquel panorama, para los que observaban a vista de pájaro, era una red de

cascadas tendida sobre toda la superficie occidental del país.

Animales provistos de gibas monstruosas pacían el menudo césped de las fértiles praderas y desaparecían bajo la crecida hierba. Los bosques, que exhalaban magníficas esencias, se ofrecían a los ojos como inmensos ramilletes, pero en aquellos ramilletes se refugiaban para ponerse a cubierto de los últimos calores del día, leones, leopardos, hienas y tigres. De cuando en cuando, un elefante hacía ondear la cima de las selvas, y se oía el crujido de los árboles que cedían a sus ebúrneos colmillos.

—¡Qué país de caza! —exclamó Kennedy entusiasmado—. Una bala disparada al azar en medio del bosque tropezaría siempre con una res digna de ella. ¿No podríamos cazar un poco?

—No, amigo Dick, viene la noche, noche amenazadora, y viene escoltada de una tormenta. Y las tormentas son terribles en esta comarca, cuyo suelo está dispuesto como una inmensa batería eléctrica.

—Tenéis razón, señor —dijo Joe—; el calor sofoca, y el viento ha cesado completamente. Este bochorno me dice que se prepara algo.

—La atmósfera está sobrecargada de electricidad —respondió el doctor—, todo ser viviente es sensible a este estado del aire que precede a la lucha de los elementos, y confieso que yo nunca había experimentado tanto como ahora su influencia. Me siento impregnado de no sé qué efluvios.

—¿No convendría, pues, descender? —preguntó el cazador.

—Al contrario, Dick, preferiría subir; y hubiera ya subido si no temiese ser arrastrado más allá de donde vamos durante estos cruzamientos de corrientes atmosféricas.

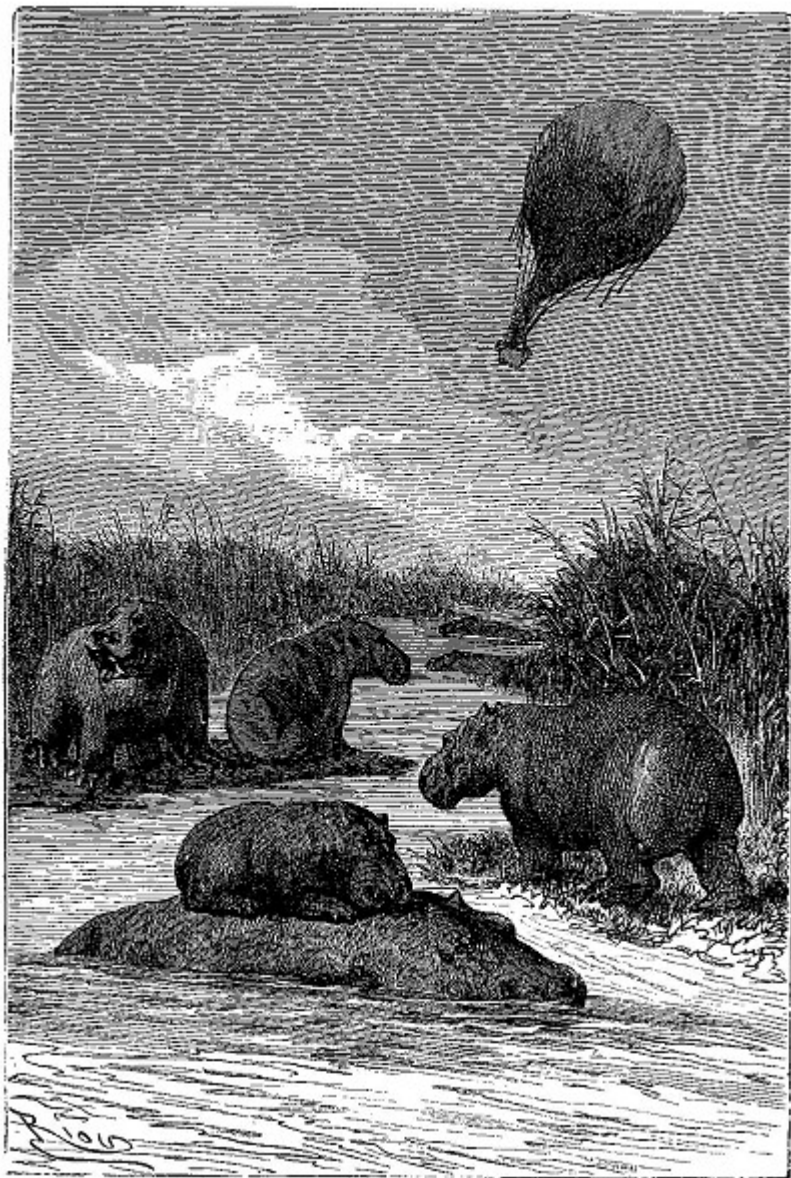
—¿Quieres, pues, abandonar el rumbo que seguimos desde la costa?

—Si puedo —respondió Fergusson—, me echaré 7 u 8º más al norte, y procuraré subir hacia las presuntas latitudes de las fuentes del Nilo. Acaso percibamos algunos indicios o huellas de la expedición del capitán Speke, o la caravana de Monsieur Hueglin. Si mis cálculos son exactos, nos hallamos a los 32º 40' de longitud, y quisiera subir directamente más allá del ecuador.

—¡Mira! —exclamó Kennedy interrumpiendo a su compañero—.

¿No ves esos hipopótamos que se deslizan fuera de los estanques, esas moles de carne sanguinolenta, y esos cocodrilos que aspiran el aire con estrépito?

—¡Parece que se ahogan! —dijo Joe—. ¡Qué manera de viajar tan deliciosa es la nuestra, que nos permite despreciar toda esa chusma de malhechores! ¡Señor Samuel! ¡Señor Kennedy! ¡Mirad qué bandadas de animales que marchan en columna cerrada! No bajan de doscientos; son lobos.



Los hipopótamos en la superficie del estanque.

—No, Joe, son perros salvajes, pertenecientes a una famosa raza que no teme el luchar con el león. Su encuentro es para los viajeros el peligro más terrible. El que tropieza con ellos es inmediatamente hecho pedazos.

—No será Joe quien se encargue de ponerles bozal —respondió el

buen criado—. A más de que si su ferocidad procede de su naturaleza, no se les puede hacer por ella ningún cargo.

El silencio se establecía poco a poco bajo la influencia de la tempestad; parecía que el aire condensado era impropio para transmitir los sonidos; la atmósfera estaba como acolchada, y perdía toda sonoridad lo mismo que una sala enteramente cubierta de gruesos tapices. El pájaro remero, la grulla coronada, los grajos rojos y azules, el pájaro burlón y la moscareta, se ocultaban entre las ramas de los grandes árboles. La Naturaleza entera ofrecía todos los síntomas de un cataclismo próximo.

A las nueve de la noche el *Victoria* permanecía inmóvil encima de Msene, reunión de aldeas difíciles de distinguir en la penumbra. Algunas veces la reverberación en el agua dormida de un rayo extraviado indicaba hoyos regularmente distribuidos, y por un último resplandor crepuscular pudo la mirada apoderarse de la forma tranquila y sombría de las palmeras, de los tamarindos, de los sicómoros y de los euforbios gigantes.

—¡Me ahogo! —dijo el escocés bebiendo, si así puede decirse, con toda la fuerza de sus pulmones aquel aire enrarecido—. ¡Permanecemos inmóviles! ¿Vamos a bajar?

—Pero ¿y la tormenta? —objetó el doctor, bastante inquieto.

—Si temes ser arrastrado por el viento, me parece que no puedes tomar otro partido.

—Acaso la tormenta no estalle esta noche —repuso Joe—: las nubes están muy altas.

—Una razón más que me impide traspasarlas. Sería menester subir a mucha altura, perder la tierra de vista, y estar toda la noche sin saber si avanzamos, ni hacia qué lado nos dirigimos.

—Pues mira lo que determinas, Samuel, porque la cosa urge.

—Ha sido una fatalidad que cesase el viento —repuso Joe—: él nos hubiera ido apartando de la tormenta.

—En efecto, es sensible, amigos, porque las nubes son para nosotros un peligro. Las nubes encierran corrientes opuestas que pueden envolvernos en sus torbellinos, y rayos capaces de incendiarnos. Además, la fuerza de las ráfagas puede precipitarnos si echamos el

ancla encima de un árbol.

—¿Qué hacemos, pues?

—Es preciso mantener el *Victoria* en una zona media entre los peligros de la tierra y los del cielo. Agua tenemos bastante para el soplete, y conservamos intactas doscientas libras de lastre, de las que nos desprenderemos si es preciso.

—Vamos a hacer la guardia contigo —dijo el cazador.

—No, amigos; poned las provisiones a cubierto y acostaos; yo os despertaré si sobreviene alguna novedad.

—Pero, señor, ¿por qué vos no os echáis también un poco, puesto que nada nos amenaza aún?

—No, muchacho, yo prefiero velar. Estamos inmóviles, y, si no varían las circunstancias, mañana amaneceremos exactamente en el mismo sitio.

—Buenas noches, señor.

—Buena noche, si es posible.

Kennedy y Joe se acurrucaron entre mantas, y el doctor permaneció solo en la inmensidad.

Sin embargo, el cimborrio de nubes bajaba insensiblemente, y la oscuridad se hacía profunda. Aquella negra bóveda se condensaba alrededor del globo terrestre como si intentara aplastarlo.

De repente, un relámpago brillante, rápido, incisivo, rasgó las tinieblas, y no estaba aún cerrada la herida que abrió en ellas cuando un espantoso trueno rodó por las profundidades del cielo.

—¡Alerta! —gritó Fergusson.

Los dos compañeros del doctor, a quienes despertó el estampido del trueno, estaban ya a sus órdenes.

—¿Vamos a bajar? —preguntó Kennedy.

—¡No! El globo se haría pedazos. ¡Subamos antes de que estas nubes se resuelvan en agua y se desencadene el viento! —Y activó la llama del soplete en las espirales de la serpentina.

Las tempestades de los trópicos son no menos notables por la rapidez con que se desenvuelven que por su violencia. Un segundo relámpago desgarró la nube, y otros muchos le sucedieron instantáneamente. Cruzaban el cielo centellas eléctricas que parecían

aburujarse bajo las anchas gotas de la lluvia.

—Nos hemos retardado —dijo el doctor—. ¡Ahora tenemos que atravesar una zona de fuego con nuestro globo lleno de aire inflamable!

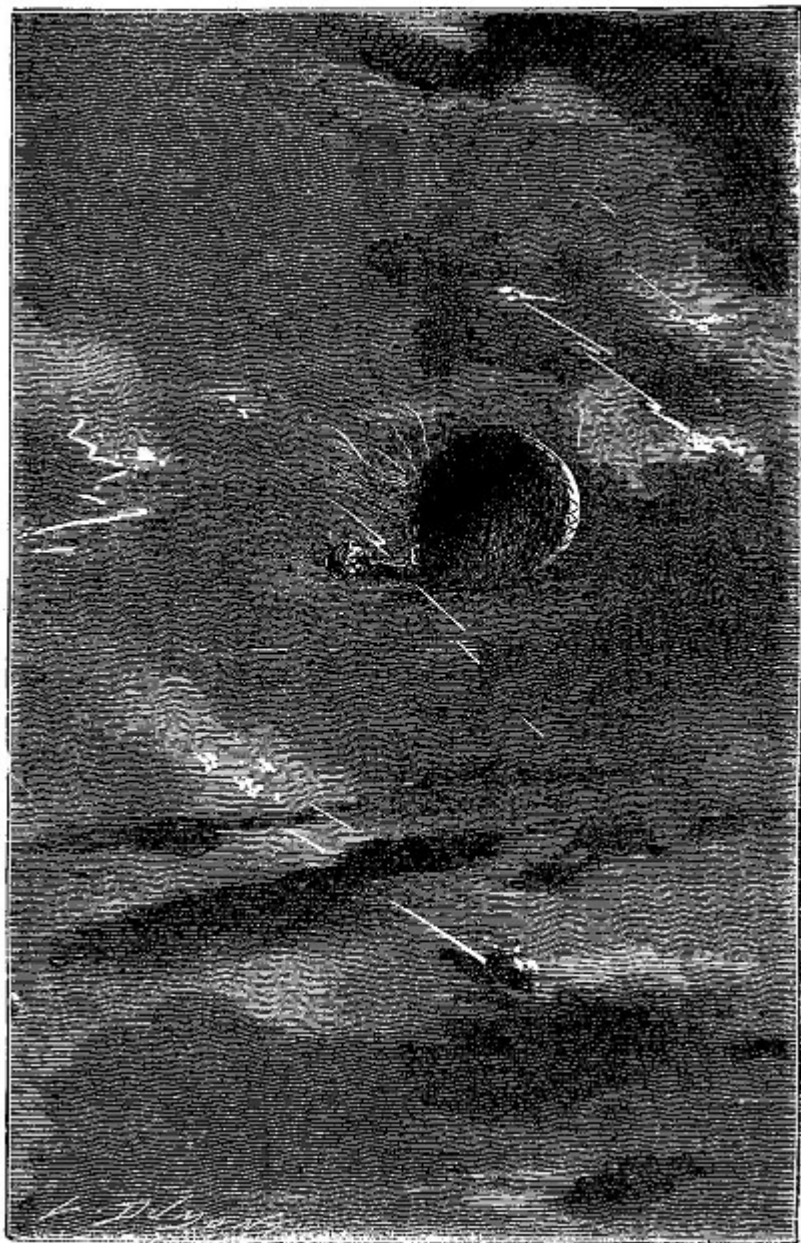
—¡A tierra! ¡A tierra! —repetía sin cesar Kennedy.

—El peligro de ser incendiados por un rayo sería casi el mismo, y quedaríamos, además, expuestos a hacernos pedazos entre las ramas de los árboles.

—¡Subimos, señor Samuel!

—¡No tan de prisa aún como yo quisiera!

Durante las borrascas ecuatoriales es muy común en aquella parte de África contar de treinta a treinta y cinco relámpagos por minuto. El cielo se convierte materialmente en una inmensa fragua, y los truenos se suceden sin interrupción.



El *Victoria* en el centro de la borrasca.

En aquella atmósfera abrasada se desencadenaba el viento con una violencia aterradora, y retorció las nubes candentes, como si el soplo de un ventilador inmenso activase toda aquella inmensa hoguera.

El doctor Fergusson mantenía su soplete en pleno calor; el globo se

dilataba y subía, y Kennedy, de rodillas en el centro de la barquilla, sujetaba las cortinas de la tienda. El globo se arremolinaba hasta el punto de no podersele mirar sin que causase vértigo, y los viajeros experimentaban peligrosas oscilaciones. Formábanse grandes huecos en la envoltura del aeróstato, y el viento se introducía en ellos con fuerza y hacía crujir el embreado tafetán. Una especie de granizada, a la que precedió un rumor tumultuoso, surcaba la atmósfera, y sonaba en el *Victoria* como un redoble. El globo, sin embargo, seguía su curso ascensional, trazando los relámpagos en su circunferencia tangentes inflamadas que le daban la apariencia de una esfera de fuego.

—¡Confiémonos a Dios! —dijo el doctor Fergusson—. Estamos entre sus manos, y sólo Él puede salvarnos. Resignémonos de antemano a cuanto pueda sobrevenir, aunque sea un incendio. Nuestra caída podrá ser gradual y no súbita.

La voz del doctor llegaba apenas al oído de sus compañeros, pero éstos podían ver su fisonomía tranquila en medio de los surcos que abrían los relámpagos. Él miraba los fenómenos de fosforescencia producidos por el fuego de San Telmo que parecía estar jugando con la red del aeróstato.

Éste giraba, se arremolinaba, pero no dejaba de subir, y al cabo de un cuarto de hora había traspasado la zona de las nubes tempestuosas. Los efluvios eléctricos se desenvolvían debajo de él como una gigantesca corona de fuegos artificiales suspendida de su barquilla.

Aquél era uno de los más bellos espectáculos que puede la Naturaleza ofrecer al hombre. Abajo, la tempestad. Arriba, el cielo estrellado, tranquilo, mudo, impasible, como la Luna que proyectaba sus pacíficos rayos sobre las nubes enfurecidas.

El doctor Fergusson consultó el barómetro. Marcaba doce mil pies de elevación. Eran las once de la noche.

—¡Gracias a Dios, el peligro ha pasado! —dijo—. Nos basta mantenernos a esta altura.

—¡De buena nos hemos librado! —respondió Kennedy.

—Bien —replicó Joe—. Eso ha dado alguna variedad al viaje, y no me pesa haber visto una tempestad desde cierta altura. ¡Es un espectáculo grandioso!

XVII

LAS MONTAÑAS DE LA LUNA — UN OCÉANO DE VERDURA —
SE ECHA EL ÁNCORA — EL ELEFANTE REMOLCADOR — FUEGO NUTRIDO —
MUERTE DEL PAQUIDERMÓ — EL HORNO DE CAMPAÑA —
COMIDA SOBRE LA HIERBA — UNA NOCHE EN TIERRA

A cosa de las seis de la mañana del lunes, el sol se elevó sobre el horizonte, las nubes se disiparon y un agradable vientecillo refrescó el ambiente durante la alborada.

La tierra, enteramente perfumada, reapareció a los ojos de los viajeros. El globo, girando alrededor de sí mismo en medio de las corrientes antagonistas, había derivado muy poco, y el doctor, dejando al gas contraerse, descendió con objeto de tomar una dirección más septentrional. Sus tentativas fueron durante mucho tiempo infructuosas. El viento lo empujó hacia el oeste hasta dar vista a las célebres montañas de la Luna, que forman un semicírculo alrededor de un extremo del lago Tanganika.

Su cordillera, poco accidentada, se destacaba en el azulado horizonte como una fortificación natural, inaccesible a los exploradores del centro de África. Algunos conos aislados ostentaban el sello de las nieves perpetuas.

—Henos —dijo el doctor— en un país inexplorado. El capitán Burton avanzó mucho hacia el oeste, pero no pudo llegar a estas montañas célebres, y hasta negó su existencia, según dice su compañero Speke, pretendiendo que han sido engendradas en la imaginación de éste. Nosotros, amigos, las estamos viendo, no soñamos.

—¿Y las traspasaremos? —preguntó Kennedy.

—No lo quiera Dios. Espero hallar un viento favorable que me devuelva hacia el ecuador, y, si es necesario, me detendré como se detiene un buque que prefiere estar fondeado a exponerse a vientos de proa que le hacen perder el rumbo.

Pero las previsiones del doctor no tardaron en realizarse. Después de haber tanteado diferentes alturas, el *Victoria* fue impelido hacia el nordeste con regular velocidad.

—Nos hallamos en buena dirección —dijo consultando la brújula—, escasamente a 200 pies de tierra. Todas estas circunstancias nos favorecen para reconocer estas nuevas regiones. El capitán Speke, yendo al descubrimiento del lago Ukereue, remontó más al este, en línea recta de Kazeh.

—¿Iremos mucho tiempo del mismo modo? —preguntó Kennedy.

—Tal vez. Nuestro objetivo es reconocer el nacimiento del Nilo, y aún nos quedan por recorrer 600 millas antes de llegar al límite extremo que han alcanzado los exploradores procedentes del norte.

—¿Y no echaremos pie a tierra —preguntó Joe—, para estirar un poco las piernas?

—Sí, por cierto. Preciso será conseguir víveres, y tú, amigo Dick, nos procurarás de paso alguna carne fresca.

—Cuando quiera, amigo Samuel.

—Tendremos también que reponer las reserva de agua. ¿Quién nos asegura que no vayamos a pasar algunas comarcas áridas? Todas las precauciones son pocas.

Al mediodía, el *Victoria* se hallaba a los 29° 15' de longitud y 3° 15' de latitud. Había pasado más allá de la aldea de Oyufu, último límite septentrional del Unyamwezy, a la altura del lago Ukereue, que los viajeros no tenían aún al alcance de sus miradas.

Los pueblos que están cerca del ecuador parecen algo más civilizados, no obstante estar dominados por monarcas absolutos, cuyo despotismo no reconoce ningún límite. Su estado más compacto es la provincia de Kragwah.

Quedó resuelto entre los tres viajeros echar pie a tierra luego que encontrasen un sitio favorable, y hacer un alto prolongado para inspeccionar cuidadosamente el aeróstato. Se moderó la llama del soplete y se echaron fuera de la quilla las anclas, que corrían rozando con sus uñas las altas hierbas de una inmensa pradera. Ésta, a cierta altura, parecía cubierta de menudo césped, pero este césped tenía en realidad de siete a ocho pies de largo.

El *Victoria*, besando aquellas hierbas sin encorvarlas, parecía una mariposa gigantesca. La vista no tropezaba con ningún obstáculo. El paisaje todo daba la idea de un océano de verdor sin ningún rompiente.

—Podríamos correr mucho tiempo como corremos —dijo Kennedy—, pues no distingo un solo árbol al cual podamos acercarnos. Me parece que tendré que renunciar a la caza.

—Aguarda, amigo Dick, aguarda. Imposible te sería cazar en medio de estas hierbas que son más altas que tú; más o menos pronto, hallaremos un buen cazadero.

Aquel paseo era verdaderamente delicioso, era una auténtica navegación en aquel mar tan verde y tan transparente, que al soplo del viento tenía también su oleaje. La barquilla justificaba perfectamente su nombre, pues parecía realmente que hendía las olas, levantando de cuando en cuando bandadas de pájaros de espléndidos colores que se escapaban despidiendo alegres gritos. Las áncoras se abismaban en aquel lago de flores, y trazaban surcos en la hierba que se cerraban luego que habían pasado, como la estela de un buque.

De pronto experimentó el globo una inmensa sacudida. Sin duda el ánora había hincado sus uñas en la hendidura de una roca oculta bajo el gigantesco césped.

—Estamos anclados —dijo Joe.

—Pues bien, echa la escala —replicó el cazador.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando resonó un grito agudo, y de la boca de los tres viajeros se escaparon las siguientes frases, entrecortadas por exclamaciones:

—¿Qué es eso?

—¡Un grito singular!

—¡Y seguimos andando!

—Se habrá desprendido el ánora.

—¡No! ¡Está asegurada! —dijo Joe, tirando de la cuerda.

—¡Sin duda con el ancla arrastramos la roca!

Las hierbas se removieron a bastante distancia, y encima de ellas apareció luego una forma prolongada y tortuosa.

—¡Una serpiente! —exclamó Joe.

—¡Una serpiente! —replicó Kennedy, amartillando su carabina.

—¡No! —dijo el doctor—. Es la trompa de un elefante.

—¡Un elefante, Samuel!

Y así diciendo, Kennedy se echó la escopeta a la cara.

Aguarda, Dick, aguarda.

—No, no tiréis, señor; el animal nos remolca.

—Y en buena dirección, Joe, en muy buena dirección.

El elefante, que avanzaba con cierta rapidez, no tardó en llegar a un raso, donde se le pudo ver enteramente.

Su talla gigantesca dio a conocer al doctor que era un macho de una magnífica especie. Las uñas del ancla habían quedado clavadas entre sus dos blancos colmillos, admirablemente encorvados, cuya longitud no bajaba de ocho pies.

El animal forcejeaba en vano para desprenderse con la trompa de la cuerda que le sujetaba a la barquilla.

—¡Arre, valiente! —exclamó Joe en el colmo de la alegría, arreando al proboscidio como si fuese una bestia de tiro—. ¡He aquí una nueva manera de viajar! Mejor tira este animal que un par de mulas.

—Pero ¿a dónde irá a dar con nuestros huesos? —preguntó Kennedy, que agitaba con impaciencia su carabina como si le quemase las manos.

—Nos lleva donde queremos ir, amigo Dick. Ten un poco de paciencia.

—*Wig a more! Wig a more!* Como dicen los escoceses —gritaba Joe, alegre como unas pascuas—. ¡Adelante, adelante!

El animal tomó un galope muy rápido. Agitaba su trompa de derecha a izquierda, y con sus bruscos movimientos sacudía violentamente la barquilla. El doctor, con el hacha en la mano, estaba preparado para cortar la cuerda en el momento perentorio.

—Pero —dijo— no abandonaremos el áncora hasta el último momento.

Aquella carrera, a discreción de un elefante, duró cerca de hora y media. El animal, al parecer, no sentía la menor fatiga. Aquellos enormes paquidermos pueden estar mucho tiempo galopando, y de un día para otro se les encuentra a distancias inmensas, como las

ballenas, de las que tienen casi la velocidad y la mole.

—Si bien se mira —dijo Joe—, nos hallamos como si hubiésemos hincado el arpón en una ballena, y no hacemos más que remedar la maniobra de los balleneros cuando se encuentran en un caso análogo al nuestro.

Pero un cambio en la naturaleza del terreno obligó al doctor a modificar también su medio de locomoción.

Al norte de la pradera y a la distancia de unas tres millas, aparecía un espeso bosque de sicómoros, por lo que fue necesario cortar todas las relaciones del globo con su improvisado conductor.

Kennedy tomó a su cargo detener al elefante en su carrera, y al efecto se echó la carabina a la cara; pero estaba mal colocado para herir al animal con éxito. Una primera bala le dio en el cráneo, como si hubiese dado en una plancha de hierro fundido, sin causar la menor impresión a la enorme bestia, la cual, al estampido del arma, no hizo más que acelerar el paso, y su velocidad fue la de un caballo lanzado al galope.

—¡Diablos! —dijo Kennedy.

—¡Vaya una cabeza dura! —exclamó Joe.

—Vamos a probar con algunas balas cónicas —repuso Dick, cargando su carabina en toda regla y haciendo fuego.

El animal lanzó un grito terrible, y siguió galopando como si tal cosa.

—Pues, señor —dijo Joe cogiendo una escopeta—, es preciso que yo os ayude o esto va a ser la vida perdurable.

Y dos balas entraron en el costado del elefante.

Éste se detuvo, levantó su trompa y emprendió de nuevo la marcha a todo escape hacia el bosque. Sacudía su colosal cabeza, y la sangre empezaba a brotar copiosamente de sus heridas.

—Sigamos haciendo fuego, señor Dick.

—¡Y que sea muy nutrido! —añadió el doctor—. Tenemos el bosque a menos de veinte toesas.

Resonaron otros diez tiros. El elefante dio un salto tan espantoso, que la barquilla y el globo rechinaron como si hubiese sufrido alguna grave avería, y la sacudida hizo caer el hacha de las manos del doctor.

La pérdida del hacha, que fue a parar al suelo, complicaba la situación de una manera terrible. El cable del ánchora, reciamente asegurado, no podía desatarse, ni los cuchillos de los viajeros eran bastante fuertes para cortarlo, y ya el globo se aproximaba rápidamente al bosque, cuando el animal recibió un balazo en un ojo en el momento de levantar la cabeza. Entonces se detuvo, vaciló, sus rodillas se doblaron y presentó su pecho al cazador.

—Una bala en el corazón —dijo éste descargando su carabina.

Fue el último tiro. El elefante lanzó un grito de dolor y de agonía; se incorporó momentáneamente, blandió su trompa y cayó desplomado, dando en tierra con uno de sus colmillos que se rompió de medio a medio.

Estaba muerto.

—¡Su colmillo está roto! —exclamó Kennedy—. El marfil en Inglaterra se paga a 35 guineas las cien libras.

—¿Tanto vale? —dijo Joe, bajando a tierra por la cuerda del ánchora.

—¿De qué sirve echar cuentas, amigo Dick? —respondió el doctor Fergusson—. ¿Traficamos acaso nosotros con marfil? ¿Hemos venido aquí para hacer fortuna?

Joe contempló el ánchora, que estaba sólidamente agarrada al colmillo que había quedado ileso. Samuel y Dick tomaron también tierra, en tanto que el aeróstato, medio deshinchado, se balanceaba sobre el cuerpo del animal.

—¡Magnífica pieza! —exclamó Kennedy—. ¡Qué mole! ¡Nunca en la India he visto un elefante de esta talla!

—Claro que no, amigo Dick; los elefantes del centro de África son los más corpulentos. Cazados con encarnizamiento por los Anderson y los Cumming en las inmediaciones de El Cabo, emigran hacia el ecuador, donde encontraremos con frecuencia manadas de ellos muy numerosas.

—Entretanto —respondió Joe—, creo que podremos saborear un poco de éste. Me comprometo a procuraros una comida succulenta a expensas de este animalazo. El señor Kennedy va ahora a cazar durante una o dos horas; el señor mi amo va a inspeccionar el *Victoria*

y yo voy a desempeñar mis funciones de cocinero.

—Muy bien ordenado —respondió el doctor—. Tienes carta blanca para obrar culinariamente como mejor te parezca.

—Y yo —dijo el cazador— voy a hacer uso de las dos horas de libertad que Joe se ha dignado otorgarme.

—Sí, amigo; pero no cometas ninguna imprudencia. No te alejes.

—Puedes estar tranquilo.

Y Dick, armado de su fusil, se internó en el bosque.

Entonces Joe entró en el ejercicio de sus funciones. Hizo en tierra un hoyo de dos pies de profundidad, y lo llenó de ramas secas de las que estaba cubierto el suelo, procedentes de los boquetes hechos en el bosque por los elefantes, cuyas huellas podía ver. Llenó el agujero, levantó encima una pila de leña que tendría unos cuatro pies, y le prendió fuego.

En seguida se dirigió a los inanimados restos del elefante, que había caído a unas diez toesas del bosque; desconyuntó diestramente la trompa, que en su raíz medía dos pies de longitud, escogió la parte más delicada, y a ella juntó uno de los esponjosos pies del animal, porque, en efecto, estas partes son el mejor bocado, como la giba del bisonte, la pata del oso y la cabeza del jabalí.

Cuando interior y exteriormente se hubo la hoguera consumido del todo, el agujero limpio de la ceniza ofreció una temperatura muy elevada. Los trozos del elefante, envueltos en hojas aromáticas, fueron metidos en el fondo de aquel horno improvisado y cubiertos de ceniza caliente sobre la cual Joe encendió una nueva hoguera, y cuando se hubo consumido la leña, la carne estaba a punto de comerse.

Entonces Joe sacó la carne del horno y la dejó sobre las hojas verdes. Dispuso la comida en medio de una magnífica alfombra de hierba, en la cual colocó galletas, aguardiente, café y un agua fresca y cristalina que cogió de un arroyo inmediato.

Daba gusto ver aquella comida así dispuesta, y Joe, sin ser demasiado vanidoso, era de la opinión de que más gusto daría comerla.

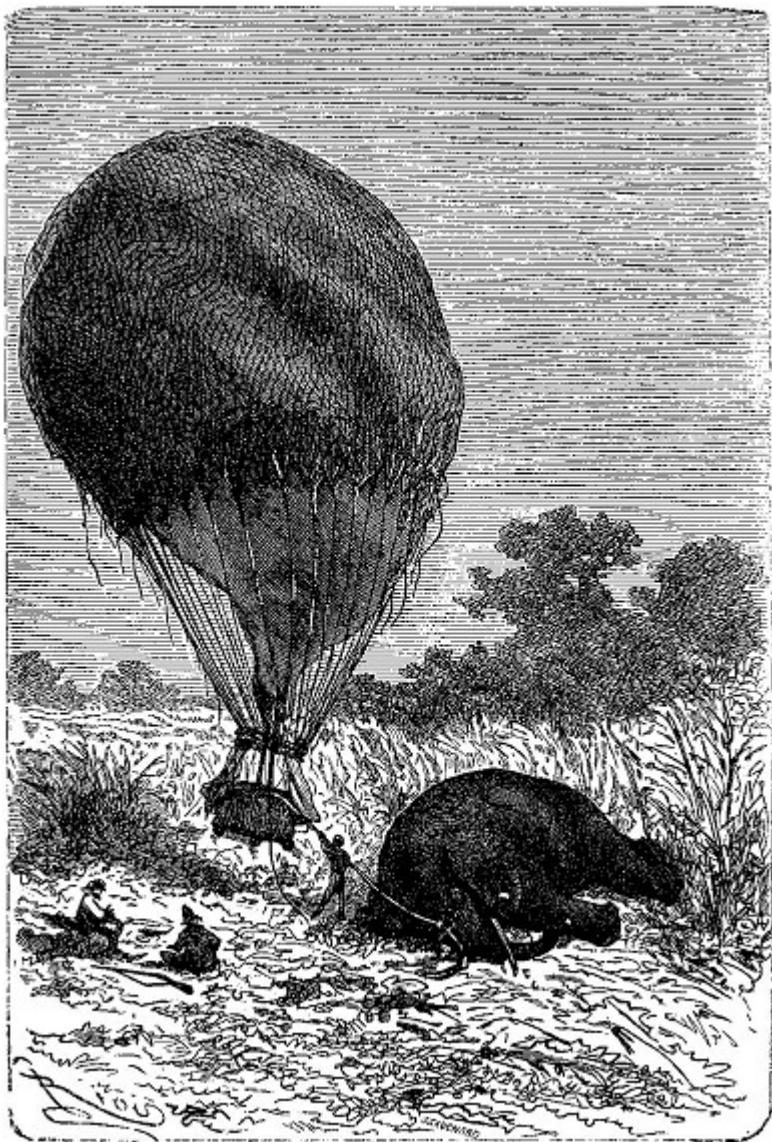
—¡Un viaje sin fatiga y sin peligro! —repetía—. ¡Una comida a tiempo! ¡Una hamaca perpetua! Pedir más sería gollería. ¡Y el bueno

del señor Kennedy que no quería venir!

Por su parte, el doctor Fergusson se ocupaba en la inspección minuciosa de su aeróstato, el cual no había sufrido en la tormenta avería alguna. El tafetán y la goma elástica habían resistido a las mil maravillas. Teniendo en cuenta la altura actual del terreno y calculando la fuerza ascensional del globo, vio el doctor con satisfacción que había la misma cantidad de hidrógeno, y que hasta entonces la envoltura se había conservado perfectamente impermeable.

No hacía más que cinco días que los viajeros habían salido de Zanzíbar. La provisión de *pemmican* estaba incólume; la de galleta y la de carne en conserva bastaban para un largo viaje, y de consiguiente lo único que había que renovar era la reserva de agua.

Los tubos y la serpentina se hallaban en perfecto estado. Gracias a sus articulaciones de caucho, se habían prestado dócilmente a todas las oscilaciones del aeróstato. Terminado su examen, el doctor puso en orden sus apuntes. Trazó un croquis muy exacto de la campiña circundante, con la larga pradera, que se perdía de vista, el bosque de sicómoros y el globo inmóvil sobre el cuerpo del monstruoso elefante.



El croquis del doctor Fergusson.

Pasadas las dos horas que tenía a su disposición, Kennedy volvió con una sarta de mantecosas perdices, y un pernil de macho cabrío silvestre, especie de *gansbok*, perteneciente a la especie más ágil de antílopes. Joe se encargó de guisar este aumento de provisiones.

—La mesa está puesta —gritó luego con cierta prosopopeya.

Y los tres viajeros no tuvieron que hacer más que sentarse sobre la

alfombra de verdor. Los pies y la trompa del elefante fueron declarados exquisitos por unanimidad; se bebió a la salud de Inglaterra, como de costumbre, y deliciosos habanos perfumaron por primera vez aquella encantadora comarca.

Kennedy comía, bebía y hablaba por los codos; estaba un si es no es achispado, y propuso seriamente a su amigo el doctor establecerse en aquel bosque, construir en él unas cabañas y comenzar allí la dinastía de los Robinsones africanos.

La proposición no tuvo consecuencias, si bien Joe se propuso a sí mismo para desempeñar el papel de Viernes.

La campiña parecía tan tranquila, tan desierta, que el doctor resolvió pasar la noche en tierra. Joe levantó un círculo de hogueras, barricada indispensable contra las bestias feroces. Las hienas, los nagueados y los chacales, atraídos por el olor de la carne del elefante, vagaban por los alrededores. Kennedy tuvo que hacer algunos disparos para ahuyentar a visitantes demasiado audaces; pero, en fin, la noche se pasó sin ningún incidente desagradable.

XVIII

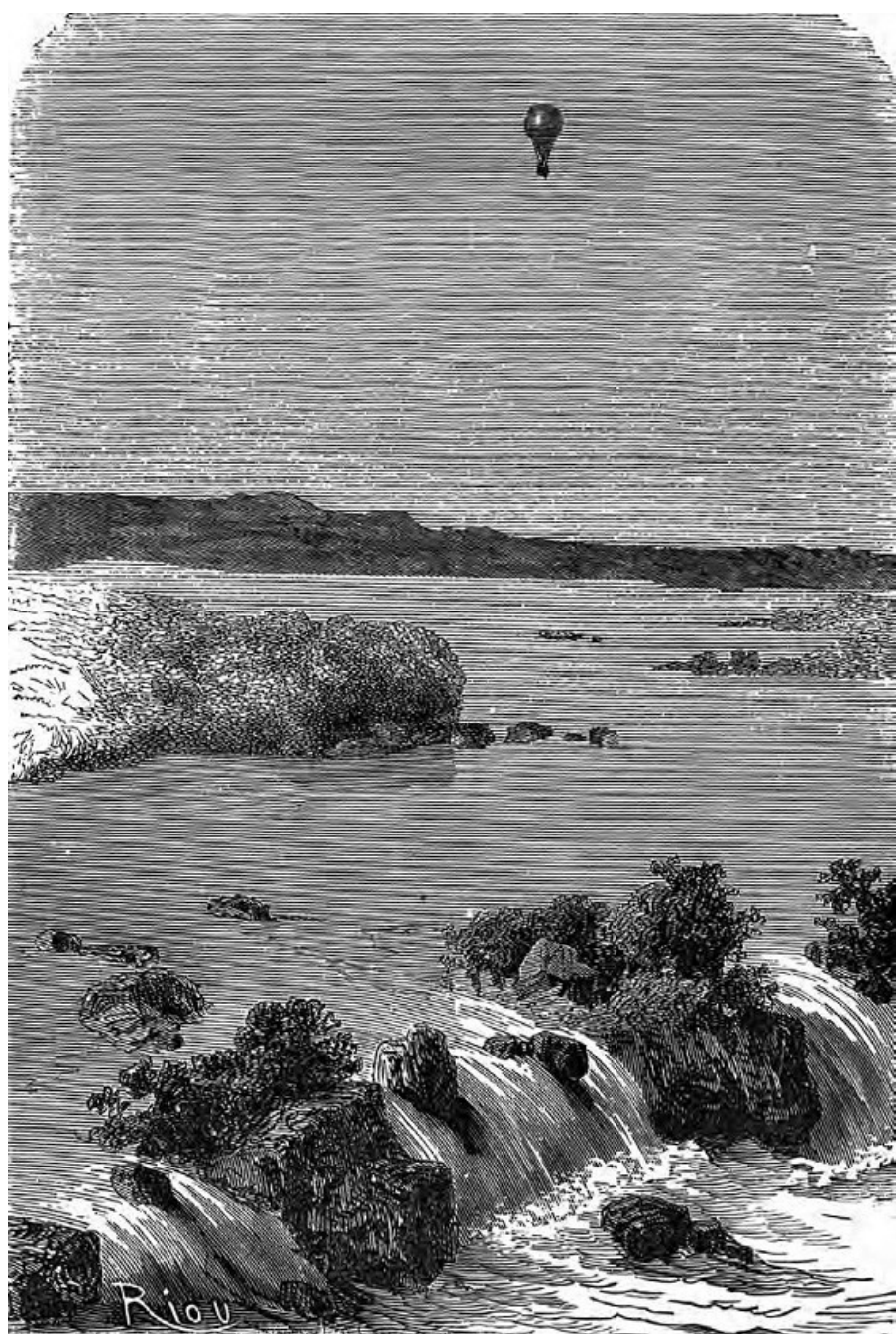
EL KARAGWAH — EL LAGO UKEREUE — UNA NOCHE
EN UNA ISLA — ECUADOR — TRAVESÍA DEL LAGO —
LAS CASCADAS — VISTA DEL PAÍS — LAS FUENTES DEL NILO —
LA ISLA DE BENGÁ — LA FIRMA DE ANDREA DEBONO
— EL PABELLÓN CON LAS ARMAS DE INGLATERRA

A las cinco de la mañana siguiente, empezaron los preparativos de marcha. Joe, con el hacha que había tenido la fortuna de encontrar, rompió los colmillos del elefante. El *Victoria*, recobrando su libertad, arrastró a los viajeros hacia el Noroeste con una velocidad de dieciocho millas.

Durante la noche anterior, el doctor había hecho cuidadosamente su estima guiándose por la altura de las estrellas. Se hallaba a los 2° 4' de latitud bajo el ecuador, o sea 160 millas geográficas. Atravesó numerosas aldeas sin hacer ningún caso de los gritos que provocaba su aparición; tomó nota de la conformación de los lugares, sacando de ellos algunas vistas; salvó las cuestas de Rubenbé, casi tan pinas como las cimas del Usagara, y más adelante, en Tenga, encontró las primeras lomas de las cordilleras de Karagwah, que, en su concepto, derivan necesariamente de las montañas de la Luna. La antigua leyenda que hace de aquellas sierras la cuna del Nilo se acerca a la verdad, puesto que confinan con el lago Ukereue, presunto receptáculo de las aguas del gran río.

Desde Kafuro, gran distrito de los mercaderes del país, distinguió por fin en el horizonte aquel lago tan buscado que el capitán Speke entrevió el 3 de agosto de 1858.

Samuel Fergusson se sentía conmovido. Estaba casi tocando uno de los principales puntos de exploración, y, sin soltar un momento el antejo, no perdía el menor accidente de aquella comarca misteriosa que su mirada circunstanciaba de la manera siguiente:



La última catarata del Nilo.

Debajo de él, una tierra generalmente estéril, que no presentaba más que algunas laderas cultivadas; el terreno, sembrado de conos de

mediana altura, se hacía llano en las inmediaciones del lago; campos sembrados de cebada remplazaban a arrozales, y allí crecía la especie de llantén de que se saca el vino del país, y el *mwani*, planta silvestre que sirve de café. El conjunto de unas cincuenta chozas cubiertas de bálagó en flor constituye la capital de Karagwah.

Se percibían sin dificultad las fisonomías embobadas de una raza bastante bella, de tez morena amarillenta. Mujeres de una corpulencia inverosímil se arrastraban por las plantaciones, y el doctor asombró a sus compañeros diciéndoles que aquella obesidad, allí muy apreciada, se obtenía por medio de un régimen obligatorio de leche cuajada.

A mediodía el *Victoria* se hallaba a 1° 45' de latitud austral, y a la una de la tarde el viento le empujaba hacia el lago.

Aquel lago debe al capitán Speke el nombre de Nyanza Victoria²⁶. En aquel punto tenía de ancho unas 80 millas. En su extremidad meridional el capitán encontró un grupo de islas al cual llamó archipiélago del Bengala. Llevó su reconocimiento hasta Muanza, en la isla del Este, donde fue bien recibido por el sultán. Hizo la triangulación de aquella parte del lago, pero no pudo procurarse una lancha de mala muerte para atravesarlo, ni tampoco para visitar la considerable isla de Ukereue, que es muy populosa; está gobernada por tres sultanes, y, al bajar la marea, no forma más que una península.

El *Victoria*, con no poco sentimiento del doctor, que hubiera querido determinar los contornos inferiores del lago, lo abordaba al norte. Las orillas, erizadas de breñas espinosas y de maleza inextricable, desaparecían literalmente bajo miríadas de mosquitos de un color pardo negro. Aquel país debía de ser inhabitable o inhabitado. Veíanse muchos hipopótamos que se revolcaban en los cañares o se sumergían en las blanquecinas aguas del lago.

Éste, visto desde lo alto, ofrecía hacia el oeste un horizonte tan ancho que parecía un mar. La distancia impide establecer comunicaciones entre una y otra orilla y, además, las tempestades son allí fuertes y frecuentes, porque los vientos no encuentran obstáculo alguno en aquella meseta elevada y descubierta.

Trabajo costó al doctor dirigir el globo. Temía ser arrastrado hacia

el este; pero, por fortuna, una corriente le llevó directamente al norte, y a las seis de la tarde el *Victoria* se estableció en un islote desierto, a 0° 3' de latitud; y 32° 52' de longitud, a veinte millas de la costa.

Los viajeros pudieron anclar en un árbol, y, habiendo al anochecer caído el viento, se quedaron tranquilos. No podían pensar en tomar tierra, porque allí, lo mismo que en las orillas del Nyanza, las legiones de mosquitos cubren el suelo como una densa nube. Joe volvió del árbol acribillado, pero como le parecía muy natural que los mosquitos picasen, no se desazonó ni poco ni mucho.

Pero el doctor, menos optimista, levantó el globo cuanto pudo para librarse de aquellos despiadados insectos que metían el ruido más importuno.

El doctor reconoció la altura del lago sobre el nivel del mar, tal como lo había determinado el capitán Speke, es decir, 3.750 pies.

—¡Conque estamos en una isla! —dijo Joe, que se desollaba rascándose.

—Una isla que podríamos recorrer en menos que canta un gallo —respondió el cazador—, y que no parece que tenga más seres vivientes que estos amables insectos que tanto quehacer te dan.

—Las islas de que está el lago salpicado —respondió el doctor Fergusson—, no son, en realidad, más que crestas de colinas sumergidas, y no hemos tenido poca fortuna en encontrar en ellas un abrigo, porque las orillas del lago están pobladas de tribus feroces. Dormid, pues, ya que el cielo nos prepara una noche tranquila.

—¿Y no harás tú otro tanto, Samuel?

—No; yo no podría cerrar los ojos. Mis pensamientos me lo impedirían. Mañana, si el viento es favorable, marcharemos en derechura al norte, y descubriremos tal vez los manantiales del Nilo, que son un secreto hasta ahora impenetrable. Junto a estos manantiales me sería imposible conciliar el sueño.

Kennedy y Joe, a quienes no turbaban hasta tal extremo las preocupaciones científicas, no tardaron en dormirse profundamente bajo la vigilancia del doctor Fergusson.

El miércoles, 23 de abril, a las cuatro de la mañana, el *Victoria* aparejaba. El cielo estaba ceniciento. La noche abandonaba

difícilmente las aguas del lago, que estaban envueltas en una densa niebla, pero un viento recio la disipó muy pronto. El *Victoria* fue por espacio de algunos minutos balanceado en todas direcciones, y por fin remontó directamente hacia el norte.

El doctor Fergusson palmoteó con alegría.

—¡Estamos en buen camino! —exclamó—. ¡Si hoy no vemos el Nilo, no lo veremos nunca! ¡Amigos, pasamos el ecuador, entramos en nuestro hemisferio!

—¡Oh! —exclamó Joe—. ¿Creéis, mi amo, que el ecuador pasa por aquí?

—Por aquí mismo.

—Pues bien, salvo vuestro respeto, me parece conveniente que sin pérdida de tiempo lo rociemos con un buen trago.

—¡Estupendo, venga un trago de grog! —respondió el doctor riendo—. Tú entiendes la cosmografía de una manera que no es de las peores.

Y así se celebró el paso de la línea a bordo del *Victoria*.

Éste avanzaba rápidamente. Se percibía al oeste la costa baja y poco accidentada, y en el fondo las más elevadas colinas del Uganda y del Usoga.

La velocidad del viento era excesiva, aproximándose a las treinta millas por hora.

Las aguas del Nyanza, agitadas con fuerza, echaban espuma como las olas del mar. En las colinas momentáneas, ciertos movimientos del agua, que constituyen lo que llaman los marinos mar de fondo, dieron a conocer al doctor que el lago era muy profundo. En toda la travesía apenas se distinguieron más que dos o tres pequeñas embarcaciones.

—Este lago —dijo el doctor— es evidentemente, por su posición elevada, el depósito natural de los ríos de la parte oriental de África, dándole el cielo en lluvia lo que a él quitan en vapor por sus afluentes. Me parece indudable que el Nilo toma aquí su origen.

—Lo veremos —replicó Kennedy.

A cosa de las nueve se acercó a la costa del oeste, la cual parecía desierta y poblada de árboles. El viento se echó un poco hacia el este, y se pudo distinguir la otra orilla del lago. Éste se doblaba de manera

que terminaba en un ángulo muy abierto, a cosa de 2º 40' de latitud septentrional. Altas montañas erguían sus escuetos picos en aquella extremidad del Nyanza; pero entre ellas una garganta profunda y tortuosa daba paso a un río que hervía con violencia.

El doctor Fergusson, al mismo tiempo que atendía a su aeróstato, examinaba el país con ávidas miradas.

—¡Vedlo! —exclamó—. ¡Vedlo, amigos míos! ¡Las narraciones de los árabes eran exactas! Hablaban de un río por el cual se descargaba hacia el norte el lago de Ukereue, y este río existe, y nosotros seguimos su curso, cuya rapidez es comparable con la nuestra propia. ¡Y esa gota de agua que huye bajo nuestros pies, va indudablemente a confundirse con las olas del Mediterráneo! ¡Es el Nilo!

—¡Es el Nilo! —repitió Kennedy, que se dejaba contagiar por el entusiasmo de Samuel Fergusson.

—¡Viva el Nilo! —dijo Joe, que siempre que estaba alegre tenía que vitorear algo.

Aquel misterioso río echaba espuma delante de los obstáculos frecuentes que oponían a su curso rocas enormes. Formaba chorreras y cataratas que confirmaban al doctor en sus previsiones. De las montañas circundantes partían numerosos torrentes, rápidos y espumosos, y se veían brotar de la tierra estrechos arroyos que se cruzaban, se confundían, rivalizaban en velocidad, y todos se precipitaban en aquel riachuelo que después de absorberlos se convertía en caudaloso río.

—He aquí el Nilo —repitió el doctor con convicción—. El origen de su nombre ha apasionado a los sabios no menos que el origen de sus aguas. Se le ha hecho derivar del griego, del copto, del sánscrito²⁷, lo que nada importa habiendo revelado al cabo el secreto de su procedencia.

—Pero ¿cómo asegurarnos —preguntó el cazador— de que este río es el mismo que han reconocido los viajeros del Norte?

—Pruebas tendremos ciertas, irrecusables, infalibles —respondió Fergusson— si el viento sigue siéndonos propicio aunque no sea más que una hora.

Las montañas se separaban, levantándose entre ellas numerosas

aldeas, cercadas de campos cubiertos de sésamo, de *douaran* y de cañas de azúcar. Las tribus de aquellas comarcas se presentaban agitadas y hostiles. Presintiendo extranjeros y no dioses, estaban más cerca de la cólera que de la adoración. No parecía sino que remontando las fuentes del Nilo se les usurpara algo. El *Victoria* tuvo que mantenerse fuera del alcance de los mosquetes.

—Difícil sería abordar aquí —dijo el escocés.

—Tanto peor para esos indígenas —replicó Joe—, a quienes privaremos del encanto de nuestra conversación.

—Y, sin embargo, es preciso que yo baje —respondió el doctor Fergusson—, aunque no sea más que un cuarto de hora. De otro modo, no puedo comprobar los resultados de nuestra exploración.

—¿Es, pues, indispensable, Samuel?

—Tan indispensable que bajaremos aunque tengamos que andar a tiros.

—No lo sentiría —respondió Kennedy acariciando su carabina.

—Dispuesto estoy a todo, señor —dijo Joe aprestándose al combate.

—No será la primera vez —respondió el doctor— que la ciencia habrá tenido que empuñar las armas. A ellas se vio obligado a recurrir en las montañas de España un sabio francés cuando medía el meridiano terrestre.

—Confíate a nosotros, Samuel, y no tengas ningún cuidado. Nosotros te guardaremos las espaldas.

—¿Ha llegado ya el caso, señor?

—No todavía. Vamos a elevarnos un poco para conocer con exactitud la configuración del país.

Se dilató el hidrógeno y, en menos de diez minutos, el *Victoria* se cernía a una altura de 2.500 pies sobre la tierra.

Desde allí se distinguía una inextricable red de arroyos que el río acogía en su regazo. La mayor parte venían del oeste, atravesando fértiles campos y numerosas colinas.

—Nos hallamos a menos de noventa millas de Gondokoro —dijo el doctor examinando el mapa—, y a menos de cinco del punto alcanzado por los exploradores procedentes del norte. Acerquémonos a tierra con precaución.

El *Victoria* descendió más de 2.000 pies.

—Ahora, amigos, estad preparados para lo que pudiera tronar.

—Lo estaremos —respondieron Dick y Joe.

—¡Bien!

El *Victoria* marchó a la distancia de unos cien pies del río, siguiendo su lecho. En aquel punto medía cincuenta toesas, y en las aldeas de las orillas los indígenas se agitaban tumultuosamente. Al llegar al segundo grado, el río forma una cascada vertical de unos diez pies de altura, y, por consiguiente, inaccesible.

—Aquí tenemos la cascada indicada por Debono —exclamó el doctor.

El cauce del río se ensanchaba y estaba sembrado de numerosos islotes que Samuel Fergusson devoraba con los ojos, buscando, al pasar, un refugio que no encontraba.

Algunos negros se habían adelantado en una barca debajo del globo. Kennedy les saludó con un tiro, y aunque no hirió a ninguno, todos huyeron precipitadamente a la orilla.

—¡Como el humo! —dijo Joe—. Yo si estuviese en su pellejo no volvería: me metería miedo un monstruo que fulmina rayos cuando quiere.

De pronto el doctor Fergusson cogió su anteojó y examinó la isla que había en medio del río.

—¡Cuatro árboles! —exclamó—. ¡Mirad allá abajo!

En efecto, en su extremidad se levantaban cuatro árboles aislados.

—¡Ella es! ¡La isla de Benga! —añadió.

—¿Y qué? —preguntó Dick.

—Allí bajaremos, si Dios quiere.

—¡Pero parece habitada, señor Samuel!

—Joe tiene razón; si no me engaño, hay un grupo de veinte indígenas.

—Les haremos echar a correr —respondió Fergusson—. No será empresa difícil.

—Bien —replicó el cazador.

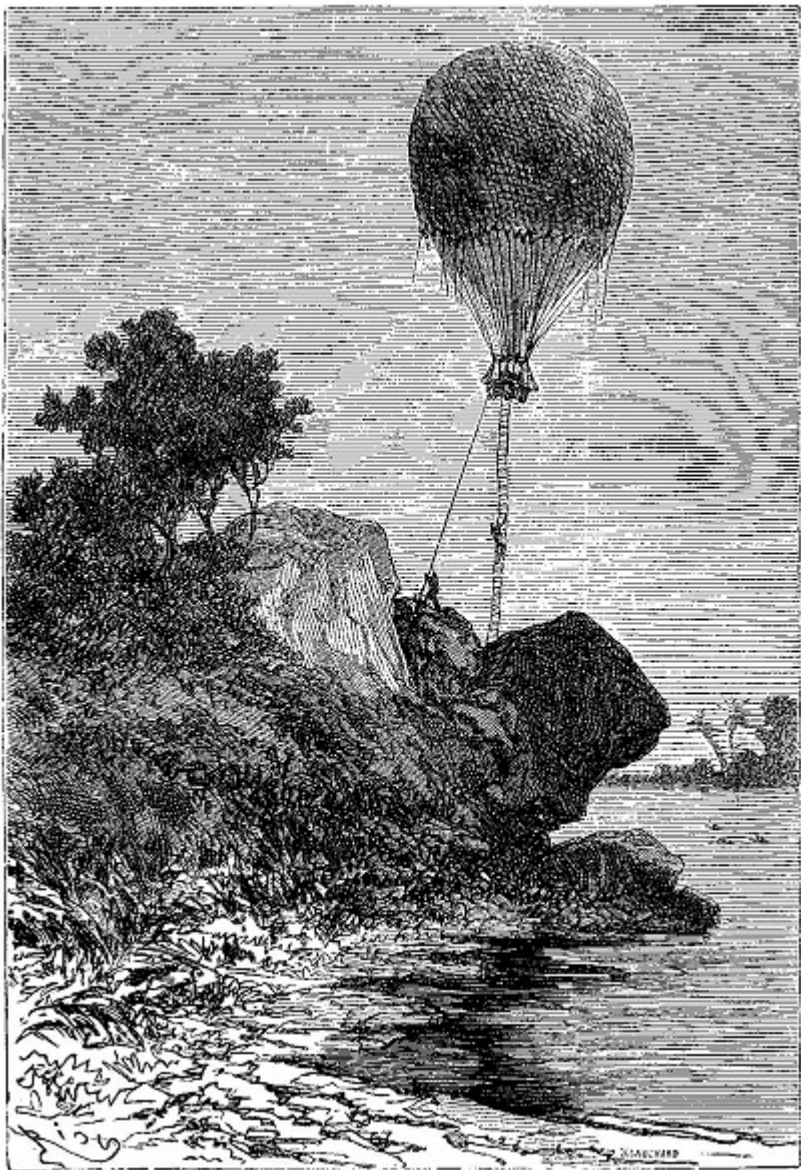
El sol estaba en el cenit. El *Victoria* se acercaba a la isla.

Los negros, pertenecientes a la tribu de Makado, prorrumpieron en

gritos desaforados. Uno de ellos agitaba su sombrero de corteza. Kennedy tomó este sombrero por blanco, le apuntó y lo hizo pedazos.

Aquella fue una derrota general. Los indígenas se echaron al río precipitadamente y lo atravesaron a nado. En seguida partió de las dos orillas una granizada de balas y de flechas, pero sin peligro para el aeróstato, cuya áncora había hincado las uñas en la hendidura de una roca. Joe se deslizó por la cuerda.

—¡La escala! —gritó el doctor—. Sígueme, Kennedy.



Vista de la isla de Benga.

—¿Qué vas a hacer?

—Bajaremos; necesito un testigo.

—Heme aquí.

—Joe, ojo alerta.

—Respondo de todo, señor, estad tranquilo.

—¡Ven, Dick! —dijo el doctor al llegar a tierra.

Y llevó a sus compañeros a un grupo de rocas que se levantaban en la punta de la isla. Allí estuvo algún tiempo buscando, escudriñó la maleza como un podenco y se llenó las manos de sangre.

De repente, cogió el brazo del cazador.

—Mire —le dijo.

—¡Letras! —exclamó Kennedy.

En efecto, aparecían dos letras grabadas con toda claridad en la roca. Se leía perfectamente:

A.D.

—A. D. —repuso el doctor Fergusson—. ¡Andrea Debono! ¡La firma misma del viajero que más se ha acercado a las fuentes del Nilo!

—El hecho es irrecusable, Samuel.

—¿Quedas convencido?

—¡No cabe duda, es el Nilo!

El doctor miró por última vez aquellas preciosas iniciales, cuya forma y dimensiones copió exactamente.

—Ahora —dijo—, al globo.

—Pronto, porque veo algunos indígenas que se preparan para pasar el río.

—¡Ya poco nos importa! Que siga el viento empujándonos hacia el norte durante algunas horas, y alcanzaremos a Gondokoro, y estrecharemos la mano de nuestros compatriotas.

Diez minutos después, el *Victoria* se levantaba majestuosamente, en tanto que el doctor Fergusson, en señal de triunfo, desplegaba el pabellón de las armas de Inglaterra.

XIX

EL NILO — LA MONTAÑA TEMBLOROSA — RECUERDOS DEL PAÍS — LOS
CUENTOS DE LOS ÁRABES — LOS NYAM-NYAM — REFLEXIONES
SECRETAS DE JOE — BORDADAS DEL VICTORIA
— LAS ASCENSIONES AEROSTÁTICAS — MADAME BLANCHARD

¿Cuál es nuestra dirección? —preguntó Kennedy a su amigo que estaba consultando la brújula.

—Nornoroeste.

—¡Entonces no es norte!

—No, Dick, y creo que nos será difícil llegar a Gondokoro. Lo siento, pero al fin hemos enlazado las exploraciones del este con las del norte y, por consiguiente, no podemos quejarnos.

El *Victoria* sé iba alejando poco a poco del Nilo.

—Quiero dirigir una última mirada —dijo el doctor— a esta latitud inaccesible que nunca han podido traspasar los más intrépidos viajeros. A la vista tenemos las intratables tribus de que hacen mención Petherick, D'Arnaud, Miani y el joven viajero Monsieur Lejean, a quien se deben las mejores memorias que hasta ahora se han publicado sobre el Alto Nilo.

—¿Es decir —preguntó Kennedy—, que nuestros descubrimientos concuerdan completamente con los presentimientos de la Ciencia?

—Completamente. Los manantiales del Nilo Blanco están sumergidos en un lago que parece un mar y allí es donde tiene su cuna. Algo pierde con eso la poesía que da a este rey de los ríos un origen celestial. Los antiguos lo llamaron océano, y algunos creyeron que procedía directamente del sol. Pero es preciso no tomar siempre al pie de la letra las tradiciones y aceptar de cuando en cuando lo que la ciencia nos enseña. No siempre, tal vez, habrá sabios; pero siempre habrá poetas.

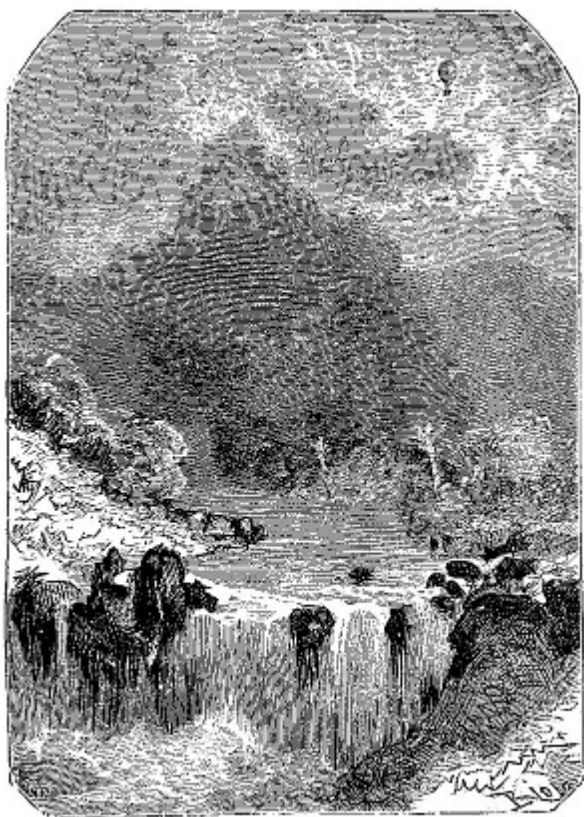
—Aún se distinguen cataratas —dijo Joe.

—Son las cataratas de Makedo, a tres grados de latitud. ¡No hay

nada más exacto! ¡Qué lástima que no hayamos podido seguir por espacio de algunas horas el curso del Nilo!

—Y allá abajo, delante de nosotros —dijo el cazador—, distingo la cima de una montaña.

—Es el monte Logwek, la Montaña Temblorosa de los árabes. Toda esta comarca ha sido explorada por Debono, que la recorría bajo el nombre de Letif Effendi. Las tribus próximas al Nilo son enemigas unas de otras y tienden a exterminarse mutuamente. Ya veis si habrá tenido peligros que arrostrar Debono.



El viento arrojaba entonces al *Victoria* hacia el Noroeste. Para evitar el monte Logwek, fue preciso buscar una corriente más inclinada.

—Amigos —dijo el doctor a sus dos compañeros—, ahora empezaremos verdaderamente nuestra travesía africana. Hasta hoy apenas hemos hecho más que seguir las huellas de nuestros predecesores. Vamos en lo sucesivo a lanzarnos a lo desconocido. ¿Nos

faltará valor?

—No —respondieron a un mismo tiempo Dick y Joe.

—¡Adelante, y que el cielo nos proteja!

A las diez de la noche, los viajeros, por encima de derrumbaderos, bosques y aldeas dispersas, llegaban a la vertiente de la Montaña Temblorosa, pasando por entre sus inhabitadas colinas.

En aquel memorable día 23 de abril, en quince horas de marcha, habían recorrido, a impulsos de un viento fuerte, una distancia de más de 315 millas.

Pero esta última parte del viaje les había dejado bajo el peso abrumador de una impresión melancólica. Reinaba en la barquilla un silencio completo. ¿Estaba el doctor Fergusson absorbido por sus descubrimientos? ¿Pensaban sus dos compañeros en aquella travesía por entre regiones desconocidas? Algo de eso había, sin duda, mezclado con los más vivos recuerdos de Inglaterra y de los amigos lejanos. Joe era el único que se fortificaba en su insustancial filosofía, pareciéndole muy natural que la patria no estuviese allí estando en otra parte, pero respetó el silencio de Samuel Fergusson y de Dick Kennedy.

A las diez de la noche el *Victoria* «fondeó» en un punto de la Montaña Temblorosa²⁸; los expedicionarios cenaron debidamente, y se durmieron, quedando, como siempre, uno de ellos de centinela.

Al día siguiente se despertaron más serenos. Hacía un tiempo delicioso y el viento era favorable, acabando de volver el buen humor a todos un almuerzo condimentado con los chistes de Joe.

La comarca que entonces recorrían confina con las montañas de la Luna y las del Darfur, y es casi tan extensa como Europa entera.

—Atravesamos, sin duda —dijo el doctor—, la tierra que se ha dado en llamar reino de Usoga. Algunos geógrafos pretenden que en el centro de África hay una vasta depresión, un inmenso lago central. Veremos si tiene alguna apariencia de verdad este sistema.

—Pero ¿cómo se ha podido hacer una suposición semejante? —preguntó Kennedy.

—Por las narraciones de los árabes. Los árabes son muy aficionados a los cuentos, tal vez demasiado. Algunos viajeros, al llegar a Kazeh o

a los Grandes Lagos, vieron esclavas procedentes de las comarcas centrales y les pidieron noticias de su país. Las esclavas se las dieron, y he aquí todos los documentos con que han formado legajos que sirven de base a sus sistemas. Algo hay de verdad en el fondo de todo eso, pues ya hemos visto que no se engañaban respecto al nacimiento del Nilo.

—En efecto, no se engañaban —respondió Kennedy.

—Basándose en esos documentos se han trazado mapas, entre ellos el que tengo a la vista para que me sirva de guía, y que me propongo rectificar en caso necesario.

—¿Toda esta región está habitada? —preguntó Joe.

—Sin duda, y mal habitada, por cierto —respondió el doctor.

—Así me lo figuraba.

—Estas tribus dispersas se hallan comprendidas bajo la denominación genérica de nyam-nyam, y este nombre no es más que una onomatopeya tomada del ruido que la masticación produce.

—¡Perfectamente expresado! —dijo Joe—. ¡Nyam! ¡Nyam!

—Si tú, Joe, fueses la causa inmediata de esta onomatopeya, no te parecería tan perfecta.

—¿Qué queréis decir, señor?

—Que estos pueblos tienen la reputación de antropófagos.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Se dijo también que estos indígenas estaban provistos de rabo como la mayor parte de los cuadrúpedos; pero luego se reconoció que el tal apéndice pertenecía a la piel del animal de que se vestían.

—¡Tanto peor! En este país de mosquitos un buen rabo sería una gran cosa para espantarlos.

—No vendría mal, Joe; pero debemos relegar eso del rabo a la categoría de las fábulas, como la cabeza de perro que el viajero Brun Bollet atribuía a ciertos pueblos.

—¿Cabezas de perro? Para aullar y hasta para ser antropófago no me parece del todo mal.

—Lo que desgraciadamente no admite duda es la ferocidad de estos pueblos, muy ávidos de carne humana.

—Sentiría que probaran la mía —dijo Joe.

—¿De veras? —dijo el cazador.

—Como lo oís, señor Dick. Si estoy predestinado a ser comido en un día de hambre, que sea en provecho vuestro y en el de mi amo. ¡Pero servir de pasto a esos salvajes! ¡Me moriría de vergüenza!

—De acuerdo, Joe —dijo Kennedy—; contamos con tus magras cuando la ocasión llegue.

—Están a vuestra disposición, señores.

—Adivino la treta —replicó el doctor—; lo que Joe quiere es que le tratemos como a cuerpo de rey y que le mantengamos gordo.

—¡Tal vez! —respondió Joe—. ¡Los hombres somos tan egoístas!

Por la tarde encapotó el cielo una niebla caliente que parecía ser una trasudación de la tierra, y permitía apenas distinguir los objetos, por lo que, temiendo chocar contra el gran pico imprevisto, el doctor, a eso de las cinco, dispuso que se echase el ancla. No sobrevino ningún accidente durante la noche, pero la profunda oscuridad reclamó una vigilancia extrema.

Al amanecer del día siguiente el monzón sopló con la mayor violencia, penetrando con ímpetu en las cavidades del globo, cuyo apéndice, por el cual entraban los tubos de dilatación, agitaba terriblemente. Necesario fue sujetar los tubos con cuerdas, y Joe practicó esta operación muy hábilmente.

Al mismo tiempo, se aseguró de que el orificio del globo permanecía herméticamente cerrado.

—La importancia que eso tiene para nosotros —dijo el doctor Fergusson—, es doble. En primer lugar, evitamos la pérdida de un gas precioso, y en segundo lugar, no dejamos a nuestro alrededor un reguero inflamable, al cual tarde o temprano prenderíamos fuego.

—Lo que sería bastante serio —dijo Joe.

—Si tal sucediese, ¿caeríamos como despeñados? —preguntó Dick.

—¡No! El gas ardería gradualmente, y nosotros bajaríamos poco a poco. De este accidente fue víctima Madame Blanchard, aeronauta francesa que pegó fuego a su globo disparando cohetes desde la barquilla. No cayó precipitada, y seguramente no se hubiera muerto si no hubiese tenido la desgracia de que chocase su barquilla contra una

chimenea desde la cual cayó a la calle.

—Confío —dijo el cazador— en que nosotros hemos de ser más afortunados. Hasta ahora nuestra travesía no me parece peligrosa, y no veo que haya razón para que no lleguemos al término apetecido.

—Ni yo tampoco, amigo Dick. Los accidentes han sido casi siempre causados por la imprudencia de los aeronautas o por la mala construcción de sus aparatos, y aun así, contándose por muchos millares las ascensiones aerostáticas, no se consignan más que veinte accidentes que hayan ocasionado la muerte. En general, el momento de tomar tierra y el de empezar la ascensión son los más peligrosos, y durante ellos no debemos omitir precaución alguna.

—Ha llegado la hora de almorzar —dijo Joe—, y tendremos que contentarnos con carne en conserva y café, hasta que el señor Kennedy tenga ocasión de regalarnos con una buena ración de venado.

XX

LA BOTELLA CELESTIAL — LA HIGUERA-PALMERA — LOS MAMMOTH TREES —
EL ÁRBOL DE LA GUERRA — EL TIRO ALADO — COMBATE
DE DOS PUEBLOS — CARNICERÍA — INTERVENCIÓN DIVINA

El viento se hizo violento e irregular. El *Victoria* bordeaba incesantemente, virando tan pronto al norte como al sur, sin poder tomar ningún rumbo determinado.

—Andamos mucho y avanzamos poco —dijo Kennedy, notando las frecuentes oscilaciones de la aguja imantada.

—El *Victoria* se agita con una velocidad que no baja de treinta leguas por hora —dijo Samuel Fergusson—. Asomaos y veréis cuán rápidamente desaparece la campiña que se tiene a la vista. ¡Mirad! Aquel bosque parece que se precipita contra nosotros.

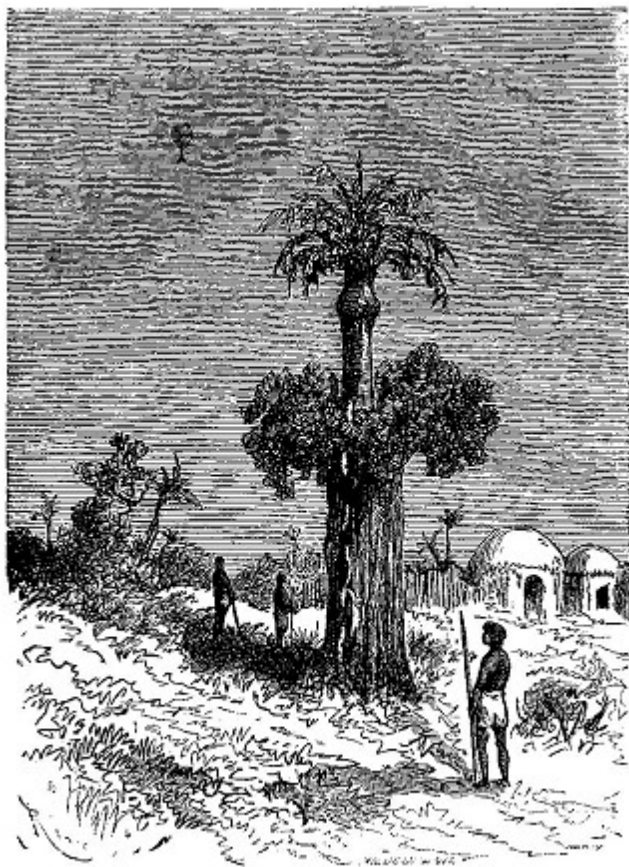
—El bosque se ha convertido ya en un raso —respondió el cazador.

—Y el raso en una aldea —añadió Joe algunos instantes después—. ¡Qué caras de negros se ven tan embobadas!

—Es muy natural —respondió el doctor—. En Francia, los campesinos, al aparecer los primeros globos, hicieron a éstos fuego tomándolos por monstruos aéreos, y, por consiguiente, bien se puede permitir a un negro del Sudán manifestar su asombro.

—Voy, señor, con vuestro permiso, a echarles una botella vacía —dijo Joe, mientras el *Victoria* pasaba a unos cien pies de una aldea—. Si la botella llega entera, la adorarán; si se hace pedazos, cada uno de éstos se convertirá en un talismán prodigioso.

Y, sin más, tiró una botella, que al llegar al suelo se hizo añicos, como era natural, y los indígenas se metieron en sus chozas lanzando horribles gritos.



Un poco más adelante Kennedy exclamó:

—¡Mirad que árbol más extraño! En su parte inferior es de una especie, y en la superior de otra.

—¡Qué rareza! —dijo Joe—. En este país nacen los árboles unos sobre otros.

—Es pura y simplemente un tronco de higuera —respondió el doctor—, sobre el cual habrá caído un poco de tierra vegetal, donde el viento habrá echado un hueso de dátil que ha germinado como hubiera podido hacerlo enterrándose en el campo.

—Es un buen procedimiento —dijo Joe—, que pienso introducir en Inglaterra. Con él mejorarán mucho los parques de Londres, y se multiplicarán considerablemente los árboles frutales. Los huertos se extenderán por lo alto, lo que será una gran ventaja para los propietarios de pequeños terrenos.

En aquel momento fue preciso elevar el *Victoria* para salvar un bosque de seculares bananos que tenían 300 pies de altura.

—¡Magníficos árboles! —exclamó Kennedy—. Nada hay tan hermoso como el aspecto de esos venerables bosques. Míralos, Samuel.

—La corpulencia de esos bananos es verdaderamente maravillosa, amigo Dick, y nada, sin embargo, tendría de excepcional en los bosques del Nuevo Mundo.

—¡Cómo! ¿Hay allí árboles aún más altos?

—Sin duda, entre los que llamamos «mamouth trees». En California se ha visto un cedro de 450 pies de altura, es decir, más alto que la torre del Parlamento y que la gran pirámide de Egipto. La base tenía 120 pies de circunferencia, y por las capas concéntricas de su madera pudo calcularse que tenía más de 4.000 años.

—No era, pues, extraño, señor, que estuviese tan crecido. En cuatro mil años hay tiempo para dar un estirón.

Pero durante la anécdota del doctor y la respuesta de Joe, el bosque se había perdido ya de vista, y apareció un gran número de chozas particularmente dispuestas alrededor de una plaza. En su centro se levantaba un árbol único que hizo exclamar a Joe:

—¡Vaya unas frutas deliciosas las que produce aquel árbol!

Y señalaba un sicómoro gigantesco, cuyo tronco desaparecía enteramente bajo un montón de huesos humanos. Las frutas a que se refería Joe eran cabezas recién cortadas clavadas en la corteza con puñales.

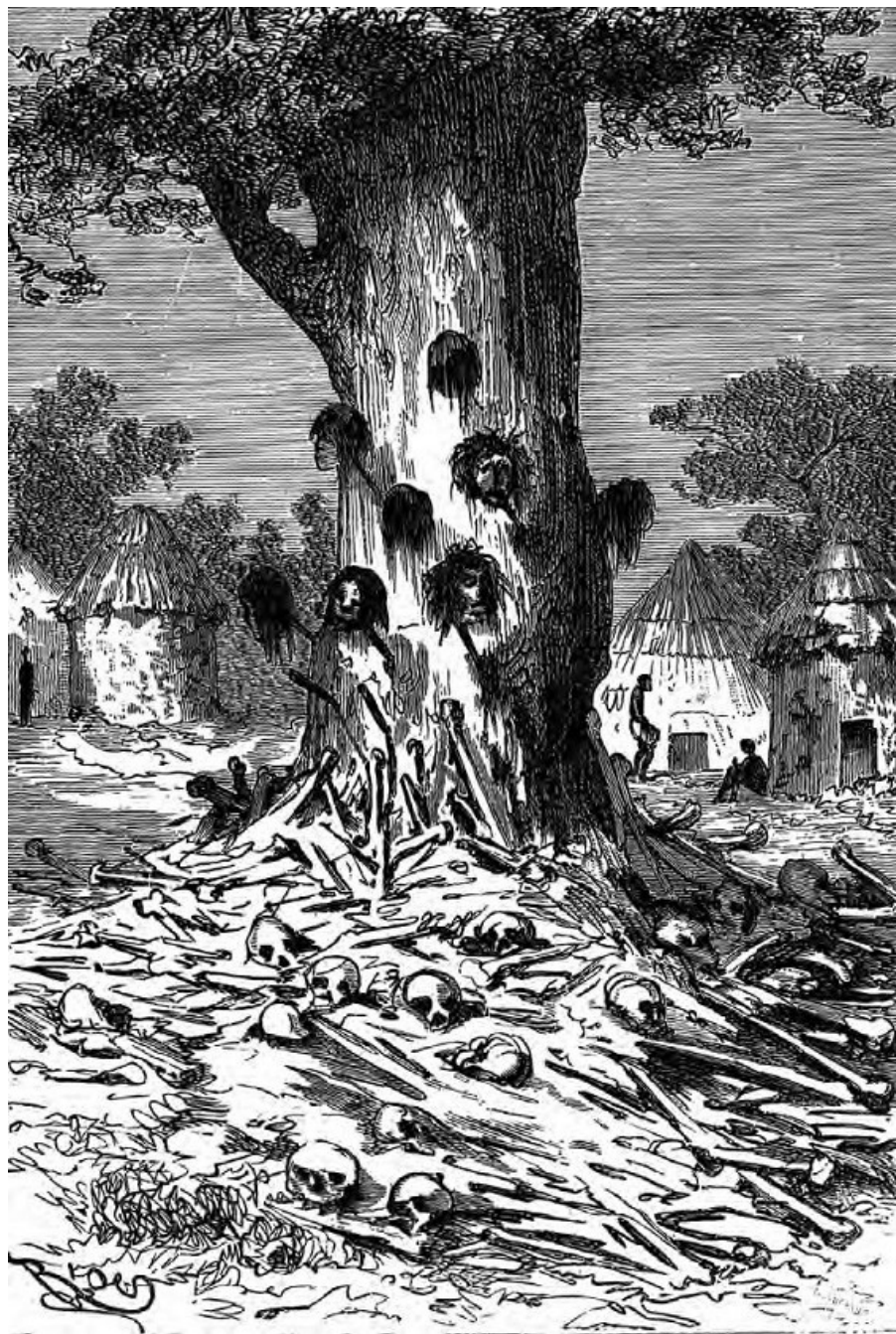
—¡El árbol de guerra de los caníbales! —dijo el doctor—. Los indios arrancan el cuero cabelludo, y los africanos toda la cabeza.

—Según la moda de cada país —dijo Joe.

La aldea de las cabezas sangrientas desapareció en el último límite del horizonte, y se presentó entonces otro espectáculo no menos repugnante: cadáveres medio devorados, esqueletos carcomidos, miembros humanos desparramados se habían dejado para pasto de las hienas y de los chacales. Eran los restos de una interminable serie de banquetes de antropófagos. Son, sin duda, cuerpos de criminales que, lo mismo que en Abisinia, se dejan expuestos a los animales carniceros que los devoran después de haberlos despedazado.

—No es eso mucho más cruel que la horca —dijo el escocés—. Es un poco más asqueroso, he aquí todo.

—En las regiones del sur de África —repuso el doctor— se encierra a los criminales en su propia choza, con sus ganados y algunas veces con toda su familia, y pegando fuego al tugurio arden todos a un mismo tiempo. Eso es, sin duda, una crueldad, pero convengo con Kennedy en que la horca no es menos bárbara.



El árbol de los caníbales.

Joe, con la excelente vista de que tan buen uso sabía hacer, distinguió en el horizonte algunas bandadas de aves de rapiña.

—Son águilas —exclamó Kennedy después de fijar en ellas su anteojó—. Son magníficas águilas, cuyo vuelo es tan rápido como el nuestro.

—¡Librenos el cielo de sus ataques! —dijo el doctor—. Para los que viajamos por el aire, son más terribles que las fieras y que las tribus salvajes.

—¡Bah! —respondió el cazador—. Con unos cuantos tiros les haríamos abandonar el campo.

—Prefiero, amigo Dick, no tener que recurrir a tu habilidad; el tafetán del globo no resistiría sus picotazos. Afortunadamente, me parece que nuestra máquina, lejos de atraerlas, las asusta.

—Se me ocurre una idea —dijo Joe—. Hoy estoy en vena, y a cada instante brota de mi cerebro una idea nueva. Si pudiésemos formar un tiro de águilas vivas y engancharlas al globo, nos remontarían por el aire.

—No creas —respondió el doctor— que tu procedimiento no haya sido propuesto por los sabios con toda formalidad; pero tengo para mí que las águilas son demasiado ariscas por naturaleza para prestarse a semejantes funciones.

—Se procuraría adiestrarlas —repuso Joe—, y, en lugar de bocado, se las conduciría por unas anteojeras que les tapasen los ojos. Tapando uno de los dos, según cuál fuese éste, harían rumbo a derecha e izquierda, y tapando los dos harían alto.

—Permíteme, Joe, preferir un viento favorable a las águilas de tiro; el viento no requiere ningún pienso, y es más seguro.

—Os lo permito, señor; pero no echo la idea en saco roto.

Eran las doce del día. El *Victoria* avanzaba con no mucha velocidad; ya debajo de él no parecía que el país huyese como algunos momentos antes; no hacía más que andar.

De pronto llegaron a los oídos de los viajeros estrepitosos gritos y silbidos, que les hicieron asomarse para ofrecerles el más conmovedor espectáculo.

Dos tribus se batían encarnizadamente envolviéndose en nubes de flechas. Cegados por el furor de la pelea, los combatientes no notaron la llegada del *Victoria*. Eran unos trescientos, habiendo entre ellos

algunos que, revolcándose en la sangre de los heridos, ofrecían un cuadro de lo más nauseabundo.

Al ver el globo, hicieron cesar un momento las hostilidades. Multiplicaron sus aullidos y dispararon algunas flechas contra la barquilla. Una de ellas pasó tan cerca, que Joe la cogió al vuelo con la mano.

—¡Pongámonos fuera de tiro! —exclamó el doctor Fergusson—. No estamos en el caso de cometer imprudencias.

Después de la tregua, empezó de nuevo la matanza, con azagayas y hachas; el herido que caía era instantáneamente decapitado, y las mujeres tomaban parte en la refriega, recogiendo las ensangrentadas cabezas que apilaban a los dos extremos del campo de batalla. Aquéllas arpías se batían entre sí disputándose tan asquerosos trofeos.

—¡Repugnante escena! —exclamó Kennedy con profundo asco.

—¡Buena canalla! —dijo Joe—. Y, sin embargo, si se pusiesen uniformes serían como todos los guerreros del mundo.

—¡Qué ganas tengo de intervenir en el combate! —repuso el cazador, apuntando con su carabina.

—¡No! —respondió al momento el doctor—. ¡No nos metamos en camisa de once varas! ¿Sabes tú cuál de los dos bandos tiene razón para tomar a tu cargo el papel de la Providencia? Huyamos pronto de tan repugnante espectáculo. Si los grandes capitanes pudieran, como nosotros, dominar con la vista todo el rastro de sus hazañas, acabarían tal vez por perder la afición a la sangre y a las conquistas.

El jefe de una de las tribus se distinguía por su estatura colosal y su musculatura atlética. Tenía fuerzas hercúleas. Con una mano abismaba su lanza en las compactas filas de sus enemigos, y con la otra descargaba el hacha. En un momento dado, tiró su ensangrentada azagaya, se precipitó contra un herido a quien arrancó un brazo de un hachazo, cogió el miembro aún palpitante, y empezó a devorarlo.

—¡Qué horrible bestia! —dijo Kennedy—. ¡No puedo ya contenerme!

Y el guerrero, herido de un balazo en la frente, cayó de espaldas.

Viéndole caer, se apoderó de sus guerreros un profundo estupor. Aquella muerte sobrenatural les dejó helados, y reanimó el ardor de

sus adversarios, que les obligaron a abandonar el campo de batalla.

—Busquemos más arriba una corriente que nos aleje de aquí pronto —dijo el doctor—. Este espectáculo me crispa los nervios.

Pero por mucha que fuese la prisa que se dio en partir, tuvo que ver cómo la tribu victoriosa se precipitaba sobre los muertos y los heridos y se disputaba aquella carne que aún estaba caliente, que devoraba con la mayor ansia.

—¡Qué asco! —dijo Joe—. ¡Eso es nauseabundo!

El *Victoria* se elevó, y los aullidos de la horda ebria de sangre le siguieron algún tiempo; pero, impelido hacia el sur, se separó de aquella escena de carnicería y antropofagia.

El terreno ofrecía entonces accidentes variados, y lo surcaban numerosos arroyos que, corriendo hacia el este, tributaban sin duda sus aguas al lago Nu o al río de las Gacelas, del cual Monsieur Lejean ha dado muy curiosas y muy circunstanciales noticias.

Llegada la noche, el *Victoria* echó el ancla a los 27° de longitud y 4°20' de latitud septentrional, después de una travesía de 150 millas.

XXI

RUMORES EXTRAÑOS — UN ATAQUE NOCTURNO — KENNEDY Y JOE EN EL ÁRBOL
— DOS TIROS — ¡A MÍ! — RESPUESTA EN FRANCÉS —
LA MAÑANA — EL MISIONERO — EL PLAN DE SALVACIÓN

La noche se ponía muy oscura. El doctor no había podido reconocer el país, y se había asido de un árbol muy corpulento, del cual distinguía a duras penas confusas formas.

Entró de guardia a las nueve, como tenía por costumbre, y Dick le relevó a las doce.

—¡Vigilancia, Dick, mucha vigilancia! —recomendó el doctor.

—¿Ocurre alguna novedad?

—No, pero no puedo asegurar de una manera positiva dónde nos ha traído el viento, y creo haber sorprendido debajo de nosotros vagos rumores. La prudencia en nosotros nunca es excesiva.

—Habrás oído los gritos de algunas fieras.

—No, me parece que es alguna otra cosa... En fin, veremos; a la menor alarma no dejes de despertarnos.

—Duerme tranquilo.

El doctor, después de haber escuchado de nuevo con la mayor atención, sin oír nada de particular, se echó sobre su manta y no tardó en dormirse.

El cielo estaba cubierto de densas nubes; pero ni un soplo de aire turbaba la tranquilidad de la atmósfera. El *Victoria*, sujeto por una sola áncora, no experimentaba oscilación alguna.

Kennedy, recostado en la barquilla de manera que podía tener cuidado del soplete en actividad, consideraba aquella oscura calma. Interrogaba el horizonte, y como suele suceder a los que tienen el ánimo inquieto o prevenido, su mirada creía de cuando en cuando distinguir vagos resplandores.

Hasta hubo un momento en que creyó percibir uno muy distintamente a doscientos pasos de distancia; pero pasó como un

relámpago, y no volvió a ver nada.

Era, sin duda, una de aquellas sensaciones luminosas que el aparato de la visión se forja en las oscuridades profundas.

Kennedy se tranquilizó y volvió a abismarse en su contemplación indecisa, cuando hendió los aires un agudo silbido.

¿Era el grito de un animal, de algún pájaro nocturno? ¿Salía de labios humanos?

Kennedy, comprendiendo toda la gravedad de la situación, estuvo a punto de despertar a sus compañeros, pero como, fueren hombres o animales, no estaban a su alcance, se limitó a asegurarse de sus armas, y con un anteojo de noche abismó su mirada en el espacio.

Creyó vislumbrar debajo de la barquilla ciertas formas vagas que se deslizaban hacia el árbol, y al pálido resplandor de un rayo de luna que se filtró como un relámpago entre dos nubes, reconoció muy distintamente un grupo de individuos que se agitaban en la sombra.

Recordó entonces la aventura de los cinocéfalos, y tocó con la mano al doctor en el hombro.

El doctor se despertó inmediatamente.

—Silencio —dijo Kennedy—, hablemos en voz baja.

—¿Hay algo?

—Sí; despertemos a Joe.

Luego que Joe se levantó, refirió el cazador lo que había visto.

—¿Otra vez los malditos monos? —dijo Joe.

—Es posible; pero es menester andar prevenidos.

—Joe y yo —dijo Kennedy— vamos al árbol por la escala.

—Y entretanto —respondió el doctor— yo tomaré mis medidas para poder ascender rápidamente.

—De acuerdo.

—Bajemos —dijo Joe.

—No hagáis uso de las armas hasta el último extremo; es inútil en estos sitios revelar nuestra presencia.

Dick y Joe contestaron con un ademán. Se deslizaron sin ruido hacia el árbol y se colocaron en la horquilla, formada por dos gruesas ramas, en que el áncora había clavado sus uñas.

Pasados algunos minutos escucharon, sin moverse y casi sin

respirar, el ruido que se percibía entre las ramas. A cierto roce que se produjo en la corteza, Joe cogió la mano del escocés.

—¿Oís?

—Sí; se van acercando.

—¿Será una serpiente? El silbido que habéis oído...

—¡No! Tenía algo de humano.

—Prefiero que sean salvajes. Los reptiles me repugnan.

—El ruido aumenta —repuso Kennedy poco después.

—¡Sí! Algo sube, alguno trepa.

—Vigila este lado, yo me encargo del otro.

—Bien.

Los dos se hallaban aislados en la cima de una robusta rama que arrancaba verticalmente del centro del baobab, que parecía él solo todo un bosque. La oscuridad, aumentada por el espeso follaje, era profunda; sin embargo, Joe, indicando a Kennedy la parte inferior del árbol, le dijo al oído:

—Negros.

Algunas palabras pronunciadas en voz baja llegaron a los dos viajeros.

Joe se echó la escopeta a la cara.

—Aguarda —dijo Kennedy.

Negros salvajes se habían, en efecto, encaramado por el baobab; brotaban de todas partes, subiendo por las ramas como reptiles, con lentitud, pero con aplomo, y les denunciaban entonces las emanaciones de sus cuerpos, frotados con una masa infecta.

Luego se presentaron dos cabezas a las miradas de Kennedy y de Joe, al nivel mismo de la rama que ocupaban.

—¡Atención! —dijo Kennedy—. ¡Fuego!

Los dos tiros, confundidos en uno solo, retumbaron como un trueno, y se extinguieron en medio de dolorosos gritos. La horda toda desapareció.

Pero en medio de los aullidos, se oyó una voz extraña, inesperada, imposible. De una boca humana salieron en francés estas palabras:

—¡Socorro, socorro!

Kennedy y Joe, atónitos, volvieron a la barquilla a toda prisa.



El doble fognazo.

—¿Habéis oído? —les dijo el doctor.

—¡Perfectamente! Este grito sobrenatural: ¡Socorro, socorro!

—¡Un francés en manos de estos bárbaros!

—¿Un viajero?

—¡Un misionero tal vez!

—¡Desgraciado! —exclamó el cazador—. ¡Le asesinan, le martirizan! El doctor procuraba en vano ocultar su emoción.

—No hay duda —dijo—. Un desgraciado francés ha caído en manos de los salvajes. Pero nosotros no partiremos sin haber hecho todo lo posible para salvarle. Al oír nuestros disparos, habrá creído en un auxilio inesperado, en una intervención providencial. No defraudaremos su última esperanza. ¿No es éste vuestro parecer?

—No puede ser otro, Samuel, y dispuestos estamos a obedecerte.

—Combinemos, pues, nuestros planes, y apenas amanezca procuraremos arrancar a la víctima de las garras de sus verdugos.

—¿Pero cómo lo separaremos de esos miserables negros? —preguntó Kennedy.

—Es para mí evidente —dijo el doctor—, por la manera que han tenido de huir, que no conocen las armas de fuego. Debemos, pues, aprovecharnos de su terror, pero es preciso aguardar la madrugada para obrar, y formaremos nuestro plan de salvamento según la disposición de los lugares.

—El desgraciado no debe de estar lejos —dijo Joe—, porque...

—¡Socorro...! ¡Socorro! —repitió la voz, más debilitada.

—¡Los bárbaros! —exclamó Joe conmovido—. ¿Y si lo matan esta noche?

—¿Oyes, Samuel? —repuso Kennedy, cogiendo la mano del doctor—. ¿Si le matan esta noche?

—No es probable, amigos; los pueblos salvajes dan muerte a sus prisioneros durante el día; necesitan la luz del sol.

—¿Y si yo sacara partido de las tinieblas de la noche —dijo el escocés—, para deslizarme hacia el desgraciado?

—¡Yo os acompañaré, señor Dick!

—¡Deteneos, amigos, deteneos! Vuestra resolución honra vuestro corazón y vuestro valor; pero nos pondría en peligro a todos, y acabaría de agravar la situación del que queremos salvar.

—¿Por qué? —replicó Kennedy—. Los salvajes están amedrentados y dispersos. No volverán.

—Dick, te lo suplico, obedéceme; yo me propongo la salvación de todos. Si por casualidad te dejases sorprender, estaría todo perdido.

—Pero este desgraciado, ¿qué aguarda, qué espera? ¡Ninguna voz responde a su voz...! ¡Nadie le socorre...! ¡Debe de creer que le han engañado sus sentidos, que no ha oído nada...!

—Se le puede tranquilizar —dijo el doctor Fergusson.

Y en pie, en medio de la oscuridad, formando con las manos una bocina, exclamó con energía en la lengua del extranjero.

—Quienquiera que seáis, tened confianza. ¡Velan sobre vos tres amigos!

Le respondió un aullido terrible, que ahogó sin duda la respuesta del prisionero.

—¡Le degüellan..., le van a degollar! —exclamó Kennedy—. ¡Nuestra intervención no habrá servido más que para acelerar la hora del suplicio! ¡Es preciso obrar!

—Pero ¿cómo, Dick? ¿Qué pretendes hacer con esta oscuridad?

—¡Oh..., si fuese de día! —exclamó Joe.

—¿Y qué harías si fuese de día? —preguntó el doctor, con un tono particular.

—Nada más sencillo, Samuel —respondió el cazador—. Bajaría a tierra y a tiros dispersaría a esa canalla.

—¿Y tú, Joe? —preguntó Fergusson.

—Yo, señor, obraría más prudentemente, haciendo llegar un aviso al prisionero para que huyera en una dirección convenida.

—¿Y cómo harías llegar el aviso?

—Por medio de esta flecha que he cogido al vuelo a la cual ataría un billete, o simplemente hablándole en voz alta, puesto que los negros no comprenden nuestro idioma.

—Vuestros planes, amigos míos, son impracticables. La mayor dificultad estaría en que pudiera huir el desgraciado, aun admitiendo que llegase a burlar la vigilancia de sus verdugos. En cuanto a ti, amigo Dick, con mucha audacia y prevaleciéndote del terror ocasionado por nuestras armas de fuego, obtendrías tal vez buen éxito, pero si tu proyecto fracasase te perderías, y tendríamos que salvar dos personas en lugar de una. ¡No! Es preciso procurar que nos favorezcan todas las probabilidades y obrar de otra manera.

—Pero obrar inmediatamente —replicó el cazador.

—¡Tal vez! —respondió Samuel, dando un tono particular a su voz.

—Señor, ¿seríais capaz de disipar estas tinieblas?

—¿Quién sabe, Joe?

—¡Ah! Si las disipaseis os proclamaría el primer sabio del mundo.

El doctor permaneció algunos instantes silencioso y reflexivo. Sus dos compañeros le miraban con ansiedad, sobreexcitados por aquella situación extraordinaria.

Fergusson tomó en seguida la palabra.

—He aquí mi plan —dijo—. Nos quedan 200 libras de lastre, puesto que están aún intactos los sacos que nos hemos traído. Admito que el prisionero, extenuado evidentemente por los padecimientos, pesa tanto como cualquiera de nosotros; tendremos que desprendernos de 70 libras con objeto de subir más rápidamente.

—¿Cómo piensas, pues, maniobrar? —preguntó Kennedy?

—Voy a decírtelo, Dick. Tú admites sin duda que si yo cargo con el prisionero y me desprendo de una cantidad de lastre igual a su peso, no habré turbado en lo más mínimo el equilibrio del globo; pero entonces, si quiero tener una ascensión rápida para ponerme fuera del alcance de esta tribu de negros, tendré que echar mano de medios más enérgicos que el soplete. Pues bien, precipitando el lastre excedente en el momento requerido, estoy seguro de subir con mucha rapidez.

—Es evidente.

—Sí, pero hay un inconveniente. Después, para bajar, tendré que perder una cantidad de gas proporcionada al exceso de lastre de que me haya desprendido. Y este gas no tiene precio, pero su pérdida no es de sentir, tratándose de la salvación de un ser humano.

—Tienes razón, Samuel, debemos sacrificarlo todo a tan noble objeto.

—Obremos, pues, y tengamos los sacos preparados en la barquilla de modo que podamos arrojarlos todos a un mismo tiempo.

—Pero, esta oscuridad...

—Oculta nuestros preparativos, y no debemos querer que se disipe hasta que estén terminados. Procurad tener todas las armas muy a mano. Acaso sea preciso hacer fuego, para lo cual tenemos un tiro de carabina, cuatro de las dos escopetas, doce de los dos revólveres, total

diecisiete, que pueden dispararse en una cuarta parte de minuto. Pero acaso no tengamos que recurrir a todo este ruido. ¿Estáis dispuestos?

—Estamos —respondió Joe.

En efecto, los sacos estaban preparados, y las armas, cargadas.

—Bien —dijo el doctor—. Estad muy alerta. Joe queda encargado de arrojar el lastre, y Dick de apoderarse del prisionero; pero que no se haga nada hasta que yo dé la orden. Joe, ve ahora a desenganchar el ancla y vuelve pronto a la barquilla.

Joe se deslizó por el cable y reapareció a los pocos instantes. El *Victoria*, en libertad, flotaba en el aire, casi inmóvil.

Durante este tiempo el doctor se aseguró de que había una cantidad suficiente de gas en la caja de mezcla para alimentar en caso necesario el soplete sin necesidad de recurrir durante algún tiempo a la acción de la pila de Bunsen. Quitó los dos hilos conductores perfectamente aislados que servían para descomponer el agua, y luego, registrando su maleta de viaje, sacó de ella dos pedazos de carbón terminado en punta que fijó en la extremidad de cada hilo.

Sus dos amigos le miraban sin comprender lo que hacía, pero callaban. Cuando el doctor hubo terminado su trabajo, se colocó en pie en medio de la barquilla, cogió uno de los dos carbones en cada mano y aproximó las dos puntas.

De repente, un resplandor inmenso y deslumbrador, que no podían resistir los ojos, se produjo entre las dos puntas de carbón, y un haz inmenso de luz eléctrica disipó la oscuridad de la noche.

—¡Oh, señor! —exclamó Joe.

—¡Silencio! —dijo el doctor.

XXII

EL HAZ DE LUZ — EL MISIONERO — RAPTO EN UN RAYO DE LUZ
— EL SACERDOTE LAZARISTA — POCA ESPERANZA — CUIDADOS DEL
DOCTOR — UNA VIDA DE ABNEGACIÓN — PASO DE UN VOLCÁN

Fergusson dirigió a varios puntos del espacio su poderoso rayo de luz, y lo detuvo en uno del cual partían gritos de asombro, y en el cual sus compañeros fijaron con ansiedad sus miradas.

El baobab, encima del cual se mantenía el *Victoria* casi inmóvil, se levantaba en el centro de un raso. Se distinguían, entre campos de sésamo y cañas de azúcar, unas cincuenta chozas, bajas y cónicas, alrededor de las cuales hormigueaba una numerosa tribu.

A cien pies debajo del globo descollaba un poste, junto al cual yacía una criatura humana, un joven que tenía apenas treinta años, con largos cabellos negros, medio desnudo, flaco, ensangrentado, cubierto de heridas, con la cabeza doblada sobre el pecho como el Cristo crucificado.

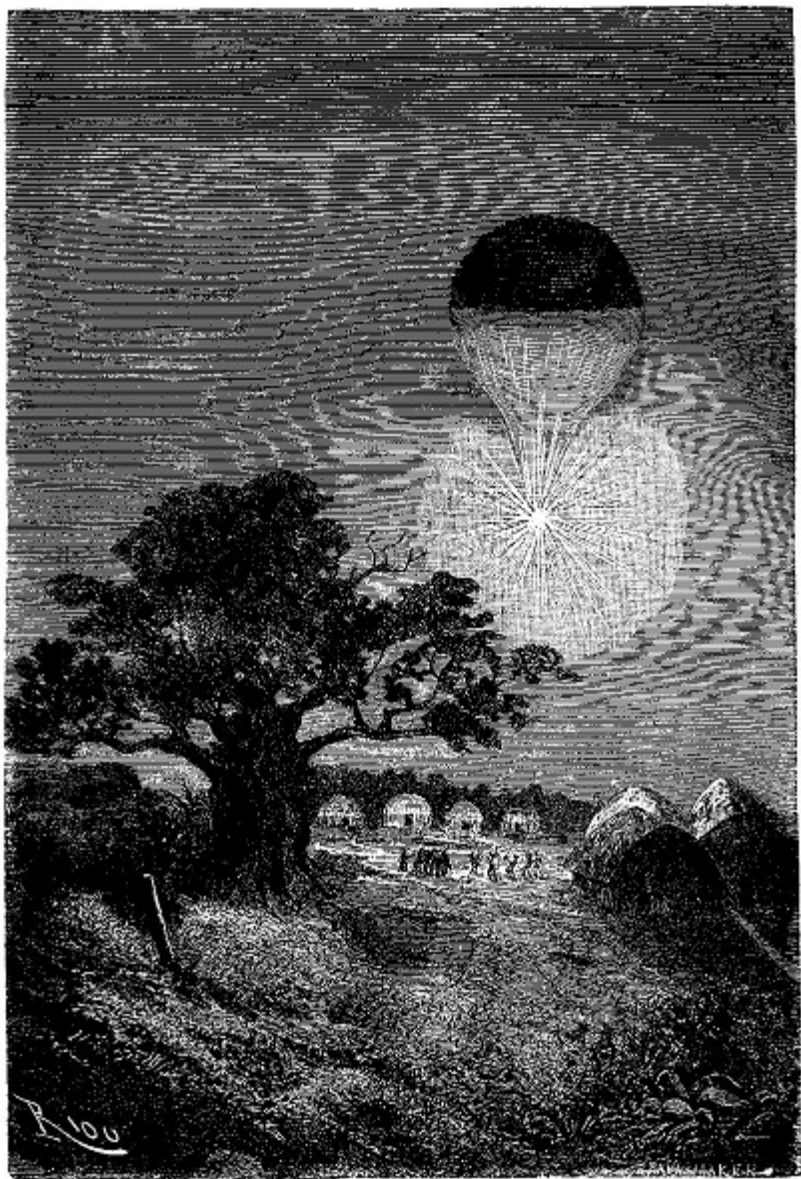
Algunos cabellos más cortos en la coronilla, indicaban aún el sitio de una tonsura medio borrada.

—¡Un misionero! ¡Un sacerdote! —exclamó Joe.

—¡Desgraciado! —respondió el cazador.

—¡Lo salvaremos, Dick! —dijo el doctor—. ¡Lo salvaremos!

Aquella caterva de negros, al percibir el globo, semejante a un enorme cometa con una cola de luz deslumbradora, experimentó, como era natural, un sobresalto indescriptible. Al oír sus gritos, el prisionero levantó la cabeza. Brilló rápidamente en sus ojos la luz de la esperanza, y, sin comprender lo que pasaba, tendió sus brazos hacia sus inesperados libertadores.



La luz eléctrica.

—¡Vive, vive! —exclamó Fergusson—. ¡Loado sea Dios! ¡Esos salvajes se hallan abismados en un magnífico espanto! ¡Lo salvaremos! ¿Estáis, amigos, preparados?

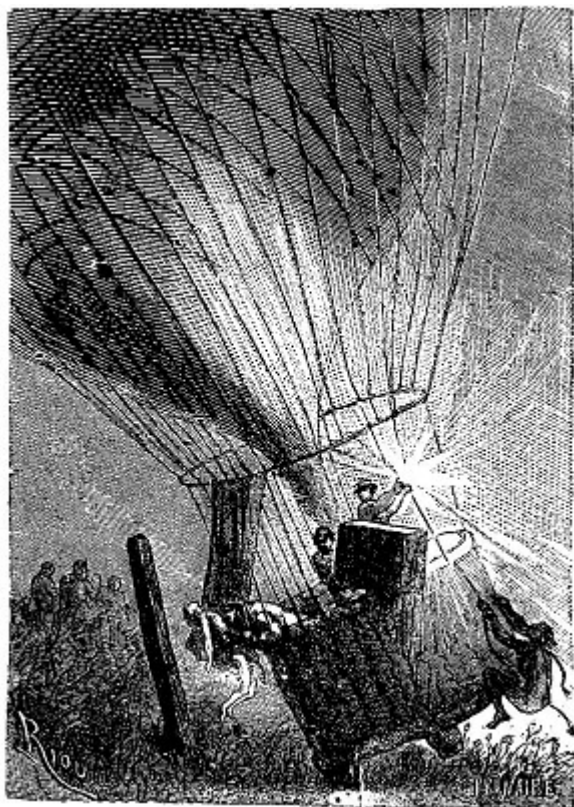
—Sí, Samuel.

—Joe, apaga el soplete.

Se ejecutó la orden del doctor. Un vientecillo casi imperceptible

empujaba suavemente al *Victoria* encima del prisionero, al mismo tiempo que con la contracción del gas el globo descendía insensiblemente. Quedó flotando en medio de las luminosas ondas por espacio de diez minutos.

Fergusson envolvió a la muchedumbre en el haz centelleante que proyectaba a trechos manchas de luz, muy rápidas y vivas. La tribu, bajo el dominio de un indescriptible terror, desapareció poco a poco en el fondo de las chozas, sin quedar ningún negro alrededor del poste. Con razón había el doctor contado con la aparición fantástica del *Victoria*, que proyectaba en aquella intensa oscuridad rayos de sol.



Se acercó la barquilla a tierra. Algunos negros, sin embargo, más audaces que los otros, comprendiendo que se les escapaba su víctima, aparecieron de nuevo lanzando espantosos gritos. Kennedy apuntó su

escopeta, pero el doctor no quiso que la disparase.

El sacerdote, de rodillas, sin fuerzas ya para tenerse en pie, ni siquiera estaba atado al poste, porque su debilidad volvía inútiles todas las cuerdas. En el momento de llegar la barquilla cerca de tierra, el cazador, soltando su arma, tomó al sacerdote en brazos y lo colocó en la barquilla; al mismo tiempo Joe arrojaba, todas a la vez, las doscientas seis libras de lastre.

El doctor contaba con subir rápidamente, pero contra todas sus previsiones, el globo, después de haber subido unos cuatro pies, permaneció inmóvil.

—¿Quién nos sujeta? —exclamó con acento de terror.

Algunos salvajes acudían lanzando feroces aullidos.

—¡Oh! —exclamó Joe, asomándose—. ¡Uno de esos malditos negros se ha colgado a la barquilla!



—¡Dick! ¡Dick! —exclamó el doctor—. ¡La caja del agua!

Dick comprendió la intención de su amigo, y levantando una de las cajas de agua, que pesaba más de cien libras, la precipitó desde la barquilla.

El *Victoria*, descargado de aquel lastre, dio un salto de 300 pies de altura en medio de los rugidos de la tribu, cuyo prisionero se evadía envuelto en un rayo de una luz resplandeciente.

—¡Hurra! —gritaron los dos compañeros del doctor.

El globo dio de repente un nuevo salto con el cual llegó a una altura de más de 1.000 pies.

—¿Qué sucede? —preguntó Kennedy, que estaba próximo a perder el equilibrio.

—¡Nada! Es ese pícaro que se ha desasido de la barquilla —respondió tranquilamente Samuel Fergusson.

Y Joe, asomándose rápidamente, pudo aún distinguir al salvaje, con los brazos extendidos, que, después de dar vueltas en el espacio, se estrelló al llegar a tierra. El doctor separó entonces los dos hilos eléctricos, y quedó todo abismado en una oscuridad profunda. Era la una de la noche.

El francés, que se había desmayado, abrió por fin los ojos.

—Estáis salvado —le dijo el doctor.

—¡Salvado! —respondió él en inglés, con una melancólica sonrisa—. ¡Salvado de una muerte cruel! Os doy gracias, hermanos míos; pero tengo los días contados, contadas las horas, y me queda muy poco tiempo de vida.

Y sin fuerzas para mover los labios, cayó en una especie de sopor, procedente de una misma debilidad.

—Se muere —exclamó Dick.

—No, no —respondió Fergusson, inclinándose hacia el pobre misionero—, pero está muy débil. Acostémosle bajo la tienda.

Y con el mayor esmero tendieron sobre las mantas aquel pobre cuerpo demacrado, cubierto de cicatrices y heridas de las que aún brotaba sangre, aquel cuerpo en que el hierro y el fuego habían dejado muchas y muy dolorosas huellas. El doctor convirtió un pañuelo en hilas que aplicó sobre las llagas, después de haberlas lavado,

conduciéndose con toda la delicadeza de un diestro cirujano, y luego tomó de su botiquín un cordial, del cual vertió algunas gotas en los labios del virtuoso sacerdote:

Éste abrió con dificultad la boca y tuvo apenas fuerzas para decir:

—¡Gracias! ¡Gracias!

El doctor comprendió que el enfermo necesitaba descansar, por lo que corrió las cortinas de la tienda y volvió a tomar la dirección del globo.

Teniendo en cuenta el peso del nuevo huésped, se había echado el lastre, y se mantenía, por consiguiente, sin auxilio del soplete. Al rayar el día, una corriente lo impelió con suavidad hacia el Noroeste. Fergusson pasó a examinar al sacerdote aletargado.

—¡Ojalá podamos conservar la vida de este compañero que el cielo nos ha enviado! —dijo el cazador—. ¿Tienes alguna esperanza?

—Sí, Dick; a fuerza de cuidados. Confío en este aire tan puro.

—¡Cuánto ha sufrido el infeliz! —dijo Joe muy conmovido—. ¿Sabéis que ha acometido empresas más atrevidas que las nuestras, viniendo solo a visitar estos pueblos?

—¿Quién lo duda? —respondió el cazador.

Durante todo el día, no quiso el doctor que se interrumpiese el sueño del enfermo, a pesar de que aquel sueño era un largo sopor, entrecortado por quejidos que no dejaban de inspirar a Fergusson serias inquietudes.

Al llegar la noche, el *Victoria* permanecía estacionario en medio de la oscuridad, y en tanto que Joe y Kennedy tomaban algún descanso al lado del enfermo, Fergusson velaba por la seguridad de todos.

Al día siguiente por la mañana, el *Victoria* había derivado algo hacia el oeste. El día se anunciaba puro y magnífico. El enfermo pudo llamar a sus nuevos amigos con una voz más clara. Se levantaron las cortinas de la tienda, y aspiró con placer el aire fresco de la mañana.

—¿Cómo estáis? —le preguntó Fergusson.

—Mejor, tal vez —respondió él—. ¡Pero, mis buenos amigos, yo no os he visto más que como las imágenes que aparecen en un sueño! ¡Apenas me puedo dar cuenta de lo que ha pasado! Decidme vuestros nombres para que no los olvide en mis últimas oraciones.

—Somos viajeros ingleses —respondió Samuel—, hemos intentado atravesar el África en un globo, y durante nuestra travesía hemos tenido la suerte de salvaros.

—La ciencia tiene sus héroes —dijo el misionero. —Pero la religión tiene sus mártires —respondió el escocés.

—¿Sois misionero? —preguntó el doctor.

—Soy un sacerdote de la misión de los lazaristas. El cielo os ha enviado, ¡loado sea Dios! ¡El sacrificio de mi vida estaba hecho! Pero vosotros venís de Europa. ¡Habladme de Europa, habladme de Francia! No he recibido en cinco años ni una sola noticia.

—¡Cinco años solo entre esos salvajes! —exclamó Kennedy.

—Son almas que hay que rescatar —dijo el joven sacerdote—. Hermanos ignorantes y bárbaros a quienes sólo la religión puede civilizar e instruir.

Samuel Fergusson, para complacer al misionero, le habló mucho de Francia.

El denodado mártir le escuchaba con atención, y las lágrimas humedecían sus ojos. El pobre joven tomaba sucesivamente las manos de Kennedy y de Joe con las suyas, que abrasaba la calentura; el doctor le preparó algunas tazas de té, que bebió con fruición, y entonces se sintió con fuerzas para incorporarse un poco y sonreír, viéndose mecer en un cielo tan puro.

—Sois audaces, viajeros —dijo—, y un feliz éxito coronará vuestra atrevida empresa; vosotros volveréis a ver a vuestros parientes, a vuestros amigos, volveréis a vuestra patria... ¡Vosotros...!

Aumentó entonces tanto la debilidad del joven sacerdote, que fue preciso hacerle echar de nuevo. Una postración, que duró algunas horas, le tuvo como muerto entre las manos de Fergusson, el cual se sentía profundamente conmovido. Veía extinguirse aquella simpática existencia. ¿Tan pronto iba a perder a la víctima que habían arrancado del suplicio? Curó de nuevo las horribles, úlceras del mártir y sacrificó la mayor parte de su provisión de agua en refrescar sus ardientes miembros. Le rodeó de la solicitud más inteligente y tierna. El enfermo renacía poco a poco entre sus brazos, y recobraba el sentimiento ya que no la vida.

El doctor sorprendió su historia entre sus palabras entrecortadas.

—Hablad vuestra lengua materna —le había dicho—, que os fatigará menos; yo la comprendo perfectamente.

El misionero era un pobre bretón, nacido en la aldea de Aradón, en Morbihani. Emprendiendo por vocación la carrera eclesiástica, no le bastaba la vida de abnegación que reclama el sacerdocio, y para arrostrar peligros entró en la orden de misioneros fundada por el glorioso san Vicente de Paúl. A los veinte años pasó de su país a las playas inhospitalarias de África. Poco a poco, sobrepujando obstáculos, desafiando privaciones, andando y orando, avanzó hasta el seno de las tribus que pueblan los afluentes del Nilo superior.

Por espacio de dos años, fue rechazada su religión, desconocido su celo, despreciada su caridad. Cayó prisionero de una de las más crueles tribus de Nyambara, que le trató de una manera horrible. Y él, sin embargo, seguía enseñando, instruyendo, orando. Derrotada aquella tribu en uno de sus frecuentes combates con otras igualmente crueles, el misionero fue dejado por muerto en el campo, y continuó su peregrinación evangélica.

Durante una temporada le tuvieron por loco, y aquélla fue la más tranquila de su vida. Se familiarizó con los idiomas de aquellas comarcas, y siguió catequizando y recorriendo aquellas bárbaras regiones, empujado por una fuerza sobrehumana que no viene más que de Dios. Un año hacía que su celo evangélico le había llevado a la tribu de los nyamnyam, llamada Barefri, que es una de las más salvajes. Habiendo muerto un jefe, se le achacó su muerte inesperada, y se resolvió inmolarse. Cuarenta horas hacía que duraba su suplicio, que, como el doctor había supuesto, debía terminar con la muerte al día siguiente a las doce. Cuando oyó las detonaciones de las armas de fuego sintió reaccionar en él el instinto de conservación y gritó: ¡Socorro! Y creyó haber soñado, cuando una voz venida de lo alto le dirigió palabras de consuelo.

—¡No siento morir —añadió—; mi vida es de Dios, y Dios dispone de ella!

—Esperad —le respondió el doctor—, estamos a vuestro lado, y os arrancaremos a la muerte como os hemos arrancado al suplicio.

—No pido tanto al cielo —respondió el sacerdote, resignado—. ¡Bendito sea ese Dios que antes de morir me ha concedido la dicha de apretar manos amigas y oír la lengua de mi país!

El misionero se sintió desfallecer nuevamente, y el día se pasó entre la esperanza y la zozobra. Kennedy estaba muy conmovido, y Joe volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas.

El *Victoria* avanzaba poco, y parecía que el viento temía ajar su preciosa carga.

A la caída de la tarde, Joe distinguió hacia el oeste un resplandor inmenso. Bajo latitudes más elevadas se hubiera tomado aquel resplandor por una aurora boreal. El cielo parecía incendiado. El doctor examinó con atención el fenómeno.

—No puede ser más que un volcán en actividad —dijo.

—Y el viento nos lleva a él —replicó Kennedy.

—Tranquilízate. Pasaremos por encima de él. Tres horas después, el *Victoria* se hallaba en un país montañoso. Su posición exacta era 24° 15' de longitud y 4° 42' de latitud. Tenía delante un cráter que vomitaba torrentes de lava derretida y arrojaba a gran altura enormes peñascos. Había arroyos de fuego líquido que se despeñaban formando cascadas deslumbradoras. El espectáculo era magnífico, pero peligroso, porque el viento, con una fijeza constante, impelía el globo hacia aquella atmósfera incendiada.

Preciso era salvar aquel obstáculo en la imposibilidad de dejarlo a un lado. Abrióse completamente la espita del soplete, y el *Victoria* subió a una altura de 6.000 pies, dejando entre el volcán y él un espacio de más de 300 toesas.

Desde su lecho de dolor, el sacerdote moribundo pudo contemplar aquel cráter del que se escapaban con estrépito mil haces resplandecientes.

—¡Qué hermoso espectáculo! —dijo—. ¡Cuán infinito es el poder de Dios hasta en sus más terribles manifestaciones!

Aquella inmensa explosión de lava en ignición cubría las laderas de la montaña con un verdadero tapiz de llamas. El hemisferio inferior del globo resplandecía en medio de la noche, y un calor urente, que subía a la barquilla, obligó al doctor Fergusson a huir pronto de

aquella atmósfera peligrosa.

A cosa de las diez de la noche, la montaña no era más que un punto rojo en el horizonte, y el *Victoria* proseguía tranquilamente su viaje en una zona menos elevada.

XXIII

CÓLERA DE JOE — LA MUERTE DE UN JUSTO — VELATORIO DEL CADÁVER —
AVIDEZ — EL ENTIERRO — LOS PEDAZOS DE CUARZO
— FASCINACIÓN DE JOE — UN LASTRE PRECIOSO —
ORIENTACIÓN DE LAS MONTAÑAS AURÍFERAS
— PRINCIPIO DE DESESPERACIÓN DE JOE

La noche tendió sobre la tierra el más magnífico de sus mantos. El sacerdote quedó dormido en una postración pacífica

—¡Se muere! —dijo Joe—. ¡Pobre joven! ¡Treinta años apenas!

—¡Morirá en nuestros brazos! —dijo el doctor con desesperación—. Su respiración se debilita más y más, y nada. puedo hacer yo para salvarle.

—¡Malvados! —exclamó Joe, que sentía de cuando en cuando arrebatos de cólera—. ¡Y cuando pienso que el infeliz aún ha tenido palabras para compadecerles, para excusarles y para perdonarles...!

—¡El cielo le conceda una hermosa noche, Joe, su última noche acaso! A mi parecer, sufrirá poco en lo sucesivo, y su muerte no será más que un pacífico sueño.

El moribundo pronunció algunas palabras entrecortadas; el doctor se acercó a él; la respiración del enfermo era difícil; pedía aire; se levantaron enteramente las cortinas y aspiró con avidez el ambiente ligero de aquella noche clara; las estrellas le dirigían su temblorosa luz, y la Luna le envolvía en el blanco cendal de sus rayos.

—¡Amigos míos —dijo una voz débil—, me muero! ¡Que el Dios que recompensa os conduzca a puertol ¡Que os pague por mi deuda de reconocimiento! —Tened aún esperanzas —le respondió Kennedy—. Lo que sentís no es más que un abatimiento pasajero.

¡No vais a morir! ¿Se puede morir en una noche de verano tan serena?

—¡La muerte está aquí! —respondió el misionero—. ¡Lo sé! ¡Dejádmela mirar cara a cara! La muerte, principio de la eternidad, no

es más que él fin de las tribulaciones de la tierra. ¡Ponedme de rodillas, hermanos míos, os lo suplico!

Kennedy lo levantó. Lástima daba ver aquellos miembros sin fuerza que se doblaban bajo su propio peso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó el apóstol moribundo—. ¡Tened piedad de mí!

Su semblante resplandeció. Lejos de la tierra, de la cual no había conocido nunca las alegrías, en medio de una noche que le enviaba sus más suaves claridades, en el camino del cielo hacia el cual se elevaba en una ascensión milagrosa, parecía estar ya resucitando para una nueva existencia.

Su último movimiento fue una bendición suprema a sus amigos de un día. Y cayó en brazos de Kennedy, cuyo semblante, transido, estaba inundado de lágrimas.

—¡Muerto! —exclamó el doctor inclinándose hacia él—. ¡Muerto!

Y los tres amigos doblaron a la vez la rodilla para orar en voz baja.

—Mañana por la mañana —dijo después Fergusson— le daremos sepultura en esta tierra de África regada con su sangre.

Durante el resto de la noche, el doctor, Kennedy y Joe velaron sucesivamente el cadáver, y ni una sola palabra turbó su religioso silencio. Los tres derramaban abundantes lágrimas.

Al día siguiente el viento venía del sur, y el *Victoria* avanzaba lentamente encima de una vasta meseta de montañas, donde se veían a trechos cráteres apagados y barrancos incultos, sin una gota de agua en sus áridas crestas. Montones de rocas y piedras rodadas y margueras blanquecinas denotaban una esterilidad profunda.

A cosa de mediodía, el doctor, para sepultar el cadáver, resolvió bajar a una barranca, en medio de rocas plutónicas de formación primitiva. Tenía que buscar un abrigo en las montañas circundantes para llegar a tierra con la barquilla, no habiendo ni un solo árbol en que poder hincar el ancla.

Pero como de antemano lo había dado a entender a Kennedy, el lastre de que se desprendió para salvar al sacerdote no le permitía ahora descender sin desprenderse de una cantidad proporcionada de gas, por lo que tuvo que abrir la válvula del globo exterior. El

hidrógeno salió, y el *Victoria* bajó tranquilamente hacia el barranco.

Apenas la barquilla llegó al suelo, el doctor cerró la válvula, y Joe saltó a tierra. Joe, con una mano, sujetó la barquilla y con la otra recogió un número de pedruscos, con cuyo peso remplazó el suyo propio, y entonces, quedándose ya libre de las dos manos, pudo en muy poco tiempo meter en la barquilla más de 500 libras de lastre que permitieron al doctor y a Kennedy desembarcar a su vez, sin que la fuerza ascensional del globo fuese suficiente para levantarlo.

No se necesitaron para mantener el equilibrio del *Victoria* tantas piedras como pudiera presumirse, porque las recogidas por Joe pesaban extraordinariamente, lo que llamó un instante la atención del doctor. La tierra estaba completamente sembrada de cuarzo y de rocas porfídicas.

«He aquí un singular descubrimiento», se dijo mentalmente, mientras a pocos pasos de distancia Kennedy y Joe escogían un sitio a propósito para abrir la fosa.

Aquel barranco encajonado era como una especie de horno donde hacía un calor insoportable. El sol, en su cenit, desplomaba allí sus rayos abrasadores.

Fue preciso desembarazar el terreno de los fragmentos de roca que lo cubrían, y luego se abrió un hoyo bastante profundo para poner el cadáver fuera del alcance de las fieras.

Allí se depositaron con respeto los despojos mortales del denodado mártir.

Se les echó tierra encima, y se formó con rocas una especie de tumba.

El doctor, sin embargo, permanecía inmóvil y abismado en sus reflexiones. No oía a sus compañeros que le llamaban, ni se cuidaba de buscar una sombra para guarecerse del calor del día.

—¿En qué piensas, Samuel? —le preguntó Kennedy.

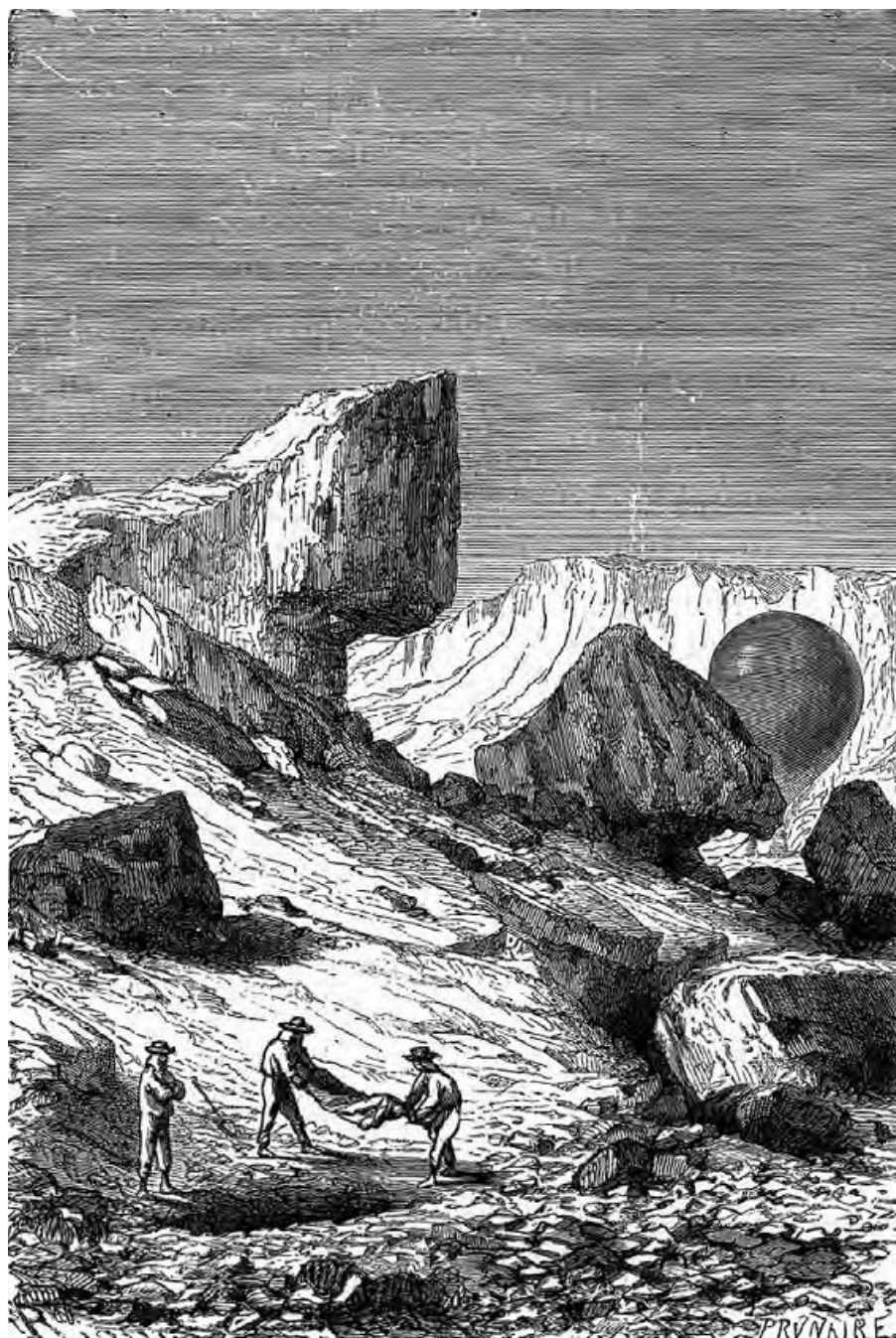
—En un extraño contraste de la Naturaleza, en un singular efecto del azar. ¿Sabéis en qué tierra ha encontrado su sepultura ese hombre de abnegación, ese pobre de espíritu?

—¿Qué quieres decir, Samuel? —preguntó el escocés.

—¡Ese sacerdote, que había hecho voto de pobreza, reposa ahora en

una mina de oro!

—¡Una mina de oro! —exclamaron Kennedy y Joe.



El entierro del misionero.

—¡Una mina de oro! —respondió tranquilamente el doctor—. Las piedras que pisáis como si careciesen de valor, son mineral de mucha pureza.

—¡Imposible! ¡Imposible! —repitió Joe.

—Si escarbáis en estas hendiduras de esquisto arcilloso, no tardaríais mucho en encontrar pepitas importantes.

Joe se precipitó como un loco sobre aquellos fragmentos dispersos, y Kennedy no estuvo lejos de imitarle.

—Cálmate, buen Joe —le dijo su amo.

—Señor, eso es muy fácil de decir.

—¡Cómo! Un filósofo de tu temple.

—No, señor; no hay filosofía que valga.

—¡Veamos! Reflexiona un poco. ¿De qué nos serviría toda esta riqueza? No podemos llevárnosla.

—¿No podemos llevárnosla? ¿Por qué no?

—Pesa demasiado para nuestra barquilla. No quería participarte este descubrimiento por miedo de excitar tu codicia.

—¡Cómo! —dijo Joe—. ¡Abandonar estos tesoros! ¡Una fortuna que es nuestra, muy nuestra, y desperdiciarla!

—¡Cuidado, amigo! ¿Se habrá apoderado de ti la fiebre del oro? Ese muerto que acabamos de enterrar, ¿no te ha enseñado la vanidad de las cosas humanas?

—Es cierto —respondió Joe—. ¡Pero el oro es oro! ¿No me ayudaréis, señor Kennedy, a recoger unos cuantos millones?

—¿Qué haríamos de ellos, pobre Joe.? —dijo el cazador, sin poder dejar de sonreírse—. No hemos venido aquí a hacer fortuna, y debemos volvernos sin ella.

—Los millones pesan mucho —repuso el doctor—, y no se meten en el bolsillo tan fácilmente.

—Pero, en fin —respondió Joe, acorralado en sus últimas trincheras—, ¿no podemos, en lugar de arena, cargar de este mineral como lastre?

—Consiento en ello —dijo Fergusson—. Pero avinagrarás mucho el gesto cuando tengamos que desprendernos de algunos miles de libras.

—¡Miles de libras! —repuso Joe—. ¿Es posible que esto sea oro?

—Sí, buen Joe; es un depósito en que la Naturaleza ha acumulado sus tesoros por espacio de siglos, y son suficientes para enriquecer países enteros. Una Australia y una California reunidas en el fondo de un desierto.

—¿Y todo quedará inútil?

—¡Tal vez! He aquí lo más que puedo hacer para consolarte.

—Difícil será —replicó Joe, contrito y mustio.

—Oye. Voy a tomar la situación exacta de este sitio, y te la daré. Al regresar a Inglaterra, la das a conocer a tus conciudadanos, si crees que tanto oro puede labrar tu felicidad.

—Veo, señor, que tenéis razón. Me resigno, ya que no puedo hacer otra cosa. A la fuerza ahorcan. Llenemos la barquilla de este precioso mineral, y lo que quede a la conclusión de nuestro viaje, eso ganaremos.

Y Joe puso manos a la obra con tanto afán, que no tardó en reunir más de mil libras de pedazos de cuarzo en que se hallaba encerrado el oro como en una ganga de gran dureza.

El doctor sonreía y le dejaba hacer mientras él hacía su estima, de la cual resultó que la mina que servía de tumba al misionero se hallaba a los 22º 23' de longitud, y 4º 55' de latitud septentrional.

Después, dirigiendo una última mirada a la tierra removida, bajo la cual descansaba el cuerpo del pobre francés, volvió a la barquilla.

Hubiera querido levantar una tosca y modesta cruz sobre aquella tumba abandonada en medio de los desiertos de África, pero no había en las cercanías ni un miserable arbusto.

—Dios le reconocerá —dijo.

Cruzaba entonces la mente de Fergusson una idea bastante grave. Hubiera él dado todo aquel oro que tanto codiciaba Joe por hallar un poco de agua con que remplazar la que había echado con la caja cuando el pícaro negro se colgó de la barquilla. Pero no le era posible encontrar agua en aquellos terrenos áridos, lo que le tenía muy inquieto. Obligado a alimentar incesantemente el soplete, le empezaba ya a hacer falta hasta para beber, y se propuso no desperdiciar ninguna ocasión de renovar su reserva.

Al volver a la barquilla, la encontró casi enteramente ocupada por

las piedras que en ella había introducido la avaricia de Joe. No dijo, sin embargo, una palabra. Kennedy tomó también el sitio que tenía por costumbre, y Joe les siguió perezosamente, no sin dirigir una mirada ávida a los tesoros que quedaban en el barranco.

El doctor encendió el soplete; la serpentina se calentó, la corriente de hidrógeno se estableció a los pocos minutos, se dilató el gas y, sin embargo, el globo permaneció inmóvil.

Joe le veía actuar con inquietud y no decía esta boca es mía.

—Joe —dijo el doctor, llamándole.

Joe no respondió.

—¿Me oyes, Joe?

Joe dio a entender que oía, pero no quería comprender.

—Vas a hacerme el obsequio —repuso Fergusson de echar fuera algunas piedras.

—Pero, señor, vos me habéis permitido...

—Te he permitido remplazar el lastre, he aquí todo.

—Sin embargo...

—¿Quieres, pues, que permanezcamos eternamente en este desierto?

Joe dirigió una mirada de desesperación a Kennedy, pero éste se encogió de hombros dándole a entender que era preciso resignarse.

—¿Y bien, Joe?

—Acaso no esté encendido el mechero —repuso el criado.

—Encendido está, ¿no lo ves? Pero el globo no se elevará mientras no se aligere un poco.

Joe se rascó la cabeza; tomó un pedazo de cuarzo, el menor de cuantos había, lo pesó, lo volvió a pesar y, por fin, lo arrojó con la mayor repugnancia. Pesaría unas tres o cuatro libras.

El *Victoria* permaneció inmóvil.

—¿Tampoco ahora subimos?

—Tampoco —respondió el doctor—. Echa lastre fuera.

Kennedy se reía. Joe tiró unas diez libras más, y el globo no se dio por entendido.

Joe se puso pálido.

—Mi buen Joe —dijo Fergusson—, Dick, tú y yo, pesamos, si no me

engaño, unas 400 libras, y es preciso, por consiguiente, desprendernos de un peso igual al nuestro.

—¡Echar cuatrocientas libras! —exclamó Joe, aterrorizado.

—Y algo más, si hemos de subir. ¡Ánimo, pues!

El pobre criado, suspirando angustiosamente, empezó a echar lastre. De cuando en cuando se detenía.

—¿No subimos? —preguntaba.

—Todavía no —le respondía el doctor.

—Ya se mueve —dijo.

—Todavía no —repitió Fergusson.

—Sí, sube, estoy seguro de ello.

—Sigue echando —replicó Kennedy.

Entonces Joe, cogiendo con desesperación un último pedrusco, lo arrojó fuera de la barquilla. El *Victoria* se elevó a unos cien pies de altura, y, con el auxilio del soplete, traspasó las cumbres de las montañas próximas.

—Ahora, Joe —dijo el doctor—, si conseguimos conservar el lastre que aún queda hasta la conclusión del viaje, te quedará una buena fortuna y serás rico todo el resto de tu vida.

Joe no respondió una palabra, y se echó encima de su lecho de piedras.

—Ya ves, mi querido Dick —repuso el doctor—, lo que puede el dinero hasta en el ánimo de un buen sujeto como Joe. ¡Cuántas pasiones, cuán sórdidas avaricias, qué crímenes tan atroces engendraría el conocimiento de una mina semejante! ¡Cosa triste!

Por la noche, el *Victoria* había avanzado 90 millas al oeste, y se encontraba entonces en línea recta a 1.400 millas de Zanzíbar.

XXIV

EL VIENTO CESA — LAS CERCANÍAS DEL DESIERTO —
EL INVENTARIO DE LA PROVISIÓN DE AGUA — LAS NOCHES DEL
ECUADOR — INQUIETUDES DE SAMUEL FERGUSON —
LA VERDADERA SITUACIÓN — ENÉRGICAS RESPUESTAS DE
KENNEDY Y JOE — UNA NOCHE MÁS

El *Victoria*, sujeto a un árbol solitario y casi seco, pasó una noche enteramente tranquila. Los viajeros, abrumados bajo el peso de los tristes recuerdos de los últimos días, pudieron conciliar el sueño que tanto necesitaban.

Al amanecer, la atmósfera se presentó tibia y serena. El globo se elevó, y después de varias tentativas infructuosas, encontró una corriente poco rápida que le impelió hacia el Noroeste.

—No adelantamos nada —dijo el doctor—, y, si no me engaño, en cosa de diez días hemos andado la mitad de nuestro viaje, pero, al paso que vamos, necesitaremos meses para llegar a su término, lo que es tanto más sensible cuanto que empieza a escasear el agua.

—Agua encontraremos —respondió Dick—; es imposible que en un país tan extenso no haya algún río, algún arroyo o algún estanque.

—Dios lo haga.

—¿No puede ser muy bien el cargamento de Joe el que retarda nuestra marcha?

Kennedy, al hablar así, quería ver la cara que ponía el buen criado y divertirse a su costa, como si a él no se le hubiesen ido también los ojos tras el oro, aunque supo ocultar a tiempo su codicia.

Joe le dirigió una mirada suplicante. El doctor no estaba de humor para chanzas, pensando únicamente con un secreto terror en las inmensas soledades del Sáhara, en el que las caravanas pasan semanas enteras sin encontrar un pozo donde apagar la sed devoradora. Examinaba con la mayor atención todas las depresiones de la tierra.

Estas precauciones y los últimos incidentes habían modificado de

una manera sensible la disposición de ánimo de los tres viajeros. Hablaban todos menos y se dejaban absorber más por sus propios pensamientos.

El buen Joe no era ya el mismo hombre desde que sus miradas se habían engolfado en un océano de oro. Guardaba silencio y miraba con avidez las piedras amontonadas en la barquilla, que, aunque en aquel momento carecían de valor, lo debían adquirir más adelante.

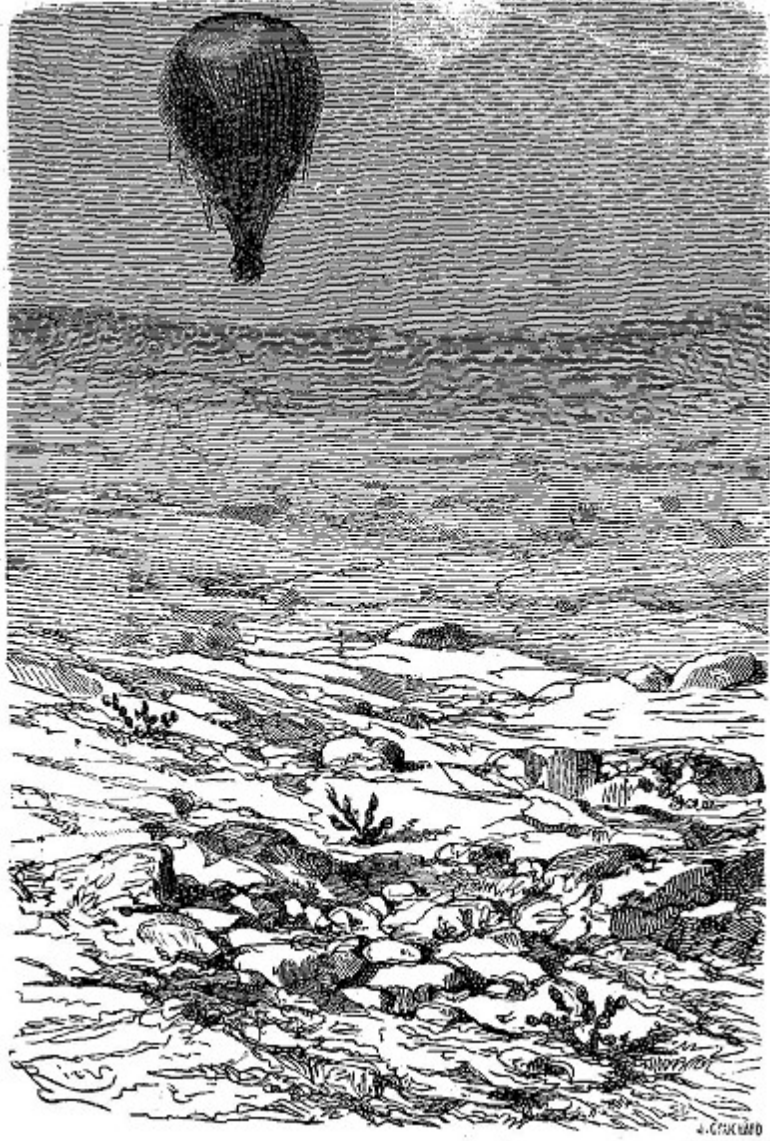
Era, además, alarmante el aspecto de aquella parte de África. Empezaba el desierto. No se veía ni una aldea, ni un grupo insignificante de chozas.

La vegetación languidecía. Distinguíanse apenas unas cuantas plantas sin fuerza para desarrollarse, como en los terrenos brezosos de Escocia, algunas arenas blanquecinas y piedras calcinadas, algunos lentiscos y matorrales espinosos. En medio de aquella esterilidad, la armazón rudimentaria de la tierra se componía de crestas de rocas agudas y afiladas. Aquellos síntomas de aridez daban mucho que pensar al doctor Fergusson.

No parecía que caravana alguna hubiese cruzado jamás aquella comarca desierta. No se notaba en ella vestigio alguno de campamento, ni blancas osamentas de hombres ni de animales. ¡Nada! Y todo indicaba que un arenal inmenso iba a suceder a aquella región tan triste.

Sin embargo, no se podía retroceder. Había que seguir adelante, y el doctor no aspiraba a otra cosa. Hubiera querido que sobreviniese una tempestad que lo arrojase más allá de aquel desconsolador país. ¡Y ni una nube en el cielo! El sol descendió a su ocaso sin que en todo el día hubiese el *Victoria* avanzado 30 millas.

¡Si no hubiese escaseado el agua! ¡Pero no quedaban de ella más que tres galones! Fergusson separó uno destinado a apagar la ardiente sed que volvía insoportable un calor de 90° 29. Quedaban, pues, dos galones para alimentar el soplete, los cuales no podían producir más que 480 pies cúbicos de gas, y como el soplete consumía 9 pies cúbicos por hora, sólo para 54 horas había gas suficiente. El cálculo era rigurosamente matemático.



El principio del desierto.

—¡Cincuenta y cuatro horas! —dijo a sus compañeros—. Y como estoy muy resuelto a no viajar durante la noche para no exponerme a pasar por alto un arroyo, un manantial, un pantano cualquiera, nos quedan tres días y medio de viaje, durante los cuales es preciso encontrar agua a toda costa. He creído, amigos míos, que es mi deber poner en vuestro conocimiento esta situación grave, pues no reservo más que un solo galón para apagar nuestra sed, y fuerza será que nos

sometamos a una ración severa.

—Como tú quieras —respondió el cazador—; pero no es aún tiempo de entregarnos a la desesperación. ¿No has dicho que aún nos queda agua para tres días?

—Sí, amigo Dick.

—Pues bien, como nuestros lamentos son inútiles, dentro de tres días veremos qué partido se toma, y entretanto redoblemos la vigilancia.

En la comida de aquella misma tarde ya se tasó el agua. Verdad es que se aumentó en los grogs la cantidad de aguardiente, pero poco había que confiar en aquel licor, que era más propio para aumentar la sed que para apagarla.

La barquilla descansó durante la noche sobre una inmensa meseta que presentaba una depresión considerable. Su altura era apenas de 800 pies sobre el nivel del mar. Esta circunstancia hizo concebir alguna esperanza al doctor, recordándole la presunción de los geógrafos acerca de la existencia de una vasta extensión de agua en el centro de África. Pero aun en el supuesto de que el lago existiese, había que llegar a él, y no se encontraba desgraciadamente modificación alguna en aquel suelo, que era siempre el mismo.

A la noche, pacífica y magníficamente estrellada, sucedieron los ardientes rayos del sol de un día inmutable. La temperatura fue abrasadora desde que rayó el alba. A las cinco de la mañana, el doctor dio la señal de marcha, y por espacio de mucho tiempo el *Victoria* permaneció sin movimiento alguno en una atmósfera de plomo.

El doctor habría podido librarse de aquel calor intenso elevándose a zonas superiores, pero hubiera tenido que consumir una cantidad mayor de agua, lo que entonces era imposible. Se contentó con mantener el globo a cien pies encima de la tierra; y allí una corriente harto débil le empujaba lentamente hacia el horizonte occidental.

El almuerzo se compuso de un poco de cecina y de *pemmican*. A cosa de mediodía, el *Victoria* sólo había ganado unas cuantas millas.

—No podemos ir más de prisa —dijo el doctor—, obedecemos y no mandamos.

—Amigo Samuel —dijo el cazador—, he aquí una ocasión en que un

propulsor vendría a pedir de boca.

—Sin duda, Dick; admitiendo, sin embargo, que no requiriese agua para ponerse en movimiento; pues de otra suerte la situación sería exactamente la misma con él que sin él, y, además, nada hasta ahora se ha inventado que sea practicable. Los globos se hallan aún en el punto en que se hallaban los buques antes de la invención del vapor. Seis mil años se ha tardado en idear las ruedas y las hélices; tenemos, por tanto, tiempo de esperar.

—¡Maldito calor! —dijo Joe, que sudaba a mares.

—Si tuviésemos agua, este calor nos serviría de algo, porque dilata el hidrógeno del aeróstato y necesita una llama menos viva en la serpentina. Verdad es que si tuviésemos agua, no tendríamos necesidad de economizar el hidrógeno. ¡Maldito sea el salvaje que nos ha costado la preciosa caja!

—No vayas a arrepentirte de lo que has hecho, Samuel.

—No, Dick, puesto que hemos podido sustraer a un desgraciado de una muerte horrible. Pero las cien libras de agua que hemos echado nos serían muy útiles, pues tendríamos doce o trece días de marcha asegurada, suficiente sin duda para atravesar el desierto.

—¿No estamos, por lo menos, a la mitad del viaje? —preguntó Joe.

—Como distancia, sí; pero no como duración, si el viento nos abandona. Y el viento tiende a cesar completamente.

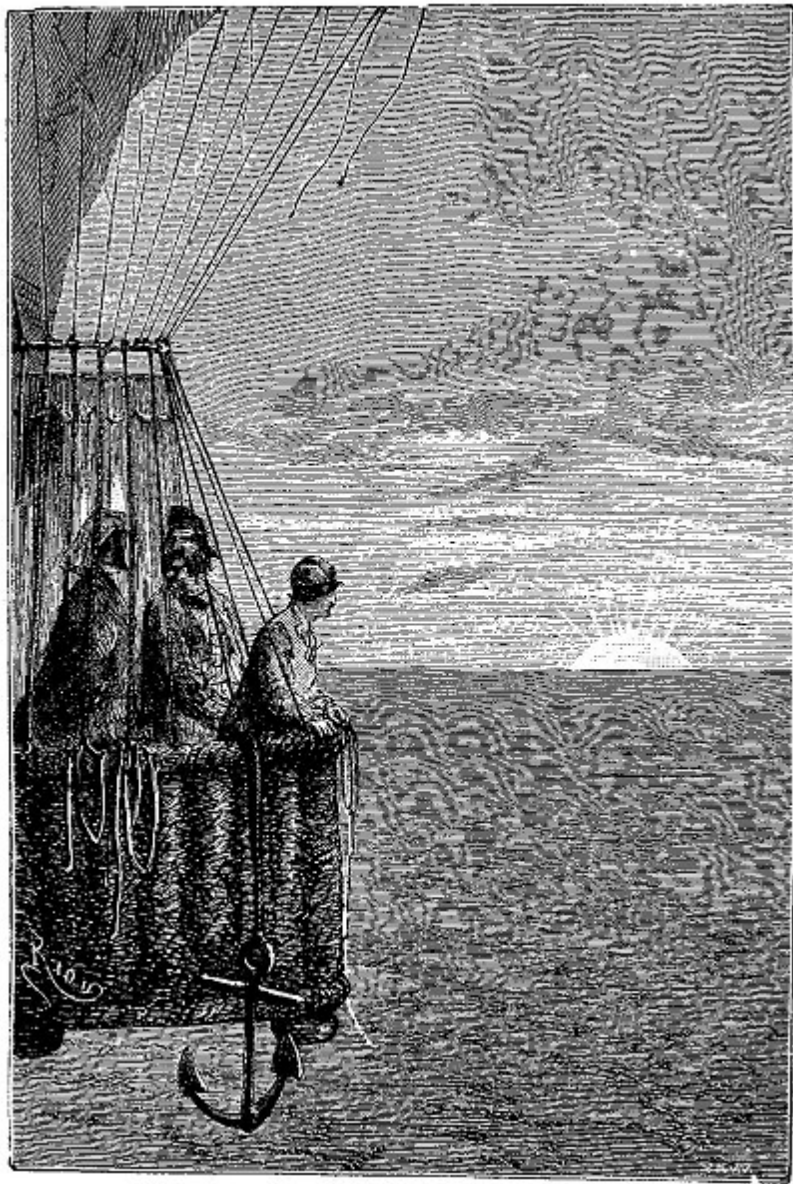
—Señor —repuso Joe—, no nos quejemos; hasta ahora nos hemos librado perfectamente, y a mí, por más que me empeñe, me es imposible desesperarme. Hallaremos agua, yo os lo digo.

De milla en milla se deprimía el terreno, y las ondulaciones de las montañas auríferas morían en la llanura, siendo las últimas prominencias de una Naturaleza extenuada. Hierbas dispersas remplazaban los árboles del este; algunas fajas de un verdor alterado, luchaban contra la invasión de las arenas, y enormes rocas caídas de las lejanas cumbres, haciéndose pedazos al caer, se desparramaban en agudos guijarros, que se hicieron luego arena gruesa y más adelante impalpable polvo.

—He aquí el África tal como tú te la representabas, Joe; tenía razón cuando te decía: ¡Aguarda!

—¿Y qué, señor? —replicó Joe—. Esto, al menos, es lo natural. ¡Calor y arena! Absurdo sería buscar otra cosa en un país semejante. Yo —añadió riendo— no tenía confianza en vuestros bosques y praderas, que me parecieron siempre un contrasentido. No valía la pena venir de tan lejos para encontrar la campiña de Inglaterra. Ahora es la primera vez que me creo en África, y no siento conocerla de cerca.

Al anochecer el doctor comprobó que el *Victoria*, durante aquel día bochornoso, no había ganado 20 millas. Una oscuridad tibia lo envolvió luego que el sol hubo desaparecido detrás de un horizonte trazado con la limpieza de una línea recta.



Desaparición del sol detrás del horizonte.

El día siguiente, 1 de mayo, era jueves; pero los días se sucedían con una monotonía que desesperaba; cada mañana era igual a la que la había precedido; la hora del mediodía lanzaba siempre con igual profusión los mismos rayos inagotables, y la noche condensaba en su sombra el calor disperso que el día siguiente debía legar a la siguiente

noche. El viento, apenas sensible, más parecía una aspiración que un soplo, y se podía presentir el instante en que hasta aquel aliento cesaría.

El doctor lograba reaccionar contra la tristeza de aquella situación, y conservaba la calma y sangre fría de un corazón aguerrido. Con un antejo en la mano, interrogaba todos los puntos del horizonte; veía decrecer incesantemente las últimas colinas y borrarse la última vegetación, y delante de él se extendía toda la inmensidad del desierto.

La responsabilidad que sobre él pesaba le afectaba mucho, aunque sabía disimularlo. Aquellos dos hombres, Dick y Joe, amigos los dos, habían sido arrastrados por él, casi por la fuerza de la amistad o del deber. ¿Había obrado bien? ¿No había entrado en vías prohibidas? ¿No intentaba en aquel viaje traspasar los límites de lo imposible? ¿No habría Dios reservado a siglos muy posteriores el conocimiento de aquel continente ingrato?

Todos estos pensamientos, como en las horas de desaliento sucede, se multiplicaron en su cabeza, y por una irresistible asociación de ideas, le llevaban más allá de la lógica y del raciocinio. Después de haberse dado cuenta de lo que debió haber hecho, se preguntaba lo que haría entonces. ¿Sería imposible regresar a su país? ¿No había corrientes superiores que le llevaran a comarcas menos áridas? Conociendo el país que había pasado, ignoraba, el que había de pasar, por lo que su conciencia le hizo tomar la resolución de explicarse francamente con sus compañeros, exponiéndoles la situación, sin tapujos. Les manifestó lo que había hecho y lo que quedaba aún por hacer, pues en rigor se podía retroceder, o al menos intentarlo, y deseaba conocer su opinión.

—Yo no tengo otra opinión más que la de mi amo —respondió Joe—. Lo que él sufra puedo mejor que él sufrirlo yo. Yo iré donde él vaya.

—¿Y tú, Kennedy?

—Yo, mi querido Samuel, no soy hombre que se desespere; nadie ignoraba menos que yo los peligros de la empresa, pero no quise cuidarme de ellos para nada desde que vi que tú los afrontabas. Soy,

pues, tuyo en cuerpo y alma. En la actual situación soy del parecer de que debemos perseverar, ir hasta el fin. Además, no me parece que retrocediendo fuesen menores los peligros. Adelante, pues, y cuenta con nosotros.

—¡Gracias, mis dignos amigos! —respondió el doctor, verdaderamente conmovido—. Conocía vuestra adhesión, pero tenía necesidad de que vuestras palabras me alentasen. ¡Gracias, gracias!

Y los tres se estrecharon la mano con efusión.

—Oídmeme —repuso Fergusson—. Según mi parecer, no nos hallamos a más de trescientas millas del golfo de Guinea. El desierto no puede, pues, extenderse indefinidamente, puesto que la costa está habitada y reconocida hasta cierta profundidad tierra adentro. Si es necesario, nos dirigiremos hacia dicha costa, y es imposible que no encontremos algún oasis, algún pozo, donde renovar nuestras provisiones de agua. Pero lo que nos falta es viento, y sin él nos hallamos en medio de los aires, detenidos por una calma chicha.

Aguardemos con resignación —dijo el cazador.

Pero todos a la vez interrogaron en vano al espacio durante aquel interminable día. Nada apareció que pudiese hacer concebir una esperanza. Los últimos movimientos de la tierra desaparecieron al ponerse el sol, cuyos rayos horizontales se prolongaron en largas líneas de fuego sobre aquella inmensa llanura. Era el desierto.

Los viajeros, sin haber salvado una distancia de 15 millas, habían consumido, lo mismo que el día anterior, 135 pies cúbicos de gas para alimentar el soplete, y de ocho partes de agua tuvieron que sacrificarse dos para apagar una sed devoradora.

La noche se pasó tranquila, demasiado tranquila. El doctor no durmió.

XXV

UN POCO DE FILOSOFÍA — UNA NUBE EN EL HORIZONTE —
EN MEDIO DE UNA NIEBLA — EL GLOBO INESPERADO —
LAS SEÑALES — VISTA EXACTA DEL *VICTORIA* — LAS PALMERAS —
VESTIGIOS DE UNA CARAVANA — EL POZO EN MEDIO DEL DESIERTO

Al día siguiente, la misma pureza del cielo y la misma inmovilidad de la atmósfera. El *Victoria* se elevó a una altura de 500 pies, pero avanzó muy poco hacia el oeste.

—Nos hallamos en pleno desierto —dijo el doctor—. ¡Qué inmensidad de arena! ¡Qué extraño espectáculo! ¡Qué singular disposición de la Naturaleza! ¿Por qué en algunas comarcas hay una vegetación tan exuberante y en éstas una aridez tan desconsoladora, hallándose todas en la misma latitud y bajo los mismos rayos del sol?

—El porqué, amigo Samuel, me tiene sin cuidado —respondió Kennedy—; la razón me preocupa menos que el hecho. Y el hecho es tal cual es, he aquí lo importante.

—Bueno es filosofar un poco, amigo Dick; con filosofar no se perjudica a nadie.

—Filosofemos, no hay inconveniente. Tiempo tenemos para ello, pues apenas nos movemos. El viento tiene miedo de soplar, está dormido.

—No durará la calma —dijo Joe—, pues ya me parece distinguir algunos nubarrones hacia el este. —Joe tiene razón —respondió el doctor.

—Pues vengan nubarrones —dijo Kennedy—. ¿Qué más quisiéramos que una buena lluvia y un buen viento que nos azotasen la cara?

—Allá veremos, Dick, allá veremos.

—Sin embargo, hoy es viernes, mi amo, y yo desconfío de los viernes.

—Pues yo espero ver hoy mismo disipadas tus prevenciones.

—¡Ojalá, señor! ¡Uf! —añadió enjugándose la cara—. Bueno será el

calor en invierno, pero ahora maldita la falta que me hace.

—¿No crees que este sol abrasador puede echar a perder el globo?
—preguntó Kennedy al doctor.

—No; la goma de que está tapizado el tafetán resiste temperaturas mucho más elevadas. La temperatura a que lo he sometido interiormente por medio de la serpentina, ha sido algunas veces de 158° 30, y el envoltorio no se ha resentido en lo más mínimo.

—¡Una nube! ¡Una nube de veras! —exclamó en aquel momento Joe, cuya vista perspícaz desafiaba todos los prismáticos.

En efecto, una faja espesa y perfectamente distinta se elevaba lentamente encima del horizonte. Era una nube de un carácter especial, formada, al parecer, de nubecillas pequeñas que conservaban invariablemente su forma primitiva, de lo que el doctor dedujo que no había en su aglomeración ninguna corriente de aire.

Aquella mole compacta había aparecido a cosa de las ocho de la mañana, y a las once alcanzaba el disco del sol, que desapareció enteramente detrás de ella como detrás de una tupida cortina. En aquel mismo momento, la faja inferior de la nube abandonaba la línea del horizonte, que brillaba con una luz copiosa.

—No es más que una nube aislada —dijo el doctor—, y no podemos contar mucho con ella. Mira, Dick, sigue teniendo exactamente la misma forma que ostentaba esta mañana.

—En efecto, Samuel, no hay lluvia, ni viento, al menos para nosotros.

—Mucho lo temo, pues se mantiene a una gran altura.

—¿Y si fuésemos, Samuel, a buscar la nube, ya que no quiere descargar sobre nosotros?

—No creo que nos sirviese de mucho —respondió el doctor—; sería un consumo más considerable de gas y, por consiguiente, de agua. Pero, en nuestra situación, debemos intentarlo todo; vamos a subir.

El doctor puso toda la llama del soplete en los espirales de la serpentina. Se desenvolvió un calor violento, y el globo se elevó bajo la acción de su hidrógeno dilatado.

A unos 1.500 pies de la tierra, encontró la opaca nube, y entró en una espesa niebla, conservándose a esta altura; pero no halló ni una

bocanada de aire; la niebla parecía destituida de toda humedad, y apenas se humedecieron los objetos expuestos a su contacto. El *Victoria*, envuelto en aquel vapor, marchó con un poco menos de pereza, pero fue cosa insignificante. El doctor comparaba con tristeza el pequeño resultado obtenido por su maniobra, cuando oyó a Joe exclamar con el acento de la mayor sorpresa:

—¡Hemos hecho buen negocio!

—¿Qué sucede, Joe?

—¡Señor Samuel! ¡Señor Kennedy! ¡Qué cosa tan rara!

—¿Qué estás diciendo? Explícate.

—¡No estamos aquí solos! ¡Hay intrigantes! ¡Nos han robado nuestra invención!

—¿Estás loco? —le preguntó Kennedy.

Joe representaba la estatua del asombro. No se movió.

—¿Habrá turbado el sol la razón de este pobre muchacho? —dijo el doctor volviéndose hacia él.

—¿Quieres decirme...? —le preguntó.

—¿Pero no lo veis, señor? —exclamó Joe indicando un punto en el espacio.

—¡Por san Patricio! —exclamó Kennedy a su vez—. ¡Esto es increíble! ¡Mira, mira, Samuel!

—Lo veo —respondió tranquilamente el doctor.

—¡Otro globo! ¡Otros viajeros como nosotros!

En efecto, a 200 pies de distancia, un aeróstato flotaba en el aire con su barquilla y sus viajeros, y seguía exactamente el mismo rumbo que el *Victoria*.

—Pues bien —dijo el doctor—, vamos a hacerle algunas señales. Toma el pabellón, Kennedy, y enseñémosle la bandera de Inglaterra.

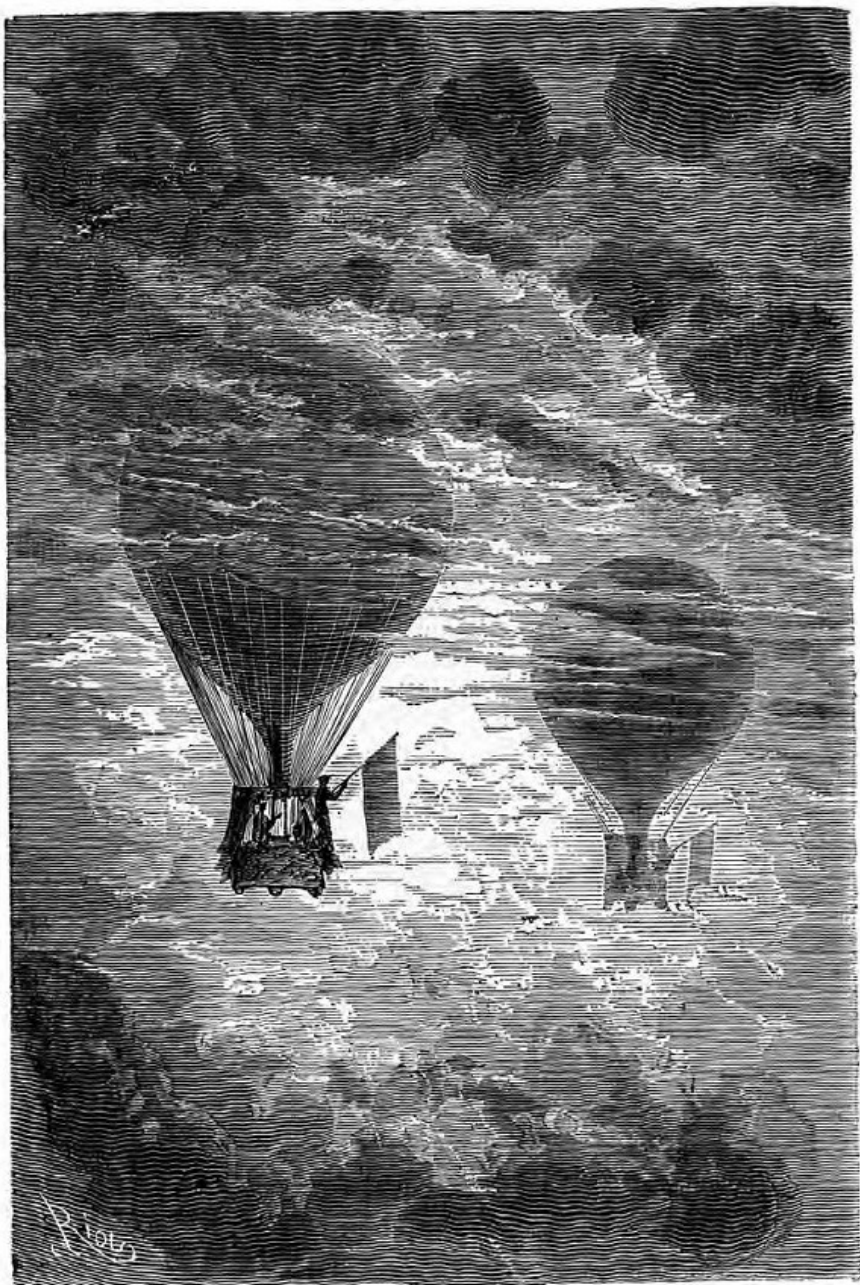
Parece que los viajeros del segundo aeróstato habían concebido simultáneamente la misma idea, pues la misma enseña repetía idénticamente el mismo saludo agitándose de la misma manera.

—¿Qué significa esto? —preguntó el cazador.

—¡Son monos —exclamó Joe— que se están burlando de nosotros!

—Esto significa —respondió Fergusson riendo— que eres tú mismo, amigo Dick, quien hace la señal de las dos barquillas, quiere decir que

en las dos barquillas estamos nosotros, y que ese globo, en resumidas cuentas, es el mismo *Victoria*.



Un efecto de espejismo.

—En cuanto a eso, mi amo —dijo Joe—, salvo vuestro respeto, no paso por ello.

—Ponte junto a la borda, Joe, mueve los brazos de un lado a otro y verás.

Joe obedeció y vio instantáneamente reproducidos con toda exactitud sus movimientos.

—Todo es un efecto de espejismo —explicó el doctor—, y no otra cosa. Un simple fenómeno de óptica debido a la extraña desigualdad de las capas de aire, he aquí todo.

—¡Es maravillosol —replicó Joe, que no podía convencerse y por vía de experimento multiplicaba sin cesar sus contorsiones.

—¡Qué curioso espectáculo! —repuso Kennedy—. ¡Da gusto ver nuestro *Victoria*! ¿Sabes que tiene buena facha y se mantiene majestuosamente?

—Explíquese la cosa como se quiera —replicó Joe— es la cosa más singular del mundo.

Pero luego la imagen se desvaneció gradualmente: las nubes se elevaron a mayor altura abandonando al *Victoria*, que no trató de seguirlas, y a cosa de una hora desaparecieron en el cielo.

El viento, apenas perceptible, disminuyó más y más. El doctor, desesperado, hizo bajar el globo hasta muy cerca de tierra.

Los viajeros, a quienes aquel accidente había arrancado a sus preocupaciones, se entregaron de nuevo a sus tristes pensamientos, abrumados por un calor insoportable.

A cosa de las cuatro, Joe indicó un objeto que sobresalía en el inmenso arenal, y pudo afirmar luego que eran dos palmeras que se elevaban a poca distancia.

—¡Palmeras! —exclamó Fergusson—. ¿Hay, pues, una fuente, un pozo?

Tomó los prismáticos y se convenció de que a Joe no le engañaba la vista.

—¡Por fin, agua! Ya nos salvamos, porque algo andamos, aunque no mucho, y tarde o temprano llegaremos.

—¿No podríamos, entretanto, señor, echar un trago? El aire es sofocante.

—Echémoslo, muchacho.

Nadie se hizo de rogar. De las tres pintas y media que quedaban, una pinta entera desapareció en un momento.

—¡No hay nada en el mundo como el agua! —dijo Joe—. ¡Qué cosa tan rica! Con más gusto la he bebido que la cerveza en Perkins.

—Ahí tienes las ventajas de la privación —respondió el doctor.

—¡Pobres ventajas! —dijo el cazador—. Yo de buena gana renunciaría para toda mi vida al placer de beber agua, con tal de que no me faltara nunca cuando la necesito.

A las seis, el *Victoria* se cernía encima de las palmeras.

Eran dos árboles enclenques, enfermizos, casi secos, dos espectros de árboles sin hojas, más muertos que vivos. Fergusson los contempló con espanto.

Junto a un tronco se distinguían las piedras medio pulverizadas de un pozo, que, desmenuzadas por los ardores del sol, se confundían casi con la arena del desierto. No había apariencia alguna de humedad. Samuel sintió oprimírsele el corazón, y participaba sus recelos a sus compañeros, cuando las exclamaciones de éstos llamaron su atención.

Hacia el oeste, a cuanto alcanzaba la vista, se extendía una larga línea de blancas osamentas. Fragmentos de esqueletos rodeaban la seca fuente. Sin duda, una caravana había llegado hasta allí, marcando su paso un prolongado osario. Los más débiles irían cayendo uno tras otro en la arena, y los más fuertes, después de llegar a aquella fuente tan apetecida, hallarían junto a ella una muerte horrible.

Los pasajeros se miraron y se pusieron pálidos.

—¡No bajemos! —dijo Kennedy—. ¡Huyamos de tan conmovedor espectáculo! No hallaremos una gota de agua.

—Debemos convencernos por nuestros propios ojos, Dick, y lo mismo da pasar aquí la noche que en cualquier otra parte. Exploraremos el pozo hasta el fondo; acaso quede aún algo del manantial que hubo en otro tiempo.

El *Victoria* bajó a tierra. Joe y Kennedy pusieron en la barquilla un peso de arena equivalente al suyo y se salieron de ella. Corrieron al pozo, y penetraron en su interior por una escalera que no era más que polvo. El manantial parecía agotado desde muchos años atrás.

Cavaron en una arena seca y desunida, de una aridez superior a la de todas las arenas posibles, y no hallaron indicio alguno de humedad.

El doctor les vio volver a la superficie del desierto inundados de sudor, quebrantados, cubiertos de polvo, desalentados, desesperados.

Comprendió la infructuosidad de sus investigaciones. Lo presentía, y no dijo una palabra. Comprendía que desde aquel momento debía tener todo el valor y energía que a los otros iba abandonando.

Joe traía en la mano los fragmentos de un odre, que tiró con cólera en medio de los huesos esparcidos por el suelo.

Durante la cena reinó un profundo silencio entre los viajeros, que comían con repugnancia.

Y, sin embargo, no habían aún sufrido los verdaderos tormentos de la sed, y sólo se desesperaban pensando en la que tendrían aún que afrontar.

XXVI

CIENTO TRECE GRADOS — REFLEXIONES DEL DOCTOR — PESQUISAS DESESPERADAS

— SE APAGA EL SOPLETE — CIENTO

CUARENTA GRADOS — LA CONTEMPLACIÓN DEL DESIERTO —

UN PASEO DE NOCHE — SOLEDAD — DESFALLECIMIENTO —

PROYECTO DE JOE — UN DÍA DE PLAZO

El espacio recorrido por el *Victoria* en todo el día anterior no pasaba de 10 millas, y había gastado 162 pies cúbicos de gas. El sábado por la mañana el doctor dio orden de marchar.

—El soplete —dijo— no puede ya funcionar más que seis horas. Si en este tiempo no hemos descubierto un pozo ni un manantial, ¡Dios sabe lo que será de nosotros!

—¡Ni un soplo de aire esta mañana, señor! —dijo Joe—. Pero se levantará, tal vez —añadió, viendo la mal disimulada tristeza de Fergusson.

¡Vana esperanza! Reinaba una calma chicha —una de esas calmas que en los mares tropicales sujetan obstinadamente a los buques de vela—, el calor se hizo intolerable, y el termómetro, a la sombra, bajo la tienda, marcó 113º ³¹.

Joe y Kennedy, tendidos uno al lado del otro, buscaban en la modorra, ya que no en el sueño, el olvido de la situación. Una inactividad forzada les condenaba a penosos ocios. El hombre es más digno de lástima cuando por medio de un trabajo u ocupación material no puede arrancarse a su pensamiento. Los viajeros nada tenían que vigilar, ni nada tampoco que intentar, teniendo que afrontar la situación sin poder mejorarla.

Los tormentos de la sed empezaron a hacerse sentir cruelmente. El aguardiente, lejos de apaciguar aquella necesidad imperiosa, la aumentaba más y más, y se hacía muy acreedor al nombre de «leche de los tigres» que le dan los naturales de África. Quedaban apenas dos pintas de un líquido tibio, y todos fijaban sus miradas en aquellas

gotas preciosas, sin que nadie se atreviese a mojar con ellas sus labios. ¡Dos pintas de agua en medio de un desierto!

Entonces el doctor Fergusson, abismado en sus reflexiones, se preguntó si había obrado con prudencia, si no hubiera valido más economizar para beber aquella agua que había descompuesto y perdido para mantenerse en la atmósfera. Algún camino había adelantado, sin duda, pero ¿había ganado algo en ello? Aunque se encontrase 600 millas más atrás bajo aquella latitud, ¿qué podía importarle, puesto que carecía de agua en aquel sitio? Si se levantase al fin algún viento, soplaría, viniendo del este, del mismo modo y con menos fuerza aún en el punto a que se dirigían que en el que habían ya pasado. ¡Pero la esperanza empujaba a Samuel, hacia delante! ¡Y, sin embargo, los dos galones de agua consumidos inútilmente hubieran bastado para hacer en el desierto un alto de nueve días! ¡Tal vez, al mismo tiempo que conservase el agua, debió subir echando lastre, aunque luego para volver a bajar tuviese que perder gas en abundancia! ¡Pero el gas de su globo era su sangre, era su vida!

Estas mil reflexiones se cruzaban en su cabeza, que apoyaba en sus manos durante horas enteras sin levantarla.

—¡Preciso es hacer un último esfuerzo! —dijo a cosa de las diez de la mañana—. ¡Preciso es intentar por última vez descubrir una corriente atmosférica que nos lleve! ¡Preciso es arriesgar nuestros últimos recursos!

Y mientras sus compañeros dormitaban llevó a una elevada temperatura el hidrógeno del aeróstato, el cual se redondeó con la dilatación del gas, y subió siguiendo en línea recta los rayos perpendiculares del sol.

En vano buscó el doctor un soplo de aire desde los 100 pies hasta los 5.000; su punto de partida permaneció tenazmente debajo de la barquilla, y una calma absoluta parecía reinar hasta en los últimos límites de la atmósfera.

Agotóse por fin el agua de alimentación; por falta de gas se apagó el soplete; dejó de funcionar la pila de Bunsen, y el *Victoria*, contrayéndose, bajó nuevamente a la arena para detenerse en el mismo hoyo que había abierto con la barquilla.

Era mediodía; la estima dio 19° 35' de longitud y 6° 51' de latitud, a cerca de 500 millas del lago Chad y a más de 400 de las costas occidentales de África. Al tomar tierra el globo, Dick y Joe salieron de su pesada modorra.

—Nos detenemos —dijo el escocés.

—Por fuerza —respondió el doctor en un tono de voz grave.

Sus compañeros le comprendieron. El nivel de la tierra, a consecuencia de su constante depresión, se hallaba entonces al nivel del mar, por lo que el globo se mantuvo en un equilibrio perfecto y una inmovilidad absoluta.

El peso de los viajeros fue remplazado por una carga equivalente de arena, y echaron pie a tierra, se absorbieron en sus pensamientos, y durante algunas horas no desplegaron los labios. Joe preparó la cena, compuesta de galleta y *pemmican*, que nadie probó casi, y un sorbo de agua caliente completó tan triste cena.

Durante la noche, nadie veló, pero tampoco nadie durmió. El calor ahogaba. Al día siguiente no quedaba más que media pinta de agua, que el doctor puso aparte, y todos resolvieron no recurrir a ella sino en el último extremo.

—¡Me alegro! —exclamó luego Joe—. ¡El calor va en aumento! No es extraño —dijo después de haber consultado el termómetro—. ¡Ciento cuarenta grados!³².

—La arena —respondió el cazador— abrasa como si saliese de un horno. ¡Y ni una nube en este cielo de fuego! ¡Hay para volverse loco!

—No nos desesperemos —dijo el doctor—; a estos grandes calores suceden inevitablemente bajo esta latitud tempestades que llegan con la rapidez del rayo. A pesar de la angustiosa serenidad del cielo, pueden producirse en él en menos de una hora grandes alteraciones.

—¡Pero algún indicio habría! —repuso Kennedy.

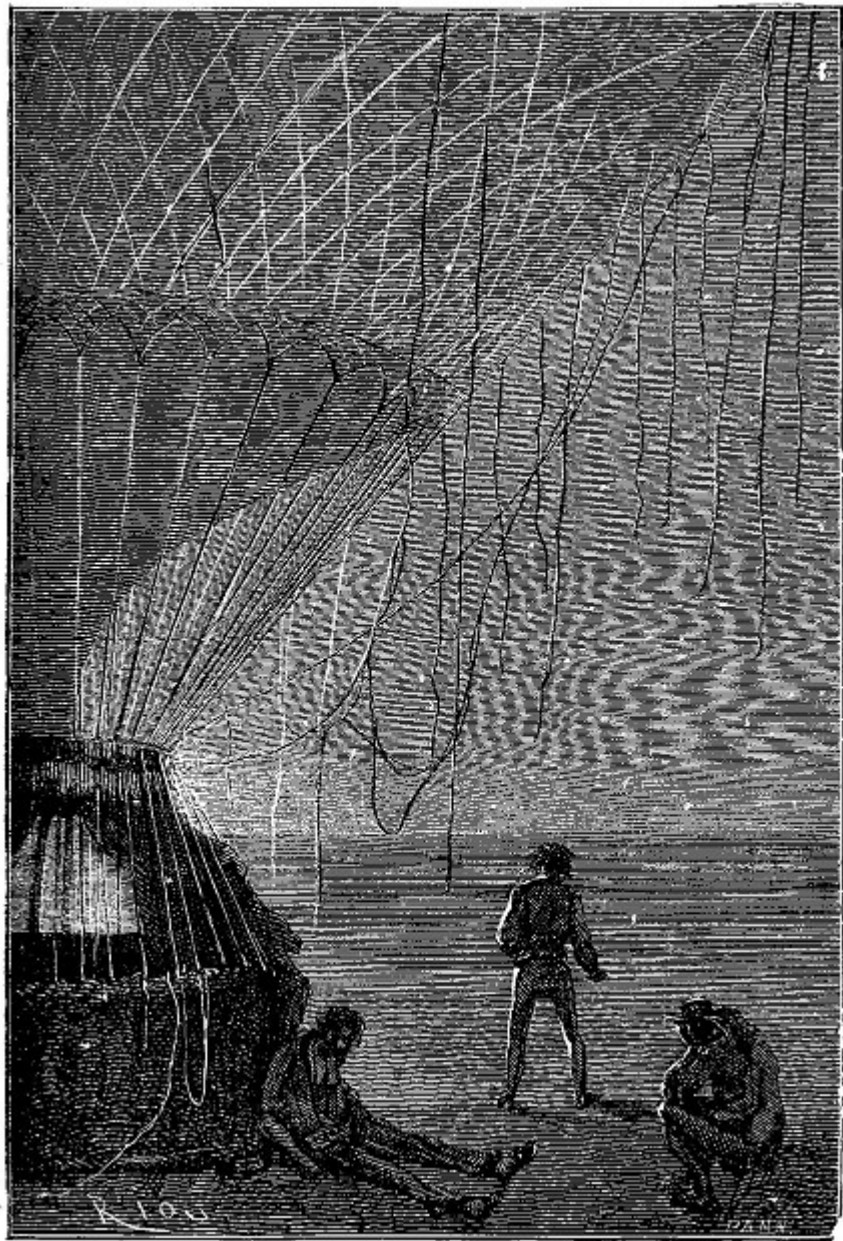
—Pues bien —dijo el doctor—, me parece que el barómetro tiene una ligera tendencia a bajar.

—¡El cielo te oiga, Samuel! Aquí estamos sin podernos mover, como un pájaro a quien han roto las alas.

—Con una diferencia, sin embargo, amigo Dick; pues nuestras alas están intactas, aún espero que nos sirvamos de ellas.

—¡Viento! ¡Viento! —exclamó Joe—. ¡Viento con que trasladarnos a un arroyo, a un pozo, y no nos faltará nada! Tenemos víveres suficientes, y con agua aguardaríamos un mes sin sufrir. ¡Pero la sed es una cosa horrible!

La sed, pero también la contemplación incesante del desierto fatiga la mente. No había ni un accidente del terreno, ni un montecillo de arena, ni un guijarro donde descansar la mirada. Aquella llanura descorazonadora causaba la desazón que se llama la enfermedad del desierto. La impasibilidad de aquel árido azul del cielo y aquel amarillo inmenso de la arena acababan por intimidar. En aquella atmósfera incendiada, el calor parecía vibrante como encima de una fragua; el corazón se desesperaba ante aquella calma inmensa, y no se entreveía ninguna razón para que cesase aquel estado de cosas, porque la inmensidad es una especie de eternidad.



La noche en el desierto.

Así es que los pobres viajeros, privados de agua bajo aquella temperatura tórrida, empezaron a experimentar síntomas de alucinamiento, y sus ojos se agrandaban y su mirada se volvía turbia.

Llegada la noche, el doctor resolvió combatir por medio de un paseo

rápido aquella disposición alarmante. Quiso recorrer aquella llanura de arena durante algunas horas, no para buscar sino, simplemente, para andar.

—Seguidme —dijo a sus compañeros—; creedme, el paseo nos hará bien.

—Imposible —respondió Kennedy—, yo no podría dar un paso.

—Yo prefiero dormir —dijo Joe.

—Pero, amigos, el sueño o el reposo os serán funestos. Reanimaos contra vuestro abatimiento. Vamos, seguidme.

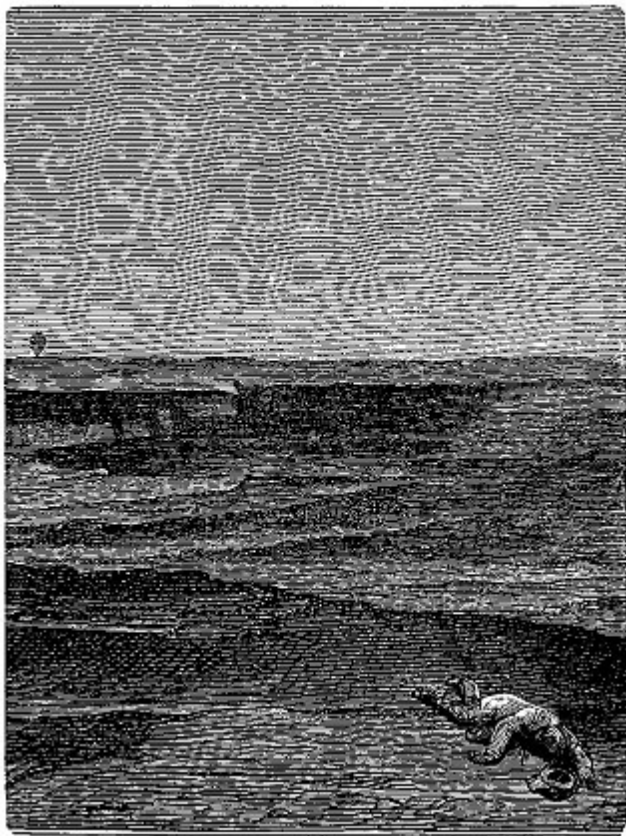
Nada de ellos pudo obtener el doctor, y partió solo en medio de la estrellada transparencia de la noche. Sus primeros pasos fueron penosos, fueron los pasos de un hombre debilitado y que ha perdido la costumbre de andar; pero pronto reconoció que aquel ejercicio le sería saludable; avanzó algunas millas hacia el oeste, y su ánimo cobraba algún aliento, cuando de repente se sintió acometido de un vértigo; se creyó inclinado sobre un abismo, sintió que se le doblaban las rodillas; aquella inmensa soledad le amilanó; era el punto matemático, el centro de una circunferencia infinita, es decir, ¡nada! El *Victoria* desaparecía enteramente en la sombra. ¡El doctor, el impasible, el audaz viajero, experimentó súbitamente un miedo insuperable! Quiso retroceder, pero en vano. ¡Gritó! Y no le contestó ningún eco, y su voz cayó en el espacio como una piedra en un abismo sin fondo. Se echó a tierra desfallecido, solo, en medio de los grandes silencios del desierto.

A medianoche volvió en sí entre los brazos de su fiel Joe, el cual, lleno de zozobra, no viendo volver a su amo, fue siguiendo sus huellas perfectamente impresas en la llanura, hasta que al fin le encontró desvanecido.

—¿Qué habéis tenido, señor? —preguntó. Nada, buen Joe; un momento de debilidad, ni más ni menos.

—En efecto, señor, no será nada; pero levantaos, apoyaos en mí y volvamos al *Victoria*.

El doctor, del brazo de Joe, volvió a tomar el camino que había seguido.



—Es una imprudencia, señor, aventuraros como habéis hecho. Os podían haber robado —añadió riendo—. Ahora hablemos con seriedad.

—Habla.

—Es absolutamente indispensable tomar un partido. Nuestra situación no puede prolongarse más allá de muy pocos días, y si no llega viento estamos perdidos.

El doctor no respondió.

—Necesario es que alguno se sacrifique a la salvación común, y es muy natural que sea yo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál es tu proyecto?

—Un proyecto muy sencillo: tomar provisiones, y cruzar siempre hasta que llegue a una parte u otra, lo que no puede faltar. Durante este tiempo, si el cielo os envía un viento favorable, no me aguardéis, y partid. Yo, si llego a una aldea, saldré del paso con unas cuantas

palabras árabes que me daréis vos antes por escrito, y os proporcionaré auxilios, o en la empresa dejaré mi pellejo. ¿Qué decís de mi plan?

—Que es insensato, pero digno de tu gran corazón, Joe. No quiero que te separes de nosotros; es imposible.

—Pero, señor, algo se ha de hacer, y lo que propongo no os perjudica en lo más mínimo, puesto que, como he dicho, no tendréis que aguardarme; y, en rigor, ¿no puedo salir bien de mi empeño?

—¡No, Joe! ¡No! ¡No nos separaremos! La separación sería un nuevo dolor añadido a los que nos afligen. Estaba escrito que habíamos de pasar lo que estamos pasando, y escrito también está probablemente que nuestra situación mejore más adelante. Aguardemos, pues, con resignación.

—Sea, señor, pero os prevengo que os doy un día para pensarlo, y no aguardaré ya más. Hoy es domingo, o, por mejor decir, lunes, pues es ya la una de la madrugada. Si el martes no partimos, yo probaré fortuna. Mi proyecto está irrevocablemente decidido.

El doctor no respondió; llegó a la barquilla y se colocó en ella al lado de Kennedy. Éste estaba sumido en un silencio absoluto, que no debía de ser sueño.

XXVII

CALOR ESPANTOSO — ALUCINAMIENTO — LAS ÚLTIMAS GOTAS DE AGUA —
NOCHE DE DESESPERACIÓN — TENTATIVA DE SUICIDIO
— EL SIMÚN — EL OASIS — LEÓN Y LEONA

Al día siguiente el primer cuidado del doctor fue consultar el barómetro. La columna de mercurio había experimentado un descenso apenas apreciable.

—¡Nada! —dijo para sí—. ¡Nada!

Salió de la barquilla para examinar el tiempo: el mismo calor, la misma pureza del cielo, la misma impasibilidad.

—¿Es, pues, preciso desesperar? —exclamó.

Joe, absorbido en su pensamiento, en su proyecto de exploración, no despegaba los labios.

Kennedy se levantó muy enfermo y presa de una sobreexcitación alarmante. Le acosaba la sed de una manera horrible, su lengua y sus labios entumecidos podían difícilmente articular un sonido.

Quedaban aún algunas gotas de agua. Todos sabían que había aquellas gotas, todos pensaban en ellas y hubieran dado por ellas todos los días de su vida, y a ellas no se acercaba nadie.

Aquellos tres compañeros, aquellos tres amigos, se miraban con ojos extraviados, con un sentimiento de aidez bestial, que se pintaba principalmente en el semblante de Kennedy, cuyo vigoroso organismo sucumbía más pronto a aquellas intolerables privaciones. Durante todo el día estuvo delirante; iba y venía lanzando gritos roncós, mordiéndose los puños, dispuesto a abrirse las venas para apagar su sed con su propia sangre.

—¡Ah! —exclamó—. ¡País de la sed! ¡Mejor deberías llamarte país de la desesperación!

Cayó luego profundamente postrado, y no se oyó más que el silbido de su respiración entre sus labios abrasados.

Al anoecer, Joe fue a su vez acometido de un principio de locura.

Aquella interminable sabana de arena le parecía un inmenso estanque de limpias y cristalinas aguas, y más de una vez se puso de bruces en la inflamada arena para beber, y se levantó con la boca llena de polvo.

—¡Maldición! —dijo con cólera—. ¡Es agua salada!

Entonces, mientras Fergusson y Kennedy permanecían tendidos sin movimiento, se apoderó de él el invencible pensamiento de apurar las pocas gotas de agua que había reservadas. Este pensamiento fue más fuerte que él; se dirigió, arrastrándose, a la barquilla, contempló con sedientos ojos la botella en que estaba el agua, la cogió y la llevó a sus labios.

En aquel momento, estas palabras, «¡A beber! ¡A beber!», fueron pronunciadas con un acento que desgarraba el alma.

Era el acento de Kennedy, que se arrastraba junto a él; el desgraciado daba compasión, pedía de rodillas, lloraba.

Joe, llorando también, le presentó la botella, y Kennedy apuró el agua que contenía hasta la última gota.

—Gracias —dijo.

Pero Joe no le oyó, y lo mismo que él, volvió a caer sobre la arena.

Se ignora lo que pasó durante aquella espantosa noche. Pero el martes por la mañana, bajo los chorros de fuego que derramaba el sol, los desgraciados sintieron poco a poco secarse sus miembros. Cuando Joe quiso levantarse, no le fue posible, y no pudo poner en ejecución su proyecto.

Volvió los ojos en torno suyo. En la barquilla, el doctor, abrumado, con los brazos cruzados, miraba en el espacio un punto imaginario con una fijeza de idiota. Kennedy estaba espantoso; meneaba la cabeza de derecha a izquierda como una fiera enjaulada.

De repente, las miradas del cazador se dirigieron a su carabina, cuya culata sobresalía del borde de la barquilla.

—¡Ah! —exclamó levantándose con un esfuerzo sobrehumano.

Y se precipitó hacia el arma, extraviado, loco, y se puso el cañón en la boca.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó Joe arrojándose a él.

—¡Déjame! ¡Quítate! —dijo el escocés con voz estentórea.

Los dos lucharon con encarnizamiento.

—Quítate o te mato —replicó Kennedy.

Pero Joe se asía a él con fuerza, y así combatieron durante más de un minuto, sin que el doctor pareciese reparar en nada; pero durante la lucha salió el tiro de la carabina, y al ruido de la detonación el doctor se levantó como un espectro y miró en torno suyo.

Pero de pronto se animó su mirada, su mano se extendió hacia el horizonte, y con una voz que nada tenía de humano, exclamó:

—¡Allá! ¡Allá! ¡Allá abajo!

Había una energía tal en su gesto, que Joe y Kennedy se separaron y miraron.

La llanura se agitaba como un mar encrespado por la tempestad; olas de arena se estrellaban unas contra otras en medio de un polvo intenso; una inmensa columna venía del Sudeste arremolinándose con una rapidez suma; el sol desaparecía detrás de una nube opaca cuya sombra desmedida se prolongaba hasta el *Victoria*; los granos de fina arena se deslizaban con la facilidad de las moléculas líquidas, y aquella marea subió poco a poco.

Una enérgica mirada de esperanza brilló en los ojos de Fergusson.

—¡El simún! —exclamó.

—¡El simún! —repitió Joe, sin comprender muy claramente lo que el doctor quería decir.

—¡Tanto mejor! —exclamó Kennedy con una rabia desesperada—. ¡Tanto mejor, vamos a morir!

—¡Tanto mejor! —replicó el doctor—. ¡Vamos a vivir!

Y empezó a echar la arena que servía de lastre a la barquilla.

Sus compañeros le comprendieron al fin, se acercaron a él, y se sentaron a su lado.

—¡Y ahora, Joe —dijo el doctor—, echa fuera unas cincuenta libras de tu mineral!

Joe no vaciló, y, sin embargo, no dejó de experimentar cierta repugnancia. El globo se elevó.

—Ya era tiempo —exclamó el doctor.

El simún llegaba, en efecto, con la rapidez del rayo. A poco más, el *Victoria* quedaba aplastado, despedazado. El inmenso torbellino estuvo próximo a alcanzarle, y lo pudo sepultar bajo una lluvia de arena.

—¡Más lastre fuera! —gritó el doctor a Joe.

—¡Fuera está! —respondió este último arrojando un enorme fragmento de cuarzo.

El *Victoria* subió rápidamente encima del torbellino, pero, envuelto en la inmensa agitación del aire, fue arrastrado con una velocidad incalculable encima de aquel mar espumoso.

Samuel, Dick y Joe no hablaban. Miraban, esperaban, oreados agradablemente por el viento del torbellino.

A las tres cesaba la tormenta; la arena, volviendo a caer, formaba un número inmenso de montecillos, y el cielo recobraba su tranquilidad primera.

El *Victoria*, que se quedó inmóvil, se cernía a la vista de un oasis, de una isla cubierta de árboles verdes que sobresalía de la superficie de aquel océano.

—¡Allí! ¡Allí está el agua! —exclamó el doctor. En seguida, abriendo la válvula superior, dejó escapar el hidrógeno y bajó lentamente a doscientos pasos del oasis.

Los viajeros habían salvado en cuatro horas un espacio de 240 millas.

La barquilla quedó al momento equilibrada, y Kennedy, seguido de Joe, saltó a tierra.

—¡Vuestros fusiles! —exclamó el doctor—. ¡Vuestros fusiles, y sed prudentes!

Dick cogió su carabina y Joe una de las escopetas. Avanzaron rápidamente hasta los árboles y penetraron bajo aquella fresca verdura que les anunciaba manantiales abundantes, sin hacer caso de algunas anchas pisadas, de algunas huellas frescas marcadas a trechos en la tierra húmeda.

De repente, a veinte pasos de distancia, retumbó un rugido.

—¡El rugido de un león! —dijo Joe.

—¡Tanto mejor! —repitió el cazador, exasperado—. Uno es fuerte cuando no se trata más que de batirse.

—¡Prudencia, señor Dick, prudencia! De la vida de uno depende la de todos.

Pero Kennedy no le oía. Avanzaba, con los ojos echando llamas, con

la carabina amartillada, terrible en su audacia. Debajo de una palmera, un enorme león de negra melena guardaba una actitud de ataque. Apenas distinguió al cazador, dio un salto hacia él; pero no había llegado aún a tierra cuando una bala le atravesó el corazón, cayó muerto.



—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamó Joe.

Kennedy se precipitó hacia el pozo, se deslizó por los húmedos peldaños, y se colocó delante de un fresco manantial, donde sumergió sus labios ávidamente. Joe le imitó y no se oyó más que la especie de castañeteo que producen con la lengua los animales que están bebiendo.

—¡Cuidado, señor Dick! —dijo Joe respirando—. ¡No abusemos!

Pero Dick, sin responder, seguía bebiendo. Sumergió la cabeza y las manos en aquella agua bienhechora. Se embriagaba.

—¿Y el señor Fergusson? —dijo Joe.

El nombre del doctor hizo volver en sí a Kennedy, el cual entonces llenó una botella que llevaba a prevención y subió los peldaños del pozo.

Pero cuál no sería su asombro al encontrarse cerrada por un enorme cuerpo opaco la salida de la gruta.

Retrocedió, y lo mismo hizo Joe que lo seguía. —¡Estamos encerrados!

—¿Quién nos iba a haber encerrado? ¡Esto es imposible!

Antes de concluir la frase, un rugido terrible le dio a entender con qué nuevo enemigo tenía que habérselas.

—¡Otro león! —exclamó Joe.

—¡No, una leona! ¡Ah! ¡Maldito animal! Aguarda —dijo el cazador volviendo a cargar su carabina.

Un instante después hizo fuego, y el animal desapareció.

—¡Adelante! —exclamó Kennedy.

—No, señor Dick, no. La leona está viva; si la hubieseis muerto, su cuerpo hubiera rodado hasta aquí. ¡Está en acecho, para saltar sobre el primero que vea aparecer, y éste está perdido!

—¿Qué hacer, pues? ¡Es preciso salir! ¡Samuel nos está esperando!

—Atraigamos al animal; coged mi escopeta, y dadme vuestra carabina.

—¿Cuál es tu proyecto?

—Vais a verlo.

Joe se quitó la blusa que llevaba, y, poniéndola en la punta del

cañón, la presentó como cebo a la leona que estaba encima de la abertura. La fiera se arrojó con furor contra aquel objeto, y Kennedy, que la aguardaba muy preparado, la despaldilló de un balazo. Dio la leona un espantoso rugido, y cayó rodando la escalera. Al caer derribó a Joe. Éste creía ya sentir en su cuerpo las enormes garras del animal cuando se oyó un segundo tiro, y apareció el doctor Fergusson llevando en la mano el fusil, que humeaba todavía.

Joe se levantó con ligereza, saltó por encima de la leona ya rematada y entregó a su amo la botella llena de agua.

Llevarla a sus labios y vaciarla casi por completo fue para Fergusson todo una misma cosa, y después los tres viajeros, desde el fondo de su corazón, dieron gracias a la Providencia que tan milagrosamente les había salvado.

XXVIII

NOCHE DELICIOSA — LA COCINA DE JOE — DISERTACIÓN SOBRE LA
CARNE CRUDA — HISTORIA DE JAMES BRUCE — LOS SUEÑOS
DE JOE — EL BARÓMETRO BAJA — EL TERMÓMETRO SUBE —
PREPARATIVOS DE MARCHA — EL HURACÁN

La noche fue encantadora y se pasó bajo las frescas sombras de las mimosas, después de una confortante cena, en la que no se economizaron el té y el grog.

Kennedy había recorrido aquel pequeño dominio en todas direcciones, sin que dejase por registrar matorral alguno. Los viajeros eran los únicos seres animados de aquel paraíso terrenal; se echaron sobre sus mantas, y pasaron una noche pacífica que les hizo olvidar sus pasados dolores.

Al día siguiente, 7 de mayo, brillaba el sol con todo su esplendor, pero sus rayos no podían atravesar la densa cortina de sombra. Como había abundancia de víveres, el doctor resolvió aguardar en aquel punto un viento favorable.

Allí había trasladado Joe su cocina portátil, y se entregaba a una multitud de combinaciones culinarias, gastando el agua con una prodigalidad desconocida.

—¡Qué extraña sucesión de penas y placeres! —exclamó Kennedy—. ¡Tanta abundancia después de tanta privación! ¡Tanto lujo después de tanta miseria! ¡Cuán cerca estuve de volverme loco!

—Amigo Dick —le dijo el doctor—, de no ser por Joe, no estarías ahora en actitud de disertar sobre la inestabilidad de las cosas humanas.

—¡Buen amigo! —exclamó Dick, tendiendo la mano a Joe.

—Nada tenéis que agradecerme —respondió éste—. Si el caso llega, señor Dick, vos haréis conmigo otro tanto, aunque prefiero que no se os presente ocasión de desquitaros.

—¡Cuán pobre es nuestra naturaleza! —repuso Fergusson—.

¡Dejarse abatir por tan poca cosa!

—¡Por un poco de agua, señor! ¡Fuerza es que sea el agua un elemento bien necesario a la vida!

—Sin duda, Joe; y los que están privados de comer, resisten mucho más tiempo que los que están privados de beber.

—Yo lo creo. Además, en caso necesario se come lo que se encuentra, aunque sea a un semejante, lo que, sin embargo, constituye una comida que debe dejar no sé qué en el corazón.

—Es una comida, sin embargo —dijo Kennedy—, a la que los salvajes no hacen ningún asco.

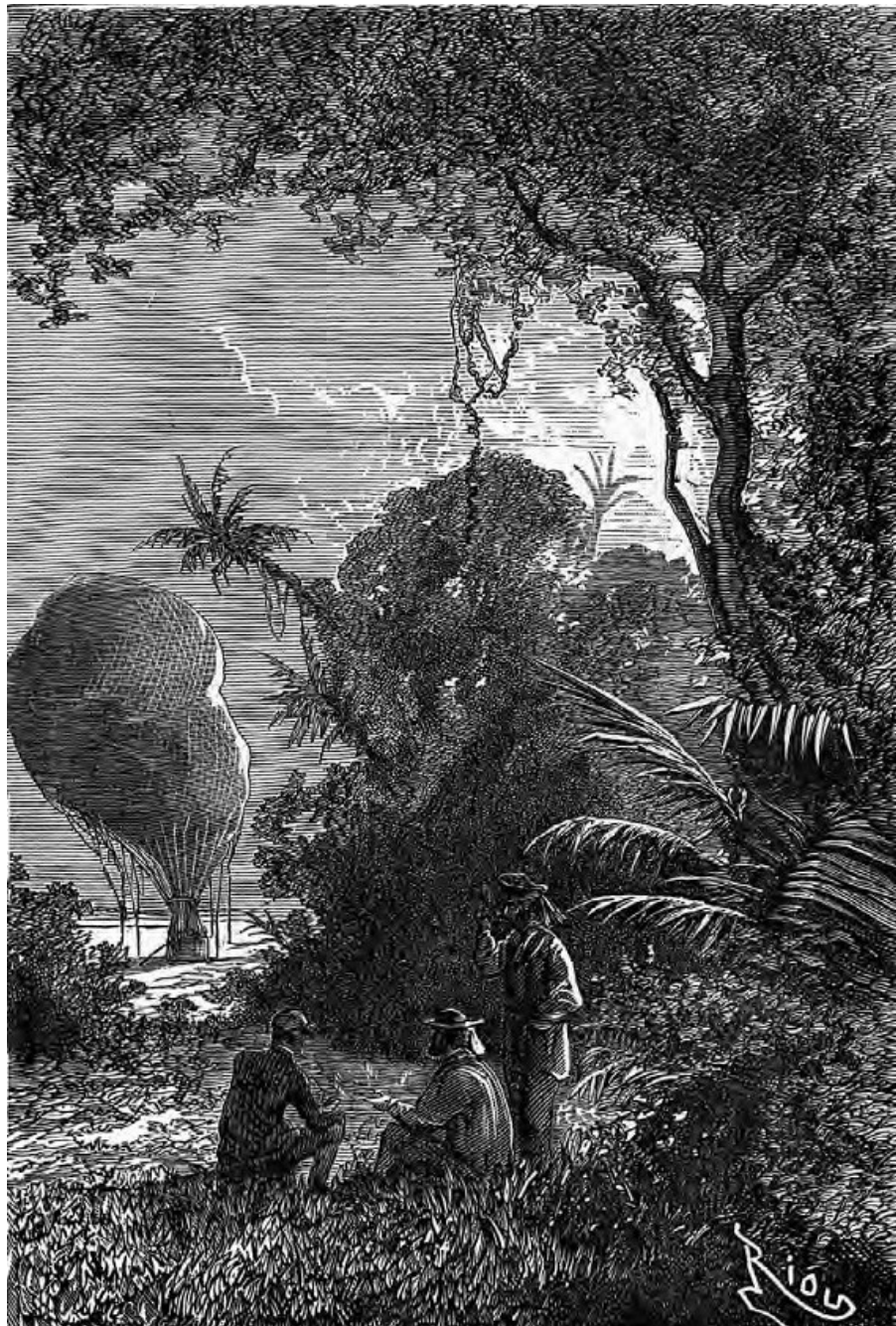
—Sí, pero los salvajes son salvajes, y están acostumbrados a comer carne cruda. He aquí una costumbre que me repugnaría.

—Tan repugnante es, en efecto —repuso el doctor—, que nadie dio crédito a las relaciones de los primeros viajeros de África, los cuales refirieron que muchas tribus se alimentan de carne cruda. La generalidad negó el hecho, lo que dio origen a una singular aventura de James Bruce.

—Contádnosla, señor, ya que tenemos tiempo para escucharos —dijo Joe, repantigándose voluptuosamente sobre la fresca hierba.

—Con mucho gusto. James Bruce era un escocés del condado de Sterling, el cual, desde 1768 hasta 1772, recorrió toda la Abisinia hasta el lago Tana, en busca de las fuentes del Nilo. Regresó después a Inglaterra, donde no publicó sus viajes hasta 1790. Sus narraciones fueron acogidas con la mayor incredulidad, como sin duda alguna serán acogidas las nuestras. Las costumbres de los abisinios parecían tan diferentes de los usos y hábitos ingleses, que nadie dejó de tomarlas por una fábula. Entre otros pormenores, James Bruce había dicho que los pueblos del África oriental comen carne cruda. Este hecho hizo que todo el mundo se declarase contra el viajero. ¡Puede decir lo que se le ocurra! ¡Nadie ha de ir a verlo! Bruce era un hombre de —mucho valor y de un genio de demonios. Las dudas le ponían de un humor de perros. Un día, en un salón de Edimburgo, un escocés desenvolvió delante de él el tema de las chanzas diarias, y al hablar de la carne cruda declaró que no era cierto ni posible que nadie la comiera. Bruce guardó silencio. Salió y volvió a los pocos instantes

con una magra cruda, espolvoreada con sal y pimienta, según la costumbre africana. «Caballero —dijo el escocés—, en el mero hecho de dudar de una cosa que yo he asegurado, me habéis inferido una gran ofensa. Creyéndola imposible, habéis incurrido en error, y para probároslo, os vais a comer inmediatamente esta magra cruda o vais a darme satisfacción de vuestras injurias.» El escocés tuvo miedo, y obedeció haciendo mil gestos. Entonces, con la mayor sangre fría, James Bruce añadió: «Aun admitiendo, caballero, que la cosa no sea cierta, no sostendréis en lo sucesivo que sea imposible.»



La siesta en el oasis.

—Bien contestado —dijo Joe—. Si el escocés cogió una indigestión, bien merecida la tuvo. Y si al regresar a Inglaterra hay quien ponga nuestro viaje en duda...

—¿Qué harás, Joe?

—¡Haré comer a los incrédulos los restos del *Victoria*, sin sal y sin pimienta!

Y Kennedy y el doctor se rieron de los expedientes de Joe. Así pasó el día en agradables conversaciones. Con la fuerza volvía la esperanza, y, con la esperanza, la audacia. El pasado se borraba delante del porvenir con una rapidez providencial.

Joe no hubiera querido salir nunca de aquel sitio encantador, que era el reino de sus sueños. Estaba en él como en su casa. Se empeñó en que su amo le había de dar la situación exacta del oasis, y con mucha gravedad escribió entre sus apuntes de viaje: 15° 43' de longitud y 8° 32' de latitud.

Kennedy no sentía más que una cosa, no poder cazar en aquel bosque en miniatura, por no haber, según él decía, abundancia de fieras.

—Sin embargo, amigo Dick —repuso el doctor—, eres demasiado olvidadizo. ¿Y el león y la leona?

—¿Y qué? —dijo con el desdén que inspiró al verdadero cazador la caza ya muerta—. Pero el hecho es que su presencia en este oasis nos permite suponer que no estamos muy lejos de comarcas muy fértiles.

—No es suficiente prueba, Dick. Semejantes animales, acosados por el hambre o la sed, salvan con frecuencia distancias considerables. Así es que durante la noche haremos perfectamente en ejercer más vigilancia y levantar hogueras.

—¡Hogueras con esta temperatura! —exclamó Joe—. En fin, si es necesario, se levantarán. Pero, digo la verdad, me causará un verdadero sentimiento la destrucción de este hermoso bosque, que tan útil nos ha sido.

—Procuraremos no incendiarlo —respondió el doctor—, a fin de que otros puedan hallar en él un refugio en medio del desierto.

—Lo procuraremos, señor; pero ¿se os figura que este oasis es conocido?

—Sin duda, es un lugar de alto para las caravanas que frecuentan el centro de África, y su vista podría no gustarle, Joe.

—¿Habrá también aquí de esos horribles nyamnyam?

—Tal creo. Éste es el nombre general de todas estas poblaciones, y bajo el mismo clima, las mismas razas deben de tener costumbres análogas.

—¡Qué asco! —dijo Joe—. Pero, si bien se mira, la cosa es muy natural. Si los salvajes tuviesen los mismos gustos que los civilizados, ¿en qué se diferenciarían unos de otros? Lle aquí unos personajes que no se hubieran hecho de rogar para zamparse la sangre del escocés y al escocés mismo por añadidura.

Después de esta reflexión muy sensata, Joe fue a levantar sus hogueras para la noche, procurando escatimar la leña todo lo posible. Afortunadamente, las precauciones fueron inútiles y. sucesivamente fueron cogiendo todos un tranquilo sueño.

Al día siguiente, el barómetro no sufrió alteración alguna, y se mantuvo el buen tiempo. El globo permaneció inmóvil, sin que la más insignificante oscilación revelase el menor soplo de viento.

El doctor empezó de nuevo a inquietarse. Si el viaje tenía que prolongarse, los víveres serían insuficientes. Después de haber estado próximos a sucumbir por falta de agua, ¿se verían reducidos a morir de hambre?

Pero cobró ánimo al ver que el mercurio bajaba muy sensiblemente en el barómetro. Había señales evidentes de una próxima variación atmosférica. Resolvió, por tanto, hacer sus preparativos de marcha para aprovechar la primera ocasión, y la caja de alimentación y la de agua se llenaron completamente.

Fergusson tuvo que restablecer en seguida el equilibrio del aeróstato y Joe se vio obligado a sacrificar una notable parte de su precioso mineral. Con la salud le volvieron las ideas de ambición, y puso muy mala cara antes de obedecer a su amo; pero éste le manifestó que no podía levantar un peso tan considerable, y le dio a fescoger entre el agua y el oro. Joe no vaciló, y echó a la arena un considerable número de sus preciosos pedruscos.

—Los que vengan en pos de nosotros —dijo— quedarán muy asombrados al hallar la fortuna en este sitio.

—¿Y si algún sabio viajero —preguntó Kennedy— encuentra esos ejemplares?

—No dudes, amigo Dick, que le sorprenderán en gran manera y publicará su sorpresa en muchos volúmenes. Algún día oiremos hablar de un maravilloso criadero de cuarzo aurífero en medio de las arenas de África.

—Y la causa de todo será Joe.

La idea de engañar tal vez a algún sabio consoló al buen criado y le hizo sonreír.

Durante el resto del día el doctor aguardó en vano una variación en la atmósfera. La temperatura subió, y hubiera sido insoportable sin las sombras del oasis. El termómetro marcó al sol 149° ³³. Una verdadera lluvia de fuego atravesaba el aire. Fue el día de más calor observado hasta entonces.

Joe dispuso las hogueras lo mismo que en la noche anterior, y, durante la guardia del doctor y de Kennedy, no sobrevino ningún nuevo incidente.

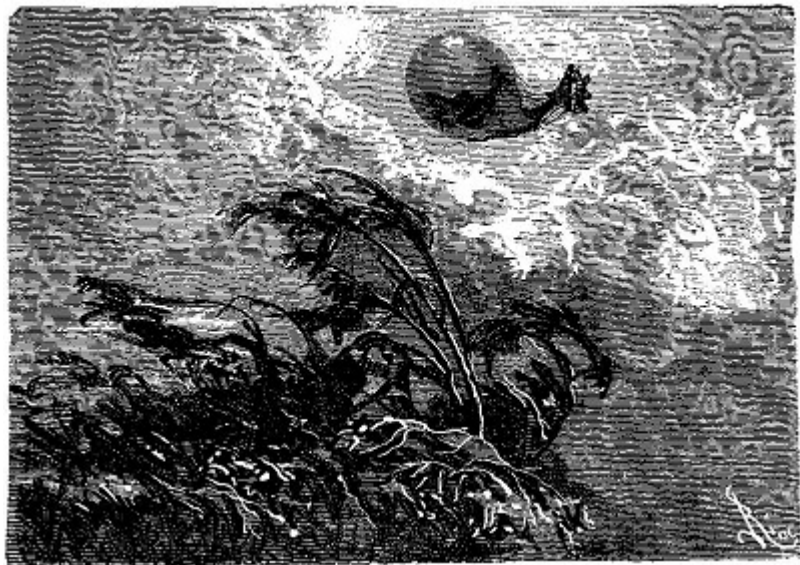
Pero, a cosa de las tres de la mañana, Joe, que era el encargado de la vigilancia, notó que bajaba la temperatura, que el cielo se cubría de nubes y que la oscuridad aumentaba.

—¡Alerta! —exclamó, despertando a sus compañeros—. ¡Alerta! ¡Se levanta viento!

—¡Es una tempestad! —dijo el doctor contemplando el cielo—. ¡Al *Victoria*! ¡Al *Victoria*!

Tuvieron que darse prisa. El *Victoria* se encorbaba bajo el esfuerzo del huracán y arrastraba la barquilla, que iba surcando la arena. Si por una casualidad hubiera caído una parte del lastre, el globo hubiera partido, y la esperanza de volverlo a encontrar se hubiese perdido para siempre.

Pero Joe, corriendo más que un galgo, detuvo la barquilla, en tanto que el aeróstato se echó sobre la arena con peligro de romperse. El doctor ocupó su sitio, encendió el soplete y arrojó el exceso de peso.



Los viajeros miraron por última vez los árboles del oasis, que doblaba la tempestad, y luego, cogiendo el viento del este a 20 pies de elevación, desaparecieron en medio de la noche.

XXIX

SÍNTOMAS DE VEGETACIÓN — IDEA FANTÁSTICA DE UN AUTOR
FRANCÉS — PAÍS MAGNÍFICO — EL REINO DE ADAMAUA — LAS EXPLORACIONES
DE SPEKE Y BURTON ENLAZADAS CON LAS
DE BARTH — LOS MONTES ALANTIKA — EL RÍO BENUÉ — LA CIUDAD DE YOLA
— EL BAGELÉ — EL MONTE MENDIF

Desde que empezaron a andar, los viajeros avanzaron con una rapidez suma, como si les faltase tiempo para abandonar aquel desierto que tan funesto pudo serles.

A cosa de las nueve y cuarto de la mañana, se entrevieron algunos sistemas de vegetación, algunas hierbas se notaban en aquel mar de arena, anunciándoles, como a Cristóbal Colón, la proximidad de la tierra. Verdes vástagos brotaban tímidamente entre pedruscos que iban a su vez a convertirse en rocas de aquel océano.

Ondeaban en el horizonte colinas aún poco elevadas, cuyo perfil, esfumado por la bruma, se dibujaba vagamente, y desaparecía la monotonía.

El doctor saludaba con entusiasmo aquella nueva comarca, y, como un vigía en el tope de un buque, estaba próximo a gritar:

—¡Tierra, tierra!

Una hora después, el continente se ofrecía a sus ojos con un aspecto aún salvaje, pero menos llano, menos desnudo y con algunos árboles que se perfilaban en el cielo ceniciento.

—¿Nos hallamos, pues, en país civilizado? —dijo el cazador.

—Según lo que entendáis por civilizado, señor Dick; por ahora no veo habitantes.

—Al paso que llevamos —respondió Fergusson— no tardaremos en verlos.

—¿Nos hallamos aún en tierra de negros, señor Samuel?

—Sí, Joe, mientras no lleguemos al país de los árabes.

—¿Árabes, señor? ¿Verdaderos árabes con sus camellos?

—No, sin camellos. Los camellos son raros, por no decir desconocidos, en estas comarcas. Para encontrarlos, es preciso remontarse a algunos grados al norte.

—Lo siento.

—¿Por qué, Joe?

—Porque, si tuviésemos viento contrario, los camellos podrían sernos útiles.

—¿Cómo?

—Es una idea que se me ocurre, señor. Se los podría enganchar a la barquilla y hacerla remolcar por ellos. ¿Qué os parece?

—No eres tú el primero, Joe, a quien se le ha ocurrido la misma idea. Ha sido explotada, aunque es verdad que ha sido en una novela, por un autor francés muy ingenioso³⁴. Algunos viajeros que han subido en globo, se hacen arrastrar por camellos, a quienes devora un león, y él se coloca en su puesto y arrastra a su vez, y así sucesivamente. Ya ves que todo eso no es más que pura fantasía, y nada tiene de común con nuestro género de locomoción.

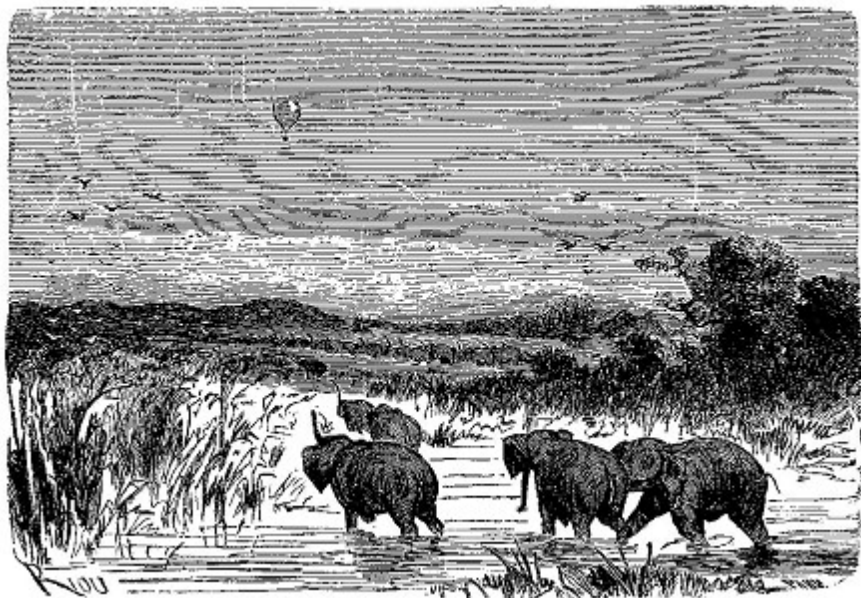
Joe, algo humillado al pensar que su idea había ya servido, se estuvo devanando los sesos para averiguar qué animal pudo devorar al león, y, no encontrándolo, se dedicó a examinar el país.

Bajo sus miradas se extendía un lago de regular dimensión, con un anfiteatro de colinas que no tenían aún el derecho de llamarse montañas. Allí serpenteaban valles numerosos y fecundos e intrincadas selvas de árboles de los más variados, siendo el palmito el que dominaba, con sus hojas de 15 pies de longitud y sus tallos erizados de agudas espinas. Los perfumes activos del pendano oloroso, el *kenda* de los árabes, embalsamaban los aires hasta la zona que atravesaba el *Victoria*, y el quesero de Bonoporo, que al pasar el viento cargaba sus alas del fino plumón de sus semillas, y el papagayo de hojas palmeadas y el eserculio de aguijones, que produce la nuez de *furé* o café del Sudán, y el baobab y los bananos completaban aquella lujuriosa flora de las regiones intertropicales.

—El país es soberbio —dijo el doctor.

—También tiene animales —dijo Joe—. No estarán lejos los hombres.

—¡Magníficos elefantes! —exclamó Kennedy—. ¿No habría medio de cazar un poco?



—¿Cómo quieres que nos detengamos, amigo Dick, con una corriente tan violenta? Sufre un poco el suplicio de Tántalo. Ya te desquitarás más adelante.

Motivos había, en efecto, para excitar la imaginación de un cazador, y así es que el corazón de Dick palpitaba con fuerza y sus dedos se crispaban en la garganta de su «Purday»³⁵.

La fauna de aquel país no vale menos que su flora. El toro salvaje se revolcaba en una hierba espesa bajo la cual desaparecía enteramente. Elefantes de la mayor talla, grises, negros o amarillos, pasaban como un tifón tempestuoso por los poblados bosques, rompiendo, royendo, saqueando, dejando en pos de sí la huella de su devastación y depredaciones. En la verde vertiente de las colinas, cascadas y arroyos filtraban sus límpidas aguas, formando espaciosos charcos donde los hipopótamos se bañaban con mucho estrépito, y manatíes de 12 pies de longitud y de cuerpo pisciforme se exhibían en las orillas, dirigiendo al cielo sus redondos pechos henchidos de leche.

Aquella comarca era un gabinete zoológico en un maravilloso jardín botánico, donde innumerables pájaros de mil colores brillaban entre

las plantas arborescentes.

Por aquella prodigalidad de la Naturaleza, el doctor reconoció el soberbio reino de Adamaua.

—Seguimos las huellas —dijo— de los descubrimientos modernos. He cogido el rastro interrumpido de los viajeros, lo que es, amigos míos, una fatalidad feliz. Vamos a poder enlazar los trabajos de los capitanes Burton y Speke con las exploraciones del doctor Barth. Hemos dejado a los viajeros ingleses para encontrar un hamburgués, y no tardaremos en llegar al punto extremo alcanzado por este atrevido sabio.

—Me parece —dijo Kennedy—, a juzgar por el espacio que hemos recorrido, que entre las dos exploraciones hay una extensión de país muy considerable.

—Es cosa fácil de calcular; toma la carta y mira cuál es la longitud de la punta meridional del lago Ukereue, alcanzado por Speke.

—Se encuentra aproximadamente en el 37º —dijo Kennedy.

—Y la ciudad de Yola, cuya situación fijaremos esta noche, a que llegó Barth, ¿a cuántos grados se encuentra?

—A unos 12º de longitud.

—Son, pues, veinticinco grados, que, a 60 millas cada uno, suman 1.500 millas.

—Un paseíto regular —dijo Joe—, para andarlo a pie.

—Se dará, sin embargo, este paseo. Livingstone y Moffat suben incesantemente hacia el interior; el Uyasa, que ellos han descubierto, no está muy lejos del lago Tanganika, reconocido por Burton, y antes que concluya el siglo presente, estas comarcas inmensas serán indudablemente exploradas. Pero —añadió el doctor consultando su brújula— siento que el viento nos eche tan al oeste, pues yo hubiera querido remontar hacia el norte.

Después de doce horas de marcha, el *Victoria* se encontró en los confines de la Nigricia. Los primeros habitantes de aquella tierra, árabes chouas, apacentaban sus rebaños nómadas. Las inmensas cumbres de los montes Alantika pasaban por encima del horizonte. Sus montañas, que hasta ahora no ha pisado ningún pie europeo, tienen una altura que se calcula en 1.000 toesas. Su pendiente

occidental determina el curso de todas las aguas de aquella parte del África hacia el océano; son las montañas de la Luna de aquella región.

A la vista de los viajeros apareció, al fin, un verdadero río, y por los inmensos hormigueros que le rodeaban, el doctor reconoció el Benué, uno de los grandes afluentes del Níger, llamado por los indígenas el «Nacimiento de las aguas».

—Este río —dijo el doctor a sus compañeros— será con el tiempo la vía natural de comunicación con el interior de la Nigricia. El vapor *Pléyade*, al mando de uno de nuestros bravos capitanes, ha subido ya hasta la ciudad de Yola, y delante de él, a lo lejos, se levantaban los dos conos agudos del monte Mendif.

El doctor mandó echar las áncoras, que se engancharon en la copa de un árbol elevado. Pero un viento muy recio azotaba al *Victoria* hasta el punto de echarlo horizontalmente, y volvía algunas veces la posición de la barquilla sumamente peligrosa. Fergusson no cerró los ojos en toda la noche, y con frecuencia estuvo a punto de cortar el cable y huir delante de la tormenta. Por último, se calmó la tempestad, y las oscilaciones del aeróstato ya nada tuvieron de alarmante.

Al día siguiente, el viento fue más moderado, pero alejaba a los viajeros de la ciudad de Yola, la cual, reconstruida por los fellahas, excitaba la curiosidad de Fergusson; pero fue preciso elevarse hacia el norte y hasta un poco al este.

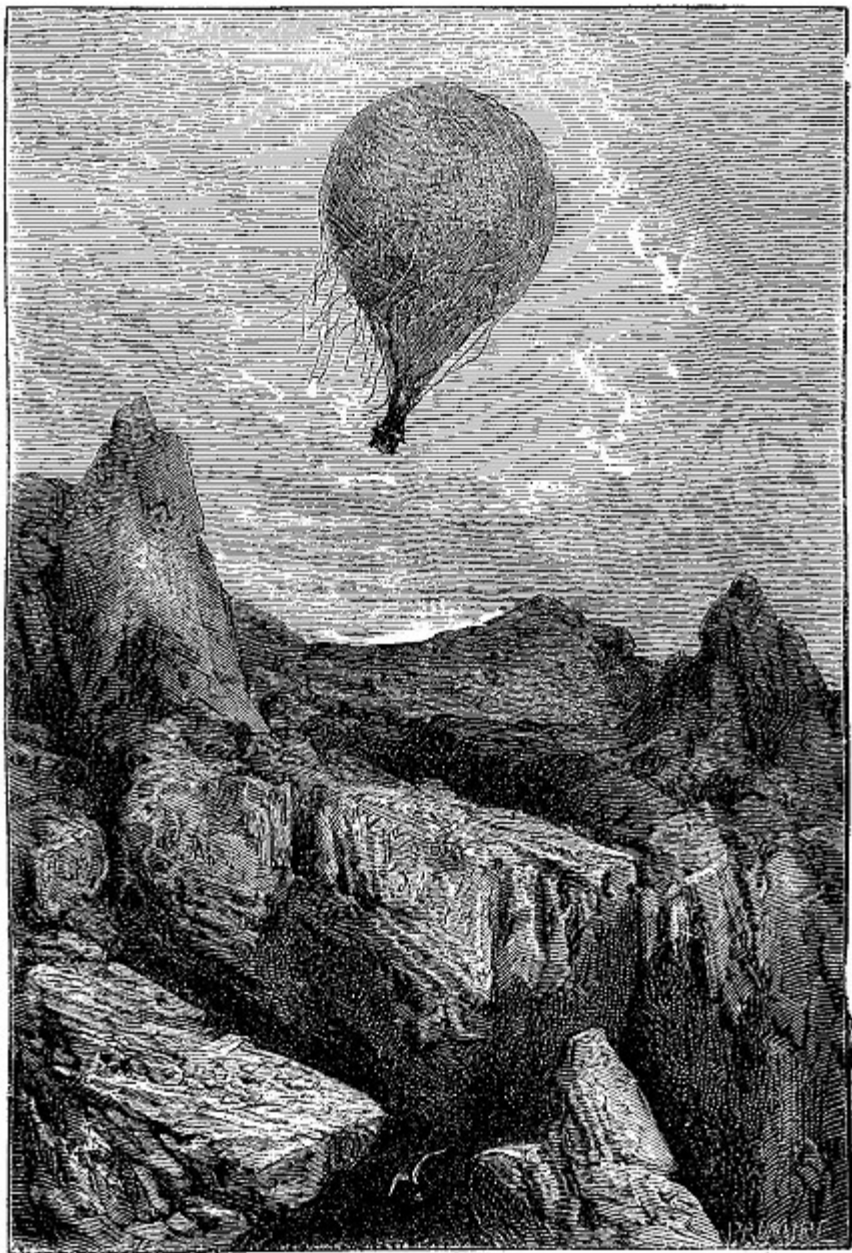
Kennedy propuso hacer un alto en aquel país de caza. Joe pretendía que la necesidad de carne fresca se dejaba sentir; pero las costumbres salvajes de aquel país, la actitud de la población, algunos tiros dirigidos al *Victoria*, obligaron al doctor a proseguir su viaje. Se atravesaba entonces una comarca, teatro de maniobras y de incendios, en que las escenas belicosas son incesantes y los sultanes se juegan un reino en medio de la más atroz carnicería.

Muchas y muy populosas aldeas se extendían entre inmensos prados, cuya hierba espesa estaba sembrada de violetas, y las chozas, semejantes a gigantescas colmenas, se abrigan detrás de espinosos setos. Kennedy hizo notar muchas veces que las vertientes agrestes de las colinas recordaban *los glen* de las altas tierras de Escocia.

No obstante todos sus esfuerzos para seguir otro rumbo, el doctor iba derecho al norte, hacia el monte Mendif, que desaparecía en medio de las nubes. Las erguidas cumbres de aquellas montañas separaban la cuenca del Níger de la cuenca del lago Chad.

Apareció luego el Bagelé, con sus dieciocho aldeas en torno suyo, a la manera de una multitud de niños alrededor de su madre. El espectáculo era magnífico para las miradas, que dominaban y abarcaban todo el conjunto. Las laderas estaban totalmente cubiertas de arrozales y de alfónsigos.

A las tres, el *Victoria* se hallaba delante del monte Mendif. No habiéndolo podido evitar, era menester traspasarlo. El doctor, aumentando 180 grados la temperatura³⁶, dio al globo una fuerza ascensional de cerca de 1.600 libras y se elevó a más de 8.000 pies. Ésta fue la mayor elevación obtenida durante todo el viaje, y de tal modo bajó la temperatura, que el doctor y sus compañeros tuvieron que recurrir a sus mantas.



El cráter del monte Mendif.

Fergusson se dio prisa en bajar, porque el envoltorio del aeróstato amenazaba romperse. Tuvo, sin embargo, suficiente tiempo para comprobar el origen volcánico de la montaña; cuyos cráteres apagados no son más que profundos abismos. Grandes aglomeraciones de

excrementos de aves, daban a las lomas del Mendif la apariencia de rocas calizas, bastando aquellas aglomeraciones para abonar las tierras de todo el Reino Unido.

A las cinco, el *Victoria*, abrigado de los vientos del sur, seguía con lentitud las pendientes de la montaña y se detenía en un inmenso raso separado de toda habitación. Apenas llegó a tierra, se tomaron las debidas precauciones para sujetarlo, y Kennedy, armado de su escopeta, se dirigió hacia la llanura inclinada. No tardó en volver con media docena de ánades y una especie de chocha que Joe condimentó lo mejor que pudo. La cena fue agradable y la noche se pasó en un profundo reposo.

XXX

MOSFEYA — EL JEQUE — DENHAM — CLEPPERTON —
OUDNEY — VOGEL — LA CAPITAL DE LOGGUM —
TOOLE — CALMA SOBRE KERNAK — EL GOBERNADOR Y SU CORTE — EL ATAQUE
— LAS PALOMAS INCENDIARIAS

Al día siguiente, 11 de mayo, el *Victoria* volvió a tomar su rumbo aventurero. En él tenían los viajeros la confianza de un marino en su experimentado buque.

Huracanes terribles, calores tropicales, ascensiones peligrosas y descensos más peligrosos aún, todo lo había resistido, conduciéndose siempre de manera inmejorable. Pudiéramos decir que Fergusson lo guiaba con un gesto, y así es que, no obstante no conocer el punto definitivo de su llegada, el doctor no dudaba del buen éxito de su viaje. Pero en aquel país de bárbaros y de fanáticos, la prudencia le obligaba a tomar las más severas precauciones, por lo que recomendó a sus compañeros que estuviesen siempre ojo alerta vigilándolo todo a todas las horas.

El viento les echaba hacia el norte, y a cosa de las nueve entrevieron la gran ciudad de Mosfeya, edificada en una eminencia encajonada entre dos altas montañas. Inexpugnable por su posición, no se podía penetrar en ella sino por un camino angosto entre un pantano y un bosque.

En aquel momento, un jeque, acompañado de una escolta a caballo, con un traje, de colores muy chillones, precedido de trompetas y batidores que separaban las ramas del camino, entraba en la ciudad.

El doctor descendió para contemplar de más cerca a aquellos indígenas, pero a medida que el globo iba pareciendo mayor a sus ojos, se fueron multiplicando sus ademanes de profundo terror, y no tardaron en desfilas con toda la velocidad de sus piernas o de la de sus caballos.

El jeque fue el único que permaneció inmóvil. Cogió su largo

mosquete, lo amartilló y aguardó resueltamente. El doctor se acercó a él a menos de 15 pies, y con toda la fuerza de sus pulmones le saludó en árabe. Al oír sus palabras bajadas del cielo, el jeque se apeó, se prosternó sobre el polvo del camino y el doctor no pudo distraerle de su adoración.

—Es imposible —dijo— que esas gentes no nos tomen por seres sobrenaturales, puesto que creyeron de una raza sobrehumana a los primeros europeos que les visitaron. Y cuando este jeque hable de su encuentro con nosotros, no dejará de amplificar el hecho con todos los recursos de una imaginación árabe. Juzgad, pues, lo que las leyendas dirán algún día acerca de nosotros.

—Bajo el punto de vista de la civilización —respondió el cazador—, mejor sería pasar por simples mortales, lo que daría a estos negros una idea mucho más ventajosa del poder europeo.

—Estamos de acuerdo, amigo Dick; pero ¿qué le haremos? Por más que explicase a los sabios del país el mecanismo de un aeróstato, se quedarían en ayunas y admitirían siempre una intervención sobrenatural.

—Señor —preguntó Joe—, habéis hablado de los primeros europeos que han explorado este país, ¿podéis decirnos quiénes fueron?

—Sí, buen muchacho; nos hallamos precisamente en el camino del mayor Denham, que en el mismo Mosfeya fue recibido por el sultán de Mandara. Salió de Bornu, acompañó al jeque a una expedición contra los fellahas, asistió al ataque de la ciudad, que con sus flechas resistió denodadamente a las balas árabes. y obligó a huir a las tropas del jeque. La guerra no era más que un pretexto para los asesinatos, los robos y las razzias. El mayor quedó completamente despojado, desnudo, y se salvó gracias a un caballo bajo el cual se escondió, y luego, montándose en él, pudo huir a todo escape, sin volver nunca más a entrar en Kuka, la capital de Bornu.

—Pero ¿quién era ese mayor Denham?

—Un intrépido inglés que desde 1822 hasta 1824 mandó una expedición en el Bornu, en compañía del capitán Clepperton y del doctor Oudney. Partieron de Trípoli en marzo, llegaron a Murzuk, la capital del Fezzán, y siguiendo el camino que más adelante debía

tomar el doctor Barth para regresar a Europa, llegaron a Kuka, cerca del lago Chad, el 16 de febrero de 1823. Denham hizo varias exploraciones en el Bornu, en el Mandara y en las orillas orientales del lago, durante cuyo tiempo, el 15 de diciembre de 1823, el capitán Clepperton y el doctor Oudney penetraron en el Sudán hasta Sackatu, muriendo Oudney de fatiga y aniquilado Clepperton en la ciudad de Murmur.

—Según veo —dijo Kennedy—, esta parte de África ha pagado también a la Ciencia su correspondiente tributo de víctimas.

—Sí, esta comarca es fatal. Marchamos directamente hacia el reino de Baguirmi, que en 1856 Vogel atravesó para penetrar en Wadai, donde desapareció. Era un joven de veintitrés años, que había sido enviado para cooperar en los trabajos del doctor Barth; se encontraron los dos el 1 de diciembre de 1854; Vogel empezó luego las exploraciones del país, en 1856 anunció en sus últimas cartas su intención de reconocer el reino de Wadai, en el cual no había penetrado aún ningún europeo; parece que llegó hasta Wara, la capital, donde, según unos, cayó prisionero y, según otros, fue condenado a muerte y ejecutado, por haber intentado subir a una montaña sagrada de las inmediaciones. Pero no se debe admitir con ligereza la noticia de la muerte de los viajeros, porque esta ligereza disminuye la actividad de las gestiones que se practican para buscarlos. ¡Cuántas veces ha impresionado de muy mala manera al doctor Barth la noticia de su fallecimiento, que ha circulado hasta oficialmente! Es muy posible que Vogel esté preso por el sultán de Wadai, el cual tal vez exigirá alguna suma para su rescate. El barón de Xeimans se puso en marcha hacia el Wadai, pero murió en El Cairo en 1855. Ahora sabemos que Hueglin, con la expedición enviada de Leipzig, sigue las huellas de Vogel, y es de esperar que pronto conozcamos de una manera positiva el paradero de este joven e interesante viajero³⁷.

Mosfeya había, desde hacía mucho tiempo, desaparecido del horizonte. En Mandara desplegaba bajo las miradas de los aeronautas su asombrosa fertilidad con sus bosques de acacias, sus árboles de rojas flores y las plantas herbáceas de los campos de algodoneros e

indigotos. El Chari, que desagua en el Chad 80 millas más allá, corría impetuosamente.

El doctor hizo seguir a sus compañeros en las cartas de Barth el curso del río.

—Ya veis —dijo— que los trabajos de este sabio son de una precisión suma. Nosotros marchamos en línea recta al distrito de Loggum, y tal vez a su misma capital, Kernak, que es donde murió el pobre Toole, joven inglés de 22 años. Era abanderado en el 80º regimiento, y hacía algunas semanas que se había agregado al mayor Denham en África, donde encontró la muerte. ¡Bien puede llamarse esta inmensa comarca el cementerio de los europeos!

Algunas canoas de 50 pies de longitud descendían el curso del Chari. El *Victoria*, que distaba 1.000 pies de tierra, llamaba poco la atención de los indígenas; pero el viento, que hasta entonces había soplado con bastante fuerza, tendía a disminuir.

—¿Vamos a sufrir otra nueva calma chicha? —dijo el doctor.

—¿Qué nos importa, señor? Ahora no hemos de temer ni la falta de agua ni el desierto.

—No, pero hemos de temer las poblaciones, que son aún peores.

—He aquí —dijo Joe— una cosa que parece una ciudad.

—Es Kernak, adonde nos llevan las últimas bocanadas de viento. Podremos, si nos conviene, sacar un plano con toda exactitud.

—¿No nos acercaremos? —preguntó Kennedy.

—Nada hay más fácil, Dick. Estamos encima de la ciudad. Déjame volver un poco la espita del soplete y no tardaremos en bajar.

Media hora después, el *Victoria* se mantenía inmóvil a 200 pies de tierra.

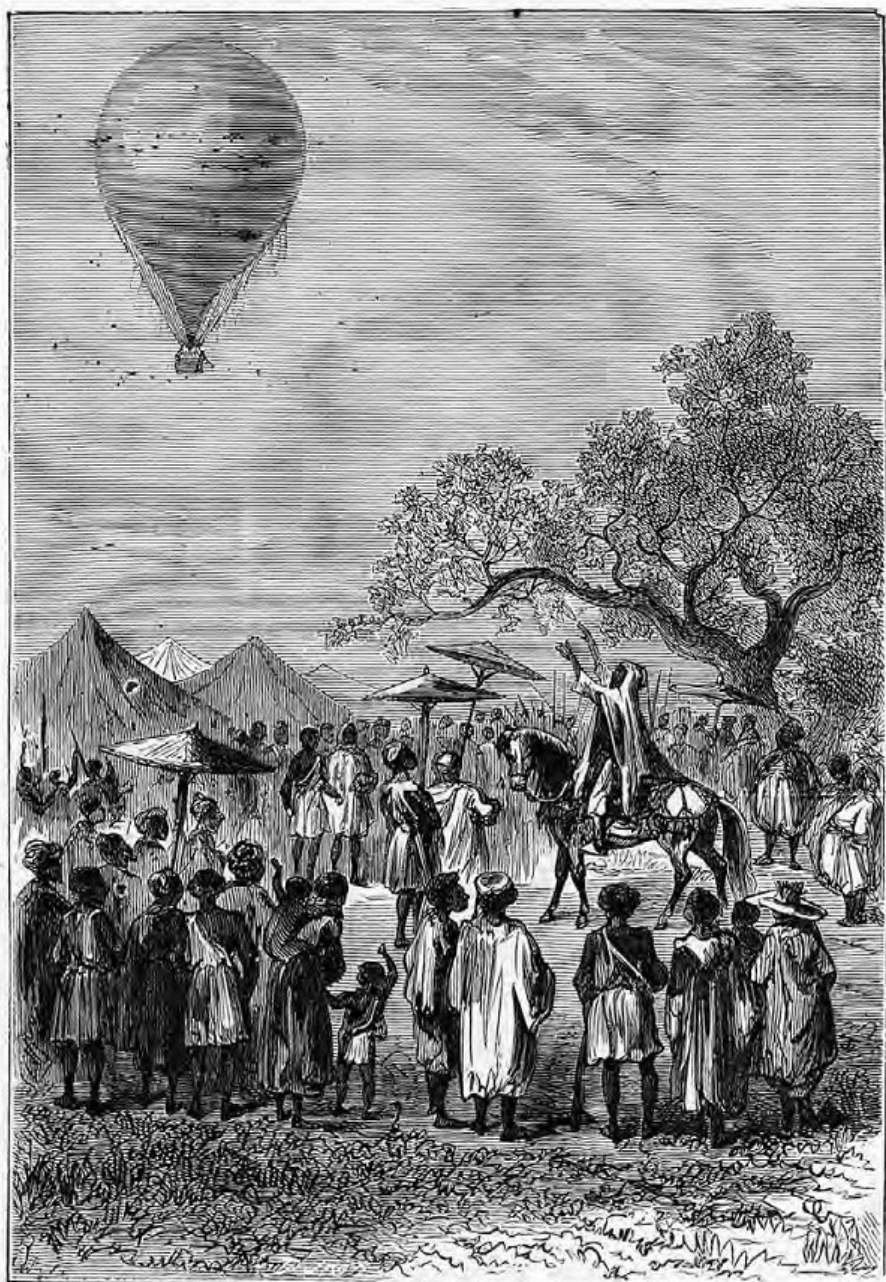
—Más cerca estamos de Kernak —dijo el doctor— que lo estaría de Londres el que se hubiese colocado en la esfera que corona la cúpula de San Pablo. Podemos examinar la ciudad a gusto.

—¿Qué ruido de mazos es ese que se oye por todas partes?

Joe miró con atención, y vio que el ruido era producido por un considerable número de tejedores que golpeaban al aire libre sus telas extendidas sobre gruesos troncos de árbol.

La capital de Loggum se dejaba entonces abarcar toda entera por las

miradas de los viajeros como si fuese un plano. Era una verdadera ciudad, con casas alineadas y calles bastante anchas. En medio de una gran plaza había un mercado de esclavos y mucha afluencia de chalanes, pues los esclavos mandarenses, cuyas manos y pies son sumamente pequeños, son muy buscados y se colocan ventajosamente.



A la vista del *Victoria* se produjo el efecto de costumbre. Primero gritos y después un profundo asombro. Se abandonaron los negocios, se suspendieron los trabajos, cesaron todos los ruidos. Los viajeros permanecían inmóviles y no perdían un rasgo de la populosa ciudad. Descendieron hasta 60 pies del suelo.

Entonces el gobernador de Loggum salió de su morada, desplegando su estandarte verde y acompañado de músicos, que soplaban en roncós cuernos de búfalo con fuerza suficiente para romper los tímpanos. La muchedumbre se agolpó a su alrededor, y el doctor Fergusson quiso hacerse comprender, pero no pudo conseguirlo.

Aquellos indígenas de frente alta, cabellos ensortijados y nariz casi aguilena, parecen altivos e inteligentes, pero la presencia del *Victoria* les turbaba singularmente. Veíanse jinetes correr en distintas direcciones, lo que daba a entender que las tropas del gobernador se reunían para combatir a un enemigo tan extraordinario. En vano Joe, para calmar la efervescencia, desplegó pañuelos de todos los colores. No obtuvo resultado alguno.

El jeque, sin embargo, rodeado de su Corte, reclamó silencio y pronunció un discurso del cual el doctor no pudo entender ni una sola palabra. Era un discurso en árabe, mezclado con baguirmi. El doctor reconoció, por el lenguaje universal de los gestos, que se le invitaba a marcharse cuanto antes, lo que no podía hacer, aunque sin duda lo deseaba, por falta de viento. Su inmovilidad exasperó al gobernador, y sus cortesanos prorrumpieron en aullidos para obligar al monstruo a evadirse.

Aquellos cortesanos eran personajes muy singulares. Llevaban la friolera de cinco o seis camisas y tenían vientres enormes, de los cuales algunos parecían postizos. El doctor asombró a sus compañeros al decir que aquella era la manera de hacer su corte al sultán. Los cortesanos gesticulaban y gritaban, principalmente uno de ellos, que forzosamente había de ser primer ministro, si la obesidad tiene recompensa en la Tierra.

La muchedumbre mezclaba sus aullidos con los gritos de los cortesanos, repitiendo todos los negros, a la manera de monos, las

gesticulaciones de aquéllos, lo que producía un movimiento único e instantáneo de diez mil brazos.

A estos medios de intimidación, que se juzgaron insuficientes, se juntaron otros más temibles. Soldados armados de arcos y flechas formaron en orden de batalla, pero ya el *Victoria* se hinchaba y se ponía tranquilamente fuera de su alcance. El gobernador, cogiendo entonces un mosquete, dirigió al globo su puntería. Pero Kennedy le vigilaba atentamente, y con una bala de su carabina rompió el arma en la mano del jeque.

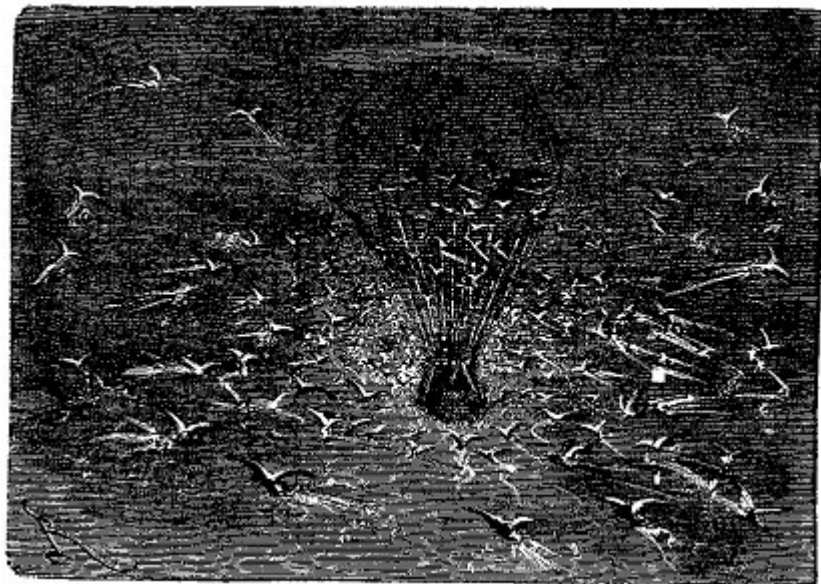
A este golpe inesperado sucedió una derrota general. Todos se metieron precipitadamente en sus casas y durante todo el resto del día la ciudad quedó absolutamente desierta.

Vino la noche. No hacía nada de viento. Preciso fue a los viajeros resolverse a permanecer a 300 pies de tierra. Ni una luz brillaba en la sombra, y reinaba un silencio sepulcral. El doctor redobló su prudencia, porque aquella calma podía ser muy bien una estratagema.

Razón tuvo Fergusson en vigilar. A cosa de medianoche, toda la ciudad pareció como incendiada. Centenares de líneas de fuego se cruzaban como cohetes, formando una red de llamas.

—¡Cosa singular! —dijo el doctor.

—Lo más singular es —dijo Kennedy— que el incendio sube y se acerca a nosotros.



En efecto, al ruido de un griterío espantoso y descargas de mosquetería, aquella cohorte de fuego subía hacia el *Victoria*. Joe se preparó para arrojar lastre. Fergusson encontró muy pronto la explicación del fenómeno.

Millares de palomas, con la cola incendiada y provistas de materias inflamables, habían sido lanzadas contra el *Victoria*. Asustadas, las pobres aves subían trazando en la atmósfera zetas de fuego. Kennedy descargó contra ellas todas sus armas, pero nada podían contra un ejército tan numeroso. Ya las palomas revoloteaban alrededor de la barquilla y del globo, cuyas paredes, reflejando su luz, parecían envueltas en una red de llamas.

El doctor no vaciló: precipitando un fragmento de cuarzo, se puso fuera del alcance de tan peligrosas aves. Por espacio de dos horas se las vio desde la barquilla corriendo azoradas en distintas direcciones, pero poco a poco fue disminuyendo su número y, por último, desaparecieron todas entre las sombras de la noche.

—Ahora podemos dormir tranquilos —dijo el doctor.

—Para tratarse de salvajes —exclamó Joe— el ardid no es poco ingenioso.

—Sí, se valen comúnmente de palomas incendiarias para pegar fuego a las chozas de las aldeas; pero nuestra aldea vuela más alto que

sus palomas.

—Está visto que un globo no tiene enemigos que temer —dijo Kennedy.

—Sí, a fe —replicó el doctor.

—¿Cuáles?

—Los imprudentes que lleva en su barquilla. ¡A los buenos entendedores, salud! ¡Vigilancia! ¡Siempre vigilancia!

XXXI

PARTIDA DURANTE LA NOCHE — LOS TRES — LOS INSTINTOS DE KENNEDY —

PRECAUCIONES —

EL CURSO DEL CHARI — EL LAGO CHAD —

EL AGUA DEL LAGO — EL HIPOPÓTAMO

— UNA BALA PERDIDA

A cosa de las tres de la mañana, Joe, que estaba de guardia, vio que el globo se separaba de encima de la ciudad. El *Victoria* volvía a emprender su marcha. Kennedy y el doctor se despertaron.

El doctor consultó la brújula y reconoció con satisfacción que el viento los llevaba hacia el Nornordeste.

—Estamos de buenas —dijo—, todo nos sale a pedir de boca; hoy mismo descubriremos el lago Chad.

—¿Es una gran extensión de agua? —preguntó Kennedy.

—Considerable, amigo Dick; en su mayor longitud y en su mayor anchura, el lago medirá ciento veinte millas.

—Lo que modificará algo nuestro viaje.

—Me parece que no tenemos motivo de queja. Nuestro viaje es muy variado, y, sobre todo, lo hacemos en las mejores condiciones posibles.

—Sin duda, Samuel; si exceptuamos las privaciones del desierto, no hemos corrido ningún peligro grave.

—Cierto es que nuestro valiente *Victoria* se ha conducido siempre a las mil maravillas. Partimos el dieciocho de abril y hoy estamos a doce de mayo. Son veinticinco días de marcha. Diez días más y habremos llegado.

—¿Dónde?

—No lo sé; pero ¿qué nos importa?

—Tienes razón, Samuel. Confiemos a la Providencia el cuidado de dirigirnos y de conservarnos sanos como estamos. No parece que hayamos atravesado los países más pestilentes del mundo.

—Porque nos hemos podido elevar y nos hemos elevado.

—¡Vivan los viajes aéreos! —exclamó Joe—. Después de veinticinco días, nos hallamos rebosando salud y bien descansados, demasiado tal vez, porque mis piernas empiezan a entumecerse, y no me vendría mal hacer a pie unas treinta millas para estirarlas un poco.

—Te darás ese gustazo en las calles de Londres, Joe. Ahora diré, para concluir, que al partir éramos tres, como Denham, Clepperton y Overweg; tres como Barth, Richardson y Vogel, y, más dichosos que nuestros predecesores, nuestro número no ha disminuido, pero importa mucho no separarnos. Si hallándose en tierra uno de nosotros, el *Victoria* tuviese que elevarse de pronto para evitar un peligro súbito e imprevisto, ¿quién sabe si le volveríamos a ver? A Kennedy se lo digo, pues no me gusta que se aleje con el pretexto de cazar.

—Me permitirás, sin embargo, amigo Samuel, que siga con mi capricho; no hay ningún mal en renovar nuestras provisiones, y además, antes de partir me hiciste entrever una serie no interrumpida de soberbias cacerías, y hasta ahora he dado muy pocos paseos en la senda de los Anderson y de los Cumming.

—Tienes muy poca memoria, amigo Dick, o te obliga la modestia a olvidar tus proezas. Me parece que, sin contar la caza menor, pesan ya sobre tu conciencia, un antílope, un elefante y dos leones.

—¿Y qué es eso para un cazador africano que ve pasar por delante de su fusil todos los animales de la creación? ¡Mira, mira, qué rebaño de jirafas!

—¡Jirafas! —exclamó Joe—. ¡Pues si son del tamaño del puño!

—Porque estamos a 1.000 pies encima de ellas. Ya verías de cerca cómo son tres veces mayores que tú.

—¿Y qué dices de esa manada de gacelas? —repuso Kennedy—. ¿Y esos avestruces que huyen con la rapidez del viento?

—¡Avestruces! —exclamó Joe—. Son gallinas, y aún me parece exagerar bastante.

—Veamos, Samuel, ¿no podríamos acercarnos?

—Sí podemos, Dick, pero no tomar tierra. ¿Y de qué aprovechará herir a unos animales que no hemos de poder coger? Si se tratara de matar un león, un tigre o una hiena, sería otra cosa; es siempre una buena obra acabar con una bestia peligrosa; pero un antílope, una

gacela, sin más provecho que la vana satisfacción de tus instintos de cazador, no merece la pena. Así, pues, amigo Dick, nos mantendremos a 100 pies del suelo, y si distingues alguna fiera obtendrás nuestros aplausos hiriéndola de un balazo en el corazón.

El *Victoria* bajó poco a poco, pero se mantuvo a una altura tranquilizadora. En aquella comarca salvaje y muy poblada, era menester estar siempre en guardia contra peligros inesperados.

Los viajeros seguían entonces directamente el curso del Chari, cuyas encantadoras márgenes desaparecían bajo las sombrías arboledas de variados matices. Enredaderas y plantas trepadoras serpenteaban en todas direcciones y producían curiosos entrelazamientos. Los cocodrilos cruzaban en la playa o se zambullían en el agua ligeros como lagartos, y se trasladaban a los verdes arrecifes que rompían la corriente del río.

Así se pasó al distrito de Maffatay, con el cual tan pródiga y espléndida ha sido la Naturaleza. A cosa de las nueve de la mañana, el doctor Fergusson y sus amigos alcanzaron la orilla meridional del lago Chad.

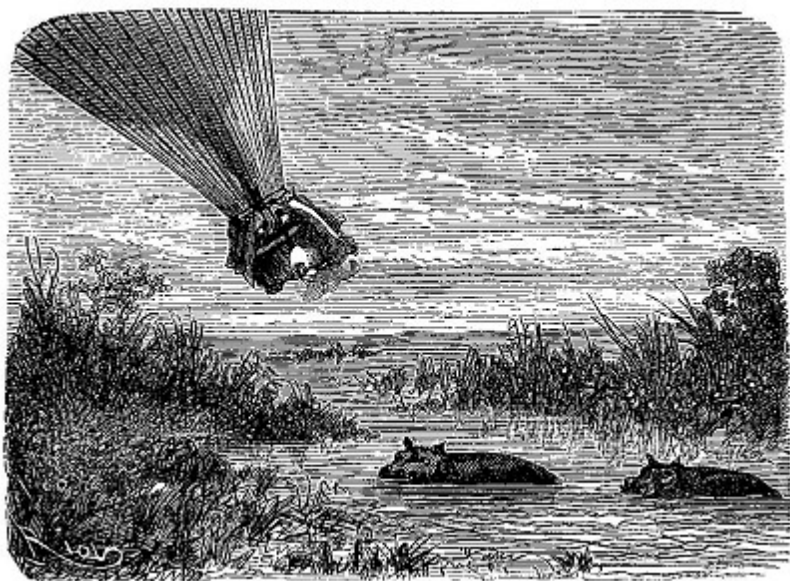
Allí estaba aquel mar Caspio de África, cuya existencia se relegó por espacio de mucho tiempo a la categoría de las fábulas, aquel mar interior a que no habían llegado más expediciones que la de Denham y la de Barth.

El doctor quiso fijar la configuración que tenía entonces, muy diferente de la que presentaba en 1847. En efecto, no es posible trazar de una manera definitiva la carta de aquel lago rodeado de pantanos fangosos y casi infranqueables donde Barth creyó perecer. De un año a otro aquellas ciénagas, cubiertas de espadañas y de papiros de 16 pies de altura, desaparecen bajo las aguas del mismo lago, y con frecuencia las poblaciones ribereñas se sumergen, como sucedió a Bornu en 1856. En la actualidad los hipopótamos y los caimanes se bañan en el mismo punto en que se levantaban las casas de Bornu.

El sol derramaba sus deslumbradores rayos sobre aquella agua tranquila, y por la parte del norte los dos elementos se confundían en un mismo horizonte.

El doctor quiso comprobar la naturaleza del agua que por espacio

de mucho tiempo se creyó salada. No había ningún peligro en acercarse a la superficie del lago, y la barquilla descendió hasta rozar el agua como una golondrina.



Joe metió una botella y la sacó llena hasta la mitad. El agua tenía cierto gusto de natrón que la hacía poco potable.

En tanto que el doctor anotaba el resultado de su observación, resonó un tiro a su lado. Kennedy no había podido resistir el deseo de arrimar un balazo a un gigantesco hipopótamo. Éste, que respiraba tranquilamente, desapareció al oírse el estampido, sin que la bala cónica hiciese en él ninguna mella.

—Mejor hubiera sido clavarle un arpón —dijo Joe.

—¿Y dónde está el arpón?

—¿Qué más arpón que cualquiera de nuestras anclas? Para un animal semejante un ancla es el anzuelo apropiado.

—No es mala idea la de Joe —dijo Kennedy.

—Es una idea a la cual suplico renunciéis —replicó el doctor—. El animal nos arrastraría muy pronto donde nada tenemos que hacer.

—Sobre todo, ahora que conocemos la calidad del agua del Chad. ¿Y es comestible ese pez, señor Fergusson?

—Tu pez, Joe, es un mamífero del género de los paquidermos, y su

carne, que, según dicen, es excelente, constituye una gran rama de comercio entre las tribus ribereñas del lago. Siento, pues, que el tiro del señor Dick no haya tenido mejor éxito.

»El hipopótamo sólo es vulnerable en el vientre y entre los muslos. La bala de Dick no le ha causado la menor impresión. Si el terreno me parece propio nos detendremos en la extremidad septentrional del lago, y allí Kennedy podrá hacer de las suyas y desquitarse. Se hallará en pleno cazadero.

—¡De acuerdo! —dijo Joe—. Que cace el señor Dick algún hipopótamo, que aquí estoy yo para ayudarle a comer la carne del insigne anfibio. No me parece natural penetrar hasta el centro de África para vivir de chochas y perdices como en Inglaterra.

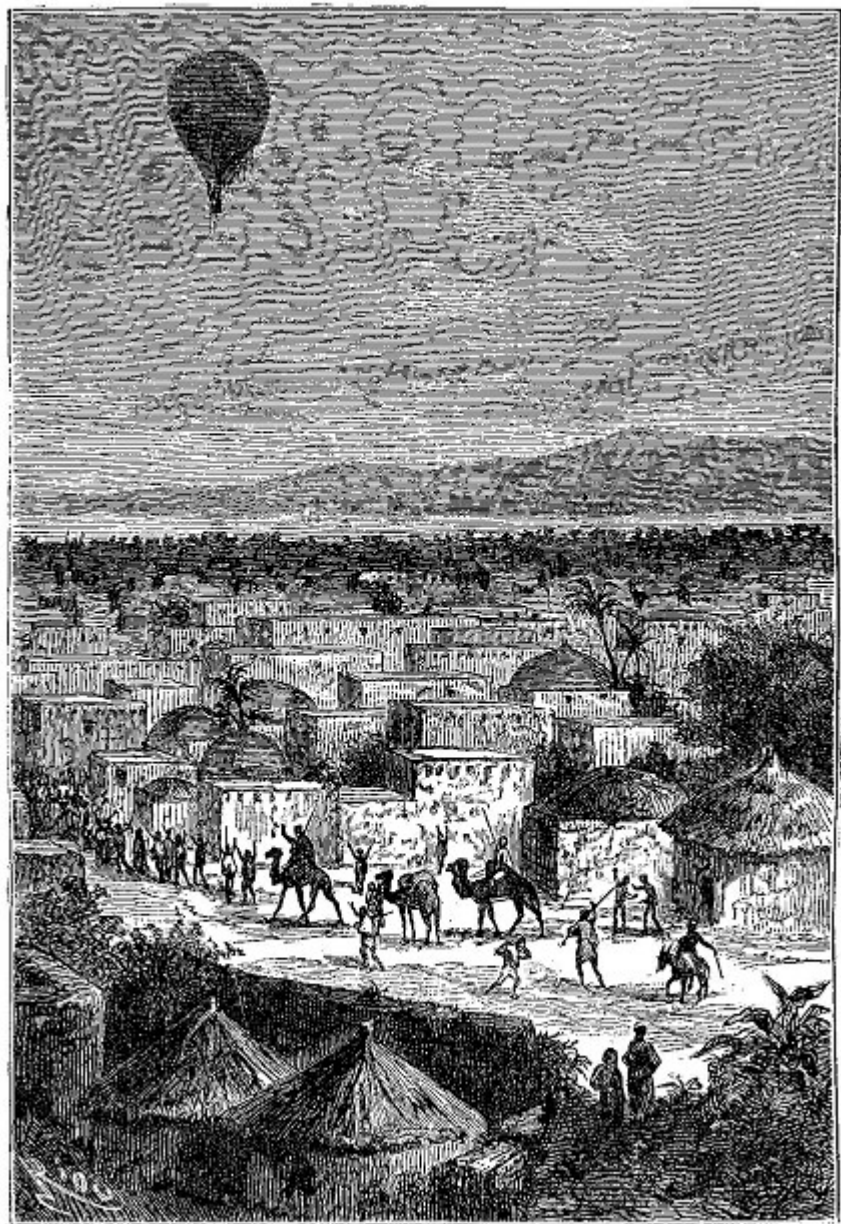
XXXII

LA CAPITAL DE BORNU — LAS ISLAS DE LOS BIDDIOMAHS — LOS GIPAETOS — LAS
INQUIETUDES DEL DOCTOR — SUS PRECAUCIONES
— UN ATAQUE EN MEDIO DE LOS AIRES —
LA ENVOLTURA DESTROZADA — LA CAÍDA — SACRIFICIO SUBLIME
— LA COSTA SEPTENTRIONAL DEL LAGO

Desde su llegada al lago Chad, el *Victoria* había encontrado una corriente, que se inclinaba más al oeste. Algunas nubes templaban entonces el calor del día; circulaba un poco de aire en aquella inmensa extensión de agua; pero a cosa de la una, el globo, cortando el sesgo de aquella parte del lago, se internó en las tierras hasta la distancia de 7 u 8 millas.

El doctor, que se sintió algo contrariado por esta dirección, no pensó en quejarse de ella cuando distinguió la ciudad de Kuka. Pudo entrever un instante esta célebre capital de Bornu, con su cinto de murallas de arcilla blanca y con mezquitas asaz groseras que se levantaban pesadas encima de la especie de tablero de damas que forman las casas árabes. En los patios de las casas y en las plazas públicas descollaban palmeras y árboles del caucho, coronados por un cimborio de follaje, que tenía más de 100 pies de ancho. Joe hizo observar que el tamaño de aquellos parasoles guardaba proporción con la intensidad de los rayos del sol, lo que le permitió disertar un poco sobre las sabias miras de la Providencia.

Kuka se compone de dos ciudades distintas, separadas por el *dendal*, malecón de 300 toesas, a la sazón atestado de paseantes a pie y a caballo. A un lado se ostenta la ciudad rica, con sus casas altas y aireadas, y al otro la ciudad pobre, triste aglomeración de chozas bajas y cónicas, donde pulula una población indigente, porque Kuka no es mercantil ni industrial.



Vista de la ciudad de Kouka.

Kennedy encontró en aquellas dos ciudades, perfectamente determinadas, alguna semejanza con Edimburgo, si Edimburgo estuviese en un llano.

Pero los viajeros no pudieron dedicar a Kuka más que una mirada

muy rápida, porque con la inestabilidad característica de las corrientes de aquella comarca, un viento contrario sobrevino de pronto y les hizo correr 40 millas sobre el Chad.

Entonces se les presentó un nuevo panorama. Podían contar las numerosas islas del lago, habitadas por los biddiomanhs, piratas sanguinarios, no menos temidos que los tuareg del Sáhara. Aquellos salvajes se disponían a hostilizar al *Victoria* con flechas y piedras, pero el globo se cernió por encima de las islas a bastante distancia como un escarabajo gigantesco.

En aquel momento, Joe miraba el horizonte, y volviéndose a Kennedy le dijo:

—Ahora sí, señor Dick, que vais a hacer un buen negocio.

—¿Por qué, Joe?

—No se opondrá ahora mi amo a vuestros disparos.

—Explícate.

—¿No veis qué bandada de pajarracos se dirige hacia nosotros?

—¡Pajarracos! —dijo el doctor, cogiendo el antejo.

—Verdad es —replicó Kennedy—; hay al menos una docena.

—Y también catorce —respondió Joe.

—¡Quiera el cielo que sean de una especie bastante dañina para que el tierno Samuel no tenga nada que objetarme!

—Lo que yo digo es —respondió Fergusson— que preferiría que esos pajarracos estuvieran muy lejos de nosotros.

—¿Les tenéis miedo? —dijo Joe.

—Son gipaetos de la mayor especie, Joe; son águilas-buitre, y si nos atacasen...

—¿Y qué? Si nos atacan, nos defenderemos, Samuel. Tenemos todo un arsenal. No me parece que esos animales sean muy temibles.

—¿Tú qué sabes? —respondió el doctor.

Diez minutos después, el bando se había puesto a tiro. Los catorce individuos de que se componía lanzaron roncosp graznidos, causándoles el *Victoria* más ira que miedo.

—¡Cómo gritan! —dijo Joe—. ¡No meten poca bulla! Se conoce que no les acomoda que haya quien ejerza jurisdicción en sus dominios y vuele como ellos.

—La verdad es —dijo el cazador— que su aspecto es imponente, y me parecerían bastante temibles si estuviesen armados de una carabina «Purday Moore».

—No la necesitan —respondió Fergusson, cuyo semblante empezaba a nublarse.

Los gipaetos volaban trazando inmensos círculos, que iban estrechándose alrededor del *Victoria*. Cruzaban el cielo con una rapidez fantástica, precipitándose algunas veces con la velocidad de un proyectil, y rompiendo, formando a menudo un ángulo súbito y audaz, su línea de proyección.

El doctor, inquieto, resolvió elevarse en la atmósfera para escaparse de ellos, y dilató el hidrógeno del globo, el cual subió al momento.

Pero los gipaetos subieron con él, poco dispuestos a abandonarlo.

—Tienen trazas de querer armar camorra —dijo el cazador, amartillando su carabina.

En efecto, los gipaetos se acercaban, y algunos de ellos desafiaban, al parecer, las armas de Kennedy.

—¡Qué ganas tengo de hacer fuego! —dijo éste.

—¡No, Dick, no! ¡No les provoquemos! ¡Nos atacarían!

—¡Buena cuenta daría yo de ellos! —Te engañas, Dick.

—Tenemos una bala para cada uno.

—Y si se colocan encima del globo, ¿cómo les tirarás? Figúrate que te encuentras en tierra, frente a una caterva de leones, o rodeado de tiburones dentro del agua. Pues bien, para un aeronauta, la situación no es menos peligrosa.

—¿Hablas formalmente, Samuel?

—Muy formalmente, Dick.

—Entonces, esperemos.

—Aguarda... Estáte preparado por si nos atacan, pero no hagas fuego hasta que yo te lo diga.

Los gipaetos se agruparon a poca distancia, de suerte que se distinguían perfectamente su cuello pelado, que estiraban para gritar, y su cresta ternillosa, guarnecida de cárdenas excrecencias, que el furor enderezaba. Eran de la mayor especie, pues su cuerpo tenía más de tres pies de longitud, y resplandecía al sol la parte inferior de sus

blancas alas. Hubiérase dicho que eran tiburones alados, a los cuales se asemejaban por su formidable aspecto.

—¡Nos siguen —dijo el doctor, viéndolos elevarse con él—, y por más que subamos, subirán tanto como nosotros!

—¿Qué hacer, pues? —preguntó Kennedy.

El doctor no respondió.

—Atiende, Samuel —repuso el cazador—; haciendo fuego con todas nuestras armas, tenemos a nuestra disposición diecisiete tiros, contra catorce enemigos. ¿Y no hemos de poder destruirlos o dispersarlos? Por de pronto, yo me encargo de echar abajo unos cuantos.

—No pongo en duda tu destreza, Dick, y doy por muertos a los que pasen por delante de tu carabina; pero, te lo repito, si atacan el hemisferio superior del globo, se pondrán a cubierto de tus tiros y romperán el envoltorio que nos sostiene. ¡Nos hallamos a 3.000 pies de altura!

En aquel mismo momento, uno de los más feroces gipaetos se dirigió al globo con el pico y las garras, abiertas, en actitud de morder y desgarrar a un mismo tiempo.

—¡Fuego, fuego! —gritó el doctor.

Y el gipaeto, mortalmente herido, cayó volteando en el espacio.

Kennedy cogió una escopeta de dos cañones y Joe amartilló otra.

Asustadas por el estampido, las águilas-buitre se alejaron momentáneamente, pero volvieron luego a la carga con furor centuplicado. Kennedy decapitó de un balazo a la que tenía más cerca. Joe rompió un ala de otra.

—Ya no quedan más que once —dijo.

Pero entonces los gipaetos adoptaron otra táctica, y, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se dirigieron al *Victoria*; Kennedy miró a Fergusson.

Éste, a pesar de su impasibilidad y energía, se puso pálido. Hubo un momento de espantoso silencio. Después se oyó un ruido estridente, como el de un tejido de seda que se rasga, y la barquilla empezó a precipitarse rápidamente.

—¡Estamos perdidos! —gritó Fergusson fijando la vista en el barómetro, que subía muy de prisa.

—¡Afuera el lastre! —añadió—. ¡Nada de lastre!

Y en pocos segundos desapareció todo el cuarzo.

—¡Seguimos cayendo...! ¡Vacíad las cajas de agua! ¡Vivo, Joe! ¡Nos precipitamos en el lago!

Joe obedeció. El doctor se inclinó mirando el lago que parecía subir hacia él como una marea ascendente. El volumen de los objetos aumentaba rápidamente y no distaba ya la barquilla 200 pies de la superficie del Chad.

—¡Las provisiones! ¡Las provisiones! —exclamó el doctor.

Y la caja que las contenía fue lanzada al espacio.

Y aunque con menos rapidez, los desgraciados seguían cayendo.

—¡Echad más! ¡Echad más! —repitió el doctor.

—No queda ya nada —dijo Kennedy.

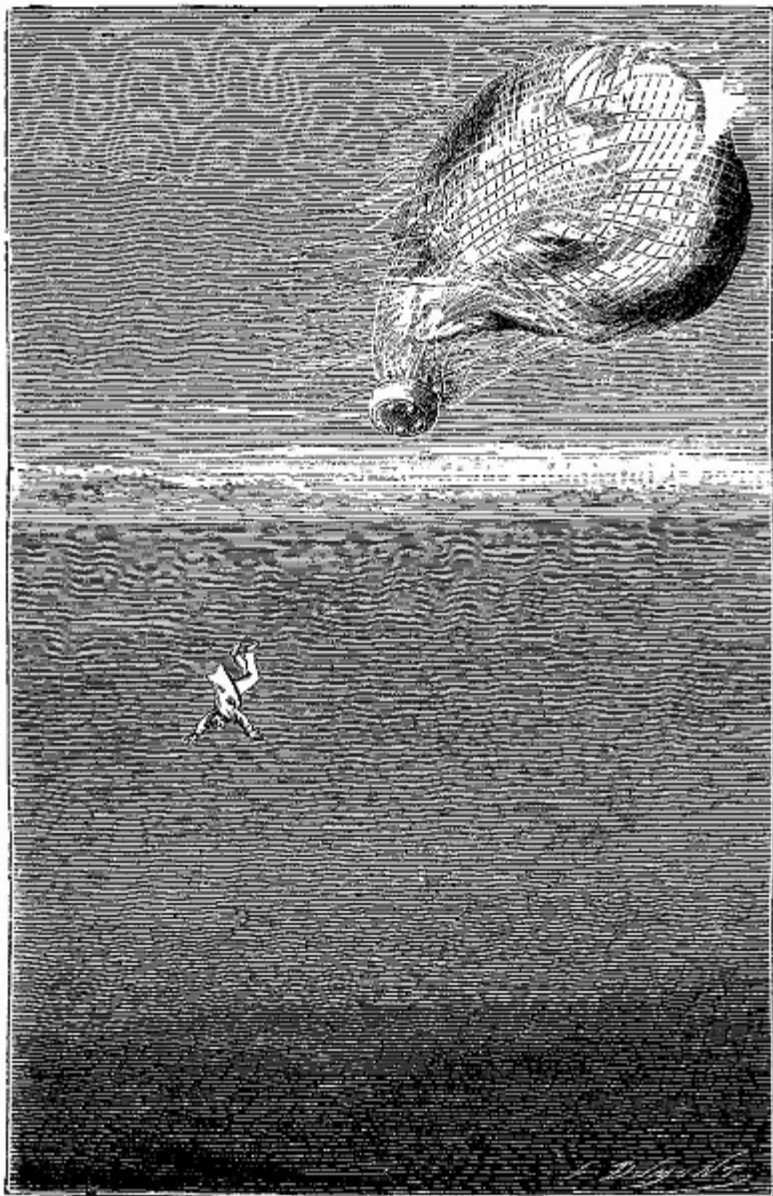
—¡Sí! —respondió lacónicamente Joe, persignándose rápidamente.

Y desapareció por encima de la borda.

—¡Santo cielo! —exclamó el doctor.

Pero Joe no podía ya oírle. El *Victoria*, sin lastre, volvió a tomar su marcha ascensional y a remontarse hasta la altura de 1.000 pies. El viento, introduciéndose en la envoltura deshinchada, lo arrastraba hacia las costas septentrionales.

—¡Perdido! —dijo el cazador con un gesto de desesperación.



La caída de Joe.

—¡Perdido por salvarnos! —respondió Fergusson.

Y dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de aquellos dos hombres tan intrépidos.

Los dos se asomaron procurando distinguir algún vestigio del desgraciado Joe, pero estaban ya lejos.

—¿Qué partido tomaremos? —preguntó Kennedy.

—Bajaremos a tierra en cuanto se pueda, Dick, y aguardaremos.

Después de haber andado 60 millas, el *Victoria* descendió a una costa desierta, al norte del lago. Se engancharon las anclas en un árbol poco corpulento, y el cazador las sujetó sólidamente.

Vino la noche, pero ni Fergusson ni Kennedy pudieron conciliar el sueño un solo instante.

XXXIII

CONJETURAS — RESTABLECIMIENTO DEL EQUILIBRIO DEL *VICTORIA*
— NUEVOS CÁLCULOS DEL DOCTOR FERGUSSON — CAZA DE KENNEDY —
EXPLORACIÓN COMPLETA DEL LAGO CHAD
— TANGALIA — REGRESO — LARI

Al día siguiente, 13 de mayo, los viajeros reconocieron la parte de la costa que ocupaban, la cual era una especie de islote en medio de un inmenso pantano. Alrededor de aquel trozo de terreno firme se levantaban cañas tan grandes como árboles de Europa, que se extendían a cuanto alcanzaba la vista.

Aquellas ciénagas inaccesibles hacían segura la posición del *Victoria*. Bastaba vigilar la parte del lago. Por la parte del este, principalmente, la superficie del agua parecía ilimitada, sin que en ningún punto del horizonte se distinguiesen islas ni continente.

No se habían aún atrevido los dos amigos a hablar de su desgraciado compañero. Kennedy participó, al cabo, sus conjeturas al doctor.

—Acaso Joe no esté perdido —dijo—. Es un muchacho listo como pocos, y nadador como no hay otro. En Edimburgo atravesaba sin dificultad el Firth of Forth. Lo volveremos a ver, aunque no sé cómo ni cuándo, pero, por nuestra parte, debemos hacer todo lo posible para facilitarle la ocasión de encontrarnos.

—Dios te oiga, Dick —respondió el doctor con voz conmovida—. Haremos cuanto esté a nuestros alcances para encontrar a nuestro amigo. Ante todo, orientémonos, después de haber desembarazado al *Victoria* de su envoltura exterior, que de nada sirve, con lo que nos libraremos de un peso de seiscientas cincuenta libras.

El doctor y Kennedy pusieron manos a la obra. Tropezaron con grandes dificultades, pues fue preciso arrancar a pedazos el tafetán, que ofrecía mucha resistencia, y cortarlo en estrechas tiras para desprenderlo de las mallas de la red. El rasguño ocasionado por el pico

de los gipaetos tenía algunos pies de longitud.

Más de cuatro horas se invirtieron en la operación, pero al fin el globo interior, enteramente aislado, no había sufrido ninguna avería. El *Victoria* ofrecía un volumen que era una quinta parte menor que el de antes. La diferencia fue bastante sensible para llamar la atención de Kennedy.

—¿Será suficiente? —preguntó al doctor.

—Acerca del particular puedes, Dick, estar tranquilo. Yo restableceré el equilibrio, y si vuelve nuestro pobre Joe, volveremos con él a emprender nuestro camino por el espacio.

—Si no me engaña la memoria, Samuel, en el momento de nuestra caída no debíamos estar distantes de una isla.

—Lo recuerdo, en efecto; pero aquella isla, como todas las del Chad, estará sin duda habitada por una chusma de piratas y asesinos que habrán sido seguramente testigos de nuestra catástrofe, y si Joe cae en sus manos, ¿qué será de él, a no ser que la superstición le proteja?

—Él es listo para salir de apuros, te lo repito; tengo confianza en su destreza y en su inteligencia.

—También yo. Ahora, Dick, vete a cazar en las inmediaciones y no te alejes. Urge renovar los víveres, de los cuales se ha sacrificado la mayor parte.

—Bien, Samuel; volveré pronto.

Kennedy cogió una escopeta de dos cañones, y por entre las crecidas hierbas se dirigió a un bosque bastante cercano. Repetidos disparos dieron a entender al doctor que la caza sería abundante.

Entretanto, él se ocupó de hacer el inventario de los objetos conservados en la barquilla y en establecer el equilibrio del segundo aeróstato. Quedaban unas 30 libras de *pemmican*, algunas provisiones de té y café, una caja de un galón y medio de aguardiente y otra de agua enteramente vacía. La cocina había desaparecido toda.

El doctor sabía que, por la pérdida del hidrógeno del primer globo, su fuerza ascensional había sufrido una reducción de unas 900 libras. Esta diferencia debió, pues, servirle de base para reconstruir su equilibrio. El *Victoria* tenía una capacidad de 67.000 pies y contenía 33.480 pies cúbicos de gas. El aparato de dilatación parecía hallarse

en buen estado y la espita y la serpentina no habían experimentado deterioro alguno.



La caza fue abundante.

La fuerza ascensional del nuevo globo era, pues, de unas 3.000 libras. Sumando el peso del aparato, de los viajeros, de la provisión de agua, de la barquilla y sus accesorios, y embarcando 50 galones de agua y 100 libras de carne fresca, el doctor llegaba a un total de 2.830

libras.

Podía, por tanto, llevar para los casos imprevistos 170 libras de lastre, en cuyo caso el aeróstato se hallaba equilibrado con el aire ambiente.

Tomó sus disposiciones en consecuencia, y remplazó el peso de Joe con un suplemento de lastre. Invirtió todo el día en estos varios preparativos, los cuales llegaron a su término al regresar Kennedy. El cazador había aprovechado las municiones. Volvió con todo un cargamento de gansos, ánades, chochas, cercetas y chorlitos, que se encargó él mismo de preparar y curar al humo, espetándolas en unas improvisadas parrillas que suspendió sobre una hoguera de leña verde. Cuando estuvieron las aves en su punto se colocaron en la barquilla.

Al día siguiente, debía el cazador completar las provisiones.

La noche sorprendió a los viajeros en medio de sus ocupaciones. Su cena se compuso de *pemmican*, galleta y té.

El cansancio, después de haberles dado apetito, les dio sueño. Los dos, durante su guardia, interrogaron más de una vez las tinieblas creyendo oír la voz de Joe, pero, ¡ay!, estaba muy lejos de ellos aquella voz que hubieran querido oír.

Al rayar el alba, el doctor despertó a Kennedy.

—He meditado mucho —le dijo— acerca de lo que conviene hacer para encontrar a nuestro compañero.

—Cualquiera que sea tu proyecto, Samuel, lo apruebo. Habla.

—Ante todo, lo que me importa es que Joe adquiera noticias nuestras.

—¡Exacto! ¡Si llegase a figurarse que lo abandonamos!

—¡Él! ¡Nos conoce demasiado! Nunca se le ocurriría semejante idea; pero es preciso que sepa dónde estamos.

—¿Y cómo?

—Vamos a tomar nuestro sitio en la barquilla y a remontar.

—¿Y si el viento nos arrastra?

—No nos arrastrará, afortunadamente. El viento nos vuelve al lago, y esta circunstancia, que hubiera sido contraria ayer, hoy es propicia. Nuestros esfuerzos se limitarán, pues, a mantenernos durante todo el día sobre esta vasta extensión de agua. Joe no puede dejar de vernos

en el punto a que sus miradas deben dirigirse incesantemente. Acaso llegue hasta a informarnos de su paradero.

—Lo hará, sin duda, si está solo y libre.

—Y si está preso —repuso el doctor—, no teniendo los indígenas la costumbre de encerrar a sus cautivos, acaso Joe comprenderá el objeto de nuestras pesquisas.

—Pero —repuso Kennedy—, pues debemos preverlo todo, si no hallamos ningún indicio, si no ha dejado una huella de su paso, ¿qué haremos?

—Procuraremos ganar de nuevo la parte septentrional del lago, manteniéndonos a la vista todo lo posible; aguardaremos, exploraremos las orillas, registraremos las márgenes, a las cuales Joe procurará sin duda llegar, y no abandonaremos nuestro puesto sin haber hecho todo lo posible para alcanzar nuestro objeto.

—Partamos, pues —respondió el cazador.

El doctor tomó el plano exacto de aquel pedazo de tierra firme que iba a dejar, y estimó, según su carta, que se hallaba al norte del Chad, entre la ciudad de Lari y la aldea de Ingemini, visitadas ambas por el mayor Denham. Mientras tanto, Kennedy completó sus provisiones de carne fresca, y si bien los pantanos circundantes ofrecían huellas de rinocerontes, manatíes e hipopótamos, no tuvo ocasión de encontrar uno solo de semejantes animales.

A las siete de la mañana, no sin grandes dificultades de las que el pobre Joe sabía triunfar maravillosamente, se desenganchó el áncora del árbol. El gas se dilató y el nuevo *Victoria* se elevó á 200 pies en el aire. Vaciló, girando primero alrededor de sí mismo; pero, cogido luego por una corriente bastante activa, avanzó sobre el lago y fue empujado muy pronto con una velocidad de 20 millas por hora.

El doctor se mantuvo constantemente a una altura que variaba entre los 200 y los 500 pies. Kennedy menudeaba los disparos de su carabina. Encima de las islas, los viajeros se acercaban a tierra hasta imprudentemente, registrando con sus miradas los cotos, los matorrales, los jarales, los puntos sombríos, todas las desigualdades de las rocas capaces de dar asilo a su compañero. Bajaban junto a las largas piraguas que surcaban el lago. Los pescadores, al verles, se

precipitaban al agua y se volvían a su isla con las demostraciones de miedo menos disimuladas.

—No vemos nada —dijo Kennedy, después de dos horas de pesquisas.

—Aguardaremos, Dick, sin desanimarnos; no debemos estar lejos del lugar del accidente.

A las once, el *Victoria* había avanzado 90 millas. Encontró entonces una nueva corriente que, bajo un ángulo casi recto, lo impelió unas 60 millas hacia el este. Cerníase encima de una isla muy extensa y muy poblada que, en concepto del doctor, era Denham, donde se encuentra la capital de los biddiomahs. Le parecía que de todos los matorrales veía salir a Joe escapándose y llamándole. Libre, lo hubieran cogido sin dificultad; preso, se hubieran apoderado de él repitiendo la maniobra empleada para el misionero; pero nada apareció, nada se movió. Motivos había para desesperarse.

A las dos y media, el *Victoria* llegó a la vista de Tangalu, aldea situada en la margen oriental del Chad, la cual marca el punto extremo alcanzado por Denham en la época de su exploración.

Inquietaba al doctor la dirección persistente del viento. Se sentía empujado hacia el este, arrojado de nuevo al centro de África, a los interminables desiertos.

—Es absolutamente indispensable detenernos —dijo—, y hasta tomar tierra. Por interés de Joe principalmente, debemos ganar de nuevo el lago; pero tratemos antes de encontrar una corriente opuesta.

Por espacio de más de una hora, buscó diferentes zonas. El *Victoria* siguió derivando tierra adentro; pero afortunadamente, a la altura de 1.000 pies, un viento muy fuerte le volvió al Noroeste.

No era posible que Joe estuviese detenido en una de las islas del lago, pues hubiera hallado algún medio de manifestar su presencia. Tal vez le habían llevado hacia tierra. Así es como discurría el doctor, cuando volvía a ver la orilla septentrional del Chad.

La idea de que Joe se hubiese ahogado era inadmisible. Un pensamiento horrible cruzó la mente de Fergusson y de Kennedy: los caimanes eran numerosos en aquellos parajes. Pero ni uno ni otro tuvieron valor para formular semejante preocupación. Vino, sin

embargo, tan manifiestamente a su pensamiento, que el doctor dijo sin otro preámbulo:

—Los cocodrilos no se encuentran más que en las orillas de las islas o del lago, y Joe habrá sido bastante diestro para no caer en sus garras. Son, además, poco peligrosos, y los africanos se bañan impunemente sin temer sus ataques.

Kennedy no respondió; prefería callar a discutir tan terrible posibilidad.

El doctor distinguió la ciudad de Lari, a cosa de las cinco de la tarde. Los habitantes estaban ocupados en la recolección del algodón, delante de chozas formadas con cañas entretejidas, y en medio de cercados muy limpios y cuidadosamente conservados. Aquella aglomeración de unas cincuenta cabañas ocupaba una ligera depresión de terreno en un valle que se extendía entre suaves colinas. La violencia del viento era más fuerte de lo que convenía al doctor; pero su dirección varió por segunda vez, y condujo al *Victoria* precisamente a su punto de partida en el lago, en la especie de isla firme en que había pasado la noche precedente. El áncora, en lugar de encontrar las ramas del árbol, hizo presa en las raíces de un haz de cañas a las que daba una gran resistencia el fango del pantano.

A duras penas pudo el doctor contener el aeróstato; pero, al fin, el viento amainó al llegar la noche, que los dos amigos pasaron en vela, casi desesperados.

XXXIV

EL HURACÁN — SALIDA FORZADA — PÉRDIDA DE UN ANCLA

— TRISTES REFLEXIONES — RESOLUCIÓN TOMADA — EL SIMÚN — LA CARAVANA

ENTERRADA — VIENTO CONTRARIO Y FAVORABLE

— VUELTA AL SUR — KENNEDY EN SU PUESTO

A las tres de la mañana soplaba el viento tan furiosamente, que el *Victoria* no podía sin peligro permanecer junto a tierra, porque las cañas rozaban su tafetán y lo exponían a romperse.

—Fuerza es partir, Dick —dijo el doctor—. No podemos seguir en esta situación.

—Pero, ¿y Joe?

—¡No lo abandono! ¡Volveré por él, aunque el huracán me lleve a 100 millas al norte! Pero aquí comprometemos la seguridad de todos.

—¿Partir sin él? —exclamó el escocés con el acento de una desesperación profunda.

—¿Crees acaso —repuso Fergusson— que no tengo el corazón tan lacerado como tú? ¿No obedezco acaso a una necesidad imperiosa?

—Estoy a tus órdenes —respondió el cazador—. Partamos.

Pero la partida ofrecía grandes dificultades. El ancla, profundamente hincada, resistía a todos los esfuerzos, y el globo, tirando en sentido inverso, aumentaba su resistencia. Kennedy no pudo arrancarla por más que hizo, y, además, en la posición en que se hallaba, su maniobra era muy peligrosa porque se exponía a que el *Victoria* ascendiese antes de poder él ganar la barquilla.

No queriendo exponerse a una eventualidad de tanta trascendencia, el doctor hizo entrar en la barquilla al escocés, resignándose a cortar el cable del ánora. El *Victoria* dio en el aire un salto de 300 pies, y tomó directamente rumbo al norte.

Fergusson no podía dejar de someterse a esta tormenta, y se cruzó de brazos absorbido en sus tristes reflexiones.

Después de algunos instantes de profundo silencio, se volvió a

Kennedy, no menos taciturno.

—Hemos tentado tal vez a Dios —dijo—. ¡No pertenece a los hombres emprender un viaje semejante!

Y se escapó de su pecho un doloroso suspiro.

—¡Muy pocos días atrás —respondió el cazador— nos felicitábamos por habernos librado bien de tantos peligros! ¡Nos dimos los tres un apretón de manos!

—¡Pobre Joe! ¡Tan bondadoso! ¡Con un corazón tan valiente y franco! ¡Deslumbrado un momento por sus riquezas, hacía espontáneamente el sacrificio de sus tesoros! ¡Y ahora tan lejos de nosotros! ¡Y el viento nos lleva a una velocidad irresistible!

—Dime, Samuel; admitiendo que haya hallado asilo entre las tribus del lago, ¿no podría hacer como los viajeros que le han visitado antes que nosotros, como Denham y Barth? Éstos regresaron a su país.

—¡No te hagas ilusiones, pobre Dick! ¡Joe no sabe una palabra de la lengua del país! ¡Está solo y sin recursos! Los viajeros de que tú hablas no daban un paso sin enviar a los jefes numerosos presentes, sin llevar una gran escolta, sin estar armados y preparados para una expedición. ¡Y aun así, no podían librarse de padecimientos y tribulaciones que horrorizan! ¿Qué quieres tú que haga nuestro desgraciado compañero? ¿Qué será de él? ¡Es horrible pensarlo! Y los recelos que concibo me hacen sufrir uno de los mayores dolores que me han atormentado en este mundo.

—Pero volveremos, Samuel.

—Volveremos, Dick, aunque tengamos que abandonar el *Victoria* y volver a pie al lago Chad, y ponernos en comunicación con el sultán de Bornu. Los árabes no pueden haber conservado un mal recuerdo de los europeos.

—¡Te seguiré, Samuel —respondió el cazador con energía—, puedes contar conmigo! ¡Antes renunciaremos a terminar este viaje! ¡Joe se ha sacrificado por nosotros; nosotros nos sacrificaremos por él!

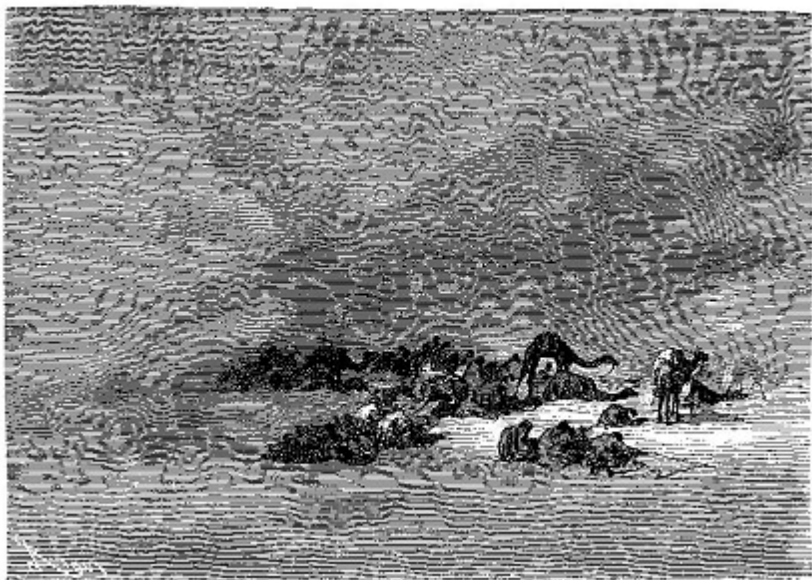
Esta resolución devolvió algún valor al corazón de aquellos dos hombres. La misma idea les hizo fuertes. Fergusson hizo todo lo imaginable para encontrar una corriente contraria que le acercase al Chad; pero se cansó en vano, y hasta el descenso era impracticable en

un terreno escueto y reinando un huracán de tan espantosa violencia.

El *Victoria* atravesó también el país de los tibúes, salvó el Velad-elDjerit, desierto espinoso que forma la frontera del Sudán, y penetró en el desierto de arena, surcado por prolongados vestigios de caravanas. Pronto se confundió la última línea de vegetación con el cielo en el horizonte meridional, no lejos del principal oasis de aquella parte de África, cuyos principales pozos están sombreados por árboles magníficos. Pero el globo no pudo detenerse. Un campamento árabe, tiendas de telas listadas, algunos camellos, estirando sobre la arena su cabeza de víbora, animaban aquella soledad; mas el *Victoria* pasó como una exhalación, y recorrió en tres horas una distancia de 60 millas, sin que Fergusson pudiese dominar su rumbo.

—¡No podemos hacer alto! —dijo—. ¡No podemos tampoco bajar! ¡Ni un árbol! ¡Ni una prominencia de tierra! ¡Vamos, pues, a pasar el Sáhara! ¡Decididamente, está el cielo contra nosotros!

Así hablaba con una rabia de desesperado, cuando vio hacia el norte las arenas del desierto agitarse entre nubes de denso polvo y arremolinar a impulsos de opuestas corrientes.



En medio del torbellino, quebrantada, rota, derribada, una caravana entera desaparecía bajo el alud de arena; los camellos lanzaban

gemidos sordos y lastimosos, y salían gritos y aullidos de aquella niebla sofocante.

Algunas veces un vestido chillón hacía resaltar en aquel caos sus vivos colores, y el mugido de la tempestad dominaba la escena de destrucción.

Luego la arena se acumuló formando nubes compactas, y donde momentos antes se extendía la llanura, se levantaba una colina aún agitada, inmensa tumba de una caravana engullida.

El doctor y Kennedy, horriblemente pálidos, asistían a aquel terrible espectáculo. No podían sacar partido alguno del globo, que se arremolinaba en medio de corrientes contrarias y no obedecía ya a las diferentes dilataciones del gas. Envuelto en los torbellinos de la atmósfera, giraba con una rapidez vertiginosa, y la barquilla describía dilatadas oscilaciones; los instrumentos suspendidos bajo la tienda chocaban unos con otros hasta hacerse pedazos; los tubos de la serpentina se enroscaban amenazando romperse, y las cajas de agua se agitaban con estrépito. Los dos viajeros, no obstante estar casi tocándose, no podían oírse, y con mano crispada se agarraban de las cuerdas para mantenerse contra el furor del huracán.

Kennedy, con los cabellos en desorden, miraba sin hablar; pero el doctor había recobrado su audacia en medio del peligro, y ninguna de sus violentas emociones se tradujo en su semblante, ni aun cuando, después de su último arremolinamiento, el *Victoria* se halló súbitamente detenido en medio de una calma inesperada. El viento del norte había quedado dominado y lo impelió en sentido inverso por el camino de la mañana, con no menos rapidez.

—¿Dónde vamos? —exclamó Kennedy.

—Dejemos hacer a la Providencia, amigo Dick; yo he hecho mal en dudar de ella; ella sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y ahí nos tienes volviendo a los lugares que esperábamos no volver a ver.

Aquel terreno tan llano, tan igual durante la ida, se hallaba entonces conmovido como las olas después de la tempestad. Una serie de montecillos, apenas sentados, accidentaban el desierto; el viento soplaba con violencia, y el *Victoria* volaba en el espacio.

La dirección seguida por los viajeros se diferenciaba algo de la que habían tomado por la mañana, y así es que, a cosa de las nueve, en lugar de encontrar las orillas del Chad, vieron aún el desierto extenderse delante de ellos.

Kennedy hizo esta observación.

—Poco importa —respondió el doctor—; lo que conviene es volver al sur; volveremos a hallar las ciudades de Bornu, Wondie o Kuka, y no vacilaré en detenerme en ellas.

—Si a ti te parece bien, a mí lo mismo —respondió el cazador—. ¡Pero quiera el cielo que no nós veamos reducidos a atravesar el desierto como aquellos desgraciados árabes! Lo que hemos visto es horrible.

—Y se repite con frecuencia, Dick. Las travesías del desierto son mucho más peligrosas que las del océano. El desierto tiene todos los peligros del mar, y, además, fatigas y privaciones insostenibles.

—Me parece —dijo Kennedy— que el viento tiende a calmarse. El polvo de los arenales es menos compacto, sus ondulaciones disminuyen y el horizonte se aclara.

—Tanto mejor, es preciso examinar atentamente con el anteojo y que ningún objeto se nos escape.

—Me encargo de ello, Samuel, y no aparecerá un árbol sin que te lo prevenga.

Y Kennedy, con el anteojo en la mano, se colocó en la proa de la barquilla.

XXXV

LA HISTORIA DE JOE — LA ISLA DE LOS BIDDIOMAHS —

LA ADORACIÓN — LA ISLA SUMERGIDA — LAS ORILLAS DEL LAGO — EL ÁRBOL DE
LAS SERPIENTES — VIAJE A PIE — PADECIMIENTOS — MOSQUITOS Y HORMIGAS

— EL HOMBRE — PASO DEL *VICTORIA* —

DESAPARICIÓN DEL *VICTORIA* — DESESPERACIÓN —

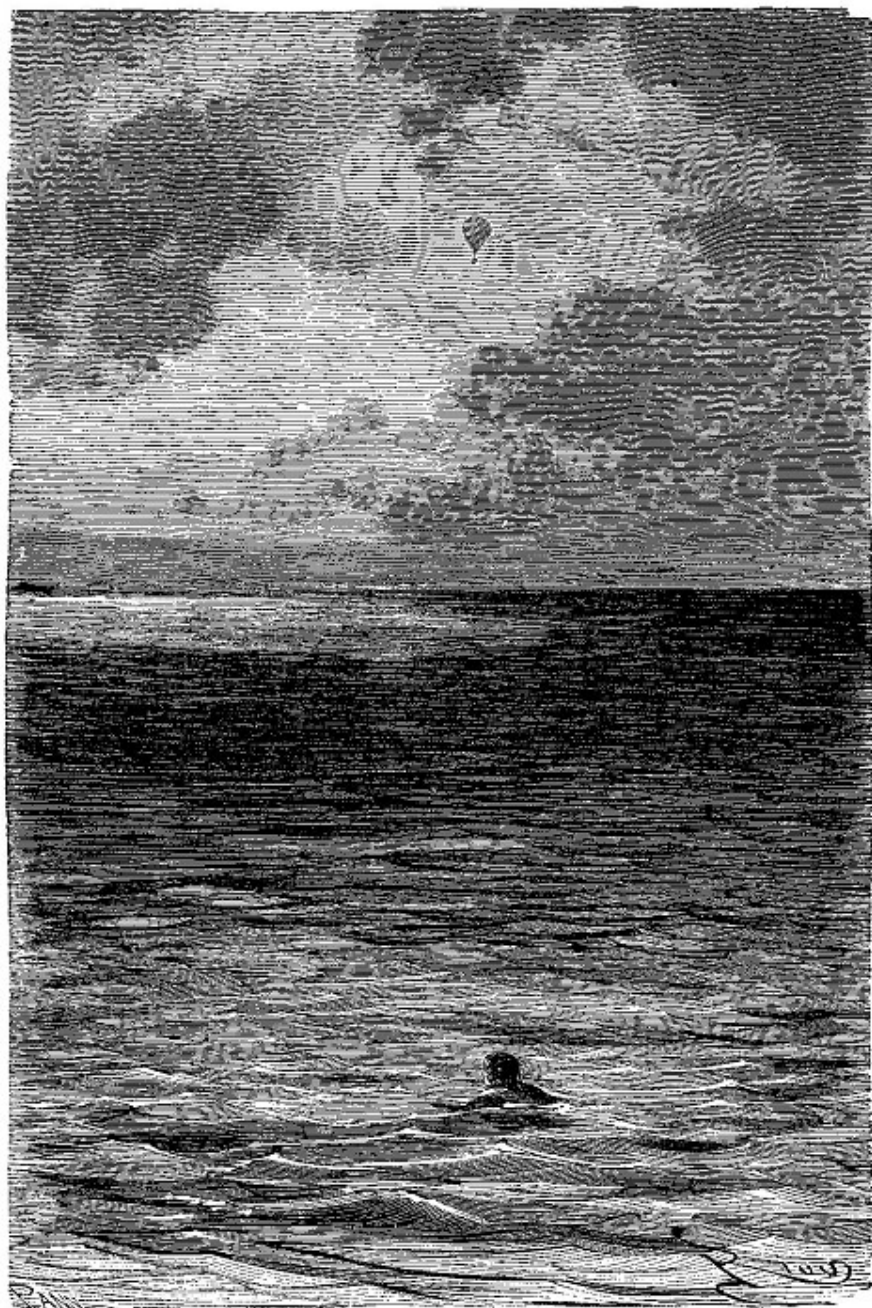
EL LODAZAL — UN ÚLTIMO GRITO

¿Qué era de Joe durante las inútiles pesquisas de su amo? Cuando se precipitó al lago, su primer movimiento al volver a la superficie fue levantar la vista. Vio entonces el *Victoria*, muy elevado ya, que subía más y más con una rapidez suma, que poco a poco iba disminuyendo, y que luego, cogido por una corriente violenta, desaparecía hacia el norte. Su amo, sus amigos, estaban salvados.

—Fortuna ha sido —se dijo— que se me haya ocurrido la idea de arrojar me al Chad. Si no se me hubiese ocurrido a mí, seguro que se le habría ocurrido al señor Kennedy, el cual tampoco habría vacilado en hacer lo que acabo de hacer yo, porque es muy natural que un hombre se sacrifique para salvar a dos. Esto es matemático.

Tranquilo sobre este punto, empezó a pensar en sí mismo. Se hallaba en medio de un lago inmenso rodeado de tribus desconocidas, probablemente feroces, lo que era una razón más para procurar salir de apuros, contando sólo con sus propias fuerzas. No podía hacer otra cosa.

Antes del ataque de las águilas-buitre, que, en su opinión, se habían portado como verdaderos gipaetos, habían distinguido una isla en el horizonte, y resolvió dirigirse a ella. Empezó a desplegar todas sus altas dotes en el arte de la natación, después de desprenderse de sus más pesadas prendas de vestir, sin que le arredrase mucho un paseo de cinco o seis millas. Mientras estuvo en el lago no se cuidó más que de nadar con vigor y en línea recta.



Joe en el lago Chad.

Al cabo de hora y media, la distancia que le separaba de la isla había disminuido considerablemente.

Pero a medida que se acercaba a la orilla, cruzó por su mente una

idea, que siendo en un principio fugitiva, se apoderó luego tenazmente de su cerebro. Sabía que poblaban las orillas del lago enormes caimanes cuya voracidad conocía.

Por más que tuviese la manía de que todo es natural en este mundo, el buen muchacho estaba preocupado sin poderlo remediar; antojósele que la carne blanca debía halagar muy particularmente el paladar de los cocodrilos, y, por consiguiente, se iba acercando a la playa con las mayores precauciones. En esta disposición de ánimo, hallándose a unas 100 brazas de una margen coronada de verdes árboles, llegó a su olfato una bocanada de aire cargado de un fuerte olor a almizcle.

—¡Ya apareció aquello! —se dijo—. ¡El caimán no está lejos!

Y se zambulló rápidamente, pero no lo bastante para evitar el contacto de un cuerpo enorme, cuya escamosa epidermis le arañó al pasar; se creyó perdido y echó a nadar con una precipitación desesperada; subió a la superficie, respiró y desapareció de nuevo. Pasó un cuarto de hora en una angustia indecible que toda su filosofía no pudo dominar, creyendo oír detrás el ruido de las monstruosas mandíbulas que ya casi le tenían atrapado. Nadaba entonces entre dos aguas con la mayor suavidad posible, cuando se sintió cogido por un brazo y luego por la mitad del cuerpo.

¡Pobre Joe! Tuvo para su amo un último pensamiento y empezó a luchar con desesperación, sintiéndose atraído, no hacia el fondo del lago, que es donde los cocodrilos suelen arrastrar la presa para devorarla, sino a la misma superficie.

No bien pudo respirar y abrir los ojos, se vio entre dos negros que parecían de ébano, los cuales le sujetaban vigorosamente y lanzaban gritos extraños.

—¡Toma! —exclamó Joe—. ¡Negros en lugar de caimanes! Mal por mal, los prefiero. Pero ¿cómo se atreven esos monotes a bañarse en estos sitios?

Joe ignoraba que los habitantes de las islas del Chad, como otros muchos negros, se zambullen impunemente en las islas infestadas de caimanes, sin hacerles el menor caso. Los anfibios de aquel lago gozan sobre todo de una reputación bastante merecida de animales inofensivos.

¿Pero no había Joe evitado un peligro, sino para caer en otro? Dio a los acontecimientos el encargo de resolver este problema, y, no pudiendo hacer otra cosa, se dejó conducir a la playa sin manifestar el menor miedo.

—Evidentemente —se decía él—, estos salvajes han visto el *Victoria* rozando las aguas del lago como un monstruo aéreo; han sido testigos lejanos de mi caída y no pueden dejar de guardar consideraciones a un hombre caído del cielo. Dejémosles obrar a su gusto.

Aquí estaba Joe en sus reflexiones, cuando tomó tierra en medio de una muchedumbre aulladora, compuesta de individuos de ambos sexos y de todas las edades, pero no de todos los colores. Se encontraba en medio de una tribu de biddiomahs soberbiamente negros. No tuvo motivos para avergonzarse de la ligereza de su traje, porque se hallaba «desnudo» a la última moda del país.

Pero antes de tener tiempo de darse cuenta de su situación, no pudo equivocarse respecto a las adoraciones de que era objeto, lo que no dejó de tranquilizarle, si bien la historia de Kazez asaltó su memoria.

—¡Presiento que voy a volverme un dios, un hijo cualquiera de la Luna! Lo mismo da ese oficio que otro cualquiera. Sobre todo, no me dejan escoger. Lo que importa es ganar tiempo. Si veo pasar el *Victoria*, me aprovecharé de mi nueva posición para dar a mis adoradores el espectáculo de una ascensión milagrosa.

Mientras se hacía Joe estas reflexiones, la turba se estrechaba en torno suyo, se prosternaba ante él, aullaba, le besaba, se hacía familiar, y tuvo el buen pensamiento de ofrecerle un magnífico festín, compuesto de leche agria y miel con arroz machacado. El digno Joe, que de todo sabía sacar partido, hizo entonces una de las mejores comidas de su vida y dio a su pueblo una alta idea de la manera como los dioses devoran en las grandes ocasiones.

Llegada la tarde, los magos de la isla le cogieron respetuosamente de la mano y le condujeron a una especie de choza rodeada de talismanes. Antes de penetrar en ella, Joe echó una mirada bastante inquieta a algunos montones de huesos que había alrededor del santuario, y estaba pensando en su posición cuando lo encerraron en la choza.

Al anochecer, y aun después de muy entrada la noche, oyó síntomas de fiesta y regocijo, ruido de una especie de tambor y un estrépito de hierro viejo, muy agradable para oídos africanos. Coros de aullidos acompañaban las interminables danzas condimentadas con contorsiones y gestos, que se bailaban alrededor del santuario.

Por entre los cañizos rebozados con lodo que formaban las paredes de su encierro, Joe distinguía aquel atronador bullicio, y tal vez en otras circunstancias le hubiera divertido tan extraña ceremonia; pero una idea muy desagradable atormentaba su mente. Aun mirando las cosas bajo el mejor aspecto posible, le parecía estúpido y aflictivo hallarse perdido en aquella comarca salvaje en medio de semejante gentuza. De los viajeros que habían llegado a aquellas comarcas, pocos habían vuelto a su patria. ¿Podía fiarse de las adoraciones de que era objeto? ¡Tenía muy buenas razones para creer en la vanidad de las grandezas humanas! ¡Se preguntó si en aquel país no se llevaba la adoración hasta el extremo de comerse al adorado!

No obstante tan fatal perspectiva, después de algunas horas de reflexión, el cansancio pudo más que las ideas negras, y Joe se entregó a un sueño bastante profundo, que sin duda hubiera durado hasta el amanecer, si no le hubiese despertado una humedad inesperada.

Aquella humedad fue en aumento; se convirtió en una charca y luego notó Joe que le llegaba el agua a la mitad del cuerpo, y el agua seguía subiendo.

—¿Qué es esto? —se dijo—. ¡Una inundación! ¡Una tromba! ¡Un nuevo suplicio que han inventado esos pícaros! Pues yo no he de aguardar a que el agua me llegue a la boca.

Apuntaló sus hombros atléticos contra la frágil pared y consiguió derribarla. Entonces se encontró en medio del lago. No había isla; se había sumergido durante la noche. Sólo se veía en su lugar la inmensidad del Chad.

—¡Triste país para los propietarios! —dijo Joe, y volvió a ejercer vigorosamente sus facultades natatorias.

Un fenómeno bastante frecuente en aquel lago había salvado al valiente mozo. Del mismo modo que la isla en que él se hallaba, habían desaparecido de la noche a la mañana otras que presentaban la

solidez de una roca, y con frecuencia las poblaciones ribereñas han tenido que recoger a los infelices que han escapado con vida de tan terribles catástrofes.

Joe ignoraba esta particularidad, mas no por eso dejó de aprovecharse de ella. Descubrió un barquichuelo abandonado y no tardó en alcanzarlo. El tal barquichuelo no era más que un tronco de árbol groseramente ahuecado. Tenía dentro, afortunadamente, un par de remos, y Joe se dejó llevar a la deriva por una corriente bastante rápida.

—Orientémonos —se dijo—. La estrella Polar, que desempeña honradamente su oficio de indicar a todo el mundo el camino del norte, va a servirme de guía.

Dejó hacer a la corriente, pues vio con satisfacción que le llevaba a la orilla septentrional del lago. A cosa de las dos de la mañana puso el pie en un promontorio cubierto de cañas espinosas que parecían muy molestas hasta para un filósofo; pero con mucha oportunidad se hallaba aquí un árbol que le ofrecía un asilo entre sus ramas. Joe trepó a él para mayor seguridad, y allí aguardó, dormido no más que a medias, la luz del alba.

Llegó la mañana con una rapidez propia de las regiones ecuatoriales. Joe echó una mirada al árbol que le había servido de refugio durante la noche, y le heló de terror un espectáculo inesperado. Las ramas del árbol estaban literalmente cubiertas de serpientes y camaleones, bajo cuyos apretados anillos desaparecía el follaje. Hubiérase dicho que era un árbol de una especie nueva que producía reptiles, los cuales, a los primeros rayos del sol, empezaron todos a agitarse y retorcerse. Joe experimentó un sentimiento de terror mezclado con asco y se tiró del árbol en medio de desapacibles silbidos.

—He aquí una aventura a la que nadie dará crédito —dijo.

No sabía que las últimas cartas del doctor Vogel hacen mención de esa singularidad de las orillas del Chad, donde los reptiles son más numerosos que en ningún otro país del mundo. Después de lo que acababa de ver, Joe resolvió ser más circunspecto en lo sucesivo y, orientándose por el sol, emprendió de nuevo su peregrinación hacia el

Noroeste. Evitó con el mayor cuidado cabañas, chozas, barracas, cuevas, en una palabra, todo lo que pudiera servir de receptáculos a la raza humana.

¡Cuántas veces levantó al cielo sus miradas! Esperaba ver al *Victoria*, y aunque lo buscó en vano durante todo aquel día de marcha, no disminuyó en lo más mínimo la confianza que tenía en su amo. Mucha energía de carácter necesitaba para aceptar tan filosóficamente su situación. Unióse el hambre a la fatiga, porque un hombre no repara sus fuerzas con raíces, médula de arbustos y frutas poco nutritivas, y, sin embargo, según su cálculo, había avanzado unas 20 millas hacia el oeste. Las cañas del lago, las acacias y las mimosas, habían lacerado con sus espinas su cuerpo, y sus pies ensangrentados sufrían al andar crueles dolores. Pero logró sobreponerse a sus padecimientos, y resolvió pasar la noche junto al Chad.

Allí tuvo que arrostrar las atroces picaduras de millares de insectos. La tierra estaba literalmente cubierta de moscas, mosquitos y hormigas que tenían media pulgada de largo. A las dos horas de estar en aquel sitio, no le quedaba ya a Joe ni una hilacha de la poca ropa que llevaba. Las hormigas la habían devorado toda sin dejarle ni un harapo. Aquélla fue una noche horrible, en que el viajero fatigado no encontró ni un instante de reposo.



El árbol de las serpientes.

Los jabalíes, los búfalos y los *ajubs*, manatíes bastante agresivos, se

agitaban en la maleza y en el agua del lago, y un concierto de fieras retumbaba en medio de la noche. Joe no se atrevía a moverse. Eran ya casi insuficientes para sobrellevar una situación semejante su resignación y su paciencia.

Llegó por fin el día. Joe se levantó más que de prisa, y júzguese cuál sería su asco al ver que un animal tan inmundo como un sapo había participado de su cama. ¡Y qué sapo! Un sapo que tenía 5 pulgadas de largo, monstruoso, repugnante, que le miraba con sus grandes ojos redondos. Joe sintió contraérsele el estómago, y, tomando alguna fuerza de su misma repugnancia, corrió al lago y se zambulló en sus aguas. Aquel baño mitigó un poco la comezón que le atormentaba, y, después de mascar unas cuantas hojas, volvió a emprender su camino con una obstinación y un empeño del que él mismo no podía darse cuenta. No tenía ya conciencia de sus actos y, sin embargo, sentía en sí un acicate superior a la desesperación.

El hambre que le atormentaba era terrible, viéndose obligado a ceñirse fuertemente un bejuco alrededor de su cuerpo. Su estómago, menos resignado que él, se quejaba, y con todo sentía un bienestar relativo, comparando sus padecimientos con los del desierto en que le acosaba la sed, que junto al lago podía apagar a cada paso.

—¿Dónde estará el *Victoria*? —se preguntaba—. El viento viene del norte, ¿cómo es posible que el globo no vuelva hacia el lago? Sin duda mi amo se habrá detenido en algún sitio para restablecer el equilibrio; para el efecto debió de bastarle el día de ayer y, por consiguiente, es muy posible que hoy... Pero procedamos como si le hubiese perdido para siempre. Si tuviese la suerte de llegar a una de las poblaciones del lago, me hallaría en la posición misma de los viajeros de los que me ha hablado mi amo. ¿Por qué no había de salir yo de apuros igual que ellos? Algunos han regresado a su país. ¿Y por qué no había de volver yo? ¡Valor, y ya veremos!

Y mientras hablaba andaba, y andando llegó a un bosque donde se encontró en medio de un grupo de negros salvajes que se ocupaban en emponzoñar sus flechas con el zumo del euforbio, lo que constituye una de las principales ocupaciones de las tribus de aquellas comarcas, lo cual se efectúa con una especie de ceremonia solemne. El intrépido

Joe se detuvo antes de que lo vieran.

Inmóvil y sin respirar, se había ocultado en la maleza, cuando, levantando los ojos, vio por entre el follaje al *Victoria*, al mismo *Victoria*, a 100 pies de su cabeza con dirección al lago. Y no podía dar ninguna voz para que le oyeran, ni tampoco salir de su escondrijo para dejarse ver.

Una lágrima se asomó a sus ojos, y no era lágrima de desesperación sino de reconocimiento. ¡Su amo le estaba buscando! ¡Su amo no le abandonaba! Tuvo que esperar a que se marchasen los negros y entonces pudo salir de la maleza y dirigirse a la orilla del Chad.

Pero entonces el *Victoria* se perdía a lo lejos en el cielo. Joe, que abrigaba la convicción de que volvería a pasar, resolvió esperarlo, y volvió a pasar, efectivamente, pero más al este. Joe corrió, hizo mil señas, dio mil gritos... ¡En vano! Un viento recio arrastraba al globo con una velocidad irresistible.

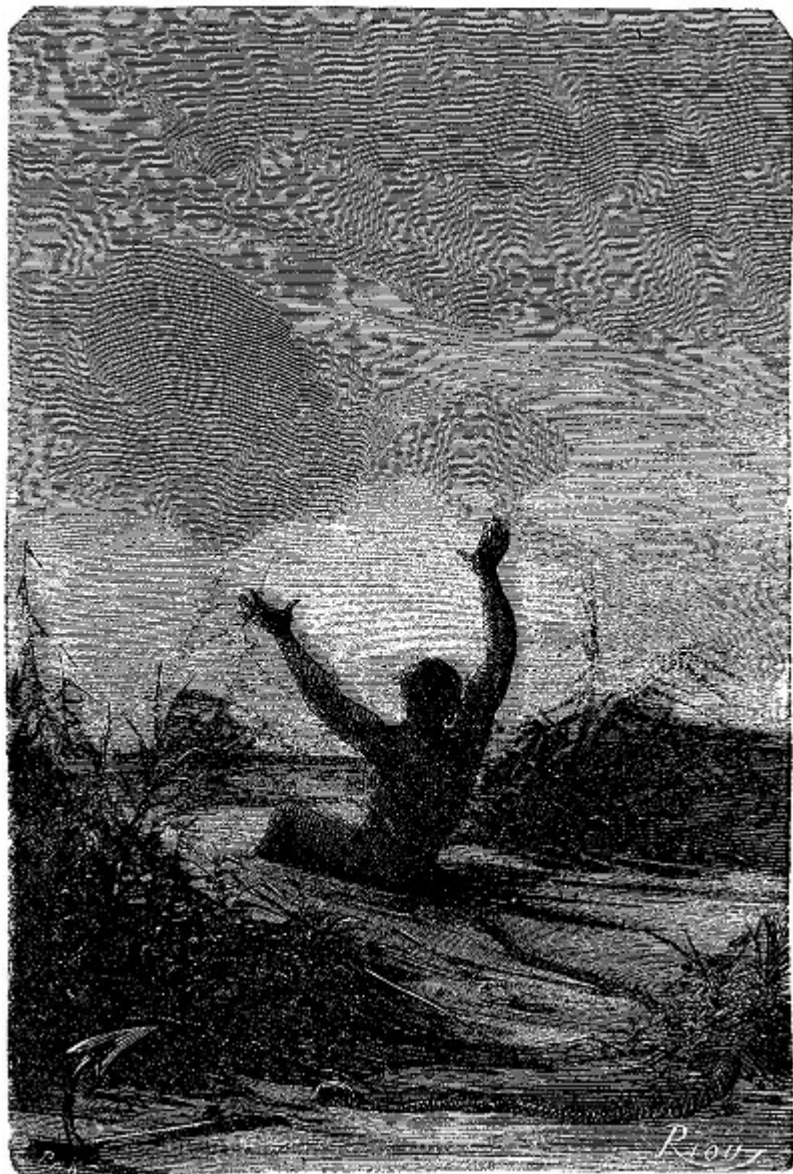
La energía y la esperanza abandonaron por primera vez el corazón del desgraciado. Se vio perdido, creyó que su amo había partido para no volver, y le faltó hasta la fuerza para seguir reflexionando.

Como un loco, con los pies ensangrentados, con el cuerpo magullado, estuvo andando, andando sin parar durante todo el día y parte de la noche. Se arrastraba, ya de rodillas, ya a gatas; veía acercarse el momento en que, faltándole las fuerzas, tenía que morir.

Así llegó delante de un lodazal, sin ver que era un lodazal, porque estaba ya muy entrada la noche, y cayó inesperadamente en él, en un lodo tenaz del que era imposible librarse. A pesar de sus esfuerzos, a pesar de su desesperada resistencia, se fue hundiendo poco a poco en aquel terreno cenagoso, en el cual pocos minutos después estaba ya hundido hasta la mitad del cuerpo.

—¡Aquí está la muerte! —se dijo—. ¡Y qué muerte!

Luchó, forcejeó con denuedo, hasta con rabia, pero sus esfuerzos sólo servían para sepultarlo más y más en aquella tumba que el desgraciado se cavaba a sí mismo. ¡Ni el tronco de un árbol para detenerse, ni una miserable caña de la que asirse! Comprendió que todo para él había concluido, y cerró los ojos.



—¡Amo mío! ¡Amo mío! ¡Socorro...! —exclamó Joe.

—¡Amo mío! ¡Amo mío! ¡Socorro...! —exclamó.

Y su voz desesperada, aislada, ahogada ya, se perdió en el silencio de la noche.

XXXVI

UN GRUPO A LO LEJOS — UN TROPEL DE ÁRABES —

LA PERSECUCIÓN — ¿ESÉL? — CAÍDA DEL CABALLO —

EL ÁRABE ESTRANGULADO — UNA BALA DE KENNEDY — MANIOBRA — RESCATE

AL VUELO — JOE A SALVO

Desde que Kennedy había vuelto a tomar su puesto de observación en la proa de la barquilla, no cesó un momento de observar con la mayor atención el horizonte.

Pasado algún tiempo, se volvió al doctor y le dijo:

—Si no me engaño, allá a lo lejos hay un grupo en movimiento, no siéndome aún posible distinguir si es de hombres o de animales. Lo cierto es que se agitan violentamente, pues levantan una nube de polvo.

—¿No será un viento contrario —dijo Samuel—, un simún que vuelva a arrojarlos al norte?

Y se levantó para examinar el horizonte.

—No lo creo, Samuel —respondió Kennedy—. Es una manada de gacelas o una torada salvaje.

—Tal vez, Dick; pero, sea lo que quiera, se halla al menos a nueve o diez millas de distancia, y yo no alcanzo a ver nada, ni aun con el antejo.

—De todos modos, ya no perderé eso de vista. Hay, en lo que vislumbro, algo extraordinario que excita mi curiosidad sin saber por qué; diríase que es una maniobra de caballería. ¡Y lo es! ¡Ahora te digo que no me engaño! ¡Son gentes a caballo! ¡Míralo!

El doctor observó con atención el grupo indicado.

—Creo que tienes razón —dijo—; es un destacamento de árabes o de tibúes, que llevan la misma dirección que nosotros. Pero nosotros corremos mucho más y les ganaremos fácilmente la delantera. Dentro de media hora estaremos en condiciones de ver y juzgar lo que debemos hacer.

Kennedy seguía mirando atentamente con el anteojo. La partida de jinetes se hacía cada vez más visible; algunos de ellos se aislaban.

—Evidentemente —repuso Kennedy—, es una maniobra o una caza. Diríase que esas gentes persiguen algo. Quisiera saber lo que es.

—Paciencia, Dick. Dentro de poco los alcanzaremos y hasta les dejaremos atrás, si no toman otra dirección; marchamos con una rapidez de veinte millas por hora, y no hay caballo que resista semejante carrera.

Kennedy volvió a su observación, y algunos minutos después dijo:

—Son árabes corriendo a todo escape. Los distingo perfectamente. Hay unos cincuenta. Veo sus albornoces que el viento ahueca. Es un ejercicio de caballería. Su jefe les precede a la distancia de unos cien pasos, y todos le siguen precipitadamente.

—Sea lo que quiera, Dick, no pueden inspirarnos ningún miedo, pero, por si acaso, nos elevaremos.

—¡Aguarda, aguarda, Samuel!

—¡Es singular! —añadió Dick después de un nuevo examen—. Hay algo que no puedo explicarme. A juzgar por sus esfuerzos y la irregularidad de su línea, esos árabes no siguen, sino que persiguen.

—¿Estás seguro de ello, Dick?

—Evidentemente. ¡No me engaño! ¡Es una caza, pero la caza de un hombre! El que les precede no es un jefe, sino un fugitivo.

—¡Un fugitivo! —dijo Samuel, conmovido.

—¡Sí!

—No lo perdamos de vista y adelante.

En poco tiempo disminuyó en 3 o 4 millas la distancia que separaba el globo de los jinetes, no obstante la prodigiosa ligereza con que éstos corrían.

—¡Samuel! ¡Samuel! —exclamó Kennedy con voz trémula.

—¿Qué ocurre, Dick?

—¿Es una alucinación? ¿Es posible?

—¿Qué quieres decir?

—Espera.

Y el cazador limpió rápidamente los cristales del anteojo y volvió a mirar.

—¿Y qué? —le preguntó el doctor.

—¡Es él, Samuel!

—¡Él! —exclamó éste.

¡Él! Lo decía todo. No había necesidad de nombrarle.

—¡Es él a caballo! ¡A menos de cien pasos de sus enemigos! ¡Huye!

—¡Es Joe! —dijo el doctor, palideciendo.

—¡No puede vernos en su fuga!

—¡Nos verá! —respondió Fergusson, disminuyendo la llama de su soplete.

—Pero ¿cómo?

—Dentro de cinco minutos estaremos a cincuenta pies de tierra; dentro de quince estaremos encima de él.

—Debemos disparar un tiro para prevenirle.

—¡No! ¡No puede retroceder! ¡Le cortan la retirada!

—¿Qué hacer, pues?

—Aguardar.

—¡Aguardar! ¿Y esos árabes?

—¡Les alcanzaremos! ¡Les dejaremos atrás! Distamos de ellos dos millas, y con tal de que el caballo de Joe resista...

—¡Gran Dios! —exclamó Kennedy.

—¿Qué pasa?

Kennedy había lanzado un grito de desesperación al ver a Joe rodar por tierra. Su caballo, rendido, extenuado, acababa de caer.

—¡Nos ha visto! —exclamó el doctor—. ¡Al levantarse nos ha hecho una señal!

—¡Pero los árabes van a alcanzarle! ¿Qué espera? ¡Ah! ¡Valiente! ¡Hurra! —gritó el cazador sin poder reprimir su entusiasmo.

Joe, al levantarse del suelo, en el instante de precipitarse contra él uno de los más rápidos jinetes, dio un salto como una pantera, evitó el golpe con un esguince, se echó a la grupa, asió al árabe de la garganta, lo estranguló, lo derribó y prosiguió en el caballo de su enemigo su rápida fuga.

Los árabes lanzaron un grito de furor; pero, no ocupándose más que en la persecución del fugitivo, tan ciegos estaban que no vieron detrás de ellos al *Victoria*, a la distancia de 500 pasos y a menos de 30 pies

del suelo. Ellos distaban entonces del perseguido menos de veinte cuerpos de caballo.

Uno de ellos estaba ya casi tocando a Joe e iba a traspasarle con su lanza, cuando Kennedy, que seguía todos sus movimientos, lo derribó de un balazo.

Joe ni siquiera se volvió al oír el tiro. Una parte de los perseguidores se detuvo al ver el *Victoria*, e hincó la frente en el polvo; pero los demás continuaron acosando de cerca al fugitivo.

—Pero ¿qué hace Joe —exclamó Kennedy— que no se detiene?

—¡Ya sabe lo que se hace, Dick! ¡Le he comprendido! ¡Sigue la dirección del globo! ¡Cuenta con nuestra inteligencia! ¡Bien, valiente! ¡Se lo arrebatamos a los árabes en sus mismas barbas! No estamos más que a doscientos pasos.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Kennedy.

—Deja la carabina.

—Ya está —dijo el cazador soltando el arma—. ¿Y ahora?

—¿Puedes sostener en tus brazos 150 libras de lastre?

—Aunque sea más.

—Bastan las que te digo.

Y el doctor fue amontonando entre los brazos de Kennedy sacos de arena.

—Colócate en la popa de la barquilla y estate preparado para echar todo el lastre de un solo golpe. ¡Pero, por Dios! No lo echés hasta el momento mismo de mandártelo.

—¡Descuida!

—De otro modo erraríamos el golpe y perderíamos a Joe irremisiblemente.

—Te comprendo perfectamente.

El *Victoria* caía entonces casi verticalmente sobre el grupo de jinetes que a escape tendido arremetían contra Joe. El doctor, en la proa de la barquilla, tenía en la mano la escala desplegada, pronto a echarla en el momento preciso. Joe se había mantenido a la distancia de 50 pies de los perseguidores, a quienes el *Victoria* dejó algo rezagados.

—¡Atención, Kennedy!

—Cuando digas.

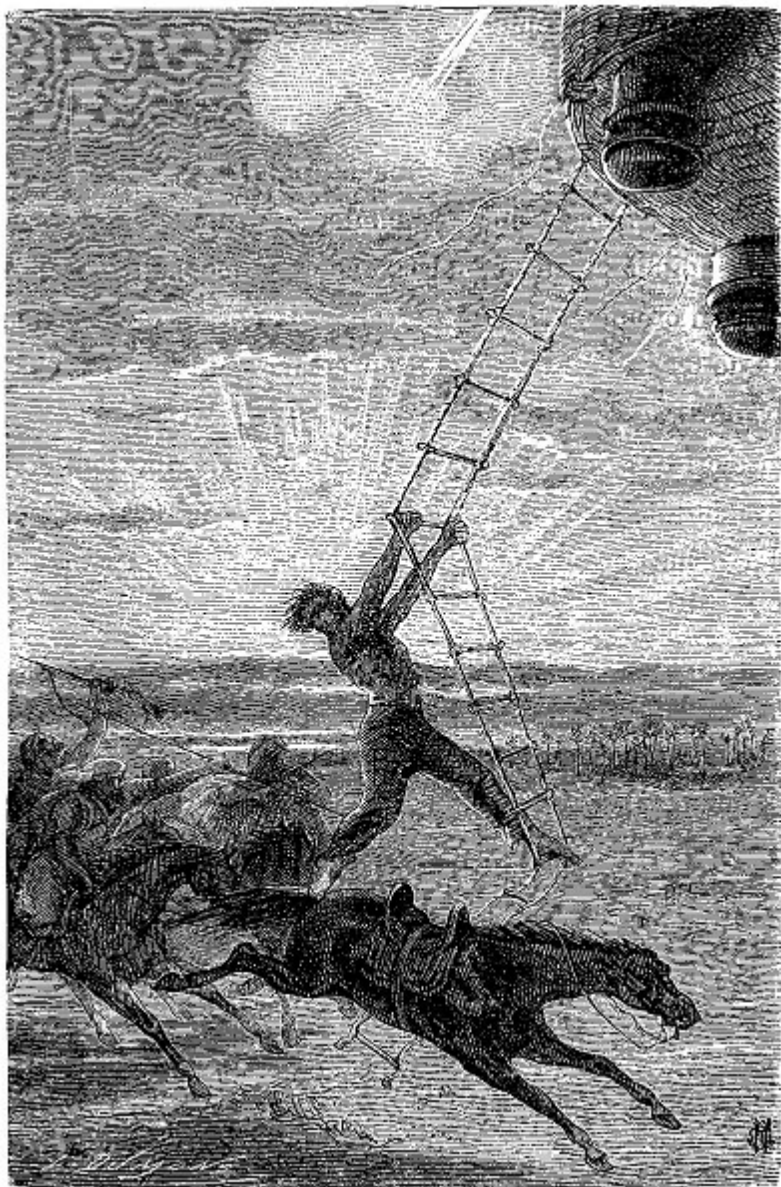
—¡Joe...! ¡Alerta...! —exclamó el doctor con voz sonora, arrojando la escala, cuyos últimos peldaños levantaron polvo del suelo.

Al llamar el doctor, Joe, sin detener el caballo, había vuelto la cabeza, la escala llegó junto a él y en un momento se agarró a ella.

—¡Abajo! —gritó el doctor a Kennedy.

—¡Allá va!

Y el *Victoria*, descargado de un peso superior al de Joe, subió a 150 pies de un solo salto.



La recogida de Joe.

Joe se agarró con fuerza a la escala para no ceder a sus violentas sacudidas; hizo a los árabes una mueca indescriptible y, trepando con la agilidad de un mono, llegó a los brazos de sus compañeros.

—¡Mi amo! ¡Señor Dick! —exclamó Joe.

Y, rendido por la emoción y la fatiga, cayó desvanecido, mientras

Kennedy, casi delirante, exclamaba:

—¡Salvado! ¡Salvado!

—¡Pues no faltaba más! —dijo el doctor, que había recobrado su impasibilidad habitual.

Joe estaba casi desnudo, y llevaba impresos sus padecimientos en sus brazos ensangrentados y en su cuerpo, cubierto de cardenales y magulladuras. El doctor curó cuidadosamente sus heridas y le acostó bajo la tienda.

Joe recobró luego sus sentidos y pidió un vaso de aguardiente, que el doctor le dejó beber, porque Joe no debía tratarse como la generalidad de los enfermos. Después de beber, el valiente criado estrechó la mano de sus dos compañeros y se manifestó dispuesto a contar su historia.

Pero como el doctor no le permitió hablar, concilió un profundo sueño, que bien lo necesitaba.

Entonces, el *Victoria* tomaba una línea oblicua hacia el oeste.

Empujado por un viento muy fuerte, volvió a ver las orillas del desierto espinoso y las palmeras encorvadas o arrancadas por el ímpetu de la tormenta, y después de haber andado 200 millas, llegó, por la tarde, al 10º de longitud.

XXXVII

EL CAMINO DEL OESTE — JOE, AL DESPERTAR — SU TERQUEDAD — FIN DE LA HISTORIA DE JOE —
TEGELEL — ZOZOBRAS DE

KENNEDY — RUMBO AL NORTE — UNA NOCHE CERCA DE AGADÉS

Durante la noche pareció que el viento quería también descansar de sus fatigas del día, y el *Victoria* permaneció pacíficamente sobre la copa de un corpulento sicómoro. El doctor y Kennedy se repartieron la guardia, y Joe durmió de un tirón por espacio de veinticuatro horas.

—Que duerma —dijo Fergusson—. El reposo es el único remedio que necesita, y la naturaleza se encargará de completar su curación.

Al amanecer volvió el viento fuerte, pero variable, echándose al norte y al sur; por fin, después de algunas alternativas, el *Victoria* fue empujado hacia el oeste.

El doctor, con la carta en la mano, reconoció el reino de Damergu, terreno que ofrece ondulaciones de una fertilidad suma, con aldeas cuyas chozas están formadas de cañas entrelazadas con ramas de asalepsias. En los campos cultivados, las gavillas estaban colocadas en lo alto de una especie de andamios, con objeto de preservarlas de la acción de ratones y otros roedores dañinos.

Se alcanzó luego la ciudad de Zinder, fácil de reconocer por su gran plaza de las ejecuciones en cuyo centro se levanta el árbol de la muerte, y al pie de éste vela el verdugo. El que pasa bajo su sombra es inmediatamente ahorcado.

Consultando la brújula, Kennedy no pudo abstenerse de decir:

—¡Otra vez rumbo al norte!

—¿Qué importa? Si el viento nos lleva a Tombuctu, no tenemos motivos de queja. Nunca se habrá verificado un viaje en mejores condiciones.

—Ni con mejor salud —respondió Joe, asomando su apacible semblante por entre las cortinas de la tienda.

—¡Calle! ¿Aquí tú? ¡Nuestro amigo, nuestro salvador! ¿Qué tal va?

—Como siempre, señor Kennedy, como siempre. Nunca he estado mejor que ahora. No hay nada que entone tanto a un hombre como un viaje de recreo precedido de un baño en el Chad. ¿No es verdad, mi amo?

—¡Noble corazón! —respondió Fergusson, estrechándole la mano—. ¡Cuántas angustias e inquietudes nos has ocasionado!

—Pues ¿y yo? ¿Creéis que las he pasado pequeñas, pensando en lo que podría haber sido de vos y del señor Kennedy? ¡Bien podéis vanagloriaros de haberme metido mucho miedo!

—Nunca nos entenderemos, Joe, si lo echas todo a broma.

—Ya veo que su caída no le ha modificado —añadió Kennedy.

—Tu desprendimiento ha sido sublime, muchacho, y nos ha salvado, porque el *Victoria* caía en el lago, y una vez allí, nada podría sacarlo.

—Pero si mi desprendimiento, como llamáis a mi zambullida, os ha salvado, ¿no me ha salvado también a mí, puesto que aquí estamos los tres sanos y salvos? No tenemos, por consiguiente, nada que agradecernos.

—No hay manera de entenderse con este mozo —dijo el cazador.

—La mejor manera de entendernos —replicó Joe— es no hablar más del asunto. Lo pasado, pasado. Bueno o malo, no hay que recordarlo.

—¡Qué terco eres! —dijo el doctor riendo—. Pero, ¿nos contarás al menos tu historia?

—¡Si os empeñáis! Pero antes voy a asar este soberbio ganso, pues ya veo que el señor Dick ha hecho de las suyas.

—¡Y tanto, Joe!

—Pues bien; vamos a ver cómo se conduce un ganso de África en un estómago europeo.

Dorado el ganso al calor del soplete, fue en poco tiempo devorado. Joe comió, como era natural lo hiciese, después de tan prolongado ayuno.

Después del té y del grog, puso a sus compañeros al corriente de sus aventuras, y habló con cierta emoción, no obstante considerar los acontecimientos bajo el punto de vista de su filosofía habitual. El doctor le estrechó varias veces la mano, al ver en él un criado más

interesado en la salvación de su amo que en la suya propia, y respecto a la sumersión de la isla de los biddiomahs, le explicó la frecuencia en el lago Chad de tan notable fenómeno.

Por fin, Joe, prosiguiendo su narración, llegó al momento en que, hundido en el lodazal, lanzó un último grito de desesperación.

—Yo me creía perdido, señor; a vos se dirigían mis pensamientos. Practiqué terribles esfuerzos sin que pueda decir cómo; pero estaba decidido a no dejarme engullir sin discusión, cuando a dos pasos distinguí (qué, me diréis) un pedazo de cuerda recién cortada. Multipliqué mis esfuerzos, y echando el resto, pude llegar a coger el cable y tiré de él, y después de mucho tirar, puse el pie en tierra firme. En el otro extremo de la cuerda había un ánora, a la cual, si vos, señor, no veis en ello ningún inconveniente, tengo el derecho de llamar ánora de salvación. ¡La reconocí! ¡Era un ánora del *Victoria*! ¡Vos habíais tomado tierra en aquel mismo punto! Sigo la dirección de la cuerda que me indicaba la vuestra, y después de nuevos esfuerzos salgo del atolladero. Con la libertad de mis miembros había recobrado mi ánimo, y anduve una parte de la noche alejándome del lago. Llegué al fin a la entrada de un inmenso bosque, donde había un cercado, en el que pastaban tranquilamente unos cuantos caballos. ¿No es verdad que hay ocasiones en la vida en que no hay nadie que no sepa montar a caballo? Sin perder un minuto en reflexionar, me monto de un salto en uno de los cuadrúpedos y le eché a correr a todo escape en dirección al norte. No os hablaré de las ciudades que no he visto, ni de las aldeas que he procurado no ver. Atravieso campos sembrados, salto zanjas, y corro, y vuelo, y quiero volar más, y así llego a las lindes de las tierras cultivadas. Ya estoy en el desierto. Tanto mejor; así tendré más horizonte delante de mí, y observará más objetos mi mirada. Esperaba ver el *Victoria*, que debía navegar por ahí de vuelta y vuelta. Pero, nada. Sigo corriendo, sigo volando, y al cabo de tres horas me meto como un imbécil en un campamento de árabes. ¡Ah! ¡Qué caza! Os digo, señor Kennedy, que un cazador no sabe lo que es caza hasta que ha sido cazado él mismo. Os aconsejo, sin embargo, que no deseéis saberlo a tanta costa. Mi caballo no podía ya más, los bárbaros me siguen de cerca, los tengo ya encima, me caigo y, no

quedándome otro recurso, salto a la grupa de uno de mis perseguidores. Yo no le tenía mala voluntad, y no debe guardarme ningún rencor por haberle apretado el tragadero. Pero yo os había visto, y sabéis lo demás. El *Victoria* me sigue y me cogéis al vuelo como se coge una sortija en el juego de este nombre. ¿No tenía razón en confiar? Ya veis, señor Samuel, que todo lo que ha pasado es muy sencillo y lo más natural del mundo.

Dispuesto estoy a repetir lo hecho, si la ocasión lo requiere. Es cosa de la que ni siquiera vale la pena de hablar.

—¡Buen Joe! —respondió el doctor, muy conmovido—. ¡No en vano confiábamos en tu inteligencia y destreza!

—No hay más que seguir los acontecimientos para salir de apuros. Lo mejor es aceptar las cosas como se presentan.

Durante la narración de Joe, el globo había salvado rápidamente una extensión de país considerable; Kennedy hizo notar en el extremo del horizonte una multitud de casas que ofrecían el aspecto de una ciudad. El doctor consultó su carta y reconoció la ciudad de Tagelel, en el Damergu.

—Aquí —dijo— volveremos a encontrar el camino de Barth. Tenemos a la vista el punto en que se separó de sus dos compañeros, Richardson y Overweg. El primero debía seguir la senda de Zinder, y el segundo la de Moradi, y ya sabéis que de los tres viajeros Barth es el único que volvió a Europa.

—Así, pues —dijo el cazador—, siguiendo en el mapa la dirección del *Victoria*, avanzamos directamente hacia el norte.

—Directamente, amigo Dick.

—¿Y no lo sientes?

—¿Por qué?

—Porque nos dirigimos a Trípoli cruzando el gran desierto.

—Espero no ir tan lejos, Kennedy.

—¿Dónde, pues, piensas detenerte?

—Dime, Dick, ¿no sientes curiosidad de ver Tombuctu?

—¿Tombuctu?

—Sin duda —repuso Joe—. Nadie debe permitirse un viaje a África

sin visitar Tombuctu.

—Tú serás el quinto o sexto europeo que habrá visto esta ciudad misteriosa

—Pues vamos a Tombuctu.

—Entonces deja que lleguemos a los 17º o 18º de latitud, y allí buscaremos un viento favorable que nos empuje hacia el oeste.

—De acuerdo —respondió el cazador—. Pero ¿tenemos aún que avanzar mucho hacia el norte?

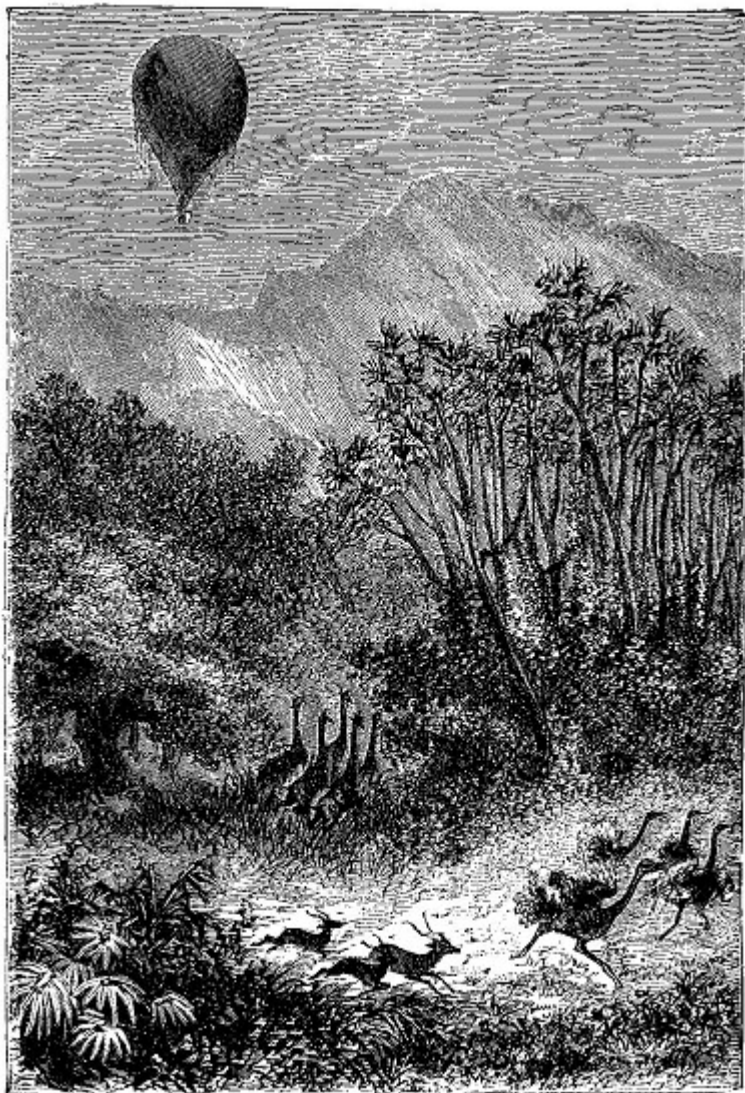
—Ciento cincuenta millas, al menos.

—Entonces —replicó Kennedy—, voy a dormir un poco.

—Dormid, señor Dick —respondió Joe—, y vos también, mi amo, imitad al señor Dick. Tenéis, sin duda, necesidad de descanso porque os he hecho velar de una manera indiscreta.

El cazador se quedó tendido bajo la tienda; pero Fergusson, que era infatigable, permaneció en su puesto de observación.

Tres horas después, el *Victoria* salvaba con una rapidez suma un terreno pedregoso con altas cordilleras de montañas peladas, de base granítica. Algunos picos aislados tenían una elevación de 4.000 pies. Las jirafas, los antílopes y los avestruces saltaban con maravillosa agilidad en medio de bosques de acacias, mimosas, guamos y palmeras. Terminaba la aridez del desierto y la vegetación recobraba su imperio. Aquél era el país de los kailuas,



El país de los kailuas.

que se tapan la cara por medio de una banda de algodón, lo mismo que sus peligrosos vecinos los tuareg.

A las diez de la noche, después de una soberbia travesía de 250 millas, el *Victoria* se detuvo encima de una ciudad importante, de la cual, al suave resplandor de la Luna, se veía una parte medio arruinada. Algunas cúpulas y minaretes de mezquitas reflejaban en distintos puntos los blancos rayos de la Luna, y el doctor, calculando la altura de las estrellas, reconoció que se hallaban en las

inmediaciones de Agadés.

Dicha ciudad, centro en otro tiempo de un inmenso comercio, caminaba ya rápidamente a su ruina en la época en que la visitó el doctor Barth.

El *Victoria*, no siendo percibido en la sombra, tomó tierra a dos millas de Agadés, en un gran campo de mijo. La noche fue bastante tranquila, y a las cinco de la mañana el globo se vio solicitado hacia el oeste y hasta un poco al sur por un viento ligero.

Fergusson no desperdició la ocasión y, elevándose rápidamente, se envolvió en los rayos del sol naciente.

XXXVIII

TRAVESÍA RÁPIDA — RESOLUCIONES PRUDENTES — CARAVANAS —
CHUBASCOS CONTINUOS — GAO — EL NÍGER — GOLBERRY,
GEOFFROY, GRAY — MUNGO PARK — LAING — RENÉ CAILLÉ
— CLEPPERTON — JOHN Y RICHARD LANDER

El día 17 de mayo fue tranquilo y se pasó sin ningún incidente digno de mencionarse. Se presentó nuevamente el desierto. Un viento no muy fuerte volvió a empujar al *Victoria* hacia el Sudoeste, y el globo no oscilaba a derecha ni a izquierda, trazando su sombra en la arena una línea rigurosamente recta.

El doctor, antes de partir, había renovado prudentemente su provisión de agua, temiendo no poder tomar tierra en aquellas comarcas totalmente plagadas de tuareg. La meseta, cuya elevación era de 1.800 pies sobre el nivel del mar, se deprimía hacia el sur. Cortando el camino de Agadés a Murzuk, en el que se distinguían muchas pisadas de camellos, los viajeros llegaron por la noche a los 16º de latitud y 4º 55' de longitud, después de haber pasado 180 millas de prolongada monotonía.

Joe, durante aquel día, condimentó las últimas aves, que no habían recibido más que una preparación preliminar, y dispuso una comida de chochas sumamente apetitosa. Como el viento era bueno, el doctor resolvió proseguir su camino durante la noche, que era muy clara por alumbrarla la Luna casi llena. El *Victoria* ascendió a una altura de 500 pies, y en toda aquella travesía nocturna de unas 60 millas no había ruido suficiente en la atmósfera para interrumpir el ligero sueño de un niño. El domingo por la mañana varió de nuevo el viento hacia el Noroeste. Algunos cuervos cruzaban los aires, y se distinguían en el extremo horizonte numerosos buitres, que afortunadamente no se acercaron.

La aparición de aquellas aves indujo a Joe a cumplimentar a su amo por su feliz idea de embutir un globo dentro de otro.

—¿Qué sería de nosotros a estas horas —dijo— con un envoltorio solo? Este segundo globo es como la lancha del buque que remplaza a éste en caso de naufragio.

—Tienes razón, Joe; pero mi lancha me causa alguna zozobra, pues no vale tanto como el buque.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kennedy.

—Quiero decir que el nuevo *Victoria* es inferior al otro, pues ya sea que el tejido se haya rozado y desgastado, ya sea que la forma se haya derretido al calor de la serpentina, lo cierto es que noto cierto desperdicio de gas, que hasta ahora no es una gran cosa, pero no deja de ser apreciable. Tenemos tendencia a bajar, y para impedirlo me veo obligado a dar mayor dilatación al hidrógeno.

—La avería me parece de mal género —dijo Kennedy—, y no debe de tener remedio.

—No lo tiene, amigo Dick, por lo que creo que deberíamos darnos prisa, sin detenernos de noche.

—¿Estamos aún lejos de la costa? —preguntó Joe.

—¿Qué costa? ¿Sabemos acaso a dónde nos conducirá el azar? Lo que puedo decirte es que distamos aún de Tombuctú cuatrocientas millas hacia el oeste.

—¿Y cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Si el viento no nos separa demasiado, cuento con encontrar dicha ciudad el martes al anochecer.

—Entonces —dijo Joe, indicando una prolongada comitiva de bestias y de hombres que avanzaba en medio del desierto— llegaremos más pronto que aquella caravana.

Fergusson y Kennedy se asomaron y percibieron una aglomeración de hombres y bestias muy considerable. Había más de ciento cincuenta camellos de los que por 12 *mutkabas* de oro van de Tombuctú a Tafiote con una carga de 500 libras. Todos llevaban bajo la cola un talego destinado a recoger su excremento, que es el único combustible con que se puede contar en el desierto.

Aquellos camellos de los tuareg son de una especie superior a todas las demás, pues pueden pasar de tres a siete días sin beber y dos sin comer, y, además, superan en ligereza a los caballos, y obedecen con

inteligencia al *khabir* o conductor de la caravana. Son conocidos en el país con el nombre de *meharis*.

Tales fueron los pormenores dados por el doctor, mientras sus compañeros contemplaban aquella multitud de hombres, mujeres y niños que marchaban penosamente por una arena movediza, contenida únicamente por algunos cardos y hierbas agostadas y zarzales muy ruines. El viento borraba casi instantáneamente la huella de sus pasos.

Joe preguntó cómo podían los árabes conducirse en el desierto y encontrar los pozos esparcidos en aquella soledad inmensa.

—Los árabes —respondió Fergusson— han recibido de la Naturaleza un maravilloso instinto para reconocer su rumbo. Donde un europeo se desorientaría, ellos no vacilan nunca. Una piedra insignificante, un guijarro, una hierbecita, el indiferente matiz de las arenas, les bastan para dirigirse con seguridad completa. Durante la noche, se guían por la estrella Polar, y no andan más que dos millas por hora. En las horas de más calor duermen la siesta, y no es necesario decir más para comprender cuánto tiempo invertirán en atravesar el Sáhara, que es un desierto de más de novecientas millas.

Pero el *Victoria* había ya desaparecido a las miradas atónitas de los árabes, que debieron de envidiar su rapidez. Por la tarde pasaba por los 2º 26' de longitud³⁸, y durante la noche avanzó más de un grado.

El lunes varió el tiempo completamente. Empezó a diluviar, y hubo precisión de resistir el exceso de peso con que la lluvia cargaba el globo y la barquilla. Aquel aguacero continuado hacía que toda la superficie del país fuese una inmensa ciénaga, reapareciendo la vegetación con las mimosas, los baobabs y los tamarindos.

Tal era el Suray, con sus aldeas compuestas de chozas, cuya forma les daba cierta semejanza con un gorro armenio. Había, pues, montañas, reduciéndose éstas a colinas muy bajas que forman barrancos y despeñaderos incesantemente cruzados por gallináceas y pintadas de rápido vuelo. A trechos, un impetuoso torrente cortaba las sendas, que los indígenas atravesaban agarrándose a un bejuco tendido entre dos árboles. Los bosques iban poco a poco siendo remplazados por juncales donde se agitaban caimanes, hipopótamos y

rinocerontes.

—No tardaremos en ver el Níger —dijo entonces el doctor—; las comarcas se metamorfosean en la proximidad de los grandes ríos. Los grandes ríos que, según una feliz expresión, son caminos que andan, traen con ellos la vegetación primero, y más adelante traerán la civilización. Así es como el Níger, en su trayecto de doscientas cincuenta millas, ha sembrado en sus márgenes las más importantes ciudades de África.

—Eso —dijo Joe— me recuerda la historia de aquel gran admirador de la Providencia, de la cual decía que era acreedora a sus aplausos por haber hecho pasar los ríos por las grandes ciudades.

A cosa del mediodía, el *Victoria* pasó por encima de una población llamada Gao, que fue en otro tiempo una gran capital, y a la sazón estaba reducida a una aglomeración de chozas bastante considerable.

—He aquí el sitio —dijo el doctor— por el cual Barth atravesó el Níger a su regreso de Tombuctú, el Níger, el río famoso de la Antigüedad, el rival del Nilo, al cual atribuyó un origen celestial la superstición pagana. El Níger ha llamado, como el Nilo, la atención de los geógrafos de todos los tiempos, y su exploración, más aún que la del Nilo, ha costado numerosas víctimas.

El Níger corría entre dos orillas muy separadas una de otra, y sus aguas se dirigían al sur con cierta violencia; pero los viajeros apenas tuvieron tiempo de observar sus curiosos contornos.

—Voy a hablaros de ese río —dijo Fergusson—, y está ya lejos de nosotros. El Níger, que casi puede competir con el Nilo en longitud, recorre una extensión inmensa del país, y según las comarcas que atraviesa, toma los nombres de Dhiouleba, Mayo, Egghirreou, Quorra y otros que todos significan *río*.

—¿Siguió el doctor Barth ese camino? —preguntó Kennedy.

—No, Dick. Dejando el lago Chad, atravesó las principales ciudades de Bornu, y pasó el Níger por Sau, cuatro grados más abajo de Gao. Luego penetró en el seno de las inexploradas comarcas que el Níger encierra en su recodo, y después de ocho meses de nuevas fatigas, llegó a Tombuctú, lo que nosotros, con un viento tan fuerte, haremos en tres días escasos.

—¿Se ha descubierto el origen del Níger? —preguntó Joe.

—Hace ya mucho tiempo —respondió el doctor—. El reconocimiento del Níger y de sus afluentes atrajo numerosas exploraciones, de las cuales voy a indicaros las principales. De 1749 a 1758, Adamson reconoce el río y visita Gorea. De 1785 a 1788, Golberry y Geoffroy recorren los desiertos de la Senegambia, y suben hasta el país de los nuros, los cuales asesinaron a Saugnier, Brison, Adam, Riley, Cochelet y otros muchos desgraciados. Viene entonces el ilustre Mungo Park, el amigo de Walter Scott, escocés como él. Enviado en 1795 por la Sociedad africana de Londres, alcanza Bambara, ve el Níger, hace quinientas millas con un traficante de esclavos, recorre el río Gambia y regresa a Inglaterra en 1797; vuelve a partir el 30 de enero de 1805 con su cuñado Anderson, con el dibujante Scott y una multitud de operarios; llega a Gorea, se agrega a una partida de treinta y cinco soldados, y vuelve a ver el Níger el 19 de agosto; pero entonces, a consecuencia de las fatigas, de las privaciones, de los malos tratos, de las inclemencias del cielo, de la insalubridad del país, no quedaban ya vivos de los cuarenta europeos más que once; el 16 de noviembre llegaron a manos de su esposa las últimas cartas de Mungo Park, y un año después se supo por un traficante del país que, habiendo llegado a Bonza, por el Níger, el 23 de diciembre, el desventurado viajero vio derribada su barca por las cataratas del río y fue degollado por los indígenas.

—¿Y un fin tan terrible no contuvo a los exploradores?

—Al contrario, Dick, porque entonces no sólo hubo que reconocer el río, sino que también hubo que buscar los papeles del viajero. En 1816, se organizó en Londres una expedición, en la cual toma parte el mayor Gray; llega al Senegal, penetra en el Futa-Djallon, visita las poblaciones de fellahas y mandingas, y regresa a Inglaterra sin otro resultado. En 1822, el mayor Laing explora toda la parte de África occidental próxima a las posesiones inglesas, siendo el primero que llegó a los manantiales del Níger, y, según sus documentos, el origen de este río inmenso no tiene dos pies de ancho.

—Es fácil de saltar —dijo Joe.

—¡Fácil! —replicó el doctor—. Según la tradición, el que quiere

pasar de un salto aquel manantial es inmediatamente engullido, y el que va a sacar agua de él se siente rechazado por una mano invisible.

—Pero ¿me será permitido —preguntó Joe— no creer una palabra de la tradición?

—Nadie te lo impide, Joe. Cinco años después, el mayor Laing debió atravesar el Sáhara, penetrar en Tombuctú y morir estrangulado a algunas millas más arriba por los indígenas que querían obligarle a hacerse musulmán.

—¡Otra víctima! —dijo el cazador.

—Entonces un joven valeroso, con muy escasos recursos, emprendió y llevó a cabo el viaje moderno más asombroso. Aludo al francés René Caillé. Después de varias tentativas en 1819 y en 1824, partió de nuevo el 19 de abril de 1827 de Río Núñez; el 9 de agosto llegó de tal manera extenuado y enfermo a Time, que no pudo proseguir su viaje hasta seis meses después, en enero de 1828; se incorporó entonces a una caravana, protegido por su traje oriental, alcanzó el Níger el 10 de marzo, penetró en la ciudad de Yenne, se embarcó en el río y descendió hasta Tombuctú, donde llegó el 30 de abril. En 1760 otro francés, Imbert, y en 1810 un inglés, Robert Adams, habían tal vez visto aquella ciudad curiosa. Pero René Caillé es el primer europeo que ha suministrado datos exactos; el 4 de mayo se separó de aquella reina del desierto; el 9 reconoció el mismo sitio en que fue asesinado el mayor Laing; el 19 llegó a El-Arnuan y dejó aquella ciudad comercial para salvar, corriendo mil peligros, las vastas soledades comprendidas entre el Sudán y las regiones septentrionales del África; por último entró en Tánger, y el 28 de setiembre se embarcó para Tolón; de suerte que en diecinueve meses, no obstante una enfermedad de ciento ochenta días, había atravesado África del oeste al norte. ¡Ah! ¡Si Caillé hubiera nacido en Inglaterra, se le habría honrado como al más intrépido viajero de los tiempos modernos, como al mismo Mungo Park! Pero en Francia no se le apreció en todo su valor³⁹.

—Era un valiente explorador —dijo el cazador—. ¿Y qué se hizo de él?

—Murió a los treinta y nueve años, de resultas de sus fatigas. En

Inglaterra se le hubieran tributado los mayores honores; pero en Francia se creyó haber hecho bastante adjudicándole en 1828 el premio de la Sociedad de Geografía. Y mientras él realizaba tan maravilloso viaje, un inglés concebía la misma empresa, y la intentaba con igual valor, pero con menos fortuna. Hablo del capitán Clepperton, el compañero de Denham. En 1829 entró en África por la costa oeste en el golfo de Benin, siguió las huellas de Mungo Park y de Laing, encontró en Bussa los documentos relativos a la muerte del primero, llegó el 20 de agosto a Sakatu, y allí, hecho prisionero, exhaló el último suspiro entre los brazos de su fiel criado Richard Lander.

—¿Y qué se hizo de Lander? —preguntó Joe con mucho interés.

—Pudo ganar la costa y regresar a Londres con los papeles del capitán y una relación exacta de su propio viaje. Entonces ofreció sus servicios al Gobierno para completar el reconocimiento del Níger; asoció a su empresa a su hermano John, hijo segundo de una pobre familia de Cornualles, y de 1829 a 1831 volvieron a bajar los dos el río desde Bussa hasta su desembocadura, describiendo el camino milla por milla y aldea por aldea.

—¿Es decir, que los dos hermanos se libraron de la suerte común? —preguntó Kennedy.

—Sí, al menos en aquella exploración; pero en 1833 Richard emprendió un tercer viaje al Níger, y murió de un balazo junto a la desembocadura del río. Ya veis, pues, amigos míos, que el país que atravesamos ha sido testigo de nobles sacrificios que con harta frecuencia no han tenido más recompensa que la muerte.

XXXIX

EL PAÍS EN EL RECODO DEL NÍGER — VISTA FANTÁSTICA DE LOS MONTES HOMBORI

— KABAR — TOMBUCTÚ

— PLANO DEL DOCTOR BARTH — DECADENCIA —

DONDE EL CIELO QUIERA

El doctor Fergusson quiso matar el tiempo en aquel pesado día dando a sus compañeros mil noticias acerca de la comarca que atravesaban. El terreno, bastante llano, no ofrecía a su marcha ningún obstáculo. Lo único que ponía en algún cuidado al doctor era el maldito viento del Noroeste que soplaba furiosamente y le alejaba de la latitud de Tombuctú.

El Níger, después de haber subido a esta ciudad por la parte norte, se rodea como un inmenso chorro de agua y desemboca en el océano Atlántico formando un ancho delta. En aquel recodo el país es muy variado, distinguiéndose tan pronto por una exuberante fertilidad como por una aridez extrema. Llanuras incultas suceden a campos de maíz, que son luego remplazados por dilatados terrenos cubiertos de retama. Todas las especies de aves acuáticas, el pelícano, la cerceta, el martín pescador, habitan, formando numerosos bandos, las orillas de los torrentes y las márgenes de los pantanos.

De cuando en cuando aparecía un campamento de tuareg abrigado bajo sus tiendas de cuero, en tanto que las mujeres se dedicaban a las faenas exteriores ordeñando sus camellos, con la enorme pipa encendida en la boca.

A cosa de las ocho de la tarde, el *Victoria* había avanzado más de doscientas millas hacia el oeste, y los viajeros fueron entonces testigos de un magnífico espectáculo.

Algunos rayos de luna se abrieron paso por una hendidura de las nubes, y, deslizándose entre las gotas de lluvia, bañaban las cordilleras del Hombori. Nada más extraño que aquellas crestas de apariencia basáltica, que se perfilaban formando fantásticas siluetas en el

sombrío cielo. Parecían las ruinas de una inmensa ciudad de la Edad Media de que hablan las leyendas y recordaban los bancos de hielo de los mares glaciales, tal como en las noches oscuras se presentan a la mirada atónita.

—He aquí una ciudad de los *Misterios de Udolfo* —dijo el doctor—; Ana Radoliff no hubiera acertado a pintar aquellas montañas bajo un aspecto más imponente.

—No quisiera —respondió Joe— pasearme solo durante la noche por este país de fantasmas. Todo este paisaje, si no pesase tanto, me lo llevaría a Escocia. Haría muy bien las márgenes del lago Lomond, y atraería muchos curiosos.



—Nuestro globo no es bastante capaz para satisfacer tu capricho. Pero me parece que nuestra dirección varía. ¡Bueno! Los duendes de estos lugares son muy amables, nos envían un vientecillo del Sudeste que va a ponernos en buen camino.

En efecto, el *Victoria* volvía a tomar rumbo más al norte, y el 20 por la mañana pasaba por encima de una inextricable red de canales, torrentes y ríos, que constituían la encrucijada completa de los afluentes del Níger. Algunos de aquellos canales, cubiertos de una hierba espesa, parecían feraces praderas. Allí encontró el doctor el

camino de Barth, cuando éste se embarcó en el río para bajar hasta Tombuctú. El Níger, ancho de unas 800 toesas, corría allí entre dos orillas cubiertas de crucíferas y tamarindos. Grupos de gacelas triscadoras confundían sus retorcidos cuernos con las altas hierbas, desde las cuales el caimán las acechaba.

Largas recuas de asnos y camellos, cargados de mercancías de Yenne, desaparecían bajo las frondosas arboledas, y luego en una revuelta del río se presentó un anfiteatro de casas bajas, en cuyas azoteas y techos estaba acumulado todo el heno recogido en las comarcas circundantes.

—He aquí Kabar —exclamó el doctor con alegría—. Kabar es el puerto de Tombuctú, del cual la ciudad no dista más que cinco millas.

—¿Estáis, pues, satisfecho, señor? —preguntó Joe.

—Encantado, muchacho.

—Bueno, la cosa marcha.

En efecto, dos horas después la reina del desierto, la misteriosa Tombuctú, que tuvo, como Atenas y Roma, sus escuelas de sabios y sus cátedras de Filosofía, se desplegó bajo las miradas de los viajeros.

Fergusson siguió sus menores accidentes en el plano trazado por el mismo Barth, y reconoció su exactitud suma.

La ciudad forma un vasto triángulo en una inmensa llanura de arena blanca. Su punta se dirige hacia el norte y penetra en un extremo del desierto. ¡En los alrededores, nada! Algunas gramíneas, algunas mimosas enanas, algunos arbustos casi secos.

El aspecto de Tombuctú, mirado a vista de pájaro, es el de un amontonamiento de palitroques y de dados. Las calles, bastante estrechas, están formadas de casas que no tienen más que la planta baja, edificadas con ladrillos cocidos al sol, y de chozas de paja y caña. Éstas son cónicas, y aquéllas, cuadradas.

En las azoteas se ven muellemente tendidos algunos habitantes vestidos con un traje muy chillón, y con la lanza o el mosquete en la mano. A aquellas horas no aparece ni una mujer siquiera.

—Pero se dice que las mujeres son bellas —añadió el doctor—. Ved los minaretes de las tres mezquitas, las únicas que quedan de las muchas que había. La ciudad ha perdido su antiguo esplendor. En el

vértice del triángulo se levanta la mezquita de Sankoro, con sus galerías sostenidas por arcos de un dibujo bastante puro. Más lejos, junto al cuartel de Sane Gungu, se ve la de Sidi Yabia y algunas casas de dos pisos. No busquéis palacios ni monumentos. El jeque es un simple traficante, y su alcázar real es un escritorio.

—Me parece —dijo Kennedy— percibir murallas medio derribadas.

—Fueron destruidas por los fellahas en 1826, en cuya época la ciudad era una tercera parte mayor. Tombuctú, desde el siglo xi, objeto de codicia general, ha pertenecido sucesivamente a los tuareg, a los kaurayanos, a los marroquíes y a los fellahas, y este gran centro de civilización, en que un sabio como Amet Abe poseía en el siglo xvi una biblioteca de mil seiscientos manuscritos, no es hoy más que un depósito de comercio del África central.

La ciudad, en efecto, parecía entregada a una gran incuria. Ofrecía la desidia epidémica de las ciudades que se van. Inmensidad de escombros se amontonaban en los arrabales y formaban con la colina del mercado los únicos accidentes del terreno.

Al pasar el *Victoria*, hubo gran movimiento y hasta ruido de tambor, pero apenas el último sabio de la localidad tuvo tiempo de observar aquel nuevo fenómeno. Los viajeros, empujados por el viento del desierto, volvieron a tomar el tortuoso curso del río, y muy pronto Tombuctú no fue más que uno de los rápidos recuerdos del viaje.

—Y, ahora —dijo el doctor—, que el cielo nos conduzca donde mejor le plazca.

—¡Con tal de que sea al oeste! —replicó Kennedy.

—Lo que es yo —dijo Joe—, no me asustaría aunque se tratase de volver a Zanzíbar por el mismo camino o de atravesar el océano hasta América.

—No podemos, Joe.

—¿Qué nos falta para ello?

—Gas, Joe. La fuerza ascensional del globo disminuye sensiblemente, y necesidad tendremos de mucha economía para que nos lleve hasta la costa. Voy a verme obligado a echar lastre. Pesamos demasiado.

—He aquí lo que tiene llevar tan buena vida, mi amo. Tendidos

todo el día como unos haraganes, engordamos excesivamente, y después no hay globo que pueda sostenernos. A la vuelta de nuestro viaje, que es un viaje de perezosos, nos encontrarán horriblemente obesos.

—Tus reflexiones, Joe, son dignas de ti —respondió el cazador—; pero hasta el fin nadie es dichoso. ¿Sabes tú lo que el cielo nos reserva? Estamos aún lejos del término de nuestro viaje. ¿Dónde crees encontrar tú la costa de África, Samuel?

—No puedo decírtelo, Dick; estamos a disposición de vientos muy variables. Pero, en fin, me daré por muy dichoso si llego entre Sierra Leona y Portendick, donde hay cierta extensión de país en que encontraremos amigos.

—Y tendremos mucho gusto en estrecharles la mano. Pero ¿seguimos al menos el rumbo apetecido?

—No enteramente, Dick; mira la brújula, y verás que nos dirigimos al sur y remontamos el Níger hacia sus fuentes.

—¡Buena ocasión —respondió Joe— para descubrirlas, si no estuviesen ya descubiertas! Pero, en rigor, ¿no podríamos encontrar otras?

—No, Joe, pero tranquilízate; espero que no iremos tan allá.

A la caída de la tarde, el doctor echó los últimos sacos de lastre. El *Victoria* se elevó, pero el soplete, aunque funcionaba con toda la llama, podía apenas mantenerle. Se hallaba entonces a 60 millas al sur de Tombuctú, y al día siguiente amanecieron los viajeros sobre las orillas del Níger, no lejos del lago Debo.

XL

ZOZOBRA DEL DOCTOR FERGUSSON — DIRECCIÓN PERSISTENTE
HACIA EL SUR — UNA NUBE DE LANGOSTAS — VISTA DE YENNE
— VISTA DE SEGU — VARIACIÓN DE VIENTO —
SENTIMIENTOS DE JOE

En aquel sitio el lecho del río estaba dividido en estrechos brazos de una corriente muy rápida por grandes arrecifes e islotes. En uno de éstos se levantaban algunas chozas de pastores, pero la velocidad del *Victoria*, que iba en progresivo aumento, no permitió examinarlo. Desgraciadamente el globo se inclinaba hacia el sur, y en algunos instantes pasó el lago Debo.

Fergusson buscó en varias elevaciones, forzando extraordinariamente su dilatación, otras corrientes atmosféricas, pero infructuosamente, por lo que abandonó pronto una maniobra que aumentaba la pérdida del gas comprimiéndolo contra las fatigadas paredes del aeróstato.

Estaba muy inquieto, pero no manifestó su zozobra a sus compañeros. La obstinación con que el viento lo empujaba hacia la parte meridional de África burlaba sus cálculos. No sabía a qué recurrir para salir de apuros. Si no alcanzaba alguna factoría inglesa o francesa, ¿qué sería de él y de sus compañeros en medio de los bárbaros que infestaban las costas de Guinea? ¿Cómo en ellas aguardarían un buque para regresar a Inglaterra? Y la dirección del viento le lanzaba al reino de Dahomey, entre las tribus más salvajes; a discreción de un rey que en las solemnidades públicas sacrificaba millares de víctimas humanas. Allí su perdición era irremisible.

Por otra parte, el globo perdía gas visiblemente, y el doctor veía acercarse el momento en que sería de todo punto inservible. Sin embargo, viendo que el tiempo se despejaba un poco, abrigaba la esperanza de que después de la lluvia sobrevendría alguna variación en las corrientes atmosféricas.

Le volvió desagradablemente al sentimiento de su crítica situación la siguiente exclamación de Joe:

—¡Frescos estamos! Va a arreciar la lluvia, y lo que es ahora va a diluviar en grande, si no miente el nublado que se acerca a pasos agigantados.

—¡Otro nublado! —dijo Fergusson.

—¡Y pequeño! —respondió Kennedy.

—Como no he visto otro —respondió Joe—; presenta unas líneas que parecen tiradas a cordel.

—Respiro —dijo el doctor dejando su anteojito.

—¿No es un nublado? —exclamó Joe.

—¡No! ¡Es una nube!

—Pues eso es lo que decimos.

—Pero una nube de langostas.

—¡De langostas!

—Como lo oyes. Millones de millones de langostas van a pasar como una tromba, y desgraciada será la comarca que sirva de teatro a sus devastaciones.

—Quisiera ver eso.

—Lo vas a ver, Joe —dijo el doctor—. Dentro de diez minutos nos alcanzará la nube y juzgarás por tus propios ojos.

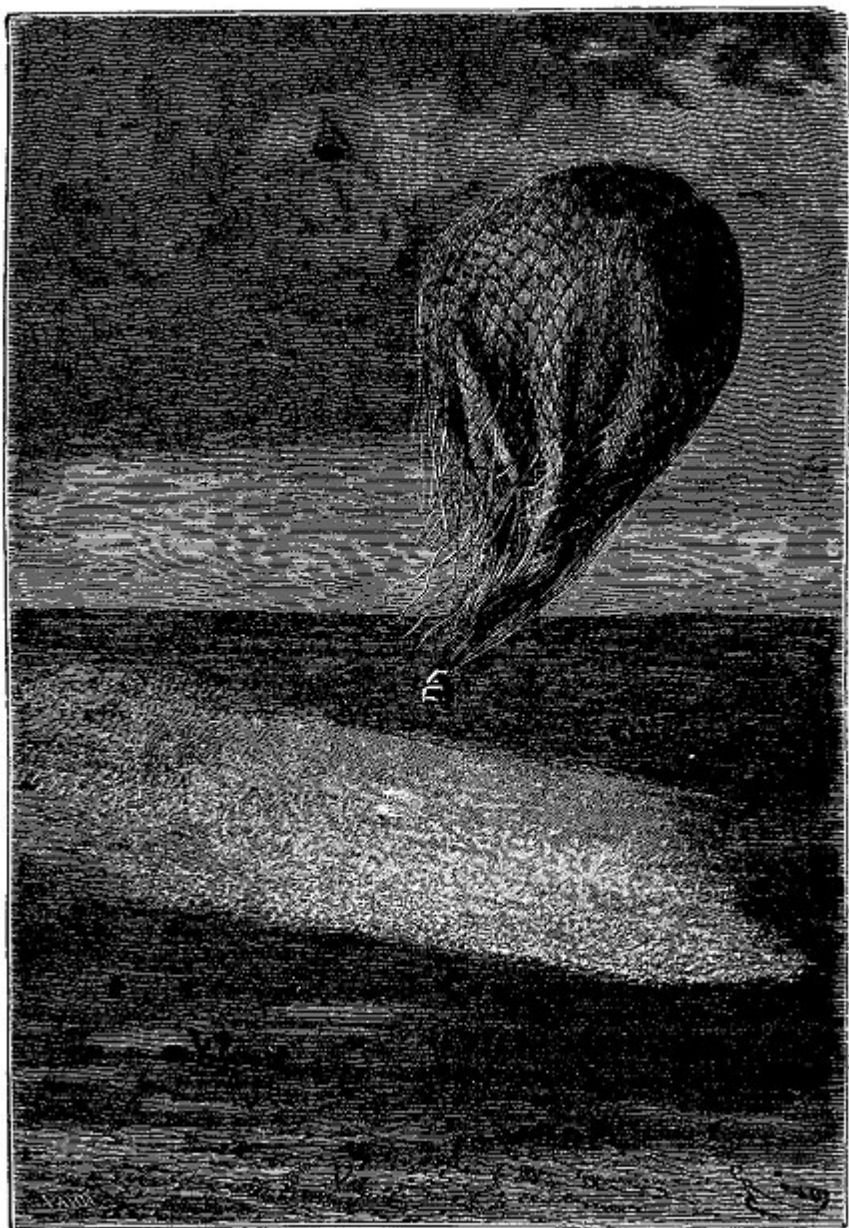
Así fue como Fergusson lo dijo. Aquella nube espesa, opaca, de muchas millas de extensión, llegaba con un ruido atronador, proyectando en la tierra su inmensa sombra. Era una innumerable legión de esas langostas a las que se da el nombre de caballejos. A cien pasos del *Victoria* se precipitó sobre un país alfombrado de verdor, y un cuarto de hora después el enjambre echó a volar de nuevo. Los viajeros pudieron de lejos percibir aún los árboles desprovistos de hojas y las praderas convertidas en rastrojos. Hubiérase dicho que un repentino invierno había sumido la campiña en la esterilidad más completa.

—¿Qué te ha parecido, Joe?

—Una cosa muy curiosa, señor, pero muy natural. Lo que haría en pequeño una langosta, lo hacen en grande millones de ellas.

—¡Espantosa lluvia —dijo el cazador—, más devastadora que el

granizo!



La nube de langostas.

—Y de la cual no es posible preservarse —respondió Fergusson—.
Alguna vez los campesinos han tenido la idea de incendiar los bosques
y hasta las mieses para detener el vuelo de tan voraces insectos; pero

las primeras filas, precipitándose a las llamas, las han apagado bajo su enorme mole, y el resto de la columna ha pasado irresistiblemente. Afortunadamente, en estas comarcas se encuentra cierta compensación de sus estragos, pues los indígenas recogen un número inmenso de langostas que son para ellos un bocado delicado y exquisito.

—Son los cangrejos del aire —dijo Joe—, y siento no haberlos podido probar para poder decir a lo que saben. Me gusta instruirme.

Al anoecer llegaron los viajeros a comarcas más pantanosas. Sucieron a los bosques grupos de árboles aislados, y en las márgenes del río se distinguían algunas plantaciones de tabaco y terrenos anegados cubiertos de forraje. En una extensa isla apareció entonces la ciudad de Yenne, con las dos torres de su mezquita de tierra, y con sus edificios de que se desprende un olor infecto procedente de millones de nidos de golondrinas acumulados en sus paredes. Algunas capas de baobabs, mimosas y palmeras descollaban entre las casas, y hasta la noche la actividad de la población parecía muy grande. Yenne es, en efecto, una ciudad muy mercantil, siendo ella la que abastece casi exclusivamente a Tombuctú, a donde llegan, con los diversos productos de su industria, sus barcas por el río y sus caravanas por sombríos senderos.

—Si no hubiese temido prolongar nuestro viaje —dijo el doctor—, habríamos descendido a la ciudad, donde de seguro hubiéramos encontrado más de un árabe que ha viajado por Francia o Inglaterra y que conoce nuestro género de locomoción. Pero una detención no sería prudente en las circunstancias en que nos hallamos.

—Aplazamos la visita para nuestra próxima excursión —dijo Joe riendo.

—Además, amigos míos, si no me engaño, el viento tiende a inclinarse al este, y no debemos desperdiciar una ocasión semejante.

El doctor arrojó algunos objetos que eran inútiles, algunas botellas vacías y una caja que había contenido resina, y así consiguió mantener el *Victoria* en una zona más favorable a sus proyectos. A las cuatro de la mañana, los primeros rayos de sol bañaron Segú, la capital de Bambara, fácil de reconocer por las cuatro ciudades distintas que la componen, por sus mezquitas moriscas y por el incesante cruzamiento

de barcas que trasladan a los habitantes de un cuartel a otro. Pero los viajeros no vieron ni fueron vistos, pues volaban con rapidez y directamente hacia el Noroeste, y las inquietudes del doctor se calmaban poco a poco.

—Dos días más de este rumbo y con esta velocidad alcanzaremos el río Senegal.

—¿Y nos hallaremos en país amigo? —preguntó el cazador.

—Todavía no; pero si el *Victoria* llegase allí a faltarnos, podríamos ganar los establecimientos franceses. Sin embargo, lo que debemos desear es que el globo tire algunos centenares más de millas, y sin fatiga, sin zozobras ni peligros llegaremos a la costa occidental.

—¡Y se habrá concluido el negocio! —dijo Joe—. ¡Lo siento! Si no fuese por las ganas que tengo de contarle todo, no quisiera bajar nunca de la barquilla. ¿Creéis, mi amo, que se dé crédito a nuestros relatos?

—¡Quién sabe, Joe! Pero, en fin, habrá siempre un hecho incontestable; millares de testigos nos habrán visto salir de una costa de África, y millares de testigos nos verán llegar a la otra costa.

—En cuyo caso —respondió Kennedy—, no se podrá negar que la hayamos atravesado.

—¡Ah, señor Samuel! —repuso Joe suspirando—. Más de una vez he de echar de menos mis pedruscos de oro macizo. Ellos habrían servido de gran peso y autoridad a nuestras historias y habrían dado mucha verosimilitud a nuestras narraciones. A grano de oro por oyente, me habría compuesto un escogido público para oírme y hasta para admirarme.

XLI

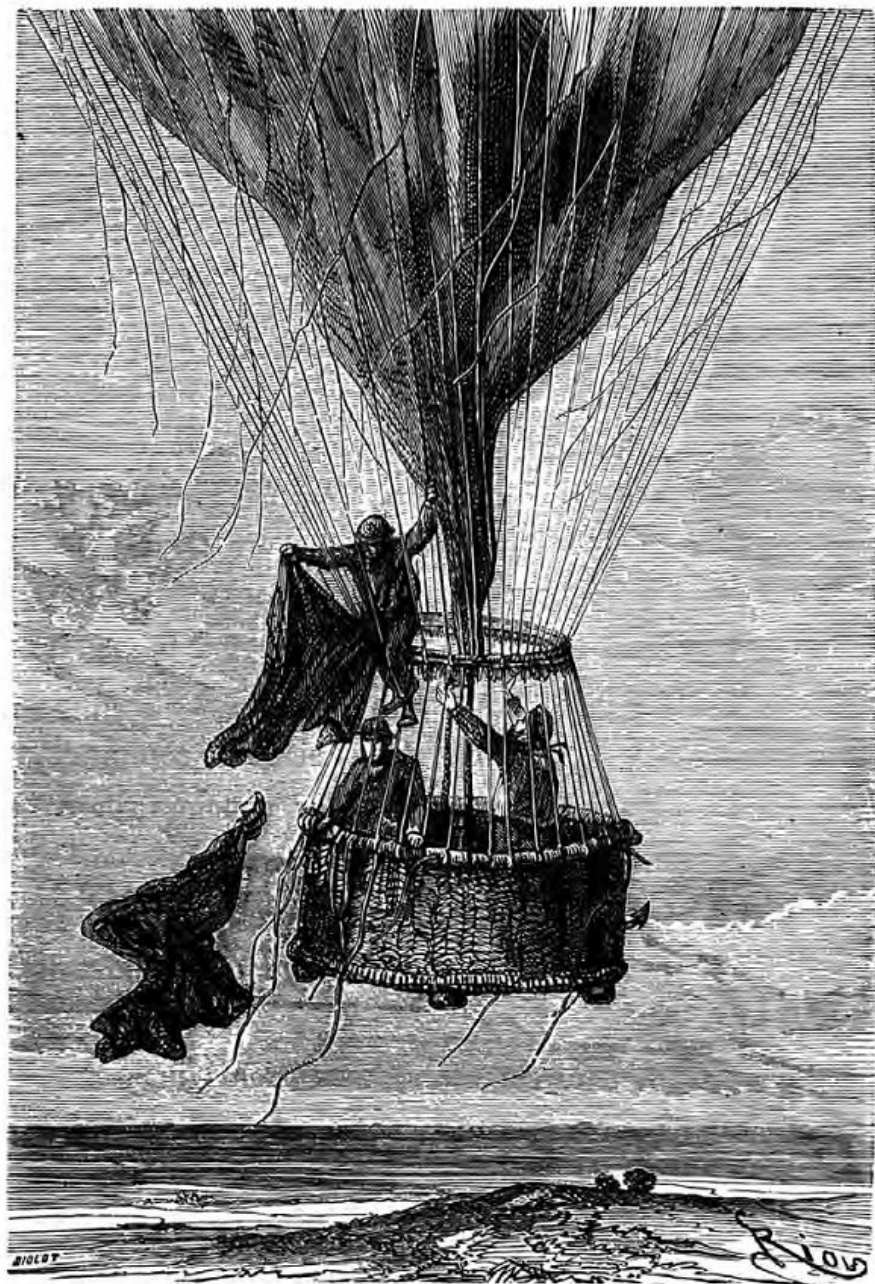
LAS CERCANÍAS DEL SENEGAL — EL *VICTORIA* BAJA MÁS Y MÁS —
SE SIGUE ARROJANDO, ARROJANDO INCESANTEMENTE —
EL MORABITO AL-HADJÍ — MONSIEUR PASCAL, VINCENT Y LAMBERT
— UN RIVAL DE MAHOMA — LAS MONTAÑAS DIFÍCILES —
LAS ARMAS DE KENNEDY — UNA MANIOBRA DE JOE —
ALTO ENCIMA DE UN BOSQUE

El 27 de mayo, a cosa de las nueve de la mañana, el país se presentó bajo un nuevo aspecto. Las cuestas sumamente extensas se transformaban en colinas que hacían presagiar montañas próximas. Había que traspasar la cordillera que separa la cuenca del Níger de las del Senegal y determina el curso de las aguas, o bien dirigirse al golfo de Guinea, o a la bahía de Cabo Verde.

Aquella parte de África hasta el Senegal es peligrosa y el doctor Fergusson lo sabía por las narraciones de sus predecesores, que habían sufrido mil privaciones y arrostrado mil peligros en medio de aquellos negros bárbaros. Aquel clima funesto devoró la mayor parte de los compañeros de Mungo Park. Fergusson acabó por lo mismo de decidirse a no poner el pie en aquella comarca inhospitalaria.

Pero no tuvo un momento de sosiego. El *Victoria* bajaba sensiblemente, y fue preciso arrojar una multitud de objetos más o menos útiles, sobre todo en el momento de salvar el pico o cresta de un cerro. Y así anduvo por espacio de más de 120 millas. Se fatigó con tanto subir y bajar, casi incesantemente; pero el globo, nuevo peñasco de Sísifo, descendía siempre y continuaba deshinchándose más y más. Sus formas se alargaban; y el viento hacía bolsas en sus paredes.

Kennedy no pudo dejar de notarlo.



Joe aligerando el globo.

—¿Tiene el globo alguna hendidura? —preguntó.

—No —respondió el doctor—; pero sin duda con el calor se ha reblandecido o derretido, y el hidrógeno se escapa por el tejido del

tafetán.

—¿Y cómo impedir que se escape?

—De ninguna manera. No podemos hacer más que aligerarnos; arrojemos fuera de la barquilla cuanto podamos arrojar.

—¿Pero qué hemos de arrojar? —dijo el cazador recorriendo con su mirada la barquilla, ya muy desprovista.

—Desprendámonos de la tienda, cuyo peso es bastante considerable.

Joe, que era con quien rezaba esta orden, subió encima del cerco que reunía las cuerdas de la red, y desde allí pudo fácilmente desatar las gruesas cortinas de las tiendas y echarlas abajo.

—He ahí —dijo— un hallazgo que labrará la fortuna de una tribu entera de negros. Hay aquí tela para vestir a mil indígenas, pues ya se sabe cuán económicos son en materia de trajes.

El globo se había elevado algo, pero sin perder su tendencia a descender.

—Bajemos —dijo Kennedy— y veamos lo que hay que hacer con la envoltura.

—Te lo repito, Dick, no hay aquí medio de repararla.

—¿Cómo, pues, nos las arreglaremos?

—Sacrificaremos todo lo que no sea absolutamente indispensable. Quiero a toda costa evitar un alto en estos sitios. Los bosques sobre los cuales pasamos en este momento, tocando casi la copa de los árboles, no tienen nada de seguros.

—¿Hay leones? ¿Hay hienas? —preguntó Joe con desprecio.

—Hay algo peor, Joe, hay hombres, y hombres de los más crueles que viven en África.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los viajeros que nos han precedido. Además, los franceses que ocupan la colonia del Senegal han tenido necesariamente que ponerse en relación con las tribus circundantes, y bajo el mando del coronel Faidherbe, se han practicado reconocimientos tierra adentro, habiendo los señores Pascal, Vincent y Lambert recogido en sus expediciones documentos preciosos. Han explorado estas comarcas formadas por el recodo del Senegal, en las cuales la guerra y el saqueo no han dejado más que ruinas.

—Pero algún origen tendrá esta guerra devastadora —dijo el cazador.

—Sí, lo tiene. En 1854 un morabito del Futa senegalés, Al-Hadjí, suponiéndose inspirado como Mahoma, excitó a todas las tribus a la guerra contra los infieles, es decir, contra los europeos. Llevó la destrucción y la ruina entre el río Senegal y su afluente el Falemé. Tres hordas de fanáticos capitaneados por él recorrieron el país, pasándolo todo a sangre y fuego, sin que se librase de su furor ni una sola aldea, ni una sola caballa. Invadieron luego el valle del Níger, hasta la ciudad de Segu, que estuvo mucho tiempo amenazada. En 1857 se dirigieron más al norte y acometieron el fuerte de Medina, levantado por los franceses en las márgenes del río. Aquel establecimiento fue heroicamente defendido por Paul Holl, el cual, sin víveres y casi sin municiones, se sostuvo algunos meses, hasta que le llegó el auxilio del coronel Faidherbe. Al-Hadjí y sus hordas volvieron entonces a pasar el Senegal y regresaron al territorio de Kaarta, donde continuaron sus rapiñas y sus asesinatos, y estas comarcas en que nos hallamos son precisamente la guarida donde se han refugiado los bandidos de cuyas manos debemos librarnos.

—Y nos libraremos —dijo Joe—, aunque para elevar el *Victoria* tengamos que sacrificar hasta nuestros zapatos.

—No estamos lejos del río —dijo el doctor—; pero me temo que nuestro globo no puede llegar más allá.

—Llegaremos a la orilla —replicó el cazador— y eso habremos ganado.

—Es precisamente lo que estamos haciendo —dijo el doctor—, pero una cosa me inquieta.

—¿Cuál?

—Tendremos que pasar por encima de montañas, lo que será muy difícil, no pudiendo, como no puedo, aumentar la fuerza ascensional del aeróstato, aunque produzca el mayor calor posible.

—Aguardaremos —dijo Kennedy— y veremos.

—¡Pobre *Victoria*! —exclamó Joe—. Yo me he aficionado a él como un marino a su buque, y de él no me separaré sin sentimiento. Ya sé que no es lo que era cuando emprendimos el viaje, pero aun así, y tal

como es, no debemos maldecirle. Nos ha prestado grandes servicios.

—Tranquilízate, Joe; si lo abandonamos, será a pesar nuestro. Nos servirá hasta que se halle extenuado. Sólo le pido que se mantenga otras veinticuatro horas.

—Decae —dijo Joe, contemplándolo—, enflaquece, se le va la vida. ¡Pobre globo!

—Si no me engaño —dijo Kennedy—, tenemos en el horizonte las montañas de que tú hablas, Samuel.

—Ellas son —dijo el doctor después de examinarlas con su anteojito—. Muy altas me parecen, y mucho nos ha de costar atravesarlas.

—¿No las podríamos evitar?

—Me parece que no, Dick —dijo Fergusson—. ¿No ves el inmenso espacio que ocupan? ¡Casi la mitad del horizonte!

—Y diríase que nos cercan —añadió Joe—; avanzan por los dos extremos.

—Es absolutamente indispensable pasar por encima.

Aquellos obstáculos tan peligrosos se acercaban, al parecer, con una rapidez suma, o, por mejor decir, el viento, que era muy fuerte, precipitaba al *Victoria* hacia picos agudos. Fuerza era elevarse a toda costa sobre ellos o contra ellos estrellarse.

—Vaciamos nuestra caja de agua —dijo Fergusson—, y no nos reservemos más líquido que el estrictamente necesario para un día.

—¡Ya está! —dijo Joe.

—¿Sube ahora el globo? —preguntó Kennedy.

—Algo, unos cincuenta pies —respondió el doctor, que no apartaba la vista del barómetro—. Pero no es suficiente.

Parecía, en efecto, que las altas cumbres salían al encuentro de los viajeros para precipitarse contra ellos, que estaban muy lejos de dominarlas, faltándoles aún más de 500 pies.

Arrojóse también fuera la provisión de agua del soplete, de la cual no se conservaron más que algunas pintas, pero todavía no fue suficiente.

—Y, sin embargo, hemos de pasar —dijo el doctor.

—Echemos las cajas, ya que las hemos vaciado —dijo Kennedy.

—Echémoslas.

—¡Ya están! —gritó Joe—. ¡Triste cosa es hacerse pedazos!

—¡Oye, Joe! ¡Te advierto que te guardes de repetir el sacrificio del otro día! Suceda lo que quiera, júrame no separarte de nosotros.

—Tranquilizaos, señor, no nos separaremos.

El *Victoria* había subido unas 200 toesas más, pero la cresta de la montaña seguía dominándole. Era una cresta recta que terminaba en una verdadera muralla cortada a pico, y se hallaba aún a más de 200 pies encima de los viajeros.

—Dentro de diez minutos —se dijo el doctor— nuestra barquilla se habrá estrellado contra las rocas, si no las hemos sobrepujado.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Joe.

—No guardes más que nuestra provisión de *pemmican*, y arroja toda la carne, que es lo que más pesa.

El globo se desprendió de otras cincuenta libras de peso, y se elevó muy sensiblemente, lo que de nada le servía no colocándose encima de la línea de montañas. La situación era espantosa. El *Victoria* corría con una rapidez suma, e iba a hacerse trizas. El choque no podía dejar de ser terrible.

El doctor registró la barquilla con su mirada.

Estaba casi vacía.

—¡Por si acaso, Dick, dispónete a sacrificar tus armas.

—¡Sacrificar mis armas! —respondió el cazador, conmovido.

—Amigo Dick, no te lo pediría si no fuese necesario.

—¡Samuel! ¡Samuel!

—¡Tus armas y tus municiones pueden costarnos la vida!

—¡Nos acercamos! —exclamó Joe—. ¡Nos acercamos!

—¡Diez toesas! La montaña está aún diez toesas más allá que el *Victoria*.

Joe cogió las mantas y las tiró, y sin decir una palabra a Kennedy tiró también algunos sacos de balas y de perdigones.

El globo subió, traspasó la peligrosa cumbre, y los rayos de sol bañaron su polo superior. Pero la barquilla se hallaba aún algo debajo de los peñascos, contra los cuales iba inevitablemente a estrellarse.

—¡Kennedy! ¡Kennedy! —exclamó el doctor—. ¡Arroja tus armas o estamos perdidos!

—¡Aguardad, señor Dick! —dijo Joe—. ¡Aguardad un momento! Y Kennedy, al volverse, le vio desaparecer fuera de la barquilla.

—¡Joe! ¡Joe! —gritó.

—¡Desgraciado! —exclamó el doctor.

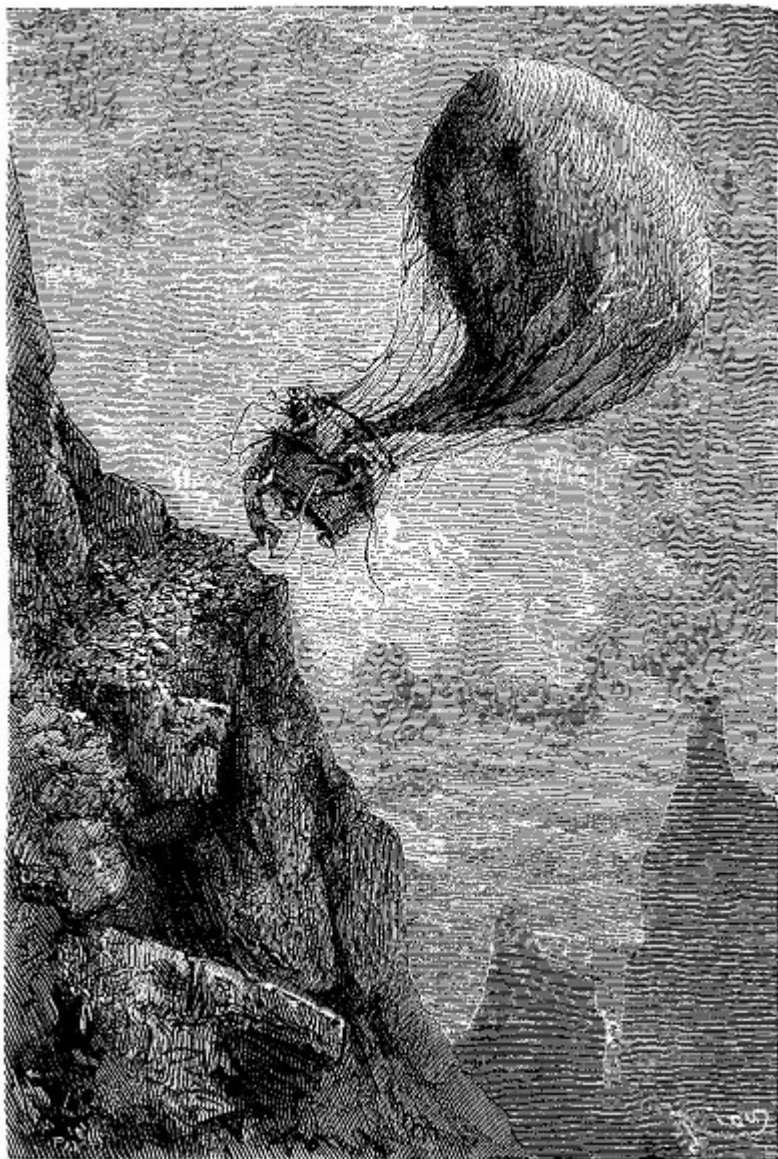
En aquel punto la cresta de la montaña tenía de ancho unos 300 pies, y por el otro lado la pendiente ofrecía menos declive. La barquilla llegó precisamente al nivel de aquella meseta bastante unida, y se deslizó por un terreno compuesto de agudos pedruscos que rechinaban con el roce.

—¡Pasamos! ¡Pasamos! ¡Hemos pasado! —gritó una voz que hizo palpar el corazón de Fergusson.

El intrépido mancebo se sostenía con las manos puestas en el borde inferior de la barquilla, y corría a pie por la cresta para aligerar el globo de la totalidad de su peso, viéndose obligado a sujetarlo con fuerza porque tendía a escapársele.

Cuando hubo llegado a la vertiente opuesta, y ante sus ojos se presentó el abismo, Joe, por medio de un vigoroso esfuerzo de muñeca, se levantó y, agarrándose de las cuerdas, subió al lado de sus compañeros.

—Nada hay más difícil que lo que acabo de hacer —dijo.



Joe subió al lado de sus compañeros.

—¡Valiente Joe! ¡Amigo mío! —dijo el doctor con efusión.

—Lo que he hecho —respondió Joe— no lo he hecho por vos, sino por la carabina del señor Dick. Yo le debía un servicio desde el que me prestó librándome del árabe de marras. Me gusta pagar mis deudas, y ahora estamos en paz —añadió presentando al cazador su arma predilecta—. Me habría conmovido demasiado viéndoos separar de

ella.

Kennedy le dio un vigoroso apretón de manos sin pronunciar una palabra.

El *Victoria* ya no tenía que hacer más que bajar, lo que le era fácil, y se encontró luego a 200 pies del suelo. A esta altura estuvo equilibrado. El terreno parecía conmovido, presentando numerosos accidentes muy difíciles de evitar durante la noche con un globo que ya no obedecía. La noche se echaba encima, y, no obstante sus repugnancias, el doctor tuvo que resignarse a hacer alto hasta el día siguiente.

—Vamos a buscar —dijo— un lugar favorable para detenernos.

—¡Ah! ¿Te decides al fin? —respondió Kennedy.

—Sí, he meditado detenidamente un proyecto que vamos a poner en ejecución; no son más que las seis de la tarde, y tenemos tiempo. Echa las áncoras, Joe.

Joe obedeció, y las dos áncoras quedaron colgando debajo de la barquilla.

—Distingo inmensos bosques —dijo el doctor—, vamos a correr por encima de las copas de sus árboles y nos agarraremos de alguna. Por nada de este mundo consentiría en pasar la noche en tierra.

—¿Podremos bajar? —preguntó Kennedy.

—¿Para qué? Os repito que sería peligroso separarnos. Además, reclamo vuestra ayuda para un trabajo difícil.

El *Victoria*, que rozaba la verde bóveda de inmensos bosques, no tardó en detenerse de pronto. Sus áncoras hicieron presa. El viento cesó entrada ya la noche, y el globo permaneció casi inmóvil encima de un interminable campo de verdor formado por las copas de un bosque de sicómoros.

XLII

COMBATE DE GENEROSIDAD — ÚLTIMO SACRIFICIO — EL APARATO
DE DILATACIÓN — DESTREZA DE JOE — MEDIANOCHE — LA GUARDIA DE
KENNEDY — SE DUERME — EL INCENDIO —
LOS AUXILIOS — FUERA DE ALCANCE

El doctor Fergusson determinó su posición por la altura de las estrellas, y se encontró a 25 millas escasas del Senegal.

—Todo lo que podemos hacer, amigos míos —dijo después de examinar su carta—, es pasar el río; pero como en él no hay puentes ni barcas, lo hemos de pasar en globo a toda costa, y al efecto debemos aligerarlo aún más.

—No sé cómo lo haremos —respondió el cazador, que temía por sus armas—, a no ser que uno de nosotros se decida a sacrificarse, a quedarse atrás... A mi vez, yo reclamo esta gloria.

—¡De ninguna manera! —respondió Joe—. ¿No tengo ya acaso la costumbre...?

—No se trata de echarse, amigo mío —dijo el cazador—, sino de alcanzar a pie la costa de África, y yo soy buen andarín.

—¡No lo consentiré jamás! —replicó Joe.

—Vuestro combate de generosidad es inútil, mis buenos amigos —dijo Fergusson—; espero que no lleguemos a tal extremo, y en el caso de llegar a él, lejos de separarnos, permaneceríamos juntos para atravesar el país.

—Eso es lo mejor —dijo Joe—, un paseíto no nos vendría mal.

—Pero antes —repuso el doctor— vamos a echar mano de un último medio para aligerar nuestro *Victoria*.

¿Cuál? —preguntó Kennedy—. Estoy en ascuas deseando conocerlo.

—Hay necesidad de desprendernos de las cajas del soplete, de la pila de Bunsen y de la serpentina, que nos obliga a arrastrar por los aires novecientas libras.

—Pero, Samuel, ¿cómo obtendrás luego la dilatación del gas?

—De ninguna manera; nos pasaremos sin ella.

—Pero, en fin...

—Oídmeme, amigos: he calculado muy exactamente lo que nos queda de fuerza ascensional. Nos queda lo suficiente para transportarnos a los tres con los pocos objetos que llevamos. No pesaremos más de quinientas libras, comprendiendo en este peso el de las áncoras, que tengo interés en conservar.

—Amigo Samuel —respondió el cazador—, tú, más competente que nosotros en la materia, eres el único juez de la situación; dinos lo que hemos de hacer y lo haremos.

—A vuestras órdenes, señor.

—Os repito, amigos míos, que aunque reconozco la gravedad de la determinación, hemos de sacrificar nuestro aparato.

—¡Sacrifiquémoslo! —replicó Kennedy.

—¡Manos a la obra! —dijo Joe.

La operación ofreció numerosas dificultades. Fue preciso desmontar el aparato pieza por pieza. Se quitó primero la caja de mezcla, después la del soplete y por último la caja en que se operaba la descomposición del agua. Se necesitó la fuerza reunida de los tres viajeros para arrancar los recipientes del fondo de la barquilla en que se hallaban incrustados; pero Kennedy era tan fuerte, Joe tan diestro y Samuel tan ingenioso, que vencieron todas las dificultades. Las diversas piezas fueron sucesivamente echadas fuera, y desaparecieron abriendo grandes agujeros en el follaje de los sicómoros.

—No quedarán los negros poco asombrados —dijo Joe— al encontrar en los bosques semejantes objetos. Capaces serán de convertirlos en ídolos.

Hubo en seguida necesidad de ocuparse de los tubos metidos en el globo que pasaban por la serpentina. Joe consiguió cortar a algunos pies encima de la barquilla las articulaciones de caucho; pero, en cuanto a los tubos, hubo mayor dificultad, porque se hallaban retenidos por su extremo superior y sujetos con alambres al círculo mismo de la válvula.

Entonces desplegó Joe su agilidad maravillosa. Con los pies desnudos para no romper la envoltura, llegó con el auxilio de la red, y

a pesar de las oscilaciones, a encaramarse hasta la cima exterior del aeróstato, y allí, después de mil dificultades, agarrándose con una mano a aquella superficie resbaladiza, desatornilló las tuercas exteriores que sujetaban los tubos. Éstos entonces se desprendieron fácilmente, y se sacaron por el apéndice inferior, que se cerró herméticamente por medio de una ligera ligadura.

El *Victoria*, libre de aquel peso considerable, se elevó, poniendo muy tirante la cuerda del áncora.

A eso de las doce de la noche quedaron felizmente terminados aquellos trabajos, que fueron muy fatigosos. Los viajeros cenaron rápidamente un poco de *pemmican* y de grog frío. El doctor no tenía ya calor alguno que poner a disposición de Joe.

Éste y Kennedy estaban rendidos.

—Acostaos y dormid, amigos míos —dijo Fergusson—, yo haré la primera guardia; a las dos despertaré a Kennedy; a las cuatro Kennedy despertará a Joe; a las seis partiremos, y que el cielo vele aún sobre nosotros durante esta última jornada.

La noche era apacible. Algunas nubes velaban de cuando en cuando el último cuarto de Luna, cuyos rayos indecisos disipaban muy ligeramente la oscuridad. Fergusson, apoyado el codo contra el borde de la barquilla, paseaba alrededor sus miradas. Vigilaba con atención la sombría cortina de follaje que se extendía bajo sus pies sin dejar ver el suelo. El menor ruido le parecía sospechoso, y procuraba explicarse hasta el más leve temblor de las hojas.

Se hallaba en aquella disposición de ánimo que la soledad vuelve más sensible aún, y durante la cual vagos terrores asaltan el cerebro. A lo último de un viaje semejante, después de haber vencido todos los obstáculos, en el momento de conseguir el objetivo, los temores son más vivos, las conmociones más fuertes y el punto de llegada parece que huye delante de la vista.

Por otra parte, la situación no era para tranquilizar a nadie, en medio de un país bárbaro, y con un medio de transporte que, en definitiva, podía faltar de un momento a otro. El doctor no contaba ya con su globo de una manera absoluta; había pasado el tiempo en que maniobraba con audacia porque estaba seguro de él.

Bajo estas impresiones, el doctor creyó percibir algunas voces en aquellos inmensos bosques, rumores indeterminados, y hasta se le figuró ver entre los árboles brillar una llama rápida. Miró con atención, y asestó a todos los puntos del espacio su anteojo de noche, pero nada distinguió, y hasta pareció que el silencio se había hecho más profundo.

Fergusson había, sin duda, experimentado un alucinamiento. Escuchó sin sorprender el menor ruido, y habiendo transcurrido el tiempo de su guardia, despertó a Kennedy, le recomendó que vigilara con atención, y se acostó al lado de Joe, que dormía con una tranquilidad completa.

Kennedy encendió tranquilamente su pipa; se restregó los ojos, que le costaba mucho mantener abiertos, apoyó los codos en un rincón, y empezó a fumar vigorosamente para disipar el sueño.

El silencio más absoluto reinaba en torno suyo. Un viento suave agitaba la cima de los árboles y mecía suavemente la barquilla, invitando al cazador a un sueño que le invadía a pesar suyo. Quiso resistir a él, abrió varias veces los párpados, abismó en las tinieblas de la noche algunas de esas miradas que no ven, y al fin, sucumbiendo a la fatiga, se quedó dormido.

¿Cuánto tiempo permaneció sumido en aquel estado de inercia? No pudo él mismo decir más sino que le despertó un chisporroteo inesperado.

Se restregó los ojos y se puso en pie. Un calor insoportable llegaba a su rostro. El bosque estaba ardiendo.

—¡Fuego! ¡Fuego! —exclamó sin comprender lo que pasaba.

Sus dos compañeros se levantaron.

—¿Qué es eso? —preguntó Samuel.

—¡Un incendio! —exclamó Joe—. Pero, ¿quién puede...?

En aquel momento partieron de debajo del follaje, violentamente iluminado, amenazadores aullidos.

—¡Los salvajes! —exclamó Joe—. ¡Han prendido fuego al bosque para que no nos libremos de sus garras!

—¡Los talibas! ¡Los morabitos de Al-Hadjí! —dijo el doctor.

Un círculo de fuego rodeaba al *Victoria*. Los chasquidos de los

troncos secos se mezclaban con los gemidos de las ramas verdes. Los bejucos, las hojas, todas las partes vivas de aquella vegetación exuberante, se retorcían en el elemento destructor; la mirada se perdía en un océano en llamas; los grandes árboles se destacaban en negro en la inmensa fragua, en sus ramas cubiertas de ascuas, y el inflamado conjunto se reflejaba en las nubes, pareciendo que los viajeros se hallaban encerrados dentro de una esfera de fuego.



—¡Huyamos! —exclamó Kennedy—. ¡A tierra! ¡No tenemos más medio de salvación!

Pero Fergusson lo detuvo con mano firme, y, precipitándose hacia la cuerda del ánchora, la cortó de un hachazo. Las llamas, prolongándose hacia el globo, rozaban ya sus iluminadas paredes; pero el *Victoria*, libre de su ánchora, subió por el aire a una altura de 1.000 pies.

Espantosos gemidos resonaron en el bosque y violentos estampidos de armas de fuego. El globo, cogido por una corriente que se levantaba con el día, hizo rumbo al oeste.

Eran las cuatro de la mañana.

XLIII

LOS TALIBAS — LA PERSECUCIÓN — UN PAÍS DEVASTADO — VIENTO MODERADO

— EL *VICTORIA* BAJA — LAS ÚLTIMAS

PROVISIONES — LOS SALTOS DEL *VICTORIA* — DEFENSA A TIROS

— EL VIENTO REFRESCA — EL RÍO SENEGAL — LAS CATARATAS

DE GUINA — EL AIRE CALIENTE — TRAVESÍA DEL RÍO

—Si ayer al anochecer —dijo el doctor— no hubiésemos tomado la precaución de aligerarnos, a estas horas estaríamos irremisiblemente perdidos.

—Por eso es bueno hacer las cosas a tiempo —repuso Joe—; así nos hemos salvado, y es muy natural.

—No estamos fuera de peligro —replicó Fergusson.

—¿Qué temes, pues? —preguntó Dick—. El *Victoria* no puede descender sin tu permiso, y aun cuando descendiera...

—¡Como descendiese...! ¡Mira, Dick!

Los viajeros acababan de trasponer el lindero del bosque, y vieron unos treinta jinetes que llevaban pantalón ancho y albornoz flotante. Armados de lanza algunos, y otros de espingarda, seguían al galope de sus caballos, vivos y ardientes, la dirección del *Victoria*, que marchaba con una velocidad moderada.

Al ver a los viajeros prorrumpieron en gritos salvajes, blandiendo sus armas. La cólera y la amenaza se leían en sus semblantes morenos, cuya ferocidad acentuaba una barba escasa pero erizada. Atravesaban con facilidad las llanuras bajas y las suaves colinas que descienden al Senegal.

—¡Ellos son! —dijo el doctor—. ¡Los crueles talibas, los feroces morabitos de Al-Hadjí! Preferiría hallarme en el bosque rodeado de fieras, a caer en manos de tan inmundos bandidos.

—Su facha no es tranquilizadora —dijo Kennedy.

—¡Y son hombres vigorosos!

—Afortunadamente —dijo Joe— son bestias de una especie que no vuela, lo que siempre es algo.

—¡Mirad —dijo Fergusson— esas aldeas arruinadas, esas chozas reducidas a cenizas! Son su obra; la aridez y la devastación marcan las huellas de su paso.

—Pero, en fin, no pueden alcanzarnos —replicó Kennedy—, y si llegamos a poner el río entre ellos y nosotros, estamos completamente seguros.

—Dices bien, Dick; pero es preciso no caer —respondió el doctor mirando al barómetro.

—Por si acaso, Joe —repuso Kennedy—, no sería malo preparar nuestras armas.

—Eso no puede perjudicarnos, señor Dick; nos felicitamos de no haberlas sembrado en el camino.

—¡Mi carabina! —exclamó el cazador—. Espero no separarme nunca de ella.

Y Kennedy la cargó con el mayor cuidado. Le quedaba aún pólvora y balas suficientes.

—¿A qué altura nos mantenemos? —preguntó el cazador.

—A unos setecientos cincuenta pies; pero nos falta la facultad de buscar corrientes favorables, subiendo o bajando, y nos hallamos al arbitrio del globo.

—Lo que no deja de ser un inconveniente —repuso Kennedy—. El viento es bastante flojo, y si hubiéramos encontrado un huracán como el de otros días, ya habríamos perdido de vista a esos infames bandidos.

—Los malditos —dijo Joe— nos siguen al galope sin cansarse; un verdadero paseo.

—Si los tuviésemos a tiro —dijo el cazador— me divertiría desmontándolos a todos uno tras otro.

—¡Buena la haríamos! —respondió Fergusson—. Si los tuviésemos a tiro, ellos también nos tendrían a tiro a nosotros, y nuestro *Victoria* ofrecería un blanco fácil a las balas de sus largas espingardas. Hazte cargo de lo que sería de nosotros si agujereasen el globo.

La persecución de los talibas continuó toda la mañana. A eso de las once, los viajeros habían apenas ganado 15 millas al oeste.

El doctor examinaba en el horizonte hasta las más pequeñas

nubecillas. Temía una variación atmosférica. Si el viento echaba el globo hacia el Níger, ¿qué sería de ellos? Notaba, además, que el globo tendía a bajar sensiblemente. Desde su partida había ya perdido más de 300 pies, y el Senegal debía de estar aún a unas 12 millas, que con la velocidad que llevaban requerirían tres horas de marcha.

En aquel momento, nuevos gritos llamaron su atención. Los talibas se agitaban, precipitando el galope de sus caballos.

El doctor consultó el barómetro, y comprendió la causa de aquella algarabía.

—Bajamos —dijo Kennedy.

—Sí —respondió Fergusson.

«¡Malo!», pensó Joe.

Pasado un cuarto de hora, la barquilla se hallaba a menos de 150 pies del suelo, pero el viento era más fuerte.

Los talibas, sin detenerse, hicieron una descarga.

—¡Estáis demasiado lejos, imbéciles! —exclamó Joe—. Bueno será tenerlos a raya.

Y apuntando a uno de los jinetes que iban delante, hizo fuego. El taliba dio una voltereta; sus compañeros se detuvieron, y el *Victoria* les ganó ventaja.

—Son prudentes —dijo Kennedy.

—Porque creen estar seguros de cogernos —respondió el doctor—, y nos cogerán si seguimos bajando. Es absolutamente indispensable elevarnos.

—¿Qué vamos a echar? preguntó Joe.

—Todo el *pemmican* que queda. Serán treinta libras menos de peso.

—¡Pues allá va! —dijo Joe, obedeciendo las órdenes de su amo.

La barquilla, que casi llegaba al suelo, subió en medio de la gritería de los talibas; pero media hora después, volvía el *Victoria* a bajar rápidamente huyendo el gas por los poros de sus paredes.

La barquilla rozó el suelo, y los negros de Al-Hadjí se precipitaron hacia ella, pero, como sucede en semejantes circunstancias, apenas el globo tocó el suelo, dio un salto y fue a caer una milla más adelante.

—¡Es decir, que no podemos escapar! —dijo Kennedy con rabia.

—¡Echa, Joe, nuestra reserva de aguardiente —gritó el doctor—,

nuestros instrumentos, todo lo que tenga un peso cualquiera, y hasta nuestra áncora, ya que es forzoso!

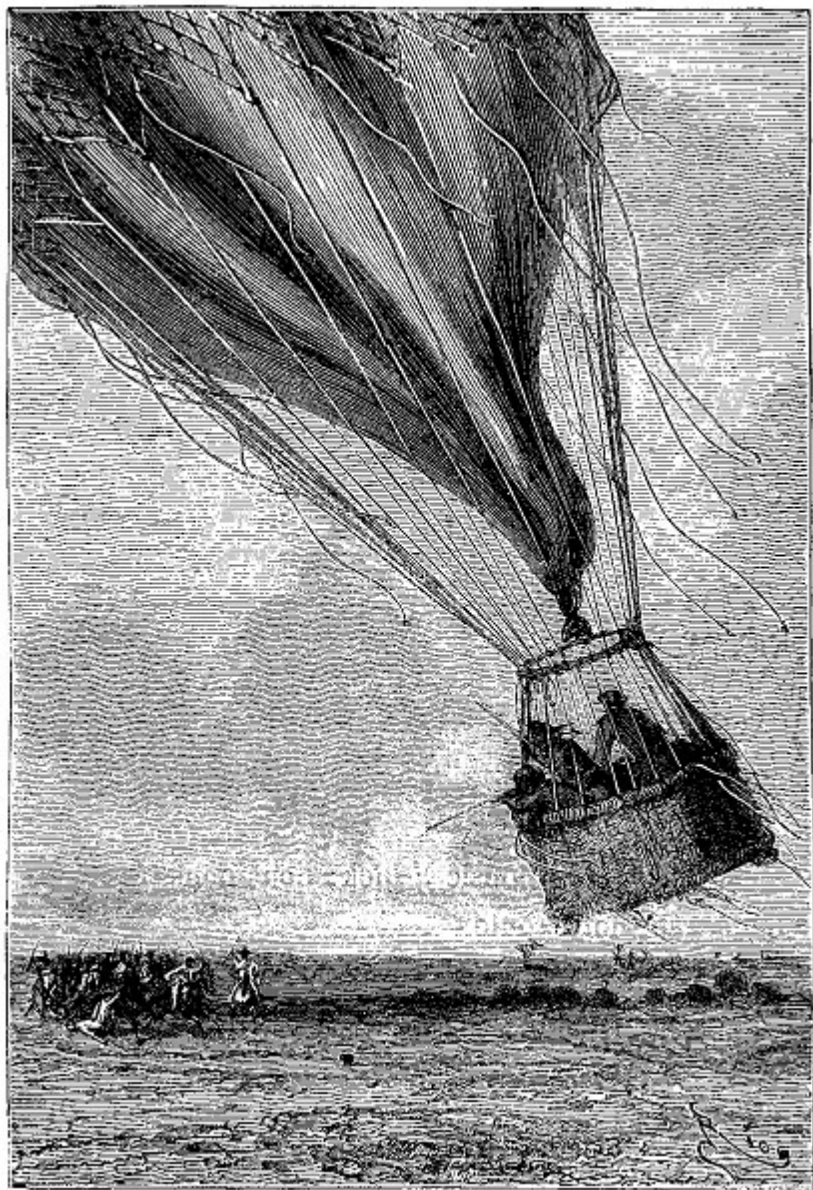
Joe arrancó los barómetros y los termómetros, pero todo eso suponía muy poco, y el globo, que subió momentáneamente, volvió a tocar el suelo. Los talibas volaban a su alcance y no estaban ya más que a 200 pasos.

—¡Echa las dos escopetas! —exclamó el doctor.

—No será —respondió el cazador— sin haberlas descargado.

Y cuatro disparos sucesivos hicieron morder el suelo a cuatro talibas, que cayeron en medio de los frenéticos gritos de la horda.

Y el *Victoria* se levantó de nuevo, dando saltos enormes, como una inmensa pelota que bota en el suelo.



Defensa a golpe de fusil.

Patético espectáculo el que ofrecían aquellos desgraciados huyendo a saltos gigantescos, y que, a la manera de Anteo, parecía que recobraban nueva fuerza al llegar a tierra. Pero aquella situación no podía prolongarse incesantemente, y los pliegues de su tafetán, flojo y flotante, rechinaban rozando unos con otros.

—¡El cielo nos abandona —dijo Kennedy— y vamos a caer!

Joe no respondió, no hacía más que mirar a su amo.

—¡No! —dijo éste—. Aún podemos desprendernos de más de ciento cincuenta libras.

—¿Dónde están? —preguntó Kennedy pensando que el doctor se había vuelto loco.

—¡La barquilla! —respondió éste—. Colguémonos de la red. Las mallas nos sostendrán y ganaremos el río. ¡Pronto! ¡Pronto!

Y aquellos hombres audaces no vacilaron en intentar semejante medio de salvación. Se suspendieron de las mallas de la red, como el doctor acababa de indicar, y Joe, sosteniéndose con una mano, cortó con la otra las cuerdas de la barquilla, la cual cayó en el momento mismo en que iba el globo a caer definitivamente.

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamó, mientras el globo, sin lastre alguno, ascendió a 300 pies de altura.

Los talibas espoleaban sus caballos, que barrían el suelo con los cascos; pero el *Victoria*, encontrando un viento más recio, les ganó la delantera y avanzó rápidamente hacia una colina que cerraba el horizonte hacia el oeste. Circunstancia favorable fue para los viajeros, porque pudieron pasar al otro lado de la colina, mientras que la horda de Al-Hadjí se vio obligada a rodear por el norte para dejar atrás el obstáculo.

Los tres compañeros se sostenían agarrados de la red, que pudieron atar por debajo, de suerte que formaba una especie de bolsa flotante.

De repente, después de haber pasado la colina, el doctor exclamó:

—¡El río! ¡El río! ¡El Senegal!

En efecto, a la distancia de dos millas, el río corría sumamente cauteloso. La orilla opuesta, baja y fértil, ofrecía una retirada segura y un punto favorable para el descenso.

—Un cuarto de hora más —dijo Fergusson— y estamos a salvo.

Pero, desgraciadamente, el globo vacío caía poco a poco sobre un terreno casi enteramente desprovisto de vegetación, compuesto de largas pendientes y llanuras pedregosas, donde no se veían más que algunos brezos y una hierba espesa que el ardor del sol había secado.

El *Victoria* tocó varias veces la tierra y volvió a levantarse, pero sus

saltos disminuían en extensión y altura, y en el último se quedó enganchado por la parte superior de la red a las altas ramas de un baobab aislado, único árbol en medio de aquel terreno desierto.

—¡Todo ha concluido! —exclamó el cazador.

—Y a cien pasos del río —dijo Joe.

Los tres desdichados saltaren a tierra, y el doctor condujo a sus dos compañeros hacia el Senegal.

En aquel lugar, el río producía un barboteo continuado; al llegar a la orilla Fergusson reconoció las cataratas de Guina. No había ni una barca, ni un ser animado a la vista. El Senegal, que tenía allí 2.000 pies de ancho, se precipitaba con atronador ruido desde una altura de 150 pies. Corría de este a oeste, y la línea de peñascos que se oponía a su curso se extendía de norte a sur. En medio de la cascada se levantaban rocas de extrañas formas, como inmensos animales antediluvianos petrificados en medio de las aguas.

Era evidente la imposibilidad de atravesar aquel abismo. Kennedy no pudo reprimir un gesto de desesperación.

Pero el doctor Fergusson, con un enérgico acento de audacia; exclamó:

—¡Todavía nos queda un medio!

—Ya lo sabía yo —dijo Joe con la confianza en su amo, que no le abandonaba nunca.

La vista de la hierba seca había inspirado al doctor una idea atrevida. Era el único recurso. Se volvió rápidamente con sus compañeros al punto en que había quedado la envoltura del aeróstato.

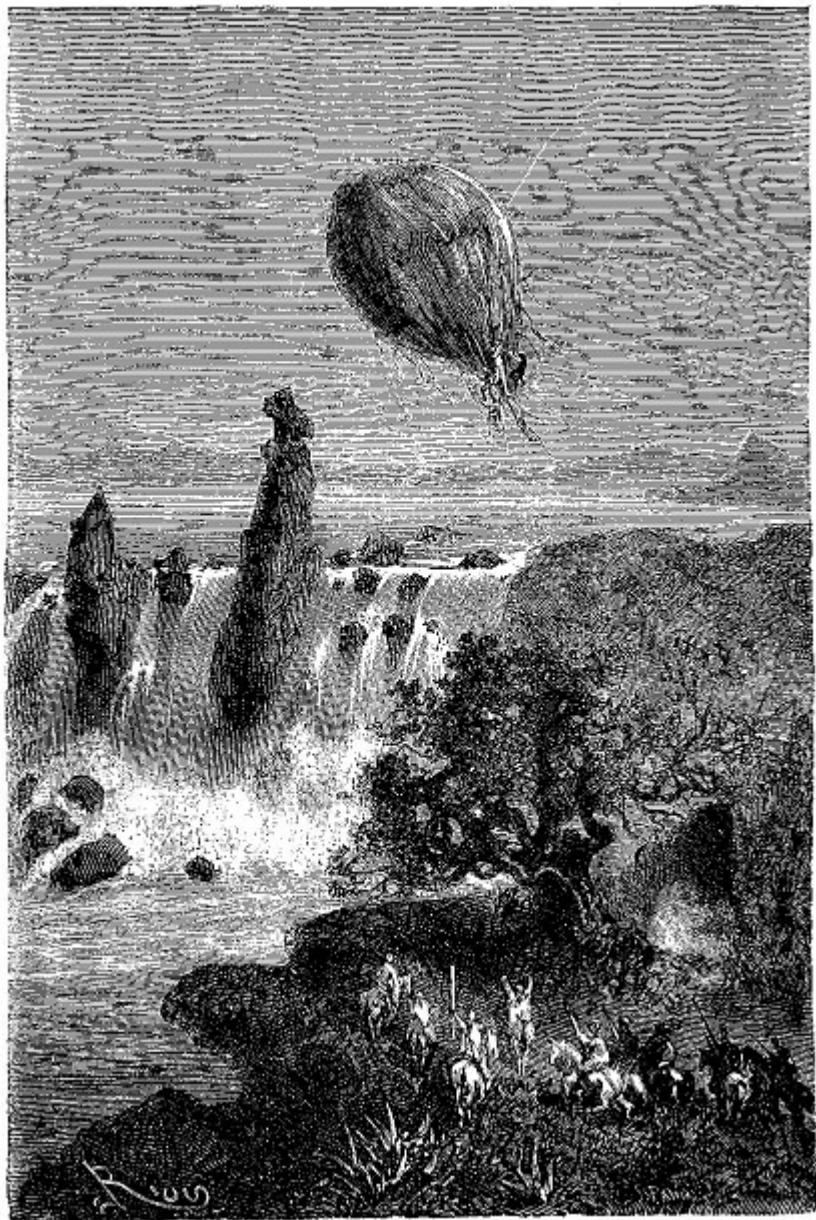
—Llevamos una hora al menos de delantera a los bandidos —dijo—; no perdamos tiempo, compañeros, recoged hierba seca, mucha hierba seca; de ella necesito por lo menos cien libras.

—¿Para qué? —preguntó Kennedy.

—No tenemos gas. Pues bien, atravesaremos el río por medio de aire caliente.

—¡Ah, mi querido Samuel! —exclamó Kennedy—. ¡Eres verdaderamente un gran hombre!

Joe y Kennedy pusieron manos a la obra, y reunieron en un momento una enorme pila de hierba junto al baobab.



Las cataratas de Guina.

Entretanto, el doctor había dilatado el orificio del aeróstato cortando su parte inferior; procuró de antemano echar fuera por la válvula el poco hidrógeno que pudiera aún contener; después amontonó mucha hierba seca bajo la envoltura y le prendió fuego.

Poco tiempo basta para hinchar un globo con aire caliente. Un calor

de 180°⁴⁰ es suficiente para disminuir en una mitad, enrareciéndolo, el peso del aire que contiene, y así es que el *Victoria* empezó a recobrar sensiblemente su forma esférica. La hierba abundaba; el doctor activaba el fuego, y el volumen del aeróstato aumentaba visiblemente.

Era entonces la una menos cuarto.

En aquel momento, por la parte del norte, a cosa de dos millas, apareció la partida de talibas. Oíanse sus gritos y el ruido de los cascos de los caballos corriendo a todo galope.

—Dentro de veinte minutos estarán aquí —dijo Kennedy.

—¡Hierba! ¡Hierba, Joel ¡Dentro de diez minutos estaremos en el aire!

—Aquí tenéis, señor.

El *Victoria* estaba hinchado en sus dos terceras partes.

—Amigos míos, agarrémonos a la red, como hemos hecho antes.

—Ya estamos —respondió el cazador.

Diez minutos después, algunas sacudidas del globo indicaron su tendencia a elevarse. Los talibas se acercaban; no distaban ya más de 500 pasos.

—Agarraos bien —exclamó Fergusson.

—¡No tengáis cuidado, señor, no tengáis cuidado! Y el doctor, con el pie, empujó dentro de la hoguera una nueva cantidad de hierba.

El globo, enteramente dilatado por el aumento de temperatura, se elevó rozando las ramas del baobab.

—¡Ya estamos andando! —exclamó Joe.

Una descarga le respondió, causándole una bala una ligera contusión en un hombro; pero Kennedy, inclinándose, descargó su carabina, y echó a rodar otro enemigo.

Gritos de rabia que no es posible reproducir acompañaron la ascensión del globo, que subió a cerca de 800 pies. Se apoderó de él un viento fuerte que le hizo describir alarmantes oscilaciones, y entretanto, el intrépido doctor y sus dignos compañeros contemplaban abierto bajo sus pies el ruidoso abismo de las cataratas.

Diez minutos después, sin haber hablado una palabra, los denodados viajeros descendían poco a poco a la otra orilla.

Allí, sorprendido, maravillado, atónito, había un grupo de unos diez hombres con uniforme francés. Júzguese cuál sería su asombro al ver aquel globo subir a la margen derecha del río. Creyeron casi en un fenómeno del cielo. Pero sus jefes, que eran un teniente de Marina y un alferez de navío, conocían por los periódicos de Europa la audaz tentativa del doctor Fergusson, y al momento comprendieron el suceso.

El globo, deshinchándose poco a poco, cayó con los atrevidos aeronautas colgados de una red; pero era muy dudoso que pudiesen llegar a tierra, por lo que los franceses se echaron al río y recibieron en sus brazos a los tres ingleses en el momento de bajar el *Victoria* a algunas toesas de la orilla izquierda del Senegal.

—¡El doctor Fergusson! —dijo el teniente.

—El mismo, y sus dos amigos —respondió tranquilamente el doctor.



Los franceses llevaron a los viajeros a la orilla del río, mientras que el globo, medio deshinchado, arrastrado por una corriente rápida, se fue como una inmensa burbuja a sepultarse en las aguas del Senegal en las cataratas de Guina.

—¡Pobre *Victoria*! —exclamó Joe.

El doctor no pudo reprimir una lágrima; tendió sus brazos, y sus dos

amigos se precipitaron a ellos profundamente conmovidos.

XLIV

CONCLUSIÓN — EL ACTA — LOS ESTABLECIMIENTOS FRANCESES —
EL PUESTO DE MEDINA — EL BASILIC — SAN LUIS —
LA FRAGATA INGLESA — REGRESO A LONDRES

La expedición que se encontraba a orillas del río había sido enviada por el gobernador del Senegal, y se componía de dos oficiales, Messieurs Dufraisse, teniente de Infantería de Marina, y Rodamel, alférez de navío, de un sargento y siete soldados. Dos días hacía que se ocupaban de reconocer la situación más favorable para el establecimiento de un puesto en Guina, cuando fueron testigos de la llegada del doctor Fergusson.

Inútil es decir que los tres viajeros recibieron muchos abrazos y muchas felicitaciones. Habiendo los franceses podido comprobar por sí mismos la realización del audaz proyecto de Samuel Fergusson debían ser de éste los testigos naturales.

Así es que el doctor les preguntó si tendrían inconveniente en hacer constar de una manera oficial su llegada a las cataratas de Guina.

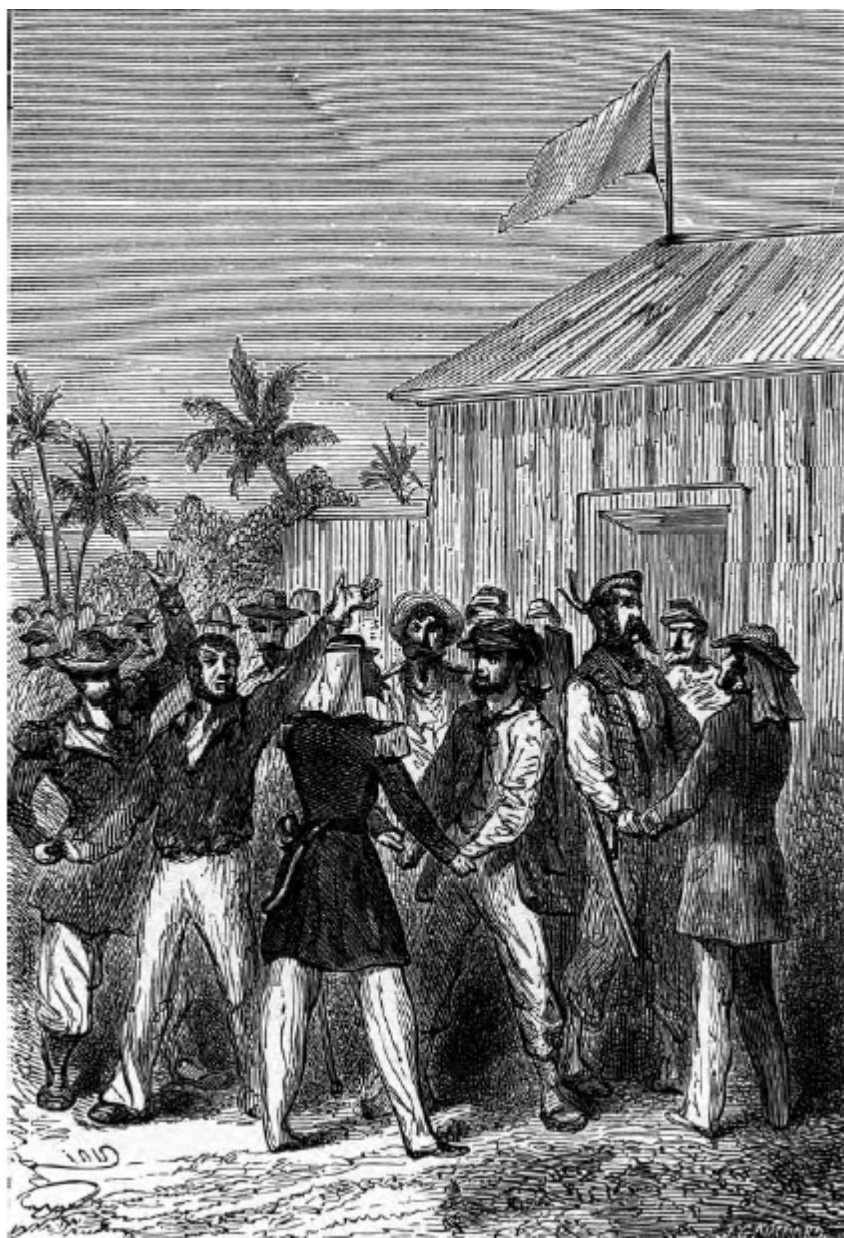
—¿Queréis tener la bondad de firmarme un documento en que se consigne mi llegada? —preguntó al teniente Dufraisse.

—Estoy a vuestra disposición —respondió éste.

Los ingleses fueron conducidos a un puesto provisional establecido a orillas del río, y allí se les prodigaron las mayores atenciones y se les proveyó abundantemente de cuanto pudiera hacerles falta. Y allí se redactó también en los siguientes términos el acta que se encuentra actualmente en los archivos de la Sociedad Geográfica de Londres.

«Los abajo firmantes declaramos que en el día de la fecha hemos visto llegar suspendidos en la red de un globo al doctor Fergusson y a sus doscompañeros Richard Kennedy y Joe Wilson, habiendo dicho globo caído a algunos pasos de nosotros en el lecho mismo del río, abismándose, arrastrando por la corriente, en las cataratas del Guina. En fe de lo cual, en unión de dichos viajeros, firmamos la presente,

para que valga lo que de derecho sea. Dado en las cataratas de Guina el 24 de mayo de 1862.



El puesto de Guina.

»EMMANUEL FERGUSSON, RICHARD KENNEDY, JOE WILSON; DUFRAISSE, teniente de Infantería de Marina; RODAMEL, alférez de navío; DUFAYS, sargento; FILIPEAU, mayor; Pelisier, Lorios,

Rascagnet, Guillon, Level, soldados.»

Aquí concluye la asombrosa travesía del doctor Fergusson y de sus valerosos compañeros, comprobada por irrecusables testimonios. Se hallaban ya entre amigos y en medio de tribus más hospitalarias frecuentemente relacionadas con los establecimientos franceses.

Llegaron al Senegal el sábado 24 de mayo, y el 27 del mismo mes alcanzaron el puesto de Medina, situado a orillas del río, un poco más al norte.

Los oficiales franceses les recibieron con los brazos abiertos y les agasajaron todo lo posible. El doctor y sus compañeros tuvieron ocasión de embarcarse casi inmediatamente en el buque de vapor *Basilic*, que bajaba el Senegal hasta su desembocadura.

Catorce días después, 10 de junio, llegaron a San Luis, ya repuestos completamente de sus tribulaciones y fatigas. Obtuvieron del gobernador una magnífica acogida. Joe decía a todo el mundo:

—Nuestro viaje ha sido muy tonto, y no aconsejo que lo emprenda quien desee experimentar fuertes emociones. Sin las insignificantes aventuras del lago Chad y del Senegal nos habríamos muerto de fastidio.

Había, próxima a zarpar, una fragata inglesa, en la que se embarcaron los tres viajeros, llegando el día 25 de junio a Portsmouth y el siguiente a Londres.

No describiremos el entusiasmo con que les acogió la Sociedad de Geografía ni los obsequios de que fueron objeto. Kennedy partió inmediatamente para Edimburgo con su famosa carabina, deseoso de tranquilizar cuanto antes a su vieja patrona.

El doctor Fergusson y su fiel Joe siguieron siendo siempre los mismos hombres que hemos conocido, sin haberse verificado en ellos más que una variación importante.

Se convirtieron en íntimos amigos.

Todos los periódicos de Europa colmaron de elogios a los audaces exploradores, y el *Daily Telegraph* hizo una tirada de 977.000 ejemplares el día en que publicó un extracto del viaje.

En sesión pública de la Real Sociedad de Geografía, el doctor dio cuenta circunstanciada de su expedición aeronáutica, y obtuvo para él

y sus compañeros la medalla de oro destinada a recompensar la más notable exploración del año 1862.

El viaje del doctor Fergusson ha comprobado de la manera más precisa los planos y los datos geográficos reunidos por Barth, Burton, Speke y otros viajeros. Gracias a las expediciones actuales de Speke y Grant, de Heuglin y Munzinger, que se dirigen a las fuentes del Nilo o al centro de África, podremos dentro de poco comprobar los propios descubrimientos del doctor Fergusson en la inmensa comarca comprendida entre los 14º y los 33º de longitud.



MARTÍN PAZ



I

ESPAÑOLES Y MESTIZOS

El sol acababa de ocultarse al otro lado de los picos nevados de las Cordilleras; pero bajo aquel hermoso cielo peruano, a través del transparente velo de las noches, la atmósfera se impregnaba de una frescura luminosa. Era la hora en la cual se podía vivir al estilo europeo y buscar fuera de las barandas y balcones algún soplo de viento bienhechor.

Mientras aparecían en el horizonte las primeras estrellas, una concurrencia numerosa de paseantes, envueltos en sus ligeros abrigos y conversando seriamente de los más fútiles asuntos, recorría las calles de Lima. Había gran movimiento de población en la Plaza Mayor, ese foro de la antigua *Ciudad de los Reyes*. Los artesanos aprovechaban el fresco de la tarde para descansar de sus trabajos diarios, y los vendedores circulaban activamente entre la muchedumbre pregonando a grandes voces lo exquisito de sus mercancías. Las mujeres, cuidadosamente tapadas con la toca que les cubría el rostro, circulaban alrededor de los grupos de fumadores. Algunas señoras con traje de baile, peinadas sólo con su abundante cabello recogido con flores naturales, se paseaban gravemente en sus carretelas. Los indios pasaban sin levantar los ojos del suelo, sintiéndose demasiado humildes para mirar, sin manifestar ni por el gesto ni por la palabra la sorda envidia que les devoraba. Con los indios contrastaban los mestizos, rechazados como ellos a las últimas capas sociales, pero cuyas protestas eran más ruidosas.

En cuanto a los españoles, orgullosos descendientes de Pizarro, andaban por la ciudad con la cabeza erguida como en el tiempo en que sus antepasados fundaban la *Ciudad de los Reyes*. Su desprecio tradicional envolvía a la vez a los indios, a quienes habían vencido, y a los mestizos, fruto de sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo. Los indios, al igual que todas las clases reducidas a la

servidumbre, pensando solamente en romper sus cadenas, confundían en una misma aversión a los vencedores del antiguo imperio de los Incas y a los mestizos, especie de clase media orgullosa e insolente.

Pero aquellos mestizos, españoles por el desprecio con que miraban a los indios, e indios por el odio que tenían a los españoles, se consumían entre estos dos sentimientos igualmente vivos.

De estos mestizos se componía enteramente el grupo de jóvenes que se agitaban cerca de la hermosa fuente levantada en medio de la Plaza Mayor.

Envueltos en sus ponchos, manta de algodón de cuadros, larga y perforada con una abertura que da paso a la cabeza, vestidos con anchos pantalones rayados de mil colores, cubiertos de sombreros de anchas alas hechos de paja de Guayaquil, hablaban, gritaban y gesticulaban.

—Tienes razón, Andrés —decía un hombrecillo obsequioso a quien llamaban Milflores.

Este Milflores era el parásito de Andrés Certa, joven mestizo, hijo de un rico mercader que había sido muerto en uno de los últimos motines promovidos por el conspirador Lafuente. Andrés Certa había heredado un gran caudal y lo hacía valer hábilmente en obsequio de sus amigos, de los cuales no pedía más que humilde condescendencia a cambio de sus puñados de oro.

—¿De qué sirven esos cambios de poder, esos pronunciamientos eternos que trastornan el Perú? —repuso Andrés en alta voz—. Que gobierne Gambarra o Santa Cruz no importa, si aquí no reina la igualdad.

—¡Bien dicho, bien dicho! —exclamó el pequeño Milflores, que aun con un gobierno partidario de la igualdad, jamás hubiera podido ser igual a un hombre de talento.

—¡Cómo! —añadió Andrés Certa—. Yo, hijo de un negociante, ¿sólo podré tener una carroza tirada por mulas? ¿Es que mis buques no han traído la riqueza y la prosperidad a este país? ¿Es que la aristocracia tan útil de los pesos fuertes no vale por todos los vanos títulos de España?

—¡Es una vergüenza! —respondió un joven mestizo—. Y vean

ustedes, ahí está don Fernando, que pasa en su carruaje tirado por dos caballos. ¡Don Fernando de Aguillo! Apenas tiene con qué mantener a su cochera y viene a pavonearse orgullosamente por la plaza. Bueno: ¡ahí viene otro, el marqués de Vegal!

Una magnífica carroza desembocaba en aquel momento en la Plaza Mayor: era la del marqués de Vegal, caballero de Alcántara, de Malta y de Carlos III. Pero aquel gran señor iba sólo al paseo por aburrimiento y no por ostentación: tristes pensamientos se concentraban en su cabeza penosamente encorvada, y ni siquiera oyó las envidiosas reflexiones de los mestizos cuando sus cuatro caballos se abrieron paso a través de la multitud.

—¡Aborrezco a ese hombre! —dijo Andrés Certa.

—¡No le aborrecerás por mucho tiempo! —respondió uno de los jóvenes.

—No, porque todos esos nobles ostentan los últimos esplendores de su lujo y puedo decir adónde van su vajilla y las joyas de la familia.

—Sí, tú sabes algo, pues frecuentas la casa del judío Samuel. Y allí en los libros de cuentas del viejo judío se inscriben los créditos aristocráticos y en sus cofres se amontonan los restos de esas grandes riquezas. El día en que todos los españoles sean unos mendigos como su César de Buzan, llegará la nuestra.

—La tuya, sobre todo, Andrés, cuando subas sobre tus millones —respondió Milflores—. Y ahora vas a duplicar tu caudal... A propósito; ¿cuándo te casas con esa hermosa hija del viejo Samuel, que es limeña hasta la médula de los huesos y que evidentemente no tiene de judía más que su nombre de Sara?

—Dentro de un mes —respondió Andrés Certa—, y dentro de un mes no habrá caudal en el Perú que pueda luchar con el mío.

—Pero —preguntó uno de los jóvenes mestizos—, ¿por qué no haber elegido una española de alto nacimiento?

—Porque desprecio esa clase de gente tanto como la aborrezco.

Andrés Certa no quería confesar que había sido miserablemente desdeñado por varias nobles familias en las cuales había tratado de introducirse.

En aquel momento Andrés Certa recibió un fuerte empujón de un

hombre de alta estatura algo canoso, pero cuyas formas desarrolladas manifestaban una gran fuerza muscular.

Aquel hombre, que era un indio de las montañas, iba vestido con una chaqueta parda, debajo de la cual se veía una camisa de gruesa tela y cuello alto que no ocultaba enteramente su pecho velludo; su calzón corto, rayado de listas verdes, se unía por medio de ligas rojas a unas medias de color de tierra; en los pies llevaba sandalias de piel de vaca y bajo su sombrero puntiagudo brillaban grandes pendientes.

Después de haber chocado con Andrés Certa, le miró fijamente.

—¡Miserable indio! —exclamó el mestizo levantando la mano.

Sus compañeros le detuvieron y Milflores exclamó:

—¡Andrés, Andrés, ten cuidado!

—¡Un vil esclavo empujarme!



¡Miserable indio! —exclamó el mestizo.

—Es un loco, es el Zambo.

El Zambo continuó mirando al mestizo, a quien había empujado con intención. Éste, que no podía contener su cólera, sacó un puñal que llevaba en el cinturón, e iba a precipitarse sobre su agresor cuando un

grito gutural, semejante al del linote del Perú, resonó en medio del tumulto de los paseantes. El Zambo desapareció.

—Brutal y cobarde —exclamó Andrés Certa.

—No te precipites —dijo mansamente Milflores—, y salgamos de la plaza. Las limeñas aquí son muy orgullosas.

El grupo de jóvenes se dirigió entonces hacia el centro de la plaza. La noche había llegado y las limeñas merecían bien su nombre de *tapadas* porque no se distinguía su rostro bajo el manto que lo cubría enteramente.

La Plaza Mayor estaba todavía muy animada, se redoblaban los grupos y el tumulto. Los guardias a caballo apostados delante del pórtico central del palacio del virrey, situado al norte de la plaza, apenas podían permanecer inmóviles en medio de aquella multitud en movimiento. Las industrias más diversas parecía que se habían dado cita en aquella plaza, que no era más que un inmenso bazar de objetos de toda especie. El piso bajo del palacio del virrey y el pórtico de la catedral, ocupados por tiendas, hacían de aquel conjunto una tienda inmensa abierta a todas las producciones tropicales.

En medio del ruido de la muchedumbre resonó el toque de oraciones del campanario de la catedral, y todo quedó en silencio. A los grandes clamores sucedió el murmullo de la oración. Las mujeres detuvieron su paseo y llevaron la mano al rosario.

Mientras todos se detenían e inclinaban la cabeza, una dueña anciana, que acompañaba a una joven, trataba de abrirse paso entre la multitud. Esta tentativa excitó varias calificaciones mal sonantes, dirigidas a las dos mujeres que turbaban el rezo general. La joven quiso detenerse, pero la dueña la obligó a seguirla.

—¡Hija del demonio! —exclamaron cerca de ella.

—¿Quién es esa bailarina condenada?

—Es otra de las mujeres de Carcamán⁴¹.

La joven se detuvo toda confusa.

De improviso un arriero le puso la mano en el hombro y quiso obligarla a arrodillarse; pero en aquel momento un brazo vigoroso le tiró por tierra. Esta escena, rápida como el relámpago, fue seguida de un momento de confusión.

—Huya usted, señorita —dijo una voz suave y respetuosa al oído de la joven.

Ésta se volvió pálida de terror y vio a un joven indio, de alta estatura, que con los brazos cruzados, esperaba a pie firme a su adversario.

—Por mi alma, estamos perdidas —exclamó la dueña.

Y arrastró consigo a la joven.

El arriero se había levantado, confundido por su caída; pero juzgando prudente no pedir cuentas a un adversario tan resuelto como parecía el joven indio, se dirigió adonde estaban sus mulas, murmurando inútiles amenazas.



El joven indio, con los brazos cruzados, esperaba a su adversario.

II

LIMA Y LAS LIMEÑAS

La ciudad de Lima se halla en un rincón del valle del Rímac, a nueve leguas de su desembocadura. Al norte y al este comienzan las primeras ondulaciones del terreno, que forman parte de la gran cordillera de los Andes. El valle de Lurigancho, formado por las montañas de San Cristóbal y de los Amancaes, que se levantan detrás de Lima, vienen a terminar en sus arrabales. La ciudad se encuentra en una sola orilla del río; la otra está ocupada por el arrabal de San Lázaro y se une con la primera por un puente de cinco arcos, cuyos pilares anteriores oponen a la corriente su arista triangular.

Los posteriores ofrecen a los paseantes bancos, en los cuales van los elegantes a sentarse en las tardes de verano, y desde allí pueden contemplar una hermosa cascada.

La ciudad tiene dos millas de longitud de este a oeste, y solamente una milla y cuarto de anchura, desde el puente hasta las murallas. Éstas, de doce pies de altura y de diez de espesor en su base, construidas de adobes, o sea de ladrillos secados al sol, formados de tierra arcillosa mezclada con gran cantidad de paja machacada, son a propósito para resistir los temblores de tierra. El recinto tiene siete puertas y tres postigos y termina en el extremo sudeste por la pequeña ciudadela de Santa Catalina.

Tal es la antigua Ciudad de los Reyes, fundada en 1534 por Pizarro el día de la Epifanía. Desde entonces ha sido, y es todavía, teatro de revoluciones siempre renacientes. Lima era en otro tiempo el principal depósito del comercio de América en el océano Pacífico, gracias a su puerto del Callao, que fue construido en 1779 de un modo singular. Se hizo encallar en la playa un navío viejo de primer orden lleno de piedras, de arena y de restos de toda especie, y alrededor de aquel casco se metieron en la arena estacadas de manglares enviadas de Guayaquil e inalterables al agua, formándose de este modo una base

indestructible, sobre la cual se levantó el muelle del Callao.

El clima, más templado y más suave que el de Cartagena o Bahía, situadas en la costa opuesta de América, hace de Lima una de las ciudades más agradables del Nuevo Mundo. El viento tiene allí dos direcciones que no varían; o sopla del sudoeste y se refresca atravesando el océano Pacífico, o bien del sudeste y llega impregnado de la frescura que ha recogido en los picos helados de las Cordilleras.

Las noches son hermosas y puras en las latitudes tropicales, y destilan ese benéfico rocío que fecunda el suelo, expuesto a los rayos de un cielo sin nubes. Así, cuando llega la noche, los habitantes de Lima prolongan sus reuniones nocturnas en las casas, refrescadas por la oscuridad, y en breve las calles quedan desiertas, y apenas si algún café o taberna es visitado por los bebedores de aguardiente o de cerveza.

Aquella noche la joven, seguida de la dueña, llegó sin dificultad alguna al puente del Rímac, prestando atención al menor ruido cuya naturaleza no le dejaba distinguir su emoción, y no oyendo más que las campanillas de una recua de mulas o el silbido de un indio.

Aquella joven, llamada Sara, volvía a casa del judío Samuel, su padre. Estaba vestida con una falda de color oscuro plisada con pliegues medio elásticos y muy estrecha por abajo, lo cual le obligaba a dar pasos muy menudos y le daba cierta gracia delicada, particular a las limeñas. Aquella saya, guarnecida de encaje y de flores, iba en parte cubierta por un manto de seda que subía hasta la cabeza y la cubría con un capuchón. Bajo el gracioso vestido aparecían medias finísimas y zapatitos de raso; rodeaban los brazos de la joven brazaletes de gran valor, y toda su persona estaba impregnada del atractivo que expresa tan perfectamente en español la palabra *donaire*.

Milflores lo había dicho con razón. La novia de Andrés Certa no debía de tener de judía más que el nombre, porque era el tipo más fiel de esas admirables señoras cuya hermosura es superior a toda alabanza.

La dueña, vieja judía en cuyo rostro se mostraban la avaricia y la codicia, era una fiel sirvienta de Samuel, que le pagaba en su justo valor.

En el momento en que las dos mujeres entraban en el arrabal de San Lorenzo un hombre vestido con hábito de fraile, con la cabeza cubierta por su cogulla, pasó a su lado mirándolas con atención. Aquel hombre de gran estatura tenía uno de esos semblantes apacibles que respiran la calma y la bondad. Era el padre Joaquín de Camarones, y al pasar dirigió una sonrisa de inteligencia a Sara, que miró inmediatamente a su sirvienta, después de haber hecho al fraile una graciosa señal con la mano.

—Muy bien, señorita —dijo la anciana con voz agria—, ¿no es bastante haber sido insultadas por esos hijos de Cristo, sino que todavía va usted a saludar a un clérigo? ¿Es que la veremos a usted algún día, con el rosario en la mano, seguir las ceremonias de la Iglesia?

Las ceremonias de la Iglesia son el gran asunto en que se ocupan las limeñas.

—Hace usted suposiciones extrañas —respondió la joven ruborizándose.

—Extrañas como su conducta. ¿Qué diría mi amo Samuel si supiese lo que ha pasado esta noche?

—¿Tengo yo la culpa de que un arriero brutal me haya insultado?

—Yo me entiendo, señorita —dijo la vieja moviendo la cabeza—, y no hablo del arriero.

—Entonces ¿aquel joven ha hecho mal al defenderme contra las injurias del populacho?

—¿Es la primera vez que ese indio se encuentra en nuestro camino? —preguntó la dueña.

Por fortuna el rostro de la joven estaba cubierto por su mano, porque de otro modo la oscuridad no habría bastado para ocultar la turbación de aquel semblante a la mirada investigadora de la vieja sirvienta.

—Pero dejemos al indio donde está —repuso—. Mi obligación es vigilar su conducta; de lo que me quejo es de que, por no molestar a esos cristianos, quiso usted quedarse hasta después de que hubieran hecho su oración y hasta ha sentido usted deseos de arrodillarse como ellos. ¡Ah, señorita! Su padre me echaría de casa en el instante en que

supiera que he sufrido semejante apostasía.

Pero la joven no la escuchaba. La observación de la vieja respecto del joven indio había traído a su memoria pensamientos más agradables. Parecíale que la intervención del joven había sido providencial y muchas veces se había vuelto para ver si la seguía en la oscuridad. Sara tenía en el corazón cierta audacia que le sentaba perfectamente. Orgullosa como una española, si se habían fijado sus miradas en aquel hombre, era porque aquel hombre era altivo y no había mendigado una mirada por premio de su protección.

Imaginándose que el indio la había seguido con la vista, Sara no se engañaba. Martín Paz, después de haber socorrido a la joven, quiso asegurar su retirada y cuando los paseantes se dispersaron, se puso en su seguimiento sin que ella lo advirtiese.

Este Martín Paz era un hermoso joven que llevaba con nobleza el traje nacional del indio de las montañas; de su sombrero de paja de anchas alas se escapaba una hermosa cabellera negra, cuyos bucles se armonizaban con el tono cobrizo de su semblante. Sus ojos brillaban con dulzura infinita y su boca y su nariz eran bien hechas, lo cual es raro en los hombres de su raza. Era uno de los más valerosos descendientes de Manco Cápac, y sus venas debían estar llenas de aquella sangre ardorosa que impulsa a la ejecución de grandes hazañas.

Llevaba con aire marcial su poncho de colores brillantes y en la cintura uno de esos puñales malayos, terribles en una mano ejercitada, porque parecen formar una sola pieza con el brazo que los maneja. En América del Norte, a orillas del lago Ontario, aquel indio hubiera sido jefe de una de esas tribus errantes que dieron a los ingleses tantos combates heroicos.

Martín Paz sabía que Sara era hija del judío Samuel y novia del opulento mestizo Andrés Certa; sabía que por su nacimiento, posición y riquezas, no podía pertenecerle; pero olvidaba todos estos imposibles para no sentir sino el movimiento de su corazón hacia ella.

Sumergido en sus reflexiones, apresuraba su marcha cuando se acercaron a él dos indios que le detuvieron.

—Martín Paz —le dijo uno de ellos—, ¿no vas a volver esta noche

misma a las montañas donde están nuestros hermanos?

—Cierto —respondió fríamente el indio.

—La goleta *Anunciación* ha sido avistada a la altura del Callao, ha dado algunas bordadas y después, protegida por la punta, ha desaparecido. Sin duda se habrá acercado a tierra cerca de la desembocadura del Rímac, y será bueno que nuestras canoas de corteza vayan a aligerarla de sus mercancías. Es preciso que estés allí.

—Martín Paz sabe lo que debe hacer y lo hará.

—Te hablamos en nombre del Zambo.

—Y yo os hablo en mi nombre.

—¿No temes que encuentre inexplicable tu presencia a estas horas en el arrabal de San Lázaro?

—Yo estoy donde me parece.

—¿Delante de la casa del judío?

—Aquellos que encuentren mala mi conducta, me hallarán esta noche en la montaña.

Los ojos de aquellos tres hombres brillaron como relámpagos y no hablaron más. Los indios volvieron a la orilla del Rímac y el ruido de sus pasos se perdió en la oscuridad.

Martín Paz se había acercado apresuradamente a la casa del judío. Aquella casa, como todas las de Lima, sólo tenía dos pisos; el piso bajo, construido de ladrillos, estaba coronado de una parte formada de cañas unidas entre sí y cubiertas de yeso. Toda aquella parte del edificio, dispuesta para resistir los temblores de tierra, imitaba por medio de una hábil pintura los ladrillos de las primeras hiladas; el techo, cuadrado, estaba cubierto de flores y formaba una azotea llena de perfumes.

Una gran puerta cochera colocada entre dos pabellones daba acceso a un patio; pero según la costumbre, aquellos pabellones no tenían ninguna ventana que diese a la calle.

Daban las once en la iglesia parroquial cuando Martín Paz se detuvo delante de la casa de Sara. Un profundo silencio reinaba en las inmediaciones.

¿Por qué el indio permanecía inmóvil delante de aquellas paredes? Era porque una sombra blanca se había presentado en la azotea, entre

aquellas flores a las cuales la oscuridad de la noche daba una forma vaga sin quitarles nada de su perfume.

Martín Paz levantó sus dos manos involuntariamente y las cruzó con adoración.

La sombra blanca desapareció como asustada.

Martín Paz se volvió y se encontró cara a cara con Andrés Certa.

—¿Desde cuándo los indios pasan la noche en contemplación? —preguntó Andrés Certa con ira.

—Desde que los indios huellan el suelo de sus antepasados —respondió Martín Paz.

Andrés Certa dio un paso hacia su rival, que estaba inmóvil.

—¡Miserable! ¿Me dejarás el sitio libre?

—No —dijo Martín Paz; y dos puñales brillaron en el brazo derecho de los dos adversarios. Eran de igual estatura y parecían de igual fuerza.

Andrés Certa levantó rápidamente su brazo y lo dejó caer más rápidamente todavía. Su puñal había encontrado el puñal malayo del indio, y rodó inmediatamente a tierra herido en el hombro.

—¡Socorro, socorro! —gritó.

Se abrió la puerta de la casa del judío, acudieron varios mestizos de una casa inmediata; los unos persiguieron al indio que huía rápidamente, y los otros levantaron al herido.

—¿Quién es este hombre? —dijo uno de ellos—. Si es un marino, llevémosle al hospital del Espíritu Santo; y si es un indio, al hospital de Santa Ana.

Un anciano se cercó al herido, y apenas le hubo visto exclamó:

—¡Que lleven a este joven a mi casa! ¡Vaya una desgracia extraña!

Aquel anciano era el judío Samuel y acababa de conocer en el herido al novio de su hija.

Entre tanto Martín Paz, gracias a la oscuridad y a la rapidez de su carrera, esperaba librarse de los que le perseguían. Le iba en ello la vida. Si hubiera podido llegar al campo se habría encontrado seguro; pero las puertas de la ciudad, que se cerraban a las once de la noche, no se abrirían hasta las cuatro de la mañana siguiente.

Llegó al puente de piedra que ya había atravesado, y en aquel

momento los mestizos y algunos soldados que se habían unido a ellos le iban muy a los alcances. Por desgracia, una patrulla desembocaba por el extremo opuesto. Martín Paz sin poder adelantar ni retroceder, subió al parapeto y se lanzó a la corriente rápida que se agitaba sobre un lecho de piedra.

Las dos partidas de perseguidores corrieron hacia las orillas inferiores del puente para apoderarse del fugitivo en el momento en que saliese a tierra.

Pero fue en vano; Martín Paz no volvió a aparecer.

III

POR SEGUIR A UNA MUJER

Andrés Certa, una vez introducido en la casa de Samuel y acostado en una cama preparada a toda prisa, recobró sus sentidos y estrechó la mano del viejo judío. El médico, avisado por un criado, se había presentado inmediatamente. La herida le pareció leve; el hombro del mestizo se hallaba atravesado de tal modo, que el acero solamente había penetrado entre la piel y la carne. En pocos días Andrés Certa podría levantarse del lecho.

Cuando Samuel y Andrés Certa estuvieron solos, este último le dijo: —¿Quiere usted cerrar la puerta que conduce a la azotea, maese Samuel?

—¿Qué teme usted? —preguntó el judío.

—Temo que Sara vuelva a ofrecerse a la contemplación de los indios. No es un ladrón el que me ha atacado, es un rival de quien no me he librado sino por milagro.

—¡Ah! Por las santas tablas de la ley —exclamó el judío—, usted se engaña; Sara será una esposa perfecta y yo no olvido nada para que haga a usted honor.

Andrés Certa se incorporó sobre el codo y dijo:

—Maese Samuel, una cosa que usted no recuerda es que yo le pago la mano de Sara en cien mil duros.

—Andrés Certa —respondió el judío con cierta sonrisita de avaro—, lo recuerdo tanto que estoy pronto a cambiar este recibo por especies sonantes.

Y diciendo esto, Samuel sacó de su cartera un papel que Andrés Certa rechazó con la mano.

—No existe trato entre nosotros mientras Sara no sea mi mujer, y no lo será jamás si tengo que disputársela a semejante rival. Usted sabe, maese Samuel, cuál es mi objetivo. Al casarme con Sara quiero hacerme igual a toda esa nobleza que no tiene para mí sino miradas

de desprecio.

—Y podrá usted serlo, Andrés Certa, porque una vez casado verá usted a los más orgullosos españoles acudir apresuradamente a sus salones.

—¿Dónde ha ido Sara esta noche?

—Al templo israelita, con la vieja Ammon.

—¿Por qué obliga usted a Sara a seguir sus ritos religiosos?

—Soy judío —replicó Samuel—, y Sara no sería mi hija si no cumpliese los deberes de mi religión.

Era un hombre vil aquel judío Samuel. Traficando con todo y en todas partes, descendía en línea recta de aquel Judas que entregó a su maestro por treinta monedas. Su instalación en Lima databa de diez años. Por gusto y por cálculo había elegido su morada al extremo del arrabal de San Lázaro y se había puesto al acecho de vergonzosas especulaciones. Después, poco a poco fue ostentando gran lujo. Su casa se hallaba suntuosamente montada, y sus muchos criados y sus brillantes carrozas hicieron que se le atribuyesen riquezas inmensas.

Cuando Samuel fue a establecerse en Lima, Sara tenía ocho años. Niña graciosa y bella, agradaba a todos y parecía el ídolo del judío. Algunos años después su hermosura atraía todas las miradas, y se comprende que el mestizo Andrés Certa se enamorase de ella. Lo que parecía inexplicable eran los cien mil duros, precio de la mano de Sara, pero aquel contrato era secreto. Por lo demás, Samuel traficaba no sólo con los productos indígenas, sino con los sentimientos. Banquero, prestamista, mercader, armador, tenía el talento de hacer negocios con todo el mundo; y la goleta *Anunciación*, que aquella noche debía atracar hacia la desembocadura del Rímac, pertenecía al judío Samuel.

Éste, en medio del gran movimiento de negocios que llevaba, por una obstinación tradicional, cumplía todos los ritos de su religión con superstición minuciosa, y su hija había sido cuidadosamente instruida en las prácticas israelitas.

Así, cuando en aquella conversación el mestizo le manifestó su disgusto sobre este punto, el anciano permaneció mudo y pensativo. Andrés Certa fue quien rompió el silencio diciendo:

—Olvida usted que el motivo que me hace casarme con Sara la obligará a convertirse al catolicismo.

—Tiene usted razón —respondió tristemente Samuel—, pero juro por la Biblia que Sara será judía mientras sea mi hija.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y entró el mayordomo.

—¿Han detenido al asesino? —preguntó Samuel.

—Todo induce a creer que ha muerto —respondió el mayordomo.

—¡Muerto! —dijo Andrés Certa con un movimiento de alegría.

—Cogido entre nosotros, que le íbamos a los alcances, y una partida de soldados que venía de la ciudad, se ha visto obligado a arrojarse al Rímac por el pretil del puente.

—¿Pero quién les prueba a ustedes que no ha podido salir a la orilla? —preguntó Samuel.

—La mucha nieve derretida en las montañas ha aumentado el caudal del río hasta convertirlo en un torrente en aquel paraje —respondió el mayordomo—. Además, nos hemos apostado en las dos orillas, y el fugitivo no ha vuelto a aparecer. He dejado centinelas que pasarán la noche vigilando las orillas del Rímac.

—Bien —dijo el anciano—; se ha hecho justicia a sí mismo. ¿Le habéis reconocido en su fuga?

—Perfectamente, era Martín Paz, el indio de las montañas.

—¿Por ventura ese hombre seguía a Sara desde hace algún tiempo? —preguntó el judío.

—No lo sé —respondió el mayordomo.

—Diga usted a Ammón que venga.

El mayordomo se retiró.

—Estos indios —dijo el anciano— tienen entre sí afiliaciones secretas. Es preciso saber si las persecuciones de ese hombre respecto a mi hija se remontan a una época lejana.

La dueña entró y permaneció de pie delante de su amo.

—Mi hija —preguntó Samuel—, ¿sabe algo de lo que ha pasado esta noche?

—Lo ignoro —respondió la dueña—; pero cuando los gritos de los criados me han despertado, he corrido al cuarto de la señorita y la he

encontrado casi sin movimiento.

—Continúa —dijo Samuel.

—A mis reiteradas preguntas sobre la causa de su malestar, no ha querido responder nada; se ha metido en la cama sin aceptar mis servicios y me ha mandado retirar.

—¿Ese indio, la seguía con frecuencia?

—No podré decirlo, señor. Sin embargo, lo he encontrado muchas veces en las calles del arrabal de San Lázaro, y esta noche ha prestado socorro a la señorita en la Plaza Mayor.

—¡Socorro! ¿Y cómo?



Vete —respondió duramente el anciano.

La vieja contó lo que había acontecido.

—¡Ah! ¡Mi hija quería arrodillarse entre esos cristianos, y no sé nada de todo eso! ¿Tú quieres que te despida?

—Señor, perdóneme usted.

—Vete —respondió duramente el anciano.

La dueña salió toda confusa.

—Ya ve usted que es preciso que nos casemos al momento —dijo Andrés Certa—. Pero necesito descansar, y ruego a usted que me deje solo.

Al oír estas palabras el anciano se retiró lentamente. Sin embargo, antes de volver a su cuarto, quiso cerciorarse del estado de su hija, y entró sin hacer ruido en su habitación. Sara dormía con un sueño agitado entre las cortinas de seda desplegadas a su alrededor. Una lámpara de alabastro, suspendida del techo pintado de arabescos, derramaba una suave luz en el aposento, y la ventana entreabierta dejaba pasar a través de las persianas corridas la frescura del aire impregnado del perfume penetrante de los álces y de las magnolias. El lujo criollo se ostentaba en los mil objetos de arte y de buen gusto que había esparcidos sobre los muebles preciosamente esculpidos de la habitación, y bajo los vagos resplandores de la noche, parecía que el alma de la joven jugaba con aquellas maravillas.

El anciano se acercó al lecho de Sara y se inclinó sobre ella para escuchar su sueño. La joven judía parecía atormentada por un sentimiento doloroso, y una vez se escapó de sus labios el nombre de Martín Paz.

Samuel volvió a su cuarto.

Al salir el sol, Sara se levantó a toda prisa, Liberto, indio negro, su servidor personal, acudió a esperar sus órdenes, y ejecutó inmediatamente la de ensillar una mula para su ama y un caballo para él.

Sara tenía costumbre de pasear por la mañana, seguida de un servidor que le era muy adicto.

Vistiose con una saya de color pardo y un manto de cachemira de gruesas bellotas; se puso en la cabeza un sombrero de paja de amplias alas, dejando flotar sobre la espalda sus grandes trenzas negras, y para disimular mejor su turbación, se puso entre los labios un cigarrillo de tabaco perfumado.

Una vez sobre la mula, Sara salió de la ciudad y echó a correr por el campo dirigiéndose hacia el Callao. El puerto estaba muy animado; los guardacostas habían tenido que batallar durante la noche con la goleta

Anunciación, cuyas maniobras indecisas indicaban la intención de cometer algún fraude. La *Anunciación* parecía que había esperado algunas embarcaciones sospechosas hacia la desembocadura del Rímac; pero antes de que éstas hubiesen llegado hasta ella, había podido huir y burlar la persecución de las chalupas del puerto.



Circulaban diversos rumores sobre el destino de aquella goleta. Según unos iba cargada de tropas de Colombia, que trataban de apoderarse de los principales buques del Callao para vengar la afrenta hecha a los soldados de Bolívar, que habían sido arrojados vergonzosamente del Perú.

Según otros, la goleta se ocupaba simplemente en el contrabando de lanas de Europa.

Sara, sin cuidarse de estas noticias, más o menos ciertas, pues que su paseo al puerto sólo había sido un pretexto, volvió hacia Lima y llegó cerca de las orillas del Rímac.

Subió costearando el río hasta el puente. Allí había grupos de soldados y mestizos en diversos puntos.

Liberto había referido a la joven los sucesos de la noche anterior, y por sus órdenes interrogó a varios soldados que estaban inclinados sobre el pretil, de los cuales supo que no solamente Martín Paz se había ahogado, sino que no se había podido encontrar su cuerpo.

Sara, próxima a desmayarse, tuvo necesidad de toda su fuerza de ánimo para no abandonarse a su dolor.

Entre las personas que andaban por la orilla, observó a un indio de fisonomía feroz: era el Zambo, que parecía dominado por la desesperación.

Sara, al pasar cerca del viejo montañés, oyó estas palabras:

—¡Desdicha! ¡Desdicha! ¡Han matado al hijo de Zambo, han matado a mi hijo!

La joven levantó la cabeza e hizo señal a Liberto de que la siguiese. Después, sin cuidarse de si la veían o no, se dirigió a la iglesia de Santa Ana, dejó su cabalgadura al indio, entró en el templo católico, preguntó por el padre Joaquín, y arrodillándose sobre las losas de piedra oró por el alma de Martín Paz.

IV

EL NOBLE ESPAÑOL

Cualquier otro que no hubiera sido Martín Paz, habría perecido en las aguas del Rímac. Para librarse de la muerte había necesitado su fuerza maravillosa, su insuperable voluntad y toda esa serenidad que es uno de los privilegios de los indios libres del Nuevo Mundo.

Martín Paz sabía que los soldados concentrarían sus esfuerzos para prenderle debajo del puente, donde la corriente parecía imposible de vencer; pero cortándola vigorosamente por esfuerzos repetidos, llegó a dominarla, y hallando menos resistencia en las capas inferiores de agua, pudo llegar a la orilla y ocultarse detrás de una espesura de manglares.

¿Pero qué hacer? Los soldados podían cambiar de opinión y subir por la orilla arriba, en cuyo caso Martín Paz sería infaliblemente capturado. Su decisión fue rápida, resolvió volver a entrar en la ciudad y ocultarse en ella.

Para evitar el encuentro de algunos indígenas que se habían retrasado en sus paseos, Martín Paz debía seguir una de las calles más anchas. Pero entonces le pareció que le espiaban, y no pudiendo detenerse a reflexionar, miró a su alrededor buscando un refugio. Ofreciose a sus ojos una casa todavía brillantemente iluminada: la puerta cochera estaba abierta para dar paso a los coches que salían del patio y llevaban a sus diferentes domicilios a las eminencias de la aristocracia española.

Martín Paz se introdujo sin ser visto en aquella casa y apenas hubo entrado se cerraron las puertas detrás de él. Subió ligeramente una rica escalera de madera de cedro, adornada de tapices de mucho precio; los salones estaban todavía iluminados, pero enteramente vacíos; los atravesó con la celeridad del relámpago y se ocultó, en fin, en un cuarto oscuro.

Pronto se apagaron las últimas arañas, y la casa quedó en silencio.

Martín Paz se ocupó entonces en reconocer el sitio. Las ventanas de aquel cuarto daban a un jardín interior; parecióle, pues, que por allí era posible huir, e iba a lanzarse cuando oyó estas palabras:

—Señor mío, se ha olvidado usted de robar los diamantes que yo había dejado en esa mesa.

Martín Paz se volvió. Un hombre de fisonomía orgullosa le mostraba con el dedo un estuche de diamantes.

Martín Paz, insultado de aquel modo, se acercó al español cuya serenidad parecía inalterable, y sacando su puñal y volviendo la punta contra su propio pecho dijo con voz sorda:

—Señor, si repite usted semejante palabra, me mataré a sus pies.

El español, admirado, contempló más atentamente al indio y experimentó hacia él una especie de simpatía. Se dirigió hacia la ventana, la cerró suavemente y volviéndose hacia el indio, cuyo puñal había caído a tierra, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—El indio Martín Paz... estoy siendo perseguido por los soldados por haberme defendido de un mestizo que me atacaba y haberle derribado en tierra de una puñalada. Ese mestizo es el novio de una joven a quien amo. Ahora puede usted entregarme a mis enemigos, si lo cree conveniente.

—Muchacho —respondió simplemente el español—, mañana salgo para los baños de Chorrillos. Si quieres acompañarme estarás por el momento al abrigo de toda persecución y no tendrás nunca que quejarte de la hospitalidad del marqués de Vegal.

Martín Paz se inclinó fríamente.

—Puedes ocupar esa cama y descansar por esta noche —añadió el marqués—, nadie puede sospechar que estás aquí.

El español salió del cuarto y dejó al indio conmovido por aquella generosa confianza. Después Martín Paz, abandonándose a la protección del marqués, se durmió tranquilamente.

Al día siguiente al salir el sol, el marqués dio sus órdenes para la partida y envió recado al judío Samuel de que fuese a verlo; pero antes quiso oír la primera misa de la mañana.

Ésta era una práctica generalmente observada por toda la

aristocracia peruana. Lima, desde su fundación, había sido esencialmente católica; además de sus muchas iglesias, contaba todavía veintidós conventos de frailes, diecisiete de monjas y cuatro casas de retiro para las mujeres que no pronuncian votos. Cada uno de estos establecimientos tenía una iglesia particular, de modo que existían en Lima más de cien edificios dedicados al culto, donde ochocientos clérigos seculares o regulares, trescientas religiosas y un gran número de hermanas y hermanos legos celebraban las ceremonias de la religión.

El marqués de Vegal, al entrar en Santa Ana, observó a una joven arrodillada, toda entregada a la oración y al llanto. Parecía presa de un dolor tal, que el marqués no pudo contemplarla sin emoción y se disponía a dirigirle algunas palabras de benevolencia cuando el padre Joaquín llegó y le dijo en voz baja:

—Señor marqués, por favor, no se acerque usted.

Después el fraile hizo una señal a Sara, que le siguió a una capilla oscura y desierta.

El marqués se dirigió hacia el altar y oyó la misa, y después, al volverse a casa, pensó involuntariamente en aquella joven cuya imagen había quedado profundamente grabada en su memoria.

En el salón de su casa, encontró al judío Samuel, que había ido a pedir sus órdenes. Samuel parecía haber olvidado los sucesos de la noche anterior, y su semblante estaba iluminado por la esperanza del lucro.

—¿Qué me manda usía? —preguntó al español.

—Necesito treinta mil duros antes de una hora.

—¡Treinta mil duros! ¿Y quién los tiene? Por el santo rey David, señor marqués, que me costará más trabajo encontrarlos que lo que usía se imagina.

—Aquí tengo unas joyas de gran valor —repuso el marqués sin hacer caso de las palabras del judío—; además, puedo vender a usted por poco precio una extensa tierra que tengo cerca de Cuzco.

—Ah, señor —exclamó Samuel—, las tierras nos arruinan porque no tenemos bastantes brazos para cultivarlas. Los indios se retiran a las montañas y las cosechas no producen ni siquiera lo que cuesta

recogerlas.

—¿En cuánto estima usted esos diamantes? —preguntó el marqués.

Samuel sacó del bolsillo una balanza pequeña de precisión y se puso a pesar las piedras con atención minuciosa. Entre tanto no dejaba de hablar y, según su costumbre, despreciaba la prenda que se le ofrecía.

—¡Los diamantes!... ¡Mala hipoteca!... ¿Qué producen?... ¡Tanto vale enterrar el dinero!... Observará usía que el agua de éste no es de una limpieza perfecta... Ya sabe usía que estos adornos tan costosos no son fáciles de vender. Tendría que remitirlos a las provincias de Gran Bretaña. Los norteamericanos me los comprarán sin duda; pero será para cederlos a esos hijos de Albión. Quieren, por consiguiente, y es justo, ganar una comisión honrosa, y todo eso cae sobre mis costillas... Pienso que diez mil duros contentarán a usía. Es poco sin duda, pero...

—Ya he dicho —repuso el español con aire de profundo desprecio—, que no me bastan diez mil duros.

—Señor, no puedo dar un real más.

—Llévese usted esas joyas y envíeme inmediatamente la cantidad. Para completarme los treinta mil duros que necesito, le daré a usted esta casa en hipoteca. ¿No le parece bastante sólida?

—Ah, señor, en esta ciudad sujeta a los terremotos no se sabe quién vive ni quién muere, ni quién cae, ni quién se mantiene en pie.

Diciendo esto, Samuel se empinaba sobre la punta de los pies y luego se dejaba caer sobre los talones varias veces, para experimentar la solidez del piso.

—En fin, para servir a usía —dijo—, pasaré por lo que quiera, aunque en este momento no me conviene desprenderme de especies sonantes, porque voy a casar a mi hija con el caballero Andrés Certa... ¿Le conoce usía?

—No le conozco, y vuelvo a encargar a usted que me envíe al instante la cantidad que le he pedido. Llévese usted esas joyas.

—¿Quiere usía un recibo? —preguntó el judío.

El marqués no le respondió y entró en la habitación inmediata.

—¡Orgulloso español! —murmuró Samuel entre dientes—, quiero confundir tu insolencia del mismo modo que voy a disipar tus riquezas. ¡Por Salomón! Soy un hombre hábil, pues mis intereses

corren parejos con mis sentimientos.

El marqués, al dejar al judío, encontró a Martín Paz profundamente abatido.

—¿Qué tienes? —le preguntó afectuosamente.

—Señor, la joven a quien amo es la hija de ese judío.

—¡Una judía! —dijo el marqués con un sentimiento de repulsión que no pudo dominar.

Pero viendo la tristeza del indio, añadió:

—Marchemos, amigo mío, ya hablaremos de todas esas cosas.

Una hora después, Martín Paz, con traje extraño a su condición, salía de la ciudad acompañando al marqués, que no llevaba consigo a ninguno de sus criados.

Los baños de mar de Chorrillos están situados a dos leguas de Lima. Aquella parroquia india posee una bonita iglesia, y durante la estación del calor es el punto de reunión de la elegante sociedad limeña. Los juegos públicos, prohibidos en Lima, están abiertos en Chorrillos durante todo el verano; las señoras despliegan en ellos un ardor indecible, y apostando contra tan lindas jugadoras más de un rico caballero ha visto disiparse su caudal en pocas noches.

El sitio estaba todavía poco frecuentado. Así, el marqués y Martín Paz, retirados en una casita edificada a orillas del mar, pudieron vivir en paz contemplando las vastas llanuras del Pacífico.

El marqués, que pertenecía a una de las más antiguas familias del Perú, era el último descendiente de una soberbia línea de antepasados, de que con justa razón se enorgullecía. Por lo mismo su rostro manifestaba las huellas de una profunda tristeza. Después de haberse mezclado por algún tiempo en los asuntos políticos, había sentido una repugnancia infinita hacia aquellas revoluciones incesantes hechas en beneficio de ambiciones personales, y se había retirado a una especie de soledad, sólo interrumpida a raros intervalos por los deberes de la estricta cortesía.

Su inmenso caudal se iba disipando de día en día. El abandono en que quedaban sus tierras por la falta de brazos le obligaba a hacer empréstitos onerosos, pero no le espantaba la perspectiva de una ruina próxima. La indolencia natural de la raza española, unida al

aburrimiento de una existencia inútil, le había hecho insensible a las amenazas del porvenir. Esposo en otro tiempo de una mujer adorada, y padre de una encantadora niña, una catástrofe horrible le había arrebatado aquellos dos objetos de su amor... Desde entonces ningún afecto le unía al mundo, y dejaba ir su vida al impulso de los acontecimientos.

Creía a su corazón muerto completamente cuando lo sintió palpar de nuevo al contacto de Martín Paz. Aquella naturaleza ardiente despertó el fuego bajo la ceniza; la orgullosa presencia de ánimo del indio hallaba eco en el corazón caballeroso del noble; además, cansado de los españoles de su clase, en los cuales no tenía ya confianza; disgustado de los mestizos, egoístas que querían equipararse con él, tenía placer en acercarse a aquella raza primitiva que tan valientemente había disputado el suelo americano a los soldados de Pizarro.

El indio pasaba por muerto en Lima, según las noticias que el marqués había recibido; pero éste, mirando el amor de Martín Paz a una judía como una cosa peor que la muerte misma, resolvió salvarle nuevamente dejando casar a la hija de Samuel con Andrés Certa.

Así, mientras Martín Paz sentía una tristeza infinita que le invadía el corazón, el marqués evitaba toda alusión a lo pasado, y hablaba al joven indio de cosas indiferentes.

Un día, sin embargo, agitado por sus tristes pensamientos, le dijo:

—¿Por qué, amigo mío, renegar por una pasión vulgar, de la nobleza de tus abuelos? ¿No descendes de aquel valiente Manco Cápac, a quien su patriotismo elevó a la categoría de los héroes? ¿Qué papel podría representar un hombre que se dejase abatir por una pasión indigna? ¿No pensáis en reconquistar algún día vuestra independencia?

—Para eso trabajamos, señor —dijo el indio—, y no está lejos el día en que mis hermanos se levantarán en masa.

—Ya te entiendo. Hablas de esa guerra sorda que tus hermanos preparan en las montañas. A una señal bajarán a la ciudad con las armas en la mano, y serán vencidos como lo han sido siempre. Ya ves cómo vuestros intereses desaparecen en medio de estas revoluciones

perpetuas de que es teatro el Perú; revoluciones que perderán a los indios y a los españoles en beneficio de los mestizos.

—Nosotros salvaremos nuestro país —exclamó Martín Paz.

—Sí, lo salvaréis si comprendéis vuestra misión —respondió el marqués—. Óyeme, pues te quiero como a un hijo. Lo digo con dolor, pero nosotros los españoles, hijos degenerados de una raza poderosa, no tenemos ya la energía necesaria para levantar un Estado. A vosotros, pues, os toca triunfar de este desdichado *americanismo* que tiende a rechazar a todo colono extranjero. Sí, sábelo; sólo una inmigración europea puede salvar el antiguo imperio peruano. En vez de esa guerra intestina que preparáis, y que tiende a excluir a todas las castas, a excepción de una sola, debéis tender francamente la mano a las poblaciones trabajadoras del Antiguo Mundo.

—Los indios, señor, verán siempre enemigos de los extranjeros, cualesquiera que sean, y no consentirán nunca que respiren impunemente el aire de sus montañas. La especie de dominio que ejerzo sobre ellos quedaría sin efecto el día en que no jurase la muerte de sus opresores. Por otra parte, ¿qué soy yo ahora? —añadió Martín Paz con gran tristeza—. Un fugitivo que no viviría tres horas si estuviese en las calles de Lima.

—Amigo, debes prometerme que no volverás a salir.

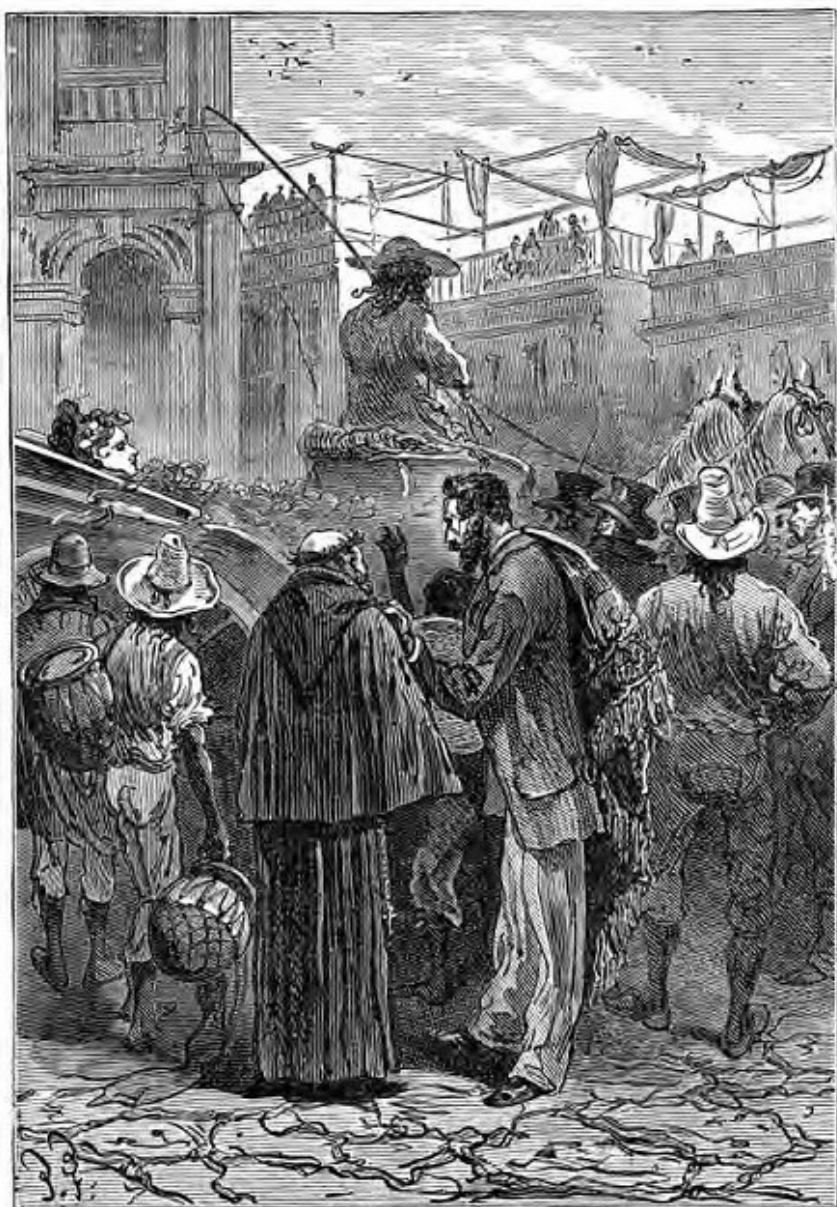
—¡Ah! ¿Cómo puedo prometérselo a usted, señor marqués? Si lo prometiese mentiría.



No está lejos el día en que mis hermanos se levantarán en masa.

El marqués permaneció silencioso; la pasión del joven indio se acrecentaba de día en día; el marqués temblaba al verle correr a una muerte cierta si volvía a presentarse en Lima, y deseaba que llegase cuanto antes el matrimonio de la judía, el cual hubiera querido apresurar a medida de sus deseos.

Para cerciorarse él mismo del estado de las cosas, salió de Chorrillos una mañana y volvió a la ciudad. Allí supo que Andrés Certa, restablecido de su herida, salía ya a la calle, y que su próximo matrimonio era el objeto de todas las conversaciones.



¿Quién es esa hermosa muchacha?

El marqués quiso conocer a la joven amada de Martín Paz, y con este objeto se dirigió a la Plaza Mayor, donde la multitud era siempre grande a ciertas horas, y donde encontró al padre Joaquín, su antiguo amigo. ¡Cuál fue la admiración del fraile al saber por el marqués la existencia de Martín Paz! Apresurose al saber esta noticia a prometer al marqués que velaría por la vida del joven indio, y que le daría todas las noticias que le interesasen. De improviso las miradas del marqués se dirigieron a una joven envuelta en un manto negro que iba sentada en una carretela.

—¿Quién es esa hermosa muchacha? —preguntó al padre Joaquín.

—La novia de Andrés Certa, la hija del judío Samuel.

—¡Ella! ¡La hija de un judío!

El marqués contuvo apenas su admiración, y estrechando la mano del padre Joaquín volvió a tomar el camino de Chorrillos.

Su sorpresa se explicaba porque acababa de conocer en la pretendida judía a aquella joven a quien había visto orar en la iglesia de Santa Ana.

V

PREPARATIVOS DE INSURRECCIÓN

Desde que las tropas de Colombia puestas por Bolívar a las órdenes del general Santa Cruz, habían sido arrojadas del Bajo Perú, este país, hasta entonces agitado por las sediciones militares, había recobrado cierta calma y tranquilidad. En efecto, las ambiciones particulares no turbaban ya el reposo público, y el presidente Gambarra parecía inexpugnable en su palacio de la Plaza Mayor. Por aquella parte nada tenía, en efecto, que temer; pero el peligro verdadero, inminente, no procedía de las sediciones que se extinguían tan pronto como estallaban, y que parecían lisonjear el gusto de los americanos por las ostentaciones militares.

Aquel peligro era invisible para los españoles, demasiado altos para verlo, y también para los mestizos que jamás querían mirar hacia un nivel inferior al suyo.

Y sin embargo, había una agitación desacostumbrada entre los indios de la ciudad, que se mezclaban con frecuencia con los habitantes de las montañas, y que parecían haber sacudido su apatía natural. En vez de envolverse en su poncho con los pies hacia el sol, se extendían por el campo, se detenían uno a otro, se entendían por señales particulares y frecuentaban las posadas más desiertas, en las cuales podían hablar sin peligro.

Aquel movimiento podía ser observado principalmente en una de las plazas apartadas de la ciudad. En la esquina de esta plaza se levantaba una casa formada tan sólo de una habitación baja, y cuya apariencia miserable chocaba desde luego. Era una taberna de último orden, propiedad de una vieja india que ofrecía a los más íntimos parroquianos su cerveza de maíz fermentada y una bebida hecha con la caña de azúcar.

La reunión de indios en esta plaza sólo tenía lugar a ciertas horas, cuando se levantaba un largo palo sobre el techo de la taberna como

una señal. Entonces los indígenas de todas las profesiones, conductores de carros, arrieros, cocheros entraban uno a uno y desaparecían inmediatamente en la gran sala. La tabernera parecía muy ocupada y la vieja india dejaba a su criada el cuidado de la taberna y corría a servir por sí misma a sus parroquianos.

Pocos días después de la desaparición de Martín Paz, hubo una asamblea numerosa en la sala de la taberna, donde apenas podían distinguirse los rostros de los concurrentes en aquella oscuridad, aumentada por el humo del tabaco. Unos cincuenta indios estaban sentados alrededor de una larga mesa, los unos mascando una especie de hoja de té mezclada con tierra odorífera, los otros bebiendo en grandes jarras el maíz fermentado. Pero todas estas ocupaciones no les distraían de la principal, que era oír con atención la palabra de un indio.

Era el Zambo, cuyas miradas tenían una extraña fijeza.

Después de haber examinado minuciosamente a sus oyentes, Zambo tomó la palabra y dijo:

—Los hijos del Sol pueden hablar de sus negocios; no hay aquí oídos pérfidos que puedan escucharnos. En la plaza algunos de nuestros amigos, disfrazados de cantores, atraen a los transeúntes y nosotros aquí gozamos de entera libertad.

En efecto, en el exterior resonaban los acordes de una guitarra.

La indios de la taberna, satisfechos de hallarse en seguridad, prestaron gran atención a las palabras del Zambo, en quien tenían toda su confianza.

—¿Qué noticias puede darnos el Zambo de Martín Paz? —preguntó un indio.

—Ninguna. Sólo el Gran Espíritu puede saber si ha muerto o no. Espero a algunos hermanos que han bajado por el río hasta su embocadura. Tal vez habrán encontrado el cuerpo de Martín Paz.

—Era un buen jefe —dijo Manangani, indio feroz y muy temido—. Pero ¿por qué no estaba en su puesto el día en que la goleta nos traía las armas?

El Zambo no respondió y bajó la cabeza.

—¿No saben mis hermanos —dijo Manangani— que ha habido tiros

entre la *Anunciación* y los guardacostas y que la captura de ese buque habría frustrado todos nuestros planes?

Un murmullo aprobador acogió las palabras del indio.

—Harán bien —dijo el Zambo— los que quieran esperar para juzgar. ¡Quién sabe si mi hijo Martín Paz se presentará entre nosotros dentro de pocos días!... Oíd ahora lo que tengo que deciros: las armas que nos han enviado de Sechura están en nuestro poder, se hallan ocultas en las montañas de las Cordilleras y dispuestas para hacer su oficio cuando estéis preparados para cumplir vuestro deber

—¿Quién nos detiene? —exclamó un joven indio—. Hemos aguzado nuestros puñales y esperamos.

—Dejad que llegue la hora —respondió el Zambo—. ¿Saben mis hermanos cuál es el enemigo a quien sus brazos deben herir en primer lugar?

—Esos mestizos que nos tratan como a esclavos —dijo uno de los asistentes—. Esos insolentes que nos azotan con la mano y el látigo como a mulas falsas.

—No a éstos —respondió otro—, sino a los que monopolizan todas las riquezas del suelo.

—Os engañáis; nuestros golpes deben ser para otros —dijo el Zambo animándose—. Esos hombres no son los que se atrevieron hace trescientos años a poner el pie en la tierra de vuestros antepasados. Esos ricos no son los que han llevado a la tumba a los hijos de Manco Cápac. Son esos orgullosos españoles, los verdaderos vencedores de quienes vosotros sois los verdaderos esclavos. Si ya no tienen la riqueza, tienen la autoridad, y a pesar de la emancipación peruana conculcan nuestros derechos naturales. Olvidemos, pues, lo que somos para recordar lo que nuestros padres han sido.

—Sí, sí —exclamó la asamblea con murmullo de aprobación.

Después de algunos momentos de silencio el Zambo se cercioró, interrogando a diversos conjurados de que sus amigos del Cuzco y de toda Bolivia estaban dispuestos a levantarse como un solo hombre.

Después, continuando su discurso con fuego, dijo:

—Y nuestros hermanos de la montaña, valiente Manangani, si todos tienen en el corazón un odio igual al tuyo y un valor como el tuyo ¿no

caerán sobre Lima como una tromba desde lo alto de las Cordilleras?

—El Zambo no se quejará de su audacia el día señalado —respondió Manangani—. Si el Zambo sale de la ciudad no irá muy lejos sin que vea surgir en torno suyo indios que arden en deseo de venganza. En las gargantas de San Cristóbal y de los Amancaes más de uno, envuelto en su poncho y con el puñal en la cintura, espera que se confíe a sus manos una carabina. Tampoco ellos han olvidado que tienen que vengar sobre los españoles la derrota de Manco Cápac.

—Bien, Manangani —repuso el Zambo—, el dios de la venganza habla por tu boca. Mis hermanos sabrán muy pronto quién es el elegido de sus jefes. El presidente Gambarra sólo trata de consolidarse en el poder; Bolivia está lejos, Santa Cruz ha sido derrotada; podemos actuar sobre seguro. Dentro de pocos días la fiesta de los Amancaes invitará a nuestros opresores al placer; así pues, que todos se dispongan a marchar y que la noticia llegue hasta las aldeas más remotas de Bolivia.

En aquel momento tres indios entraron en el salón. El Zambo se dirigió vivamente hacia ellos preguntándoles:

—¿Qué hay?

—El cuerpo de Martín Paz no ha podido ser hallado —respondió uno de aquellos indios—. Hemos sondeado el río en todos los sentidos; nuestros más hábiles buzos lo han explorado con cuidado y creemos que el hijo del Zambo no puede haber muerto en las aguas del Rímac.

—¡Lo habrán asesinado! ¿Qué habrá sido de él? ¡Oh, desdichados los que hayan dado muerte a mi hijo!... Que mis hermanos se separen en silencio, y que cada uno vuelva a su puesto, mire, vigile y espere.

Los indios salieron y se dispersaron. El Zambo se quedó solo con Manangani, que le preguntó:

—¿Sabe el Zambo qué sentimiento llevaba aquella noche a su hijo al barrio de San Lázaro? ¿Está el Zambo seguro de su hijo?

Un relámpago brilló en los ojos del indio. Manangani retrocedió.

Pero el Zambo se contuvo y dijo:

—Si Martín Paz hiciese traición a sus hermanos, yo mataría desde luego a todos aquellos a quienes ha dado su amistad y a todas aquellas a quienes hubiese dado su amor; después le mataría a él mismo, y por

último, me mataría yo, para no dejar en este suelo un solo individuo de una raza deshonrada.

En aquel momento la tabernera abrió la puerta de la sala, se adelantó hacia el Zambo y le entregó un billete para él.

—¿Quién le ha dado a usted esto? —dijo.

—No lo sé —respondió la tabernera—, este papel sin duda se lo ha dejado olvidado algún bebedor, porque lo he encontrado sobre una mesa.

—¿No han venido aquí más que indios?

—Nadie más que indios.

La tabernera salió. El Zambo desdobló el billete y leyó en alta voz:

«Una joven ha orado por Martín Paz porque no olvida al indio que ha expuesto su vida por ella. Si el Zambo tiene alguna noticia de su hijo o alguna esperanza de encontrarle, que se ate al brazo un pañuelo encarnado. Hay ojos que le ven pasar todos los días.»

El Zambo estrujó el billete entre las manos.

—El desgraciado se ha dejado prender en los ojos de una mujer.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Manangani.

—No es india —respondió el Zambo mirando el billete—. Es alguna muchacha elegante... ¡Ah, Martín Paz, estás desconocido!

—¿Harás lo que esa mujer te recomienda?

—No —respondió violentamente el indio—. Que pierda toda esperanza de volver a ver a mi hijo y que muera.

Y el Zambo rompió el billete con rabia.

—Es un indio el que ha debido de traer este billete —observó Manangani.

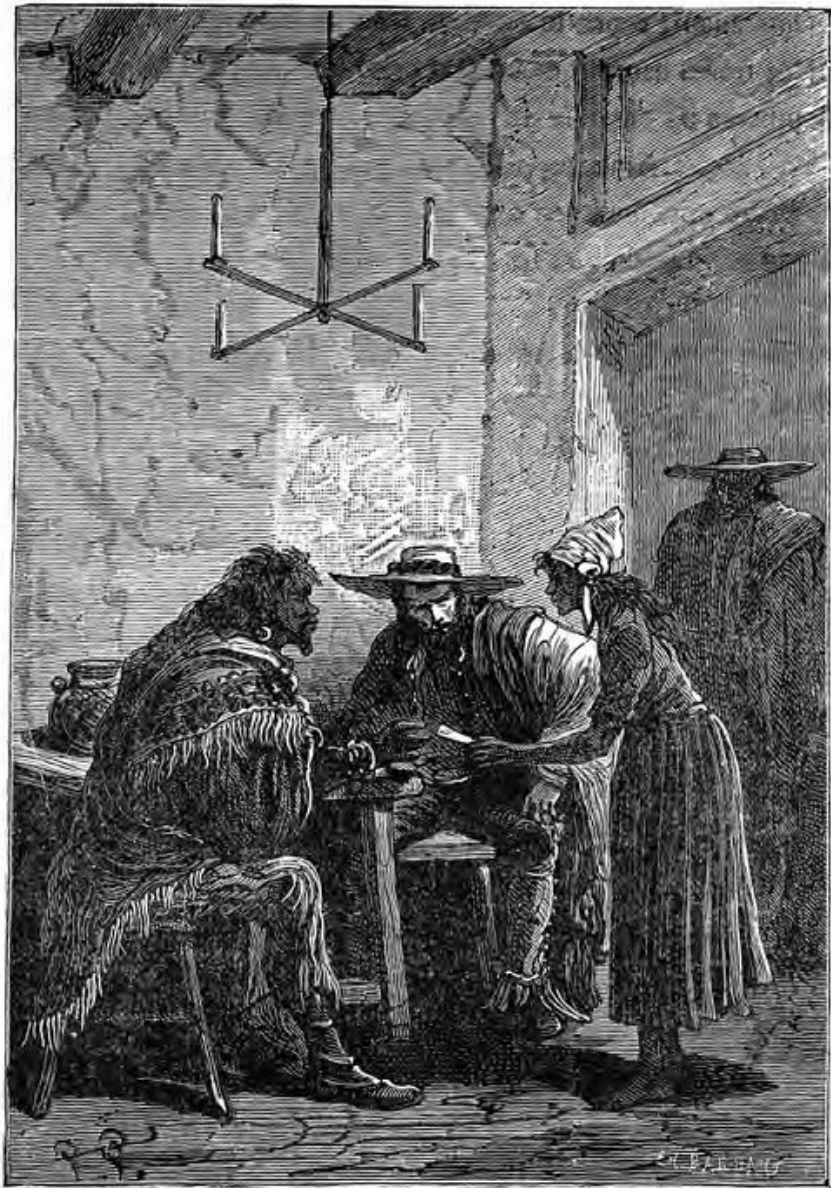
—¡Oh, no puede ser de los nuestros! Habrá sabido que venía yo con frecuencia a esta taberna, pero no volveré a poner los pies en ella. Vuelva mi hermano a las montañas, yo me quedo a vigilar en la ciudad. Veremos si la fiesta de los Amancaes será alegre para los opresores o para los oprimidos.

Los dos indios se separaron. El plan estaba bien combinado y la hora de la ejecución bien elegida. Perú, casi despoblado entonces, sólo contaba un reducido número de españoles y de mestizos. La invasión de los indios, que acudirían desde los bosques del Brasil lo mismo que

desde las montañas de Chile y de las llanuras del Río de la Plata, debía cubrir con un ejército formidable el teatro de la rebelión. Una vez destruidas por completo las grandes ciudades como Lima, el Cuzco y Puno, no era de creer que las tropas de Colombia, vencidas hacía poco por el gobierno peruano, acudiesen en socorro de sus enemigos en peligro.

Aquel trastorno social debía, pues, llevarse a cabo sin resistencia si los indios guardaban fielmente el secreto, y ciertamente no había traidores entre ellos.

Pero ignoraban que un hombre había obtenido una audiencia particular del presidente Gambarra; ignoraban que aquel hombre le hacía saber que la goleta la *Anunciación* había desembarcado armas de toda especie en piraguas indias en la desembocadura del Rímac. Aquel hombre iba a reclamar una fuerte indemnización por el servicio que prestaba al gobierno peruano denunciando aquellos hechos.



La tabernera le entregó un billete.

Aquel hombre jugaba con cartas dobles. Después de haber alquilado su buque a los agentes del Zambo por un precio muy elevado, iba a vender al presidente el secreto de los conjurados.

El lector habrá conocido en este individuo al judío Samuel.

VI

EL JUEGO Y LAS CONFIDENCIAS

Andrés Certa, enteramente restablecido, y convencido de la muerte de Martín Paz, apresuraba su matrimonio, deseando que llegara el día de pasear por las calles de Lima a la joven judía.

Sara, entre tanto, le manifestaba continuamente una altiva indiferencia, de la cual él no hacía caso, porque no consideraba a la joven sino como un objeto de valor que había comprado por cien mil duros.

Debemos decir aquí que Andrés Certa desconfiaba del judío, y con razón. Si el contrato era poco honrado, los contratantes lo eran menos; así el mestizo quiso tener con Samuel una entrevista secreta, y le llevó un día a Chorrillos, deseando también probar la suerte del juego antes de la boda.

Los juegos se habían abierto pocos días después de la llegada del marqués de Vegal, y desde aquella época había un perpetuo movimiento en el camino de Lima. Algunos iban a Chorrillos a pie y se volvían en carruaje, mientras que otros iban a perder los últimos restos de su fortuna.

El marqués y Martín Paz no tomaban parte en aquellos placeres, y los insomnios del joven indio tenían más nobles causas.

Después de sus paseos nocturnos con el marqués, volvía a su cuarto, y poniéndose de codos en la ventana pasaba largas horas meditando.

El marqués recordaba sin cesar a la hija de Samuel, a la que había visto orar en el templo católico; pero no se habría atrevido a confesar aquel secreto a Martín Paz, aunque le iba instruyendo poco a poco en las verdades cristianas. Temía reanimar en su corazón sentimientos que quería extinguir, porque el indio proscrito debía renunciar a toda esperanza de obtener a Sara. Entre tanto, la policía había concluido por abandonar la persecución de Martín Paz, y con el tiempo y la influencia de su protector, el indio podía prometerse un día tomar

puesto en la sociedad peruana.

Pero sucedió que, desesperado Martín Paz, resolvió saber lo que había sido de la joven. Con su traje español podía introducirse en una sala de juego y escuchar las conversaciones de los concurrentes. Andrés Certa era un hombre muy conocido, y su matrimonio, si estaba próximo, debía de ser objeto de alguna conversación.

Así pues, una noche, en vez de dirigir sus pasos hacia la orilla del mar, tomó por las altas rocas donde están situadas las principales viviendas de Chorrillos, y entró en una casa precedida de una ancha escalera de piedra.

Era la casa de juego. El día había sido fatal para más de un limeño, y algunos, fatigados de la tarea de la noche precedente, descansaban en el suelo envueltos en sus ponchos.

Otros jugadores estaban sentados delante del tapete verde dividido en cuatro cuadros por dos líneas, que se cortaban en el centro en ángulo recto. En cada uno de estos cuadros se hallaban las primeras letras de la palabra *azar* y *suerte*, A. S. Los jugadores apuntaban a una u otra de aquellas letras; el banquero tenía las puestas, y arrojaba sobre la mesa dos dados, cuyos puntos combinados hacían ganar la A o la S.

En aquel momento la partida estaba animada. Un mestizo apuntaba al azar con un ardor febril.

—¡Dos mil duros! —exclamó.

El banquero agitó sus dedos y el jugador estalló en imprecaciones.

—¡Cuatro mil duros! —dijo de nuevo.

Perdió otra vez.

Martín Paz, protegido por la sombra del salón, pudo observar el semblante del jugador.

Era Andrés Certa.

De pie, a su lado, estaba el judío Samuel.

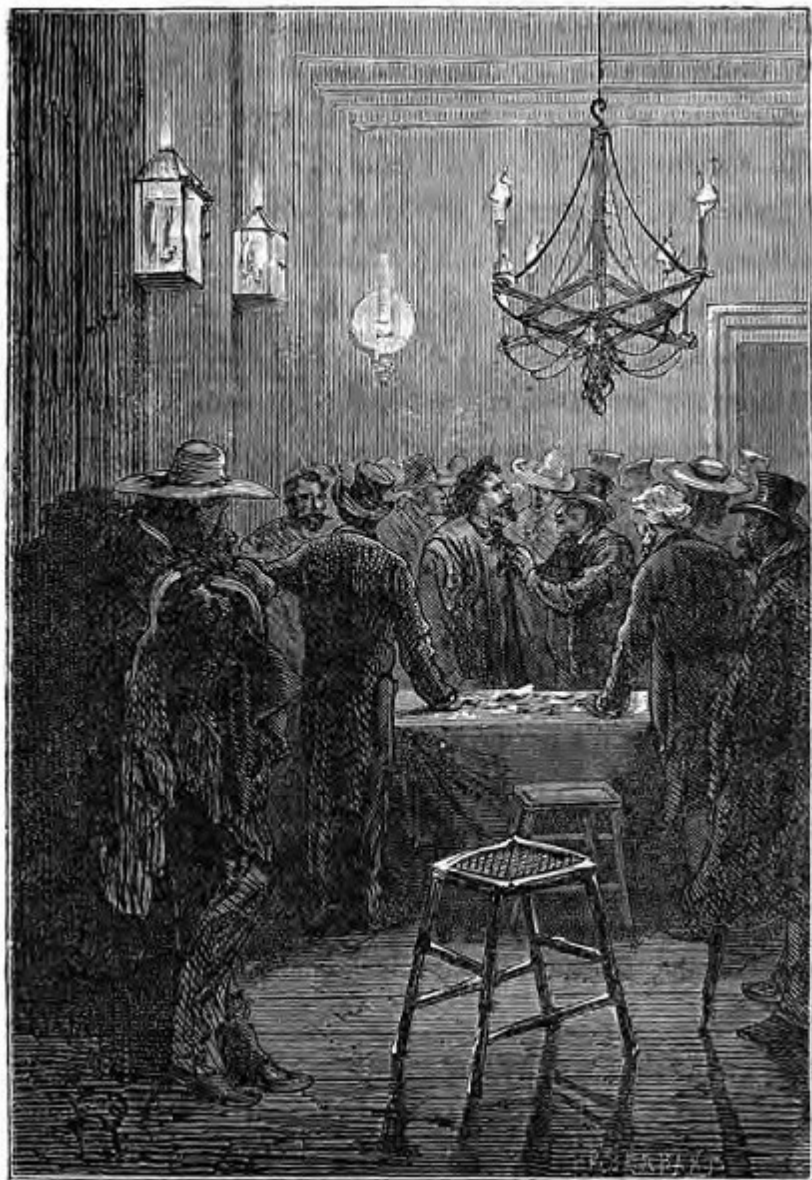
—Bastante ha jugado usted, señor —le dijo Samuel—. No está usted hoy de suerte.

—¿A usted qué le importa? —respondió bruscamente el mestizo.

Samuel se inclinó a su oído.

—Si a mí no me importa —dijo—, a usted le interesa romper con

esas costumbres en los últimos días que preceden a su matrimonio.
—¡Ocho mil duros! —dijo Andrés Certa apuntando a la S.



—Bastante ha jugado usted, señor —le dijo Samuel.

Salió la A. El mestizo lanzó una blasfemia y el banquero dijo:
—¡Hagan juego!

Andrés Certa, sacando algunos billetes de su bolsillo, estaba dispuesto a aventurar una suma considerable, y llegó a ponerla en uno de los cuadros. El banquero estaba agitando ya los dados cuando una seña de Samuel le detuvo. El judío se inclinó de nuevo al oído del mestizo y le dijo:

—Si no le queda a usted nada para llevar a efecto nuestro contrato, esta noche quedará roto.

Andrés Certa se encogió de hombros, hizo un gesto de rabia y después, recobrando su dinero, salió de la estancia.

—Continúe usted ahora —dijo Samuel al banquero—, ya arruinará usted a este señor después de su matrimonio.

El banquero se inclinó con sumisión, porque el judío era el fundador y el propietario de los juegos de Chorrillos. En todas partes donde había un real que ganar se encontraba aquel hombre.

Samuel siguió al mestizo, y hallándole en la escalinata, le dijo:

—Tengo cosas muy graves que decir a usted. ¿Dónde podemos hablar con seguridad?

—Donde usted quiera —respondió bruscamente Andrés Certa.

—Que no se pierda su porvenir por un momento de mal humor. No me fío ni en los aposentos mejor cerrados, ni en las llanuras más desiertas para confiar a usted mi secreto. Si usted me lo paga, caro es, porque vale la pena de guardarse.

Hablando así, los dos hombres habían llegado a la playa delante de las casetas destinadas a los bañistas; pero no sabían que eran vistos y seguidos por Martín Paz, que como una serpiente se deslizaba en la oscuridad.

—Tomemos una canoa —dijo Andrés Certa—, y salgamos al mar.

Andrés Certa desató de la orilla una pequeña embarcación, dando algunas monedas al guarda; Samuel se embarcó con él, y el mestizo empujó la barca mar adentro.

Martín Paz, viéndola alejarse, se ocultó en el hueco de unas peñas, se desnudó inmediatamente y, sin conservar más que un puñal y el cinturón para sujetarlo, nadó vigorosamente hacia la canoa.

El sol acababa de hundir sus últimos rayos en las olas del Pacífico, y tinieblas silenciosas envolvían el cielo y el mar.

Martín Paz no había pensado siquiera en el peligro que corría a causa de los tiburones de la peor especie que surcaban aquellos funestos parajes.

Detúvose no lejos de la embarcación donde iban el mestizo y el judío y al alcance de la voz.

—Pero ¿qué prueba de la identidad de la joven daré yo a su padre? —preguntaba entonces Andrés Certa al judío.

—Le recordará usted las circunstancias en que perdió a esa niña.

—¿Y cuáles son?

—Voy a decirlas.

Martín Paz, sosteniéndose apenas sobre las olas, escuchaba, pero sin poder comprender enteramente.

—El padre de Sara —dijo el judío— vivía en la Concepción, comarca de Chile, y era el gran señor que usted conoce; solamente que su caudal corría parejo todavía con su nobleza. Obligado a venir a Lima por asuntos de interés, salió solo de la Concepción, dejando a su mujer y a su hija, esta última de quince meses de edad. El clima del Perú le convino bajo todos los conceptos, y envió orden a la marquesa de venir a unirse con él. La marquesa se embarcó en el *San José* de Valparaíso, con algunos criados de confianza; en el mismo buque venía yo al Perú. El *San José* debía hacer escala en Lima; pero a la altura de la isla de Juan Fernández sobrevino un huracán terrible que lo desarboló y lo arrojó a la costa. Los hombres de la tripulación y los pasajeros se refugiaron en la chalupa; pero a la vista del mar enfurecido la marquesa se negó a embarcarse en ella; estrechó a su hija entre sus brazos y se quedó en el buque; yo me quedé con ella. La chalupa se alejó, y se hundió en el mar a cien brazas del *San José* con toda la gente que llevaba, y nos quedamos solos. La tempestad se desencadenaba con gran violencia, pero como mi caudal no iba a bordo, no desesperaba de salvarme. El *San José*, con cinco pies de agua en la cala, fue arrastrado por la corriente sobre las rocas de la costa, donde se hizo pedazos. La marquesa fue arrojada al mar con su niña, pero yo por fortuna pude apoderarme de ésta, y mientras la madre perecía a mi vista, yo llegué con la niña a la orilla.

—¿Todos esos pormenores son exactos?

—Completamente exactos, y el padre no los desmentirá. Buen negocio hice yo aquel día, pues que me va a valer los cien mil duros que va usted a entregarme.

—¿Qué quiere decir esto? —se preguntaba Martín Paz.

—Aquí está mi cartera con los cien mil duros —respondió Andrés Certa.

—Gracias, señor —dijo Samuel apoderándose del tesoro—. Tome usted este recibo a cambio, en el cual me comprometo a restituirle el doble de esa cantidad si no forma usted parte de una de las primeras familias de España.

Pero el indio no había oído esta última frase, porque se había visto obligado a sumergirse para evitar el choque de la embarcación, y sus ojos pudieron ver entonces una masa informe que se deslizaba rápidamente hacia donde él estaba.

Era una tintorera, tiburón de la más cruel especie.

Martín Paz vio acercarse al animal y se sumergió profundamente, pero pronto tuvo que volver a la superficie del agua para respirar. El tiburón dio entonces un coletazo a Martín Paz, que sintió su pecho rozado por las escamas viscosas del monstruo. El tiburón, para morder su presa, se volvió sobre la espalda entreabriendo su mandíbula armada de una triple fila de dientes; pero Martín Paz, al ver brillar el vientre blanco del animal, lo hirió con su puñal.

De repente se encontró con las aguas enrojecidas de sangre. Se sumergió de nuevo; volvió a la superficie a diez brazas de allí, y no viendo ya la embarcación del mestizo, se dirigió a la costa, a la cual llegó en pocas brazadas, habiendo olvidado ya que acaba de librarse de una muerte terrible.

A la mañana siguiente, Martín Paz había abandonado la quinta de Chorrillos, y el marqués, lleno de inquietud, volvía a toda prisa a Lima en su busca.

VII

LA BODA INTERRUMPIDA

Era un verdadero acontecimiento el del matrimonio de Andrés Certa con la hija del judío Samuel. Las señoras no tenían un momento de reposo, esforzándose en inventar lindos trajes o nuevos prendidos y fatigándose en buscar los adornos más variados.

Hacíanse grandes preparativos también en la casa de Samuel, que quería celebrar con gran pompa el matrimonio de Sara. Los frescos que adornaban su morada, según la costumbre española, habían sido restaurados suntuosamente; los más ricos tapices caían en anchos pliegues en los huecos de las ventanas y de las paredes de la habitación; los muebles esculpidos de maderas preciosas u odoríferas, se acumulaban en grandes salones impregnados de una deliciosa frescura; los arbustos raros, las producciones de las tierras calientes, serpenteaban a lo largo de las balaustradas y de las azoteas.

La joven entre tanto había perdido la esperanza, pues el Zambo no la tenía; y el Zambo no esperaba ya nada pues que no llevaba en el brazo la señal de la esperanza. Liberto había espiado los pasos del viejo indio, pero nada había podido descubrir.

¡Ah! Si la pobre Sara hubiera podido seguir los movimientos de su corazón, se habría refugiado en un convento para acabar en él su vida. Impulsada por un atractivo irresistible hacia los dogmas del catolicismo, convertida secretamente por los cuidados del padre Joaquín, había entrado en el seno de aquella religión, con que tanto simpatizaban las creencias de su alma.

El padre Joaquín, a fin de evitar todo escándalo, y por otra parte sabiendo más leer en su breviario que en el corazón humano, había dejado creer a Sara en la muerte de Martín Paz. Importábale ante todo la conversión de la joven, y viéndola asegurada por su unión con Andrés Certa, trataba de habituarla a la idea de aquel matrimonio a pesar de que no estaba lejos de sospechar las condiciones en que se

hacía.

Al fin aquel día tan alegre para unos y tan triste para otros había llegado. Andrés Certa había convidado a toda la ciudad para la noche de sus bodas; pero sus invitaciones quedaron sin resultado por parte de las familias nobles, que se excusaron por motivos más o menos plausibles.

Llegaba la hora en que debía celebrarse el contrato y la joven no aparecía.

El judío Samuel era presa de un disgusto secreto, Andrés Certa fruncía el ceño mostrando su impaciencia; una especie de confusión se pintaba en los semblantes de los convidados, mientras millares de bujías, cuya imagen se repetía en los espejos, llenaban los salones de resplandeciente luz.

En la calle un hombre se paseaba con ansiedad mortal.

Era el marqués.

VIII

LA FUGA

Sara, entretanto, presa de la más viva angustia, había quedado anonadada, no podía determinarse a salir de su cuarto. Un instante, sofocada por la emoción, se apoyó en el balcón que daba a los jardines interiores. De improvviso vio a un hombre que se escondía entre las calles de magnolias, y conoció a Liberto, su servidor. Liberto parecía espiar a algún enemigo invisible, ya ocultándose detrás de una estatua, ya echándose a tierra.

De repente Sara se puso pálida; Liberto luchaba con un hombre de alta estatura, que le había derribado en tierra, y algunos suspiros ahogados probaban que una mano robusta oprimía la boca del negro.

La joven iba a gritar cuando vio levantarse a los dos hombres: el negro miraba a su adversario y le decía:

—¡Usted, usted! ¿Es usted?

Y siguió a aquel hombre, que antes de que Sara pudiera lanzar un solo grito, se presentó a su vista como un fantasma del otro mundo. Así como el negro derribado bajo las rodillas del indio no había podido hablar sino las palabras que hemos anotado arriba, del mismo modo la joven, bajo la mirada de Martín Paz, no pudo a su vez decir sino las mismas palabras:

—¡Usted, usted! ¿Es usted?

Martín Paz fijó en ella su mirada y dijo:

—¿Oye la novia los ruidos de la fiesta? Los convidados se agrupan en los salones para ver irradiar la felicidad en su rostro. ¿Es por ventura una víctima preparada para el sacrificio la que va a presentarse a sus ojos? ¿Puede la novia presentarse a su novio con esa fisonomía pálida y fatigada por el dolor?

Mientras Martín Paz hablaba, Sara apenas le oía.

El joven indio continuó:

—Pues la joven llora, que mire más allá de la casa de su padre, más

allá de la ciudad donde padece.

Sara levantó la cabeza. Martín Paz, tomando un aire altivo y con el brazo extendido hacia las Cordilleras, mostraba a la joven el camino de la libertad.

Sara se sintió arrastrada por un poder incontrastable. Ya el ruido de voces llegaba hasta ella, indicando que algunos se acercaban a su cuarto. Su padre iba a entrar sin duda, y tal vez su novio le acompañaba. Martín Paz apagó de repente la lámpara suspendida sobre su cabeza, y un silbido semejante al que se había oído en la Plaza Mayor penetró las tinieblas de la noche.



—Pues la joven llora...

La puerta se abrió bruscamente y entraron Samuel y Andrés Certa. La oscuridad era profunda; acudieron algunos servidores con luz, pero el aposento estaba vacío.

—¡Maldición! —exclamó el mestizo.

—¿Dónde está? —dijo Samuel.

—Usted me responde por ella —dijo brutalmente Andrés Certa.
Al oír estas palabras, el judío sintió un sudor frío que le penetraba hasta los huesos.

—¡Venid conmigo! —exclamó.

Y seguido de sus criados se lanzó fuera de la casa.

Entre tanto Martín Paz huía rápidamente por las calles de la ciudad. A doscientos pasos de la casa del judío encontró a varios indios que se habían reunido al oír el silbido que había lanzado.

—¡A nuestras montañas! —exclamó.

—¡A la casa del marqués de Vegal! —dijo una voz detrás de él.

Martín Paz se volvió.

El español estaba a su lado.

—¿No me confiarás a esa joven? —preguntó el marqués.

El indio bajó la cabeza y con voz sorda dijo:

—¡A la casa del marqués de Vegal!

Martín Paz, cediendo al ascendiente del marqués, le había confiado a la joven. Sabía que estaría segura en su casa, y comprendiendo lo que el honor exigía, no quiso pasar la noche bajo el techo del marqués.

Salió, pues; su cabeza ardía, y la fiebre hacía hervir su sangre en las venas.

Pero no había andado cien pasos cuando cinco o seis hombres se arrojaron sobre él, y a pesar de su tenaz resistencia lograron atarle. Martín Paz lanzó un rugido de desesperación creyéndose en poder de sus enemigos.

Pocos instantes después se hallaba en su cuarto y le quitaban la venda que le habían puesto en los ojos. Miró en torno suyo y se encontró en la sala baja de aquella taberna donde sus hermanos habían organizado la rebelión.

El Zambo, que había asistido al rapto de la joven, estaba allí rodeado de Manangani, y de los demás. Un relámpago de ira salió de los ojos de Martín Paz.

—Mi hijo no tiene piedad de mis lágrimas —dijo el Zambo—, pues me deja por tanto tiempo creer en su muerte.

—¿Es por ventura la víspera de una insurrección —preguntó

Manangani—, cuando Martín Paz, nuestro jefe, debe hallarse en el campo de nuestros enemigos?

Martín Paz no respondió ni a su padre ni al indio.

—¿Es decir, que nuestros más graves intereses han sido sacrificados a los pies de una mujer?

Hablando así Manangani se acercó a Martín Paz con un puñal en la mano. Martín Paz no le miró siquiera.

—Hablemos ante todo —dijo el Zambo—; después de las palabras vendrán los hechos. Si mi hijo ha faltado a sus hermanos, yo sabré sobre quién debe recaer el castigo de su traición. Que tenga cuidado: la hija del judío Samuel no está tan oculta que se nos pueda escapar. Mi hijo reflexionará: está condenado a muerte y no tiene en la ciudad una piedra donde reclinar su cabeza. Si por el contrario liberta a su país, para él serán el honor y la libertad.

Martín Paz permaneció silencioso, pero su corazón era teatro de un terrible combate, porque el Zambo acababa de hacer vibrar las cuerdas de aquella altiva naturaleza.

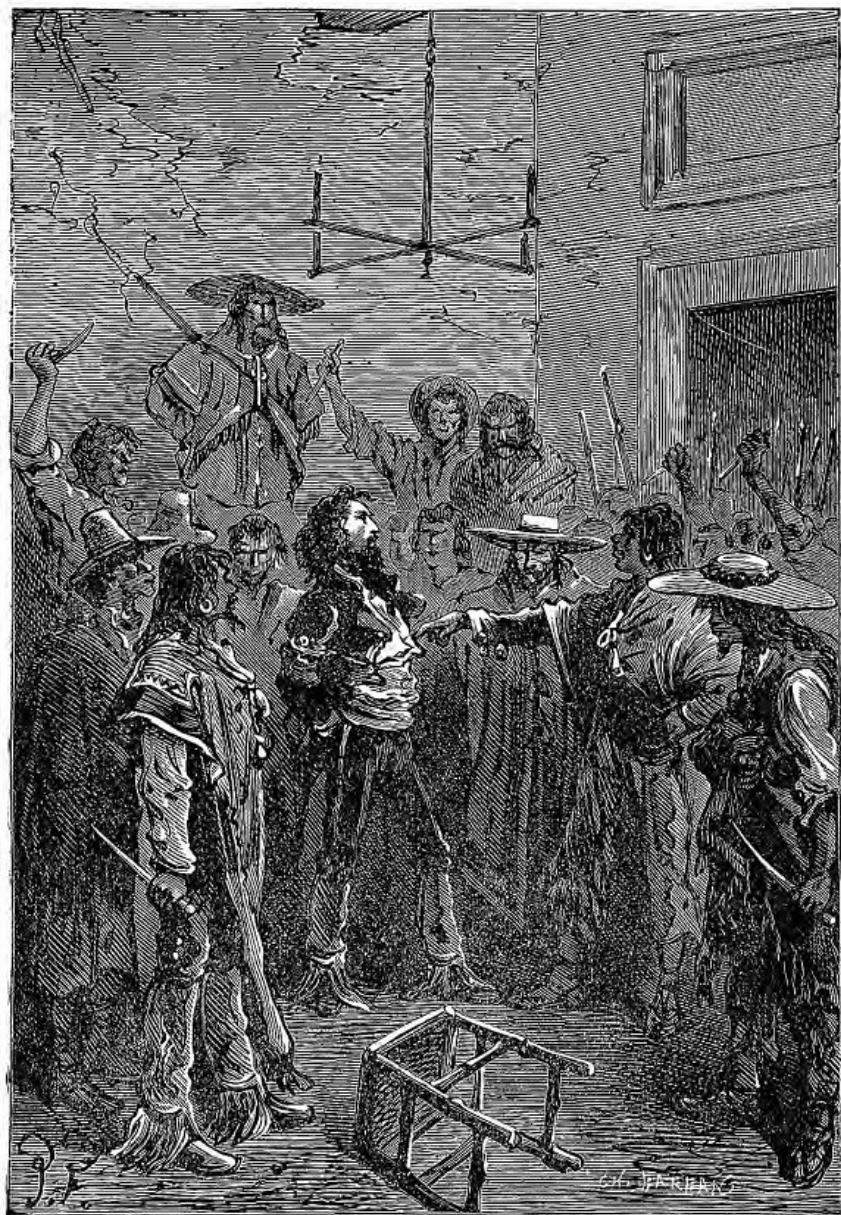
Martín Paz era indispensable para los proyectos de los insurgentes: gozaba de una autoridad suprema entre los indios de la ciudad; les manejaba a su capricho, y una sola señal suya podía llevarles a la muerte.

Por orden del Zambo se le quitaron las ligaduras. Martín Paz se levantó.

—Hijo mío —le dijo el indio, que le observaba con atención—, mañana durante la fiesta de los Amancaes nuestros hermanos caerán como una tempestad sobre los limeños desarmados. Éste es el camino de las Cordilleras, este otro es el de la ciudad: eres libre.

—¡A las montañas! —exclamó Martín Paz—, ¡a las montañas! Y ¡ay de nuestros enemigos!

Y el sol al levantarse iluminó con sus primeros rayos el conciliábulo de los jefes indios en el seno de las Cordilleras.



—Si mi hijo ha faltado a sus hermanos, yo sabré sobre quién debe recaer el castigo de su traición.

IX

EL COMBATE

El día de la gran fiesta de los Amancaes, el 24 de junio, había llegado. Los habitantes a pie, a caballo, en carruaje, se dirigían a aquella meseta célebre, situada a una media legua de la ciudad. Mestizos e indios se mezclaban en la fiesta común y marchaban alegremente en grupos de parientes o de amigos. Cada grupo llevaba sus provisiones e iba precedido de un tocador de guitarra que cantaba los aires más populares. Adelantábanse por los campos de maíz a través de los bosques de bananeros o de calles plantadas de sauces en busca de los bosques de limoneros y naranjos, cuyos perfumes se confundían con los suaves olores de la montaña. A lo largo del camino, puestos ambulantes ofrecían a los paseantes aguardiente y cerveza, y copiosas libaciones de estos líquidos excitaban la risa y los clamores. Los que iban a caballo hacían caracolear sus monturas en medio de la multitud y rivalizaban en celeridad, habilidad y destreza.

Reinaba en aquella fiesta, que toma su nombre de las florecillas de la montaña, un ardor y una libertad inconcebibles; y sin embargo, jamás se observa una disputa entre los mil gritos de la alegría pública. Sólo algunos lanceros a caballo, con corazas resplandecientes, mantenían el orden entre la población.

Cuando toda aquella multitud llegó al fin a la meseta de los Amancaes, un inmenso clamor de admiración se repitió por los ecos de la montaña.

A los pies de los espectadores se extendía la antigua *Ciudad de los Reyes*, que levantaba atrevidamente hasta el cielo sus torres y campanarios llenos de sonoras campanas. San Pedro, San Agustín, la catedral, atraían las miradas hacia sus torres que brillaban heridas por los rayos del sol. Santo Domingo, la rica iglesia cuya Virgen jamás lleva dos días seguidos un mismo manto, levantaba más que ninguna de sus vecinas la flecha elegante de su campanario. A la derecha el

océano Pacífico hacia ondular sus vastas llanuras azules al soplo de la brisa, y la vista, volviendo del Callao a Lima, se paseaba sobre todos aquellos monumentos funerarios que contenían los restos de la gran dinastía de los Incas. En el horizonte el cabo Morro Solar encerraba como en un cuadro los esplendores de aquel espectáculo.

Pero mientras los limeños admiraban tan pintorescos puntos de vista, preparábase un drama sangriento en las cimas heladas de las Cordilleras.

En efecto, mientras la ciudad estaba casi desierta de sus habitantes ordinarios, un gran número de indios vagaban por sus calles. Aquellos hombres, que por lo general tomaban parte activa en la fiesta de los Amancaes, se paseaban entonces silenciosamente y con aire singularmente pensativo. De vez en cuando algún jefe les daba apresuradamente una orden secreta, continuaban su camino y todos se iban reuniendo poco a poco en los barrios más ricos de la ciudad.

Entre tanto el sol comenzaba a bajar en el horizonte; era la hora en que la aristocracia limeña tomaba a su vez el camino de los Amancaes. Los trajes y prendidos más ricos resplandecían en los carruajes que desfilaban a derecha e izquierda entre los árboles del camino, formando una confusión y un laberinto de coches, caballos y gente de a pie.

Dieron las cinco en el reloj de la catedral.

Un grito inmenso resonó en la ciudad. De todas las plazas, de todas las calles, de todas las casas, se lanzaron indios con las armas en la mano. Los barrios más hermosos fueron inundados de insurrectos, algunos de los cuales sacudían por encima de sus cabezas teas encendidas.

—¡Mueran los españoles! ¡Mueran nuestros opresores!

Tal era la voz de guerra.

Inmediatamente las cimas de los cerros se cubrieron de otros indios que se dispusieron a unirse a sus hermanos de la ciudad.

Lima presentaba en aquel momento un aspecto extraño. Los insurrectos se habían esparcido por todos los barrios y a la cabeza de una de sus columnas Martín Paz iba agitando la bandera negra y dirigiéndose a la Plaza Mayor, mientras los indios atacaban las casas

destinadas a la ruina. Cerca de él Manangani lanzaba aullidos feroces.

En la plaza, los soldados del gobierno, prevenidos contra la rebelión, se habían formado en orden de batalla delante del palacio del presidente. Una granizada de balas espantosa recibió a los insurgentes al entrar en la plaza.

Sorprendidos al principio por aquella descarga inesperada, que dejó a muchos tendidos en el suelo, se lanzaron contra la tropa con ímpetu insuperable, siguiéndose una horrible confusión en que los hombres pelearon cuerpo a cuerpo. Martín Paz y Manangani hicieron prodigios de valor, y sólo por milagro se libraron de la muerte.

Necesitaban a toda costa tomar el palacio y fortificarse en él.

—¡Adelante! —gritó Martín Paz. Y a su voz se precipitaron los indios al asalto.

Aunque por todas partes se les rechazaba, lograron los indios a su vez hacer retroceder el cordón de tropas que rodeaba el palacio. Ya Manangani se lanzaba a los primeros escalones del pórtico cuando se detuvo repentinamente. Las filas de los soldados se habían abierto y por el hueco que habían dejado asomaban sus bocas dos piezas de artillería dispuestas a ametrallar a los sitiadores.

No había un segundo que perder. Era preciso saltar sobre la batería y apoderarse de ella antes de que hubiese hecho fuego.

—¡Vamos los dos! —exclamó Manangani dirigiéndose a Martín Paz.

Pero Martín Paz acababa de bajarse y no escuchaba ya nada, porque un negro le había dicho al oído estas palabras:

—Están saqueando la casa del marqués de Vegal, y quizás asesinándole.

Al oír estas palabras Martín Paz retrocedió; Manangani quiso arrastrarle consigo hacia delante, pero en aquel momento los cañones hicieron fuego y la metralla penetró entre las filas de los indios.

—¡Seguidme! —gritó Martín Paz; y uniéndose a él varios compañeros que le eran muy adictos, logró abrirse paso entre los soldados.

Aquella fuga tuvo todas las consecuencias de una traición. Los indios se creyeron abandonados por su jefe; en vano Manangani quiso llevarlos de nuevo al combate; envueltos en una nube espesa de tropa

que les fusilaba sin piedad, no fue posible reunirlos, la confusión se hizo espantosa y su derrota completa. Las llamas que se levantaban en ciertos barrios atrajeron a algunos fugitivos sedientos de pillaje; pero los soldados les persiguieron espada en mano y mataron a gran número.

Entre tanto, Martín Paz llegó a la casa del marqués, que era el teatro de una lucha encarnizada, dirigida por el mismo Zambo. El indio tenía un doble interés en entrar en aquella casa, pues combatiendo al español, pretendía al mismo tiempo apoderarse de Sara, prenda de la fidelidad de su hijo.

Derribadas la puerta y las paredes del patio, se presentó el marqués con la espada en la mano, rodeado de sus servidores y oponiéndose a la masa que invadía su palacio. La altivez de aquel hombre y su valor tenían algo de sublimes. Ofrecíase el primero a los golpes, y su terrible brazo ya le había rodeado de cadáveres.

Pero ¿qué hacer contra aquella multitud de indios que aumentaba con todos los vencidos de la Plaza Mayor?

El marqués veía disminuir sus fuerzas y sus defensores y ya no le quedaba más recurso que hacerse matar cuando Martín Paz, con la rapidez del rayo, acometió a los agresores, les obligó a volverse contra él y en medio de las balas llegó hasta el marqués, formando un escudo con su cuerpo.

—¡Bien, hijo mío, bien! —dijo el marqués a Martín Paz estrechándole la mano.

Pero el joven indio estaba triste y ceñudo.

—¡Bien, Martín Paz! —exclamó otra voz que le llegó hasta el alma.

Conoció a Sara, y su brazo trazó un ancho círculo de sangre a su alrededor.

La tropa del Zambo cedía a su vez. Por segunda vez aquel nuevo Bruto había dirigido los golpes contra su hijo sin poder alcanzarle, y veinte veces Martín Paz había desviado su arma, próxima ya a herir a su padre.

De repente, Manangani, cubierto de sangre, apareció al lado del Zambo.

—Has jurado —le dijo—, vengar la traición de un infame en sus

parientes, en sus amigos y en él mismo. Ya es tiempo: mira los soldados que llegan; el mestizo Andrés Certa viene con ellos.

—Ven, pues, Manangani —dijo el Zambo con risa feroz—, ven.

Y los dos, abandonando la casa del marqués, corrieron hacia la tropa que llegaba al paso de carga. Las tropas les apuntaron, pero el Zambo, sin intimidarse, se fue derecho al mestizo.

—Usted es Andrés Certa —le dijo—; pues bien, su novia está en la casa del marqués y Martín Paz va a llevársela a las montañas.

Esto dicho, los indios desaparecieron.

Así el Zambo había puesto frente a frente a los dos enemigos mortales, y los soldados, engañados por la presencia de Martín Paz, se lanzaron contra la casa del marqués.

Andrés Certa iba ebrio de furor, y cuando vio a Martín Paz se precipitó sobre él.

—Ahora nos veremos los dos —gritó el joven indio, y dejando la escalera de piedra que tan valientemente había defendido, corrió adonde estaba el mestizo.

Allí se encontraron pie contra pie, pecho contra pecho, tocándose los rostros y confundiéndose las miradas en un solo relámpago. Ni amigos ni enemigos podían acercarse a ellos; se enlazaron uno a otro, y en aquel terrible abrazo les faltó la respiración.

Andrés Certa se irguió contra Martín Paz, a quien se le había caído el puñal. El mestizo levantó su brazo y el indio logró asirle antes de que le hiriera, Andrés Certa quiso en vano desprenderse de su enemigo; Martín Paz, volviendo el puñal contra el mestizo, se lo hundió hasta el puño en el corazón.

Después se arrojó en brazos del marqués de Vegal.

—¡A las montañas, hijo mío! —exclamó el marqués—. Huye a las montañas, ahora yo te lo mando.

En aquel momento el judío Samuel se presentó y se precipitó sobre el cadáver de Andrés Certa arrancándole la cartera que llevaba en el bolsillo. Pero Martín Paz le había visto, y apoderándose de ella a su vez la abrió, la hojeó, dio un grito de alegría, y lanzándose hacia el marqués, le puso en la mano un papel que contenía estas líneas:

«He recibido del señor Andrés Certa la cantidad de cien mil duros, que me comprometo a restituirle si Sara, a la cual salvé del naufragio del *San José* no es la hija y única heredera del marqués de Vegal.»

SAMUEL

—¡Mi hija! —exclamó el español, y se lanzó al cuarto de Sara.

La joven no estaba allí, y el padre Joaquín, bañado en su sangre, no pudo articular más que estas palabras:

—El Zambo..., robada..., río de Madera.

X

EL RAPTO Y SUS CONSECUENCIAS

—¡En marcha! —exclamó Martín Paz.

Y sin pronunciar una sola palabra, el marqués siguió al indio. ¡Su hija!... Necesitaba encontrar a su hija.

Lleváronles dos mulas, montaron en ellas habiéndose vestido ambos calzones con correas en las rodillas y habiéndose cubierto con grandes sombreros de paja. En las pistoleras pusieron buenas pistolas, y al costado llevaba cada uno una carabina. Martín Paz llevaba además un lazo, cuyo extremo iba fijado en el arzón de la silla.

Martín Paz conocía las llanuras y las montañas que iban a atravesar; sabía a qué país perdido llevaba el Zambo a su novia. ¡Su novia! ¿Se atrevería a dar este nombre a la hija del marqués?

El español y el indio, poseídos de una sola idea, de un solo objetivo, penetraron en breve en las gargantas de las Cordilleras, donde crecían los cocoteros y los pinos. Los cedros, los algodoneros, los álces, quedaban detrás de ellos en las llanuras cubiertas de maíz. Algunos cactus espinosos picaban a veces a sus cabalgaduras y las hacían vacilar sobre la pendiente de los precipicios.

Era una tarea difícilísima atravesar las montañas en aquella época: las nieves se fundían a los rayos del sol de junio y el agua formaba cataratas y masas espantosas, que destacándose de la cima de los montes se precipitaban en abismos sin fondo.

Pero el marqués y Martín Paz corrían día y noche sin descansar un solo instante.

Así llegaron a la cumbre de los Andes, a catorce mil pies sobre el nivel del mar. Allí ya no había árboles ni vegetación; con frecuencia se veían envueltos en esas terribles tempestades de las cordilleras, que levantan torbellinos de nieve sobre los picos más elevados. El marqués se detenía a veces a su pesar, pero Martín Paz le sostenía y le abrigaba contra las inmensas ventiscas de nieve.

En aquel punto, el más elevado de los Andes, sometidos a este estado enfermizo que hace temblar al hombre más intrépido, necesitaron una voluntad sobrehumana para resistir la fatiga.

En la vertiente oriental de las cordilleras encontraron las huellas de los indios y pudieron bajar de las montañas.



Era una tarea difícilísima atravesar las montañas.

Llegaron a las inmensas selvas vírgenes de que están erizadas las llanuras situadas entre el Perú y el Brasil, y allí, en medio de aquellos bosques inextricables, la sagacidad india servía de mucho a Martín Paz.

Un fuego medio apagado, señales de pasos, la rotura de algunas ramas, la naturaleza de los vestigios, todo era para él un motivo de estudio.

El marqués temía que su desgraciada hija hubiera sido llevada a pie por las piedras y las arenas; pero el indio le mostró algunos guijarros incrustados en tierra que indicaban la presión del pie de un animal; por encima de sus cabezas veían ramas que habían sido desviadas en la misma dirección, y que no podían ser alcanzadas sino por una persona a caballo. El marqués cobraba esperanzas, y Martín Paz iba tan confiado y era tan hábil, que no había para él ni obstáculos insuperables ni peligros invencibles.

Una noche Martín Paz y el marqués se vieron obligados a detenerse por el cansancio.

Habían llegado a las orillas de un río: eran las primeras corrientes del Madera, que el indio reconoció perfectamente. Inmensos manglares se inclinaban por encima de las aguas y se unían a los árboles de la otra orilla por medio de lianas caprichosas.

¿Los raptores, habían subido por la orilla? ¿Habían bajado la corriente del río? O por fin, ¿lo habían atravesado en línea recta? Tal eran las preguntas que se hacía Martín Paz. Siguiendo con pena infinita algunas huellas vagas que había encontrado, llegó, costeano la orilla, hasta una plazoleta un poco menos oscura que el resto del bosque. Allí las huellas indicaban que una partida de hombres había atravesado el río en aquel paraje.

Martín Paz trataba de orientarse cuando vio una especie de masa negra que se movía detrás de un matorral. Preparó su lazo y se dispuso al ataque; pero tras avanzar algunos pasos vio una mula tendida en tierra y presa de las convulsiones de la agonía. El pobre animal, expirante, debía de haber sido herido lejos del lugar a donde había llegado, pues así lo indicaba el largo rastro de sangre que encontró Martín Paz. No dudó de que los indios, no pudiendo

obligarla a atravesar el río, habían tratado de matarla de una puñalada. Desde entonces ya no vaciló acerca de la dirección de sus enemigos y volvió al lado de su compañero.

—Mañana, tal vez, habremos llegado —le dijo.

—Marchemos al instante —respondió el español.

—Pero tenemos que cruzar ese río.

—Lo cruzaremos a nado.

Los dos se desnudaron; Martín Paz reunió en un paquete las ropas y se lo puso sobre su cabeza, y luego entraron silenciosamente en el agua para no despertar la atención de algunos de los peligrosos caimanes que en tanto número frecuentan los ríos del Brasil y del Perú.

Al llegar a la otra orilla el primer cuidado de Martín Paz fue buscar las huellas de los indios; pero por más que examinó las hojas y las piedras, nada pudo descubrir. Como la rápida corriente del río les había llevado bastante abajo, subieron por la orilla y allí encontraron señales inequívocas del paso de los indios.

Por allí el Zambo había atravesado el Madera con su tropa, que se había acrecentado al paso. En efecto, los indios de las llanuras y de las montañas, que esperaban con impaciencia el triunfo de la rebelión, sabiendo la traición de que habían sido víctimas, lanzaron rugidos de cólera, y viendo que tenían una víctima que sacrificar, siguieron a la tropa del viejo indio.

La joven no tenía ya conciencia de lo que pasaba en torno suyo. Andaba porque las manos de los indios la empujaban hacia adelante; y si la hubieran abandonado en aquellas soledades no habría dado un paso para librarse de la muerte. A veces el recuerdo del joven indio atravesaba su memoria; después caía como una masa inerte sobre el cuello de su mula. Cuando al otro lado del río debió seguir a pie a sus raptos, dos indios la obligaban a andar rápidamente y una huella de sangre marcaba su paso.

Pero al Zambo le importaba poco que aquella sangre indicase la dirección que había tomado. Se acercaba al objetivo de su excursión y pronto las cataratas del río resonaron con fuerza cerca de ellos.

La tropa de indios llegó a una especie de pueblecillo, compuesto de

un centenar de cabañas hechas de pinos entrelazados y de tierra. Al verles acercarse salió del pueblo una multitud de mujeres y niños dando grandes gritos de alegría; pero aquella alegría se cambió en furor cuando supieron la defección de Martín Paz.

Sara, inmóvil ante sus enemigos, les miraba con vista apagada. Todos aquellos rostros horribles gesticulaban en torno suyo y proferían a sus oídos las más terribles amenazas.

—¿Dónde está mi esposo? —decía una—; tú eres quien le ha matado.

—Y mi hermano, que no volverá ya a su cabaña, ¿qué has hecho de él?

—¡Que muera! ¡Que cada uno de nosotros tenga un pedazo de su carne! ¡Que muera!

Y aquellas mujeres, blandiendo puñales, agitando teas encendidas y levantando piedras enormes, se acercaban a la joven.

—¡Atrás! —gritó el Zambo—, y que esperen todos la decisión de los jefes.

Las mujeres obedecieron las palabras del viejo indio lanzando terribles miradas a la joven.

Sara, cubierta de sangre, estaba tendida sobre los guijarros de la orilla.

Más abajo de aquella aldea, el Madera, estrechado en un lecho profundo, precipitaba sus masas de agua con rapidez fulminante desde una altura de más de cien pies. Los jefes condenaron a Sara a ser precipitada en aquellas cataratas.

Al salir el sol debía ser atada en una canoa de corteza y abandonada a la corriente del Madera.

Así lo decidió el consejo, y si había retrasado hasta la mañana siguiente el suplicio de la víctima era tan sólo para darle una noche de angustias y de terrores.

Cuando se supo la sentencia, fue acogida con aullidos de júbilo, y un delirio brusco se apoderó de todos los indios.

Fue una noche de orgía. El aguardiente fermentó en aquellas cabezas exaltadas, rodearon a la joven multitud de indios danzando y gritando, mientras otros corrían a través de los campos incultos

blandiendo teas de pino inflamadas.

Así pasó la noche hasta que asomó el sol por el horizonte, y todavía fue penosa la escena cuando vinieron a iluminarla los primeros rayos del astro.

La joven fue desatada del poste donde había estado durante la noche, y cien brazos quisieron a la vez arrastrarla al suplicio. Cuando el nombre de Martín Paz se escapaba de sus labios le respondían inmediatamente gritos de odio y de venganza. Fue preciso subir por senderos abruptos la inmensa aglomeración de rocas que conducía al nivel superior del río, y allí llegó la víctima toda ensangrentada. Una canoa de corteza de árbol la esperaba a cien pasos de la catarata, y en ella fue puesta y atada con ligaduras que le entraban en las carnes.

—¡Venganza! —exclamó la tribu entera a una voz.

La canoa fue arrastrada rápidamente por la corriente y giró sobre sí misma...

En aquel momento dos hombres se presentaron en la orilla opuesta. Eran Martín Paz y el marqués.

—¡Mi hija, mi hija! —exclamó el marqués cayendo de rodillas sobre la playa.

La canoa corría hacia la catarata.

Martín Paz, de pie sobre una roca, lanzó su lazo, el cual silbó alrededor de su cabeza en el instante en que la embarcación iba a ser precipitada, se desarrolló la larga correa de cuero, y la apresó en su nudo corredizo.

—¡Muera! —aulló la horda salvaje de los indios.

Martín Paz se levantó, y la canoa, suspendida sobre el abismo, llegó poco a poco hasta él.

De repente silbó una flecha en los aires, y Martín Paz, cayendo sobre la barca de la víctima, fue a sumergirse con Sara en el torbellino de la catarata.

Casi en el mismo instante otra flecha hirió al marqués atravesándole el corazón.

Martín Paz y Sara se habían desposado para entrar en la vida eterna, porque en su suprema reunión el último ademán de la joven había impreso el sello del bautismo en la frente del indio regenerado.

Notas

1. Casa de la Moneda, de Londres.
2. *Boletines de la Real Sociedad Geográfica de Londres.*
3. Apodo de Edimburgo, *Auld Recchie.*
4. Después de la partida del doctor Fergusson se ha sabido que M. de Hueglin, a consecuencia de ciertas discusiones, ha tomado un camino distinto del que tenía trazado su expedición, cuyo mandato se ha confiado a M. Munzinger.
5. Arrabal meridional de Londres.
6. 1.270 metros cúbicos.
7. Unos 100 litros.
8. Un metro sesenta centímetros cúbicos.
9. -7 oC. Los gases por 1 oC aumentan $1/267$ de volumen.
10. Unos 45 metros cúbicos.
11. 80 oC.
12. 53 metros cúbicos de oxígeno.
13. 107 metros cúbicos de oxígeno.
14. 160 metros cúbicos.
15. 0,7 metros cúbicos.
16. 0,25 metros cúbicos.
17. 8.500 litros.
18. Más de 7 toneladas.
19. Cerca de 4.400 litros.
20. Unos 5 centímetros. La depresión es a poca diferencia del centímetro por 100 metros de elevación.
21. *U* significa *comarca* en la lengua del país.
22. -7oC.
23. Montaña elevada de la Martinica.
24. 14 °C.
25. Jefe de la caravana.
26. Nyanza significa lago.
27. Un sabio bizantino veía en Neilos un nombre aritmético: N representa 50; E, 5; I, 10; L, 30; O, 70; S, 200, lo que suma el número de los días del año.
28. Según la tradición, tiembla desde el momento en que la pisa un musulmán.
29. 50 °C.
30. 76 °C.
31. 45° C.
32. 60 ° C.
33. 65 °C.
34. M. Mery
35. Célebre armero inglés, a cuyas armas dio su nombre.
36. 80 ° C.
37. Desde la partida del doctor, cartas dirigidas desde El Obeid por M. Munzinger, el nuevo

jefe de la expedición, no dejan, desgraciadamente, duda alguna sobre la muerte de Vogel.

38. El cero del meridiano de París.

39. El doctor Fergusson, en su calidad de inglés, exagera acaso. Debemos, sin embargo, recordar que René Caillé no goza en Francia, entre los viajeros, de una celebridad digna de su desprendimiento y su denuedo.

40. 80 °C.

41. Nombre injurioso que los peruanos dan a los europeos.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com